LIBRO dot.com

La Reliquia

José María Eça de Queiroz



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Prólogo del autor

Sobre la vigorosa desnudez de la verdad,

el diáfano manto de la fantasía.

Decidí componer durante las vacaciones del verano, en mi quinta del Mosteiro, antiguo solar de los condes de Lindoso, las *Memorias de mi vida.* En este siglo tan sumido por las dudas de la inteligencia y tan angustiado por los tormentos del dinero, encierran, creo yo y cree mi cuñado Crispín, una enseñanza luminosa y fuerte.

En 1875, la víspera de san Antonio, una desilusión de incomparable amargura abatió todo mi ser; por aquel tiempo mi tía, doña Patrocinio de las Nieves, me mandó en romería a Jerusalén desde el Campo de Santa Ana donde vivía: en el recinto de las santas murallas, un día abrasador del mes de *nisán,* (*Nisán*: mes del calendario hebreo, comprendido entre el 13 de marzo y el 11 de abril.) siendo Poncio Pilatos procurador de Judea, Elio Lanma, legado imperial de Siria, y José Caifás, sumo pontífice, testimonié milagrosamente escandalosos sucesos. Volví después, y un gran cambio se hizo en mi espíritu y en mi fortuna.

Son tan raros estos casos en una existencia desordenada como grandes y umbrosos robles llenos de sol y de murmullos en un campo de agostada hierba. Mientras sobre mi tejado vuelan las golondrinas y aspiro el perfume de los claveles de mi jardín, quiero escribir con sobriedad y con sinceridad cuanto atañe a mi peregrinación.

Esta jornada a tierra de Egipto y a tierra de Palestina permanecerá siempre como la gloria superior de mi destino en la vida; y sería mi mayor deseo que perdurasen las letras y fuese para la posteridad un monumento airoso y fuerte. Escribiendo por motivos solamente espirituales, no quiero que las páginas íntimas en que recuerdo mi peregrinación se parezcan a una *Guía pintoresca de oriente*. Por eso, a pesar de las solicitaciones de la vanidad, suprimí en este manuscrito sabrosas y brillantes descripciones de ruinas y de costumbres...

Por lo demás, este país del Evangelio, que tanto fascina a la humanidad sensible, es mucho menos interesante que mi seco y natal Alemtejo: tampoco me parece que las tierras favorecidas por una presencia mesiánica ganen jamás en gracia y esplendor. Nunca me fue dado recorrer los lugares santos de la India en que Buda vivió, arboledas de Migadaia, oteros de Veluvana, o ese dulce valle de Rajagria por donde se dilataban los ojos adorables

del maestro perfecto cuando un fuego reventó en los juncales, y él enseñó, en inmortal parábola, cómo la ignorancia es una hoguera que devora al hombre, y se alimenta con las engañosas sensaciones de la vida que los sentidos reciben de las engañosas apariencias del mundo.

Tampoco visité la caverna de Hira ni los devotos arenales que se extienden entre La Meca y Medina y que tantas veces pisó Mahoma, el profeta excelente, con lentitud y pensativo, sobre su dromedario. Mas, desde las higueras de Betania hasta las aguas silenciosas de Galilea, conozco bien los sitios en que habitó ese otro intermediario divino lleno de enternecinilento y de sueños a quien llamamos Jesús, nuestro señor: en tales lugares sólo hallé aspereza, sequedad, miseria y silencio.

Jerusalén es una ciudad mahometana con turbas andrajosas, agazapada en un recinto de murallas color de lodo, hediondo al sol bajo el tañido de tristes campanas.

El Jordán, hilo de agua fangosa y lenta que se arrastra entre los arenales, no puede ser comparado a ese claro y suave Lima, que, allá abajo, en la hondonada del Mosteiro, baña las raíces de mis abedules; y sin embargo, estas hechiceras aguas portuguesas no correrán jamás entre las rodillas de un mesías, ni las rozarán las alas de los ángeles, armados y rutilantes, trayendo del cielo a la tierra las amenazas del altísimo.

Por lo demás, como hay espíritus insaciables que cuando se les tercia un viaje por las tierras de la escritura, anhelan conocer desde el tamaño de las piedras hasta el precio de la cerveza, yo no puedo menos de recomendar aquí la obra voluminosa y lata de mi compañero de peregrinación, el alemán Topsius, doctor por la Universidad de Bonn y miembro del Instituto Imperial de Excavaciones Históricas. Son siete volúmenes *in quarto*, amazacotados, impresos en la ciudad de Leipzig, con este título sutil y profundo: *Jerusalén paseada y comentada.*

En cada página de ese sólido itinerario el docto Topsius habla de mí con admiración y con melancolía. Me denominaba siempre el "ilustre hidalgo lusitano"; y la hidalguía de su compañero, que él hace remontar a los Barcas, llena manifiestamente al erudito plebeyo de delicioso orgullo. Además de eso, el esclarecido Topsius se vale de mí, en muchas páginas de sus repletos volúmenes, para atribuir falsamente a mis labios o a mi cerebro, frases y juicios de beatona y babosa credulidad que el erudito alemán luego rebate y pulveriza con sagacidad y facundia.

Dice, por ejemplo: "Delante de tal ruina del tiempo de la cruzada de Godofredo, el ilustre hidalgo lusitano pretendía que nuestro señor, yendo un día con la santa Verónica..." Y luego deja caer sobre mí la tremenda y ciclópea argumentación con que me destruye. Sin embargo, como las arengas que me atribuye son inferiores en sentimiento elegiaco y sabia arrogancia teológica a las de Bossuet, no he querido denunciar en una nota a la *Gaceta de Colonia* por qué tortuoso artificio la afilada razón de Germanía triunfa de la roma fe del mediodía.

Hay, sin embargo, un punto de *Jerusalén paseada* que no quiero dejar sin enérgica contestación. Es cuando el doctísimo Topsius alude a dos envoltorios de papel que me acompañaron en mi peregrinación desde las callejuelas de Alejandría hasta las quebradas del Carmelo. Con aquella fórmula rotunda que caracteriza su elocuencia universitaria, el doctor Topsius dice: "¡El ilustre hidalgo lusitano transportaba allí los restos de sus antepasados recogidos por él, antes de dejar el suelo sacro de la patria, en su antiguo solar almenado!..." Manera de decir singularmente falaz y censurable, porque induce a que supongan en la erudita Alemania que yo viajaba por las tierras del Evangelio llevando envueltos en un papel de estraza los huesos de mis abuelos.

Ninguna otra imputación podría desagradarme tanto. No por el hecho de denunciarme a la Iglesia como profanador de sepulturas domésticas; menos me pesan a mí, comendador y propietario, los anatemas de la Iglesia, que las hojas que a veces caen sobre mi quitasol desde lo alto de una rama seca. Realmente, la Iglesia, después de haberse embolsado sus emolumentos por enterrar un haz de huesos, no se preocupa de si permanecen resguardados bajo la rígida paz de un mármol eterno, o si andan envueltos en dos cucuruchos de papel de estraza. Pero la afirmación del doctor Topsius me desacredita ante la burguesía liberal, y en estos tiempos de semitismo y de capitalismo, solamente de la burguesía liberal pueden obtenerse favores de alguna importancia, desde los empleos en los bancos hasta las encomiendas de la Concepción. Yo tengo hijos y tengo ambición. En los tiempos actuales, la burguesía liberal aprecia, ensalza y procura atraerse a los caballeros de abolengo y de solar; pero con razón detesta al hombre vano y linajudo que pasa ante ella encopetado y tieso con las manos cargadas con los huesos de sus antepasados: esto es un sarcasmo mudo a los antepasados y a los huesos que a la burguesía liberal le faltan.

Por eso intimo al docto señor Topsius, que con sus penetrantes ojos vio formarse mis dos envoltorios de papel de estraza, no sé si en la tierra de Egipto o en la tierra de Canaán, para que en la segunda edición de su *Jerusalén*, sacudiendo púdicos escrúpulos de académico y estrechos desdenes de filósofo, divulgue por la Alemania científica y por la Alemania sentimental cuál era el contenido de aquellos dos envoltorios de papel de estraza. Yo le ruego que lo revele tan francamente como yo lo hago a mis conciudadanos en estas páginas donde vive la realidad, ora embarazada y tropezando en los pesados ropajes de la historia, ora más libre, y saltando bajo el disfraz vistoso de la farsa.

I

Mi abuelo fue el padre Rufino de la Concepción, licenciado en teología, prior de Amendoeirinha y autor de una devota *Vida de santa Filomena.*

Mi padre, cofrade de nuestra señora de la Asunción, se llamaba Rufino de la Asunción Raposo, y vivía en Évora con mi abuela, Filomena Raposo, por mal nombre la Repolluda, confitera en la calle del Lagar dos Dizimos. Mi padre tenía un empleo en Correos y escribía por gusto en *El Farol de Alemtejo.*

En 1853, un eclesiástico ilustre, don Gaspar de Lorena, obispo de Chorazín, que es en Galilea, vino a pasar el mes de junio en Évora, invitado por el canónigo Pita, a cuya casa solía ir mi padre algunas noches. Por deferencia hacia los dos sacerdotes, mi padre tocó el violón y publicó en *El Farol* una crónica laboriosamente espigada en el *Caudal de Predicadores*, felicitando a Évora por la dicha de abrigar en sus muros al insigne prelado don Gaspar, faro refulgente de la Iglesia y preclarísima torre de santidad. El obispo de Chorazín recortó aquel pedazo de *El Farol* para guardarlo entre las hojas de su breviario; y todo en mi padre comenzó a agradarle, desde el aseo de su ropa blanca, hasta la gracia llorosa con que él cantaba, acompañándose de un violón, la "Tonadilla del conde Ordoño". Pero cuando supo que aquel Rufino de la Asunción, tan moreno y simpático, era el hijo carnal de su viejo amigo Rufino de la Concepción, compañero de estudios en el seminario de San José y en los claustros de la universidad, su afecto por mi padre hízole extremoso. Antes de partir de Évora le regaló un reloj de plata; y por su influencia, después de pasar algunos meses como pretendiente en la aduana de Oporto, fue nombrado, escandalosamente, administrador de la aduana de Viana.

Los manzanos se cubrían de flor cuando mi padre llegó a las vegas suaves de Entre-Minho y Lima. En aquel mismo mes de julio conoció a un caballero de Lisboa, el comendador G. Godinho, que estaba pasando el verano con dos sobrinas, junto al río, en una quinta llamada el Mosteiro, antiguo solar de los condes de Lindoso. La más vieja de aquellas señoras, doña María del Patrocinio, usaba anteojos oscuros e iba todas las mañanas de la quinta a la ciudad, en un borriquillo, con un criado de librea, para oír misa en la iglesia de Santa Ana. La otra, doña Rosa, regordeta y trigueña, tocaba el arpa, sabía de memoria los versos de "Amor y melancolía", y pasaba horas enteras a la orilla del agua, bajo la sombra de los abedules, arrastrando su vestido blanco sobre la hierba para hacer ramos de flores silvestres.

Mi padre comenzó a frecuentar el Mosteiro. Un guarda de la aduana le llevaba el violón, instrumento que tocaba con cierta maestría; y cuando el comendador y otro amigo de la casa se embebecían en la acostumbrada partida, y doña María del Patrocinio rezaba el trisagio en el otro piso, mi padre, en el gran balcón de piedra, al lado de doña Rosa, de cara a la luna, redonda y blanca sobre el río, hacía gemir en silencio los bordones y decía la "Tonadilla del conde Ordoño". Otras veces jugaba la partida; entonces doña Rosa se

sentaba al lado de su tío con una flor en los cabellos y un libro caído en el regazo; en tales momentos mi padre sentía la caricia estremecedora de aquellos ojos pestañudos.

Se casaron. Yo nací en la tarde del sábado de la pasión y mi madre murió al estallar en la mañana alegre los cohetes del aleluya. Descansa cubierta de alhelíes en el cementerio de Viana, en una avenida junto al muro, húmeda bajo la sombra de los llorones, donde ella gustaba de ir a pasearse en las tardes de verano vestida de blanco, con su perrita de lanas que se llamaba Traviata.

El comendador y doña María no volvieron al Mosteiro. Yo crecí; tuve el sarampión; mi padre engordaba; su violón dormía olvidado en un rincón de la sala, metido en una funda de franela verde. Un día muy caluroso de julio, mi niñera Gervasia me vistió el pesado traje de terciopelo negro; mi padre puso una gasa en el sombrero de paja; era el luto del comendador G. Godinho, a quien mi padre llamaba muchas veces, entre dientes, majadero.

Después, en una noche de carnaval, mi padre murió de repente, víctima de una apoplejía al descender la escalera de piedra de nuestra casa, disfrazado de oso, para ir al baile que daban las señoras de Macedos.

Entonces tenía yo siete años. Me acuerdo de haber visto al otro día, en la escalera de nuestra casa, una señora alta y gruesa, con mantilla de rico encaje negro, sollozando ante las manchas de sangre de mi padre, que no habían sido lavadas y secaban sobre las piedras. A la puerta, una vieja, arrebujada en un manto de bayetilla, esperaba rezando.

Las ventanas de la fachada de la casa fueron cerradas; en el corredor oscuro, sobre un banco, fue colocado un candelero de bronce que apenas se veía en la sombra con su luz de capilla, humosa y mortal. Venteaba y llovía. Por la vidriera de la cocina, mientras Mariana, lloriqueando, abanicaba el fuego, yo vi llegar al hombre que traía a cuestas el ataúd de mi padre. Bajaba por el camino de nuestra señora de la Agonía. En la cima fría del monte, la capilla de la virgen, con una cruz negra, parecía más triste todavía, blanca y desnuda entre los pinares, casi sumergida en la niebla; y más adelante, donde están los peñascales, gemía y rodaba sin descanso una gran torrentera de invierno. Por la noche, en el cuarto de la plancha, mi niñera Gervasia me sentó en el suelo, envuelto en un pañolón. De vez en cuando rechinaban en el corredor las botas de Juan, el guarda de la aduana que andaba sahumando la casa. La cocinera me trajo unas sopas con huevo. Me adormecí; luego me hallé caminando a orillas de un río claro, donde los chopos, ya muy viejos, parecían tener un alma y suspiraban; y a mi lado iba andando un pobre desnudo, con dos llagas en los pies y manos: era Jesús, nuestro señor.

Días después, me despertaron una madrugada en que la ventana de mi cuarto, bañada en sol, resplandecía prodigiosamente como un anuncio de cosa santa. Al lado de la cama, un hombre risueño y gordo me hacía cosquillas en los pies, con ternura, y me llamaba "bribonzuelo". Gervasia me dijo que era el señor Matías que iba a llevarme para muy lejos, para la casa de la tía Patrocinio; y el señor Matías, con la cara suspensa, contemplaba espantado las medias rotas que me calzaba Gervasia. Arrebujáronme en una manta cenicienta que había sido de mi padre, y Juan, el guarda de la aduana, me llevó en brazos

hasta la puerta de la calle, donde estaba una litera con cortinas de hule. Comenzamos entonces a caminar por largas carreteras.

Aún medio adormecido, yo sentía las lentas campanillas de los machos. El señor Matías, sentado frente a mí, me hacía de vez en cuando una fiesta en la cara, murmurando:

—Ya llegaremos.

Una tarde, al oscurecer, paramos de repente en un sitio yermo donde había un lodazal; el literero, furioso, juraba, haciendo restallar el látigo. En rededor, doliente y negro, murmuraba un pinar. El señor Matías sacó disimuladamente su reloj del bolsillo y lo ocultó en la caña de la bota.

Una noche atravesamos una ciudad donde los faroles de la calle tenían una luz jovial, desusada y brillante, como yo nunca había visto, en forma de tulipán abierto. En la casa donde nos apeamos, el criado, llamado Gonçalvez, conocía al señor Matías; después de servirnos los bisteces, quedó familiarmente apoyado en la mesa, con la servilleta al hombro, contando cosas del señor barón y de la inglesa del señor barón. Cuando nos retiramos a nuestro dormitorio alumbrados por Gonçalvez, pasó a nuestro lado, en el corredor, una señora alta y blanca, produciendo al andar un rumor fuerte de sedas y esparciendo a su paso un aroma de almizcle. Era la inglesa del señor barón. Despierto, por el ruido de cerraduras, en mi catre de hierro, yo pensaba en ella rezando un Ave María. Nunca me había rozado cuerpo tan bello, de un perfume tan penetrante; era llena de gracia, el señor estaba con ella, y pasaba, bendita, entre las mujeres, con un rumor de sedas claras.

Después partimos en un coche, que tenía las armas reales pintadas en la portezuela, y rodaba, recto, por una carretera lisa al trote fuerte y pesado de cuatro caballos gordos. El señor Matías, que calzaba babuchas y estaba tomando un polvo de rapé, me decía, señalando aquí y allá, el nombre de una población animada en torno de una iglesia vieja, en la frescura de un valle. A veces, cuando nos anochecía en una cuesta, las ventanas de una vivienda silenciosa brillaban con un fulgor de oro nuevo. El coche pasaba; la casa quedaba siempre adormecida entre los árboles; a través de los vidrios empañados ya veía lucir una estrella: era Venus. En la alta noche tocaba una corneta y entrábamos atronando las calzadas de una villa adormecida. Allá lejos, en el portal del parador, se movían silenciosamente linternas amortiguadas. En el primer piso, en una sala caliente, con la mesa llena de platos, humeaba la comida; los pasajeros, ateridos, bostezaban sacándose los guantes de gruesa lana; yo sorbía mi caldo de gallina, adormilado y sin apetito, al lado del señor Matías, que conocía siempre a algún mozo y preguntaba por el doctor delegado, o quería saber cómo iban los asuntos de la casa.

Al fin, un domingo de mañana, en medio de una llovizna, nos detuvimos ante un caserón situado en una calle llena de lodo. El señor Matías me dijo que era Lisboa; y envolviéndome bien en mi manta, me sentó al extremo de un banco, en el fondo de una sala húmeda, donde había muchos equipajes y grandes banastas de hierro. Una campana tocaba lentamente a misa: por delante de la puerta pasó una compañía de soldados con las armas bajo los capotes de hule. Un hombre cargó con nuestros baúles; montamos en un coche de

punto, y yo me adormecí sobre el hombro del señor Matías. Cuando me despertó, colocándome en el suelo, estábamos en un patio triste, pavimentado de piedra menuda, con bancos pintados de negro. En la escalera, una moza gorda cuchicheaba con un hombre de túnica encarnada que traía colgado del cuello, descansando sobre el pecho, un cepillo de las ánimas. La moza era Vicenta, la criada de mi tía Patrocinio. El señor Matías subió los peldaños de la escalera conversando con ella y llevándome tiernamente cogido de la mano. En una sala forrada de papel oscuro, hallamos a una señora muy alta, muy seca, vestida de negro y con una cadena de oro al pecho. Las puntas de un pañuelo rojo, atado a la barbilla, le caían como una cresta lúgubre sobre la frente; en el fondo de aquella sombra negreaban los anteojos ahumados. Por detrás de la dama, en la pared, una imagen de nuestra señora de los Dolores miraba hacia mí con el pecho traspasado de espadas.

—Ésta es la tía —me dijo el señor Matías—. Es necesario hacerse agradable a la tía. Es necesario decir siempre que *sí* a la tía.

Lentamente, con trabajo, ella bajó la cara, consumida y verdinegra. Y sentí un beso vago, de una frialdad de piedra, y la tía se incorporó enojada.

—¡Ay, Vicenta, qué horror! Creo que le han puesto aceite en el pelo.

Asustado, con el hociquillo trémulo, alcé los ojos hacia ella, y murmuré:

—Sí, tía.

Entonces el señor Matías alabó mi genio y formalidad en la litera, la limpieza con que comía en la mesa de los paradores.

—Está bien —gruñó la tía secamente—. Era lo que faltaba; portarse mal sabiendo lo que yo hago por él. Ande, Vicenta, llévele para allá adentro... Lávele esa cabeza, mire si sabe hacer la señal de la cruz.

El señor Matías me dio dos besos muy sonoros. Vicenta me llevó consigo para la cocina. Por la noche me vistieron el traje de pana; Vicenta, muy seria, con delantal blanco, me condujo de la mano a una sala con grandes cortinones de damasco escarlata; los pies de las consolas eran dorados como las columnas de un altar. La tía estaba sentada en el centro de un canapé, vestida de seda oscura, con una cofia de encajes negros y los dedos resplandecientes de anillos. A uno y otro lado, en sillas también doradas, estaban dos eclesiásticos que conversaban con la tía. Uno de ellos, risueño, con cabellos dorados y blancos, abrió los brazos y me estrechó paternalmente. El otro, moreno y triste, murmuró suavemente:

—Buenas noches.

Desde la mesa donde hojeaba un gran libro de estampas, un hombre pequeño y de cara afeitada me dio la bienvenida dejando caer los espejuelos que cabalgaban sobre su nariz. Cada uno de ellos, vagarosamente, me preguntó mi nombre, que yo pronunciaba *Tedrico.*

El otro, más amable, mostrando los dientes *frescos*, me aconsejó que separase las sílabas, diciendo Te-o-do-ri-co. Después encontraron que mis ojos tenían un gran parecido con los de mi madre. La tía suspiró dando gracias a Dios porque no me parecía en nada a los Raposos. Y el sujeto que hojeaba el libro de estampas, lo cerró, recogió los espejuelos, y tímidamente quiso enterarse de si traía el recuerdo de Viana. Yo murmuré, atortolado:

—Sí, tía.

Entonces, el más amable de los eclesiásticos me atrajo hacia sus rodillas, recomendándome que fuese temeroso de Dios, formal en casa y obediente siempre a la tía...

—Teodorico no tiene a nadie en el mundo más que a la tía. Es necesario decir siempre que *sí* a la tía.

Yo repetí, encogido:

—Sí, tía.

La tía, severamente, me mandó que quitase el dedo de la boca. Después dijo que me fuera con Vicenta, a la cocina, que estaba al final del pasillo.

—Cuando pases por delante del oratorio, donde está la luz y la cortina verde, arrodillate y haz la señal de la cruz.

No hice la señal de la cruz, pero levanté la cortina y el oratorio de la tía me deslumbró prodigiosamente. Las paredes estaban todas revestidas de seda roja, con recuerdos enternecedores, orlados por guirnaldas: representaban los trabajos de Dios, nuestro señor. Los encajes del paño del altar rozaban el suelo alfombrado: los santos de marfil y de madera, con aureolas lustrosas, vivían en un bosque de violetas y de rojas camelias. A la luz de las velas de cera brillaban las vinagreras de plata, arrimadas a la pared, nobles, suntuosas y en reposo, como broqueles de santidad; y, clavado en su cruz de palo negro, bajo un dosel, relucía nuestro señor Jesucristo: era todo de oro.

Me llegué muy despacio hasta el almohadón de terciopelo verde, colocado ante el altar, y en el cual habían dejado su huellas las piadosas rodillas de mi tía. Alcé hacia Jesús crucificado mis lindos ojos negros; y quedé inmóvil, pensando que en el cielo los ángeles, los santos, la virgen y el padre eterno, debían de ser así, de oro, y tal vez tachonados de pedrería: su brillo formaba la luz, y las estrellas eran los puntos más vivos del metal precioso que transparentaba a través de los velos negros en que se los envolvía a la noche para dormir.

Después del té, Vicenta, la criada, me fue a acostar en una alcobita inmediata a su cuarto. Me hizo arrodillar, en camisón, juntó mis manos, y alzó mi cara hacia el cielo. Me dictó el Padre Nuestro que me correspondía rezar por la salud de mi tía, por el reposo de mi madre y por el alma de un comendador que había sido muy bueno, muy santo, muy rico, y que se llamaba Godinho.

Apenas cumplí nueve años, mi tía me ordenó que me hiciesen camisas y un traje de paño negro, y me colocó como interno en el colegio de los Isidoros, que estaba en Santa Isabel.

Desde las primeras semanas trabé amistad muy estrecha y tierna con un muchacho llamado Crispín, de más edad que yo, hijo de la firma Téllez, Crispín y Compañía, dueños de la fábrica de hilados de Pampulla. Crispín ayudaba a misa todos los domingos; y de rodillas, con sus cabellos largos y dorados, hacía recordar la suavidad de un ángel. A veces, me agarraba en el corredor y me sofocaba la cara, que yo tenía femenina y flaca, con besos devoradores; por la noche, en la sala de estudios, mientras hojeábamos los soporíferos diccionarios, me pasaba cartas escritas con lápiz, llamándome su idolatrado y prometiéndome cajas de plumas de acero.

El viernes era el desagradable día de lavarnos los pies. Tres veces por semana, el grasiento padre Soares venía con el mondadientes en la boca a interrogarnos sobre la doctrina cristiana y contarnos la vida del Señor.

—Después de azotarle, lleváronle arrastrando a casa de Caifás... ¡Eh, aquél del extremo del banco!... ¿Quién era Caifás?... ¿No lo sabe? A ver aquel otro... ¿Tampoco? ¿Por qué no atienden a la explicación, cabezudos? Caifás era un judío, y de los peores.

La campana de recreo sonaba, y todos a un tiempo y ruidosamente cerrábamos la cartilla.

El húmedo y triste patio de recreo, cubierto de serrín, olía mal a causa de la vecindad de las letrinas; y el regalo para los más crecidos era echarse un cigarrillo a escondidas en una sala terrena donde, los domingos, el maestro de danza, el viejo Cavinetti, rizado y con zapatos escotados, nos enseñaba mazurcas.

Una vez al mes, Vicenta venía a buscarme después de misa para pasar el domingo con mi tía. Isidoro, el menor, antes que yo saliese, me examinaba siempre los oídos y las uñas, y muchas veces, en su misma palangana, me daba una furiosa jabonadura, llamándome por lo bajo grasiento. Después me conducía a la puerta, me hacía una caricia, llamándome su querido amiguito, y por Vicenta mandaba sus respetos a la señora doña Patrocinio de las Nieves.

Nosotros vivíamos en el Campo de Santa Ana. En el camino yo me paraba siempre en una tienda de estampas, delante de un lánguido cuadro de una mujer rubia, con los pechos desnudos, recostada en una piel de tigre y sustentando en la punta de sus dedos, más finos que los de Crispín, un pesado hilo de perlas. La claridad de aquella desnudez me hacía pensar en la inglesa del señor barón; aquel aroma que tanto me perturbara en el corredor de la posada, volvía a respirarlo, esparcido en la calle, llena de sol, por las sedas de las señoras que subían a oír la misa de Loreto, encorsetadas y graves.

Una vez en casa, mi tía me alargaba su mano para que se la besase; yo permanecía toda la mañana hojeando volúmenes del *Panorama universal*, en la sala pequeña donde había un sofá de *reps*, un armario tallado de madera negra y litografías de color, con tiernos pasajes de la vida de su santo favorito, el patriarca san José. Mi tía, sentada a la ventana, por detrás

de los vidrios, con los pies envueltos en una manta, examinaba prolijamente un gran cuaderno de cuentas.

A las tres, cerraba el cuaderno y comenzaba a preguntarme la doctrina. Diciendo el Credo, salmodiando los Mandamientos, yo percibía su olor a rapé rancio.

Los domingos venían a comer con nosotros los dos eclesiásticos. El del cabello rizado era el padre Casimiro, procurador de la tía. Me daba alegres abrazos y me invitaba a declinar *arbor, arboris; currus, curris*, proclamándome con cariño talentazo. El otro eclesiástico elogiaba el colegio de los lsidoros, hermosísimo establecimiento de educación como no lo había ni en Bélgica. Se llamaba el padre Pinheiro. Cada vez me parecía más moreno y más triste. Siempre que pasaba por delante de un espejo, sacaba la lengua y allí se quedaba contemplándola, estudiándola con desconfianza y angustia.

A la comida, el padre Casimiro se complacía al ver mi apetito.

—¿Un poquito más de la ternera guisada? A mí me gustan los muchachos alegres y de buen diente.

Y el padre Pinheiro, palpando el estómago:

—Feliz edad, feliz edad en que se puede repetir de la ternera.

Él y la tía hablaban entonces de enfermedades. El padre Casimiro, con la servilleta atada al cuello, el plato lleno y la copa llena, sonreía beatíficamente.

Cuando, en la plaza, entre los árboles, comenzaban a lucir los faroles de gas, Vicenta se ponía su chal viejo de cuadros y me llevaba al colegio. A esa hora, los domingos, llegaba a casa de mi tía el sujeto de la cara afeitada, que era el señor José Justino, secretario de la cofradía de San José. En el patio, sacándose ya su gabán, me hacía una fiesta y preguntaba a Vicenta por la salud de doña Patrocinio. Él entraba, nosotros salíamos y cerrábamos el pesado portón. En la calle respiraba con libertad: aquel caserón me entristecía con sus damascos bermejos, sus santos innumerables y su olor a capilla.

Por el camino, Vicenta me hablaba de la tía, a la cual llevaba seis años sirviendo. De esta manera fui enterándome de que la tía padecía del hígado, que tenía mucho dinero en oro en una bolsa de seda verde; que el comendador Godinho, tío de ella y de mi madre, le dejó doscientos mil duros en fincas y la granja del Mosteiro, cerca de la Viana, y vajillas de plata y de lozas de la India... ¡La tía era muy rica! ¡Era necesario ser siempre bueno y agradar siempre a la tía!

A la puerta del colegio, Vicenta me decía:

—Adiós, señorito.

Y me daba un gran beso. Muchas veces, de noche, abrazando a la almohada, yo pensaba en Vicenta y en los brazos que le había visto arremangados, gordos y blancos como la leche. Así fue naciendo en mi corazón, púdicamente, una pasión por Vicenta.

Un día, un muchacho, ya crecido, me llamó lameplatos, durante el recreo. Le desafié, citándolo en las letrinas, y le ensangrenté la cara con un puñetazo bestial. Desde entonces fui respetado y fumé cigarros. Crispín había salido de los Isidoros; yo ambicionaba saber otras cosas; mi grande amor por Vicenta desapareció un día insensiblemente como una flor que se pierde en la calle.

Así fueron pasando los años: por las vísperas de navidad se encendía un brasero en el refectorio; yo colgaba mi abrigo forrado de bayeta y ornado con un ribete de astracán; después llegaban las golondrinas que anidaban en nuestro tejado; en el oratorio de mi tía, en lugar de las camelias, grandes ramos de claveles bermejos perfumaban los pies dorados de Jesús; después era el tiempo de los baños de mar; el padre Casimiro mandaba a la tía un canastillo de uvas de su quinta de Torres... Yo comencé a estudiar retórica.

Un día, nuestro buen procurador me dijo que no volvería más a los Isidoros: debía acabar los estudios preparatorios en Coimbra, en casa del doctor Roxo, pasante de teología. Me hicieron ropa blanca. La tía me dio un papel en el que había escrito una oración para que diariamente la rezase a san Luis Gonzaga, patrono de la juventud estudiosa, y que debía conservar en mi cuerpo la frescura de la santidad, y en mi alma, el temor del Señor. El padre Casimiro me llevó a la bella ciudad donde dormita Minerva. No tardé en detestar al doctor Roxo. En su casa sufrí vida dura y claustral; así que recibí un inefable placer cuando, en mi primer año de derecho, el desagradable eclesiástico murió miserablemente de un ántrax. Pasé entonces al divertido hospedaje de las Pimientas y allí conocí y gusté sin moderación todas las independencias y las fuertes delicias de la vida. Nunca más volví a murmurar la oración de san Luis Gonzaga, ni doblé mi rodilla viril ante imágenes con aureola en la cabeza. Harté la carne con sabrosos amores en el Terreiro da Herva; vagué a la luz de la luna cantando fados, usaba garrote; y como la barba me salía espesa y negra, acepté con orgullo el apodo de Raposón. Cada quince días, sin embargo, enviaba a la tía una carta humilde, piadosa y de buena letra, donde le contaba la severidad de mis estudios, el recato de mis costumbres, los muchos rezos y los rígidos ayunos, los sermones de que me nutría y los dulces desagravios al corazón de Jesús y las novenas con que se consolaba mi alma en Santa Cruz, las pocas horas que tenía de descanso los días de trabajo.

Los meses de verano en Lisboa eran, después, harto dolorosos. No podía salir, ni siquiera a cortarme el pelo, sin implorar de la tía un permiso servil. No me atrevía a fumar después del café. Debía recogerme virginalmente al anochecer: y antes de acostarme me era forzoso rezar con la vieja un largo trisagio en el oratorio. Yo mismo me había condenado a esta detestable devoción.

—¿Tú, allá en Coimbra, acostumbras rezar el trisagio? —me preguntó, con desconfianza, mi tía.

Y yo, sonriendo abyectamente:

—Vaya unas cosas que tiene usted. No puedo dormirme sin haber rezado mi trisagio.

Los domingos continuaban las partidas. El padre Pinheiro, más triste que nunca, ahora se quejaba del corazón y un poco también de la vejiga. Había otro comensal, viejo amigo del comendador Godinho; se llamaba Margaride. Vivía jubilado, sin otra ocupación que leer los periódicos. Como había conocido a mi padre y muchas veces me acompañó al Mosteiro, me trató, desde luego, con autoridad.

Era un hombre corpulento y solemne, ya calvo, con una cara lívida, donde se destacaban las cejas, juntas, espesas y negras, como trazadas con carbón. Raras veces penetraba en la sala sin dar ya desde la puerta una noticia pavorosa.

—¿No saben nada? Un incendio horrible.

Apenas si se trataba de una humareda en una chimenea. Pero el buen Margaride, que siendo joven, en un sombrío acceso de imaginación había compuesto dos tragedias, conservaba ese gusto malsano de exagerar y de impresionar. Muchas veces le oí decir:

—Nadie como yo saborea lo grandioso.

Y siempre que conseguía aterrar a los sacerdotes y a mi tía, tomaba gravemente un polvo de rapé.

A mí me gustaba la compañía del doctor Margaride. Camarada de mi padre en Viana, le había oído cantar muchas veces, acompañándose del violón, la "Tonadilla del conde Ordoño". Además de eso, y en mi misma presencia, alababa francamente a la tía mi talento, mi circunspección y mis modales.

—Nuestro Teodorico, doña Patrocinio, es mozo para tenerla a usted contenta.

Yo bajaba los ojos con modestia.

Precisamente, paseando con el doctor Margaride en el Rocío, un día de agosto, fue cuando conocí a un pariente lejano, primo del comendador Godinho. El doctor Margaride me lo presentó, diciendo apenas:

—Tu primo Javier, muchacho de grandes dotes.

Era un hombre encorvado, de bigote rubio, que había sido un galanteador, y derrochó furiosamente treinta mil duros, heredados de su padre. El comendador Godinho, meses antes de morir, le había recogido por caridad y colocado en la secretaría de Justicia, con veinte duros al mes. Actualmente, Javier vivía con una española llamada Carmen y tres hijos de ella, en una buhardilla de la calle de la Fe.

Un domingo fui a verle. Casi no había muebles. Javier había estado toda la mañana esputando sangre. La española, despeinada, en chinelas, arrastrando la cola de una bata de

estameña manchada de vino, se paseaba por el cuarto adormeciendo a un niño envuelto en trapos y con la cabeza cubierta de heridas.

Inmediatamente, Javier, tratándome de tú, me habló de la tía Patrocinio. Era su única esperanza en aquella sombría miseria. Sierva de Jesús, propietaria de fincas, la tía Patrocinio no podía dejar a un pariente, a un Godinho, morirse en aquella buhardilla, sin sábanas, sin tabaco, con los hijos en derredor, vestidos de harapos, y llorando por pan. ¿Qué le costaba a la tía Patrocinio señalarle, como ya lo había hecho el estado, una mensualidad de veinte duros?

—Debes hablarle, Teodorico, debes decírselo. Mira esos niños: ni medias tienen. Ven acá tú, Rodrigo; dile al tío Teodorico qué comiste hoy al almuerzo... Un pedazo de pan duro y sin manteca, sin nada más. Ésta es nuestra vida, Teodorico. ¡Mira que es duro!...

Enternecido, prometí hablar a la tía.

¡Hablar a la tía! Ni siquiera osaría contarle que conocía a Javier y que había entrado en aquella buhardilla impura, donde habitaba una española enflaquecida en el pecado.

Y para que ellos no advirtiesen el innoble terror que tenía a mi tía, no volví por la calle de la Fe.

Hacia mediados de septiembre, el día de la natividad de nuestra señora, supe por el doctor Barroso que el primo Javier, casi moribundo, quería hablarme en secreto.

Fui allí por la tarde, contrariado. En la escalera olía a fiebre. En la cocina, Carmen hablaba, entre sollozos, con otra española flaca, de mantilla y traje de satén, raído y triste. En la alcoba, Javier, que tosía desesperadamente, arrebujado en un cobertor, tenía a la cabecera de la cama, una palangana, llena de esputos sanguinolentos.

—¿Eres tú, muchacho?

—¿Qué es eso, Javier?

Él me dio a entender, con una frase obscena, que estaba perdido. Después, con un brillo seco en los ojos, me habló de la tía. Habiéndole escrito una carta capaz de desgarrar el corazón, la fiera no había respondido. Ahora iba a mandar al *Diario de Noticias* un anuncio, implorando una limosna en esta forma: "Javier Godinho, primo del rico comendador G. Godinho, etcétera." Quería ver si doña Patrocinio de las Nieves dejaba así, a un pariente, implorar públicamente la caridad en las páginas de un periódico.

—Pero es necesario que tú me ayudes, que la enternezcas. Cuando ella lea el anuncio, cuéntale tú esta miseria. Háblale al corazón. Dile que es una vergüenza dejar morir en semejante abandono a un pariente, a un Godinho. Dile que ya se murmura. Escucha, si hoy he podido tomar un caldo, ha sido porque esa muchacha, la Lolita, que está en casa de Benita la Vejigosa, nos trajo cuatro pesetas... Mira a lo que he llegado.

Me levanté conmovido.

—Cuenta conmigo, Javier.

—Hazme un favor. Si tienes un duro que no te haga falta, dáselo a Carmen.

Se lo di a él, y salí, prometiéndole que hablaría a la tía, en nombre de los Godinhos y en nombre de Dios.

Al otro día, después del almuerzo, mi tía, con el mondadientes en la boca, desdobló el *Diario de Noticias*. Ciertamente, halló pronto el anuncio de Javier, porque quedó largo tiempo contemplando una columna de la tercera página donde el anuncio negreaba, aflictivo y vergonzoso. Entonces me pareció ver vueltos hacia mí, desde el fondo de la buhardilla, los ojos aflictivos de Javier, y la faz amarillenta de Carmen, húmeda de llanto, y las pobrecitas manos de los niños esperando una corteza de pan... Todos aquellos desgraciados confiaban en las palabras que debía yo dirigir a la tía, palabras fuertes, conmovedoras, destinadas a salvarlos y procurarles el primer pedazo de carne en aquel verano de miseria. Abrí los labios; pero ya mi tía, recostándose en la silla, murmuraba con una sonrisa feroz:

—Que se aguante... Es lo que sucede al que no tiene temor de Dios y se mete con borrachos... Que no se lo hubiese gastado todo en vicios... Para mí, hombre que anda detrás de las faldas, que se pierde por ellas, acabó... No tiene perdón de Dios, ni lo merece. Que sufra, que sufra, que también nuestro señor Jesucristo sufrió por nosotros.

Bajé la cabeza y murmuré:

—¡Y aún no sufrimos bastante!... ¡Cuánta razón tiene usted, tía! Que no se metiese en faldas.

Mi tía se levantó, cruzó las manos y dio las gracias al Señor. Yo entré en mi cuarto y cerré la puerta, todo trémulo, sintiendo aún, terribles, recelosas y amenazadoras, las palabras de la tía, para quien los hombres acababan cuando se metían con faldas. También yo me había metido con faldas en Coimbra, en el Terreiro da Herva. Allí, en mi baúl, tenía los documentos del pecado, la fotografía de Teresa dos Quince, una cinta de seda y una carta de ella, la más dulce, en la cual me llamaba "único afecto de su alma", y me pedía dieciocho pesetas. Había cosido tales reliquias dentro del forro del chaleco de paño, recelando las incesantes rebuscas de la tía entre mi ropa blanca. Pero lo cierto es que allí estaban, en el baúl, del cual la tía guardaba la llave, cosidas dentro del chaleco, haciendo una dureza de cartón que cualquier día podían palpar sus dedos desconfiados... ¡Desde aquel momento yo acabaría para ella!

Abrí el baúl, descosí el forro, saqué la carta deliciosa de Teresa, la cinta que conservaba el aroma de su piel y su fotografía: en el alféizar de la ventana, sin piedad, lo quemé todo, amabilidades y fingimientos; y aventé, desesperadamente, las cenizas de mi ternura.

En aquella semana no osé volver a la calle de la Fe. Después, un día que lloviznaba, fui al anochecer, encogido bajo mi paraguas. Un vecino, viéndome examinar desde lejos las ventanas negras y muertas de la buhardilla, me dijo que el señor Godinho había sido llevado al hospital en una camilla.

Di la vuelta tristemente y en el crepúsculo húmedo, habiendo rozado bruscamente con otro paraguas, oí, de repente, mi nombre de Coimbra lanzado con alegría:

—¡Oh, Raposón!

Era Silverio un antiguo condiscípulo y compañero en casa de las Pimientas. Acababa de llegar del Alemtejo, donde había pasado un mes en casa de un tío, un ricachón ilustre, el barón de Alconchel. Ahora, ya de vuelta, me contó que iba a ver a una tal Ernestina, muchacha rubia, que vivía en el Salitre.

—¿Quieres venir allá un rato, Raposón? Vive con ella otra muchacha muy bonita, la Adelina... ¿Tú no conoces a la Adelina? Pues anda, ven a verla... Es una gran mujer.

Aquel día era domingo, noche de partida en casa de mi tía. Yo debía recogerme religiosamente a las ocho de la noche. Me rasqué la barba indeciso. Mi compañero, a quien llamábamos de apodo el Requebrador, me habló de la blancura de los brazos de Adelina: comencé a caminar al lado del Requebrador, poniéndome los guantes negros.

Unidos, con un cartucho de pasteles y una botella de madeira, entramos en casa de Ernestina: la encontramos cosiéndose un elástico de las botas. Adelina, echada sobre el sofá, con la chambra y enaguas blancas y las chinelas caídas sobre la alfombra, fumaba un cigarrillo. Me senté a su lado, conmovido y un poco avergonzado, con mi paraguas entre las rodillas. Solamente cuando Silverio y Ernestina salieron abrazados en busca de copas para el madeira, osé preguntar a la muchacha:

—¿De dónde es usted?

Era de Lamego. Yo, más atortolado que antes, sólo acerté a decir que era triste aquel tiempo de lluvia. Ella me pidió otro cigarro cortésmente, llamándome caballero. Apreció tales formas. Las mangas holgadas de su chambra descubrían unos brazos tan blancos y tan bien hechos, que, entre ellos, la misma muerte debía de ser agradable.

Y le ofrecí el plato donde Ernestina había colocado los pasteles. Ella quiso saber mi nombre. Tenía un sobrino que también se llamaba Teodorico; y esto fue como un hilo sutil y fuerte que de su corazón vino a enroscarse en el mío.

—¿Por qué no deja usted su paraguas en un rincón? —me dijo ella, riendo.

El brillo picante de sus dientes menudos hizo abrir dentro de mi pecho un capullo de madrigal.

—Es para no alejarme ni siquiera un instante del lado de usted.

Ella me hizo una cosquilla lenta en el pescuezo. Embobado de gozo, bebía el resto del madeira que ella había dejado en la copa. Adelina, volviéndose lánguidamente, me levantó el rostro, y mis labios encontraron los suyos con el beso más serio y sentido que hasta entonces conmoviera mi ser. En aquel instante un reloj comenzó a dar las diez, falso, irónico, lento.

¡Dios mío, era la hora del té en casa de la tía!

Con qué terror, sin abrir siquiera el paraguas, me lancé a la calle. Llegué jadeante y ni siquiera me quité las botas llenas de lodo. Enfilé derecho para la sala; allá, al fondo, en el sofá de damasco, distinguí los anteojos negros de mi tía fijos en la puerta, esperando por mí. Todavía gemí:

—Tía...

Pero ella gritaba, colérica, sacudiendo los puños:

—¡Relajaciones en mi casa no las admito! El que quiera vivir aquí, ha de estar a las horas que yo marco. El que no se avenga a ello, tiene la puerta abierta.

Bajo la rociada estridente de indignación de la señora doña Patrocinio, el padre Pinheiro inclinó la cabeza. El doctor Margaride, para apreciar concienzudamente mi culpa, sacó su pesado reloj de oro. Y fue el buen padre Casimiro quien, como sacerdote y como procurador, intervino, influyente y suave:

—Doña Patrocinio tiene razón; tiene mucha razón en querer orden en casa... Pero tal vez nuestro Teodorico se haya demorado un poco más en el Martinho, oyendo hablar de estudios, de compendios...

Exclamé amargamente:

—No es eso, padre Casimiro, no es eso. Ni siquiera estuve en el Martinho. ¿Sabe usted dónde estuve? En el convento de la Encarnación. Encontré un condiscípulo que iba a buscar a su hermana. Hoy es fiesta y la hermana había pasado el día con una tía suya comendadora... Estuvimos esperándola, paseando en el patio... Yo muerto, por zafarme cortésmente de mi amigo, que es sobrino del barón de Alconchel..., y él dale que dale, hablándome de su hermana que va a casarse...

La tía Patrocinio gritó con furor:

—¡Qué conversación, qué indecente conversación para el patio de un convento! Cállate, alma condenada, que debías de tener vergüenza...

El doctor Margaride extendió la mano pacificadora y solemne:

—Está todo explicado. Teodorico fue imprudente; pero el sitio donde estuvo es respetable... Yo conozco al barón de Alconchel. Un verdadero caballero, un buen cristiano. De los propietarios más ricos de Alemtejo, tal vez uno de los más ricos de Portugal o el más rico... No hay fortuna territorial que exceda a la suya. Sólo en cerdos, sólo en corcho...

Se había puesto en pie, y su voz engolada arrastraba montones de oro:

—Muchos miles de duros; millones, muchos millones.

El buen padre Casimiro murmuraba a mi lado, con blancura:

—Tome su té, Teodorico, vaya tomando su té. Crea que la tía únicamente desea su bien...

Removiendo desfallecidamente el azúcar, pensaba en abandonar para siempre la casa de aquella vieja melindrosa que así me ultrajaba delante de la magistratura y de la Iglesia, sin consideración a la barba que comenzaba a nacerme, fuerte, respetable y negra.

Pero los domingos, el té era servido en la vajilla de plata del comendador Godinho. Yo la veía maciza y resplandeciente ante mí: la gran tetera, terminada en pico de pato; el azucarero, cuyas asas tenían la forma de una lagartija; el palillero gentil, en figura de macho, trotando bajo las alforjas. Y todo pertenecía a la tía. ¡Qué rica era la tía! ¡Era necesario ser bueno y agradar siempre a la tía!

Por eso, más tarde, cuando ella penetró en el oratorio para rezar su trisagio, yo ya estaba de rodillas, gimiendo, golpeándome el pecho y suplicándole al Cristo de oro que me perdonase haber ofendido a la tía.

Al fin, un día llegué a Lisboa con mi título de doctor metido en un canuto de lata. La tía lo examinó, reverente; las líneas en latín, las paramentosas tintas bermejas y el sello en su relicario, le parecieron muy bien, por su aire eclesiástico.

—Vaya —dijo ella—, ya eres doctor. A Dios nuestro señor, lo debes; ve, no lo olvides.

Corrí al oratorio con el canuto en la mano y di las gracias al Cristo de oro por mi inútil y glorioso grado de doctor.

A la mañana siguiente, estando ante el espejo peinándome la barba, que ahora tenía cerrada y negra, el padre Casimiro entró en mi cuarto frotándose las manos y sonriendo.

—No es maleja la noticia que le traigo, señor doctor. Y después de acariciarme, según su afectuosa costumbre, con dulces palmaditas en la espalda, el santo procurador me reveló que la tía, satisfecha de mi conducta, había decidido comprarme un caballo para que diese honestos paseos y me esparciese por Lisboa.

—¡Un caballo, oh, padre Casimiro!

Un caballo; y, además de eso, no queriendo que su sobrino, ya barbudo y doctor, sufriese una vergüenza por faltarle a veces una moneda que echar en el petitorio de nuestra señora del Rosario, la tía me asignaba una mesada de quince duros.

Abracé con calor al padre Casimiro. Y deseé saber si la intención de mi tía era que no tuviese otra ocupación, además de andar a caballo por Lisboa, que dejar monedas de plata en el petitorio de nuestra señora.

—Mire, Teodorico; a mí me parece que su tía no quiere que usted tenga otra ocupación sino la del temor a Dios... Lo que le digo es que le espera una vida muy regalada. Pero hay que darle siempre gusto a la tía.

La verdad es que yo recelaba tanto desagradarle, que ni un solo día dejé de oír misa y de rezar el trisagio en el oratorio. Antes de comer, en chinelas, rezaba la jaculatoria a san José, ayo de Jesús, custodio de María y amorosísimo patriarca. A la mesa, contaba a mi tía las iglesias que había visitado y los altares que estaban iluminados. Vicenta, la criada, escuchaba con devoción, en pie entre las dos ventanas donde un retrato de nuestro santo padre Pío IX ocupaba la tira de pared verde, teniendo por debajo, pendiente de un cordón, un viejo anteojo de larga vista, reliquia del comendador Godinho. Después del café, la tía se adormilaba. Yo, ahora, autorizado por ella, salía a recrearme fuera de casa hasta las nueve y media, y corría al final de la calle de la Magdalena. Allí, con recato, oculto el rostro en el cuello de mi gabán y pegado al muro como si el farol de gas que alumbraba en la esquina fuese el ojo inexorable de la tía, penetraba en el portal de casa de Adelina...

¡Sí, de Adelina! Porque nunca se me había olvidado, desde la noche en que el Requebrador me llevó al Salitre, el beso que ella me dio, lánguida y blanca, sobre el sofá. En Coimbra le había hecho versos; y aquel amor, dentro de mi pecho, fue, en el último año de universidad, en el año de derecho eclesiástico, como un maravilloso lirio que nadie veía y que perfumaba mi vida... Apenas mi tía me señaló los quince duros de mesada, corrí en triunfo al Salitre. ¡Adelina ya no estaba allí!

También fue esta vez el Requebrador quien me enseñó aquel primer piso de la calle de la Magdalena donde Adelina moraba ahora protegida por Eleuterio Serra, de la firma Serra Brito y Compañía, con tienda de modas y bisutería en la Concepción Vieja.

Escribí a Adelina una carta ardiente y seria, poniendo, respetuosamente, al empezar: "Muy señora mía".

Ella respondió con dignidad: "Muy señor mío: tendré sumo gusto en recibirle después de mediodía."

Le llevé una cajita de pastillas de chocolate, atada con una cinta de seda. Entré, pisando, conmovido, la estera nueva de la sala. Adelina, un poco constipada, me recibió con un chal encarnado sobre los hombros. Reconoció en seguida al amigo del Requebrador; me habló de Ernestina con severidad, llamándola *indecentona*. Su voz enronquecida por el catarro, me infundía el deseo de curarla en mis brazos con un largo día de agasajo y somnolencia,

bajo el peso de los cobertores, en la penumbra tibia de su alcoba. Después, Adelina quiso saber si yo era empleado o estaba en el comercio. Le referí con orgullo cuánta era la riqueza de mi tía. Con sus manos entre las mías, le dije:

—Si ahora la tía reventase, yo era quien le ponía a usted una casa elegante.

Ella murmuró, bañándome todo en la negra dulzura de su mirada:

—¡Como que voy a creerlo! Si usted cogiese todo ese dinero ya no se acordaba más de mí.

Me arrodillé sobre la estera, trémulo, oprimiendo el pecho sobre sus rodillas, ofreciéndome como una res.

Adelina abrió su chal y me aceptó misericordiosamente.

Desde aquel día —cuando Eleuterio, en el club de la calle nueva de nueva del Carmen, jugaba a la malilla—, (Malilla: juego de naipes.) yo tenía allí, en la alcoba de Adelina, la radiante fiesta de mi vida. Era el elegido de su pecho y tenía en su casa un par de chinelas. A las nueve y media, despeinada, envuelta en una bata, me acompañaba hasta la puerta.

—Adiós, mi vida.

—Adiós, riquito.

Y me dirigía a casa de la señora doña Patrocinio de las Nieyes, rumiando mi gozo. El verano pasó lánguidamente. Al comenzar octubre, mi vida se tornó más fácil y más amplia. La tía me mandó hacer un frac y lo estrené, con su permiso, yendo a oír en el San Carlos la ópera *Poliuto*, ópera que el doctor Margaride había recomendado como henchida de sentimientos religiosos y llena de elevada lección moral. Fui con él, rizado y de guantes blancos. Al día siguiente, durante el almuerzo, conté a mi tía el devoto enredo, los ídolos derribados, los cánticos, las señoras de la aristocracia que estaban en los palcos y de que rico terciopelo vestía la reina.

—¿Sabe usted quién vino a hablarme, tía? El barón de Alconchel, el tío de aquel muchacho que fue mi condiscípulo. Me trató con mucha distinción.

A la tía le agradó aquella distinción, Después, tristemente, como un moralista ofendido, me lamenté del medio descote de una señora inmodesta: desnuda de brazos, desnuda de pecho, mostrando la carne espléndida e irreligiosa que es la desolación del justo y la angustia de la Iglesia.

—Créame, tía, estaba enojado.

A la tía le agradó este enojo.

Pasados pocos días, después del café, cuando me dirigía aún en chinelas al oratorio, para hacer una corta petición a las llagas de nuestro Cristo de oro, la tía me llamó:

—Tienes permiso para volver hoy al San Carlos si quieres... Hoy y siempre que te parezca... Eres un hombre formal y no me importa que estés fuera hasta las once u once y media.

Corrí delirante a ponerme el frac. Tal fue el comienzo de aquella anhelada libertad, conquistada laboriosamente, inclinando el espinazo ante la tía y golpeando el pecho ante Jesús. ¡Libertad bienvenida, ahora que Eleuterio Serra estaba en París, haciendo compras para sus almacenes; y Adelina, libre, bella, más jovial y más hermosa que nunca!

Ciertamente, yo había ganado la confianza de mi tía con mis serviles y beatos fingimientos; pero lo que más la conmovió a alargarme así, tan generosamente, mis horas de honesto recreo, había sido, y esto lo dijo confidencialmente al padre Casimiro, la certeza de que yo me portaba religiosamente y no andaba tras de faldas.

Por eso, ahora, eran tantas mis preocupaciones para evitar que me quedase, en la ropa o en la piel, el delicioso olor de Adelina: a este fin traía en el bolsillo pedazos sueltos de incienso.

Antes de subir la triste escalera de la casa, penetraba ocultamente en la caballeriza desierta, allá en el fondo del patio, y sobre una barrica vacía quemaba algún pedazo de devota resina y me sahumaba, exponiendo al aroma purificador las aletas de mi chaqueta y mis barbas viriles... Después subía y tenía la satisfacción de ver cómo la tía respiraba con regalo:

—Jesús, qué rico olor a iglesia.

Modesto, y con un suspiro, murmuraba:

—Soy yo, tía.

Además de eso, para mejor persuadirla de mi indiferencia por las faldas, coloqué un día, en la mesa del comendador, como olvidada, una carta con sello, seguro de que la religiosa doña Patrocinio de las Nieves, mi señora y tía, no dejaría luego de abrirla. La abrió y le agradó. Estaba escrita por mí a un condiscípulo de Arrayolhos, y decía, en letra noble, estas cosas edificantes:

> Sabrás que he terminado mal con Simoes, nuestro compañero de filosofía, por haberme pedido que le acompañase a una casa deshonesta. Esta clase de ofensas no las admito. Tú recordarás todavía cómo en Coimbra detestaba yo tales relaciones. Verdaderamente no comprendo que haya nadie que, por una distracción pecaminosa, se arriesgue a penar por todos los siglos de los siglos en las calderas de Satanás. Dios mediante, en tales tentaciones espero que no caiga en mucho tiempo tu compañero.

T. Raposo

La tía leyó y le pareció bien. Y todas las noches, vestido de frac, besaba con unción los huesos de sus dedos, y diciéndole que iba a oír *Norma*, corría a la alcoba de Adelina, a hundirme perdidamente en las beatitudes del pecado.

Una de esas noches, al salir de una confitería del Rocío, de comprar yemas acarameladas para Adelina, tropecé de manos a boca con el doctor Margaride, que me anunció, después de un abrazo paternal, que iba al San Carlos, a ver *El profeta*.

—A usted le veo de frac; naturalmente, también viene.

Quedé atortolado. En efecto, habíame vestido de frac, diciendo a la tía que iba a gozar de *El profeta*, ópera de tanta virtud como una santa orquesta de iglesia... Y ahora tenía que sufrir *El profeta* de veras, embutido en una butaca, rozando la rodilla del docto magistrado, en vez de descansar perezosamente en un tálamo amoroso viendo a mi diosa, en camisa, comerse las yemas acarameladas.

—Sí, efectivamente, también yo iba a ver *El profeta* —murmuré, aniquilado—. Dicen que tiene una música casi religiosa... A la tía le pareció muy bien que fuese...

Y con mi inútil cartucho de yemas acarameladas, subí melancólicamente, al lado del doctor Margaride, la calle Nueva del Carmen.

Ocupamos nuestras butacas. En la sala, resplandeciente, blanca y con tonos de oro, yo pensaba en la alcoba sombría de Adelina y en el desaliño de sus faldas, cuando reparé que de una de las hileras, al lado, una señora gruesa y madura, una Ceres otoñal, vestida de seda de color de paja, volvía hacia mí, a cada dulce expresión de los violines, sus ojos claros y serios.

Pregunté luego al doctor Margaride si conocía a aquella dama "que yo por la tarde solía encontrar muchas veces en la iglesia de Gracia, visitando al señor de los Pasos, con una devoción, un fervor..."

—El individuo que, detrás de ella, no hace otra cosa que abrir la boca, es el vizconde de Souto Santos. La joven o es su mujer, la vizcondesa de Souto Santos, o su cuñada, la vizcondesa de Vilhar-o-Velho...

A la salida, la vizcondesa (de Souto o de Vilhar-o-Velho) quedóse un momento en la puerta, esperando su carruaje, envuelta en una capa blanca, orlada delicadamente de pieles; su cabeza, entonces, me pareció más altiva, incapaz de sentir, tonta y pálida, las delicias del amor; la cola, color de paja, arrastrábase sobre el ensolado; era espléndida, era vizcondesa, y otra vez, traspasándome, me miraron sus ojos claros y serios.

La noche estaba estrellada. Y descendiendo en silencio al lado del doctor Margaride, yo pensaba que, cuando todo el oro de la tía fuese mío y dorase mi persona, podría entonces

conocer una vizcondesa de Souto Santos o de Vilhar-o-Velho, no en su espléndido gabinete, sino en mi alcoba, ya caída la grande capa blanca, desnuda ya de las sedas color de paja, alba sólo por el brillo de su desnudez y haciéndose pequeña entre mis brazos... ¡Ay! ¿Cuándo llegaría la hora, dulce, soberanamente dulce, de la muerte de mi tía?

—¿Quiere usted acompañarme a tomar un té en el Martiniho? —me preguntó el doctor Margaride, cuando entrábamos en el Rocío—. No sé si conoce usted las tostadas de Martinho; son las mejores tostadas de Lisboa.

En Martinho, ya silencioso, con los mecheros de gas moribundos, entre los espejos embazados, el doctor Margaride pidió el té para los dos. Después, viéndome mirar con inquietud las manillas del reloj, me dijo que llegaría a casa con tiempo para rezar mis devociones con la tía.

—La tía, ahora —dije yo—, tiene más confianza en mí y me concede más libertad, alabado sea Dios.

—Y usted lo merece todo. La tía le ha cobrado cariño, según me ha dicho el padre Casimiro...

Entonces, recordé la vieja amistad que unía al doctor Margaride con el padre Casimiro, procurador de la tía Patrocinio y su celoso confesor. Aprovechando la oportunidad, lancé un leve suspiro y abrí mi corazón al magistrado lealmente, como a un padre.

—Todo eso es verdad, doctor Margaride. Sin embargo, mi porvenir me inquieta mucho... Hasta tengo el proyecto de ir a un concurso para delegado. Cierto que la tía es rica, que yo soy su sobrino, su único pariente, su único heredero, pero...

Y miré ansiosamente para el doctor Margaride que, por el locuaz padre Casimiro, conocería tal vez el testamento de la tía. El silencio grave en que permaneció el digno magistrado, con las manos cruzadas sobre la mesa, me pareció siniestro. En aquel instante el camarero trajo la bandeja del té, sonriendo y felicitando al magistrado por verlo mejorado de su catarro.

—Deliciosa tostada —murmuró el doctor.

—Excelente tostada —suspiré yo, cortésmente.

Arriesgué otra palabra tímida:

—Cierto que la tía parece tenerme cariño...

—La tía le quiere bien —atajó con la boca llena el magistrado—. Usted es su único pariente... Pero la cuestión es otra, Teodorico. Tiene usted un rival.

—Lo reviento —grité yo, irresistiblemente, con los ojos llameantes y dando un puñetazo en el mármol de la mesa.

El doctor Margaride reprobó con severidad mi violencia.

—Esa expresión es impropia de un caballero. En general, no se revienta a nadie... Y, además de eso, su rival no es otro, amigo Teodorico, que nuestro señor Jesucristo.

¡ Nuestro señor Jesucristo! Solamente comprendí cuando el esclarecido jurisconsulto, ya más calmado, me reveló que la tía, aún en el último año de mi carrera, proyectaba dejar su fortuna, tierras y predios, a hermandades de su simpatía y sacerdotes de su devoción.

—Estoy perdido —murmuré.

El doctor Margaride había acabado la tostada. Extendiendo regaladamente las piernas, me consoló, con el mondadientes en la boca, afable y perspicaz.

—No está todo perdido, Teodorico. No me parece que esté todo perdido. Usted se porta bien con su tía, le lee el periódico, reza con ella el trisagio... Todo eso influye. Inútil es decírselo; el rival es fuerte.

Yo gemí.

—De primera.

—Es fuerte, y debemos añadir digno de respeto. ¿Quiere usted oír mi opinión? Usted heredará todo si doña Patrocinio, su tía y mi señora, se convence de que, dejarle a usted la fortuna, es como dejársela a nuestra santa madre la Iglesia.

El magistrado pagó el té generosamente. Después, ya en la calle, con la cara medio oculta en el cuello levantado del gabán, todavía me dijo en voz baja y confidencial:

—Con franqueza, ¿qué tal la tostada?

—No hay mejor tostada en Lisboa, doctor Margaride. Él me apretó la mano con afecto y nos separamos cuando estaba dando la medianoche en el reloj del Carmen.

Apresurando el paso por la calle Nueva de la Palma, yo comprendía bien amargamente el error de mi vida... ¡Sí, el error! Porque hasta aquel momento la devoción con que yo procuraba agradar a mi tía y a su dinero, había sido siempre regular, pero nunca había sido ferviente. Era preciso, para heredar, que la tía exclamase un día, cruzando las manos con recogimiento: "¡Es un santo!" Si, yo debía identificarme de tal suerte con las cosas eclesiásticas y sumergirme en ellas, de manera que la tía, poco a poco, no pudiese distinguirme claramente de aquel conjunto de cruces, imágenes, casullas, palmas y cirios que era, para ella, la religión y el cielo.

Yo estaba decidido a no dejar ir para Jesús, hijo de María, la fortuna del comendador G. Godinho.

Cuando llegué a casa, sentí que la tía estaba rezando sola en el oratorio. Entré en mi cuarto sin hacer ruido; me alboroté el pelo, y echándome de rodillas al suelo, fui así, arrastrándome por el corredor, gimiendo, suspirando, dándome golpes de pecho, llamando desoladamente a Jesús, mi Dios.

Al oír en el silencio de la casa estas lúgubres lamentaciones de penitencia, la tía acudió despavorida a la puerta del oratorio.

—¿Qué te pasa, Teodorico? Hijo, ¿qué tienes?

Me abatí sobre el suelo gimiendo, desfallecido de pasión divina.

—Perdone, tía... Estuve en el teatro con el doctor Margaride; después tomamos té, hablando cariñosamente de usted... De repente, al volver para aquí, en la calle de la Palma, comienzo a pensar que había de morir, y en la salvación de mi alma y en todo lo que nuestro señor padeció por nosotros, y me entró un ansia de llorar... En fin, si hace el favor la tía, me quedaré aquí un rato en el oratorio para aliviarme...

Muda e impresionada, la tía encendió reverentemente, una a una, todas las velas del altar. Después, en silencio, desapareció, cerrando las cortinas con recato. Me quedé allí, sentado en el almohadón donde la tía se arrodillaba, suspirando alto y pensando en la vizcondesa de Souto Santos o de Vilhar-o-Velho y en los besos voraces que le daría en aquellos hombros, maduros y suculentos, si pudiese poseerla un solo instante, aunque fuese allí mismo, en el oratorio, a los pies de oro de Jesús mi salvador.

Entonces, comencé a corregir mi devoción y a hacerla perfecta. Pensando que el bacalao de los viernes no era bastante mortificación, en tales días, procediendo con ascética rigidez, a la mesa, delante de la tía, sólo probaba el agua y comía una corteza de pan. ¡El bacalao lo comía a la noche con cebolla, después de unos ricos bisteces a la inglesa en casa de Adelina! En mi cuarto, sobre la cómoda, alumbraba una lamparilla de aceite día y noche la litografía iluminada de nuestra señora del Patrocinio; todos los días ponía rosas dentro de un vaso para perfumarle el aire en derredor; y la tía, cuando venía a revolver en mis cajones, quedábase embobada mirando a su patrona sin saber si era a la virgen o si era a ella indirectamente a quien dedicaba yo aquel homenaje de luz y de aromas. En las paredes colgué las imágenes de santos más excelsos como galería de antepasados espirituales. Mi actividad devota fue prodigiosa. No hubo un solo día en que dejase de oír misa por las mañanas y vísperas por la tarde. Jamás falté en iglesia o en capilla, donde se adorase al Sagrado Corazón de Jesús. Las novenas que yo recé se cuentan por las estrellas del cielo. El septenario de los Dolores era uno de mis devotos ciudadanos.

Había días en que, sin descansar, corriendo jadeante por las calles, iba a misa de siete a Santa Ana, a la misa de nueve a San José, a la misa de mediodía a la capilla de las Olivas. Descansaba un instante en una esquina, chupando aprisa el cigarro; después velaba al

santísimo, expuesto en la parroquial de santa Engracia, a la devoción del trisagio en el convento de santa Susana, a la bendición del sacramento en la capilla de nuestra señora de las Piconas.

Por la noche, en casa de Adelina, estaba tan despeado y muerto de fatiga, que ella me daba golpes en los hombros, gritándome furiosa:

—¡Despierta, mochuelo!

¡Ay de mí! Llegó un día en que Adelina, en vez de llamarme "mochuelo", cuando, agotado en el servicio del Señor, apenas podía ayudarla a desabrocharse el corsé, empezó a llamarme "carretón". Aconteció esto hacia las alegres vísperas de san Antonio, en el quinto mes de mi devoción perfecta.

Adelina empezaba a mostrarse cavilosa y distraída. Una noche dejó de hacerme la caricia mejor, aquella que yo más apetecía. ¡El penetrante y regalado beso en la oreja!

Eso sí, todavía continuaba dándome muestras de amor... Aún doblaba materialmente mi gabán; aún me llamaba "riquito"; aún me acompañaba hasta la puerta de la escalera en camisa, dando, al separamos, aquel lento suspiro que era para mí la más precisa evidencia de su pasión. ¡Ay, pero no me favorecía con el beso en la oreja!

Una noche de julio, llegando a su casa más temprano que de costumbre, encontré la puerta abierta. El farol de petróleo, colgado sobre la puerta, alumbraba la escalera. Entré. Hallé a Adelina en falda blanca conversando con un mozalbete de bigote rubio, envuelto en una capa española. Ella palideció y él me pareció acobardado al verme aparecer, grande y barbudo, con mi bastón en la mano. Después, Adelina, sonriendo, amable y veraz, me presentó a su *sobrino Adelino*. Era hijo de su hermana Ricardina, la que vivía en Viseo, y hermano de Teodoriquito... Sacando el sombrero apreté en la palma, grande y leal, los dedos fugitivos del joven Adelino.

—Me alegro mucho de conocerle. ¿Su mamá y su hermano están buenos?

Aquella noche, Adelina resplandeciente, tornó a restituirme el beso en la oreja. Toda aquella semana fue deliciosa como un noviazgo. El verano prometía ser caluroso; ya había comenzado en la Concepción Vieja la novena de san Joaquín. Salía de casa a la hora desagradable en que se riegan las calles, pero más contento que los pájaros que cantaban en los árboles del Campo de Santa Ana. En la salita clara, con todas las sillas cubiertas de dril blanco, encontraba a mi Adelina en chambra blanca, fresca de haberse lavado, oliendo a agua de Colonia y a los lindos claveles bermejos que llevaba en el pelo. En una de estas entrevistas me pidió cincuenta duros.

¡Cincuenta duros!... Por la noche, descendiendo la calle de Santa Magdalena, rumiaba quién podía prestármelos: el buen padre Casimiro estaba en Torres. Mi compañero Requebrador estaba en París... Ya pensaba en el padre Pinheiro, cuyos dolores de riñones yo lamentaba siempre con afecto, cuando de una de esas callejuelas impuras donde Venus

mercenaria arrastra sus chinelas vi escabullirse, todo encogido y subrepticiamente, a José Justino, el virtuoso José Justino, el piadoso secretario de la señora doña Patrocinio de las Nieves, mi tía.

Le grité desde lejos: V

—Buenas noches, Justinito.

Y regresé al Campo de Santa Ana, tranquilo, gozando ya de antemano el regalado beso que me daría Adelina cuando yo, risueño, le extendiese en la mano diez monedas de oro.

Al otro día, temprano, corrí a casa de Justino y le conté la triste historia de un condiscípulo mío, tísico, miserable, agonizando en una fétida casa de huéspedes, cerca de las Caldas.

—Es una desgracia, Justino. No tiene siquiera para un caldo... Yo soy quien le ayudo, pero, desgraciadamente, ¡puedo tan poco!... Le hago compañía, le leo oraciones y ejercicios de la vida cristiana. Anoche cuando nos encontramos, venía de allí... Y créame Justino, que no me gusta andar por esas calles tan tarde... ¡Jesús, qué calles, qué indecencia, qué inmoralidad! Ayer, no crea, ayer bien vi que usted iba horrorizado. Yo también... De manera que esta mañana estaba en el oratorio de la tía rezando por mi condiscípulo y pidiéndole a nuestro señor que le ayudase y le diese algún dinero, cuando me pareció escuchar una voz que bajaba desde lo alto de la cruz y me decía: "Entiéndete con Justinito, él que te dé cincuenta duros para tu amigo..." ¡ Quedé tan agradecido a nuestro señor!... De modo que aquí vengo, Justinito, por orden de Él.

Justino escuchaba triste, chasqueando los dedos. Después, en silencio, me extendió una a una, sobre la mesa, diez monedas de oro. De esta manera pude servir a mi Adelina.

¡Sin embargo, poco duró mi gloria!

De allí a pocos días, estando en el Café de la Montaña tomando un sorbete, el mozo vino a avisarme que una muchacha trigueña y de pañuelo, que decía llamarse Mariana, me esperaba en la esquina...

¡Santo Dios! Mariana era la criada de Adelina. Corrí temblando, dando ya por cierto que mi bien amada estaba enferma.

—¿Hay novedad, Mariana?

La criada me llevó hacia el interior de un patio donde olía mal, y allí, con los ojos encendidos, ronca todavía del escándalo que había tenido con Adelina, empezó a contarme cosas torpes, execrables, sórdidas. ¡Adelina me engañaba! El joven Adelino no tenía con ella ningún parentesco: era el querido, el *chulo*. Apenas yo salía, entraba él. Adelina se le colgaba del cuello, y entonces me llamaban "carretón", buey y estafermo. Los cincuenta duros habían sido para que Adelino se comprara ropa de verano. Todavía había sobrado

para ir a la feria de Belem en coche y con guitarra... Adelina adoraba a su *chulo*; le cortaba los callos; y los suspiros de su impaciencia cuando él tardaba, recordaban el bramar de las ciervas entre las matas calientes, en mayo... ¿Dudaba yo, quería una prueba? Bastaba que fuese aquella noche tarde, después de la una, a llamar en la puerta de Adelina.

Me limpié el sudor y murmuré desfallecido:

—Está bien, Mariana; está bien.

Llegué a casa tan sombrío, tan abatido, que la tía me preguntó con una sonrisa si había caído de la yegua.

—¡De la yegua no, tía! ¡De la yegua! Estuve en la iglesia de nuestra señora de la Gracia.

—¿Por qué traes entonces esa cara tan tristona?

—He tenido un disgusto: un condiscípulo que está muy malo.

Y otra vez, como delante de Justino, aprovechando reminiscencias del primo Javier y de la calle de la Fe, referí a mi tía toda la miseria de aquel compañero enfermo. ¡Un muchacho muy devoto de las cosas santas!

—Desgracias —murmuró la tía Patrocinio, moviendo las agujas de la calceta.

—Tiene usted razón; desgracias. Como el pobre muchacho no tiene familia, nosotros, los condiscípulos, vamos por turno a servirle de enfermeros. Hoy me toca a mí y deseaba que me diese licencia para estar fuera hasta cerca de las dos.

La tía Patrocinio me dio licencia. Hasta se me ofreció para pedir al patriarca san José que fuese preparando a mi condiscípulo para una muerte edificante.

—¡Eso sí que es un gran favor, tía! Él se llama Macieira... El Macieira bizco. Es para que san José lo sepa.

Toda la noche vagué por la ciudad. Por cada calle me acompañaban siempre, fluctuantes y transparentes, dos figuras, una en camisa, otra en capa española, enroscadas, besándose furiosamente y sólo desuniendo los labios para reírse alto, burlándose de mí y llamándome "carretón".

Llegué al Rocío cuando daba la una en el reloj del Carmelo. Todavía fumé un cigarro, indeciso, paseándome por entre los árboles. Después encaminé mis pasos hacia la casa de Adelina. Había luz en su ventana. Agarré la gruesa aldaba de la puerta, y, todavía, antes de llamar, dudé un momento. Sentí el terror de aquella certeza que venía a buscar terminante e irreparable... ¡Dios mío! ¡Tal vez Mariana, por venganza, calumniase a mi Adelina! ¡Todavía la víspera me había llamado "riquito" con tanto ardor! ¿No sería más sensato y más provechoso creer en ella, tolerarle un fugitivo transporte por el señor Adelino y

continuar recibiendo por egoísmo mi beso en la oreja? Pero entonces la idea lacerante de que ella también besaba en la oreja al joven Adelino, y que el joven Adelino también decía ¡ay, ay!, como yo, me hizo descargar en la puerta un aldabonazo bestial.

Sentí abrirse desabridamente una ventana sobre mi cabeza. Adelina surgió en camisa con sus hermosos cabellos revueltos.

—¿Quién es el bruto...?

—Soy yo; abre.

Me reconoció. En el mismo instante apagóse la luz de dentro; y fue como si aquella torcida del quinqué, al extinguirse, dejase también mi alma en oscuridad, fría para siempre y para siempre desierta. Desde el medio de la calle miraba las ventanas negras y murmuraba:

—¡Ay, yo reviento!

Otra vez la camisa de Adelina blanqueó en la ventana.

—No puedo abrir; cené tarde y tengo sueño.

—¡Abre! —grité, alzando los brazos desesperado—. ¡Abre, o no vuelvo más!

—Pues empieza ahora. Recados a la tía.

—¡El demonio te lleve, grandísima borracha!

Después de lanzarle como una pedrada esta severa despedida, descendí la calle, muy digno y muy erguido. Pero al llegar a la esquina rompí en sollozos.

Pesada, muy pesada fue, desde entonces, para mi corazón la lenta melancolía de aquellos días veraniegos... Habiéndole dicho a la tía que estaba escribiendo dos artículos destinados al *Almanaque de la Inmaculada Concepción para 1878*, me pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en mi cuarto. Allí, arrastrando las chinelas por el piso recién regado, removía, entre suspiros, recuerdos de Adelina.

Una noche me decidí a volver por su casa. Llegué con el corazón palpitante a la puerta que tanto conocía y llamé con una aldabada humilde. El joven Adelino asomóse a la ventana en mangas de camisa.

—Soy yo, señor Adelino —murmuré abyectamente, sacándome el sombrero—. Quería hablar con Adelina.

Él se volvió hacia dentro, murmurando mi nombre. Creo que dijo el "carretón". Allá, del fondo, entre los cortinajes donde la presentía desaliñada y hermosa, mi Adelina gritó con furor:

—Desocúpale sobre la cabeza el cubo del agua sucia. Escapé.

El domingo, día en que comían en el Campo de Santa Ana los amigos predilectos de mi tía, aconteció hablar, al cocido, de un sabio, condiscípulo del padre Casimiro, que recientemente había dejado la quietud de su celda en Varatojo para ir a ocupar entre músicas y cohetes la trabajosa sede de Lamego. Nuestro modesto Casimiro no comprendía aquel deseo de una mitra: para él el fin de una vida eclesiástica era estar a los sesenta años sano y sereno, sin apenas ni remordimientos, saboreando el arroz al horno de la señora doña Patrocinio de las Nieves...

—Porque, déjeme usted que se lo diga, señora doña Patrocinio: el arroz está que se chupa uno los dedos...

De esta suerte vino a discurrirse acerca de las ambiciones que, sin agravio de Dios, cada uno podía nutrir en su corazón. La de Justino era una quinta a orillas del Minho, con rosales y parras donde pudiese pasar la vejez, tranquilo y en mangas de camisa.

—Mire, Justino —dijo la tía—, yo echaría de menos una cosa: su misa en la Concepción Vieja... Cuando la gente se acostumbra a una misa, no hay otra que consuele.

El padre Pinheiro reveló también su ambición. Era elevada y santa. Quería ver al papa restaurado en el trono fuerte y fecundo en que había resplandecido León X.

—¡Si a lo menos hubiese más caridad con él! —exclamó la tía—. ¡Pero el santísimo padre, el vicario de nuestro señor, encerrado en una mazmorra, vestido de harapos!

El doctor Margaride la consoló. No creía que el pontífice durmiera sobre pajas. Había oído contar a viajeros esclarecidos que el santo padre, si quisiera, hasta podía tener coche.

—No es bastante; está lejos de ser todo lo que le corresponde a quien usa tiara; pero un coche es una gran comodidad...

Entonces Casimiro deseó saber cuál era la ambición del eminente doctor Margaride.

—Diga usted la suya, doctor Margaride, diga la suya —exclamaron todos.

El venerable magistrado confesó que apetecía ser par del reino. No por vano alarde, ni por el lujo del uniforme, sino para defender el principio de autoridad...

Todos declararon calurosamente al doctor Margaride digno de tal honor. El sonreía, agradeciéndolo, grave y complacido. Después volvió hacia mí su faz majestuosa.

—¿Y Teodorico?... Todavía Teodorico no nos ha dicho cuál era su ambición...

Bajé los ojos, y afirmé que sólo aspiraba a rezar mi trisagio al lado de la tía con provecho y descanso... El doctor Margaride insistió. No le parecía un olvido de Dios, ni una ingratitud con la tía, que yo, inteligente, sano, buen caballero y doctor, nutriese una honesta ambición.

—La nutro —exclamé—. Me agradaría ver París.

—¡Santo Dios! —gritó la señora doña Patrocinio horrorizada—. ¡París! ¡París!

—Para ver iglesias, tía.

—No es necesario ir tan lejos para ver bonitas iglesias —replicó ella, desabridamente—. Para fiestas con órgano y el santísimo bien iluminado, y procesiones en las calles, y buenas voces, y respeto a las imágenes que da gusto, nadie compite con nosotros los portugueses.

Callé, anonadado. El esclarecido doctor Margaride aplaudió el patriotismo eclesiástico de mi tía. Ciertamente no era una república sin Dios donde debían buscarse las magnificencias del culto. Para saborear las cosas grandiosas de nuestra santa religión, si el doctor Margaride tuviese tiempo, no era a París adonde iría.

—¿Sabe usted adónde iría, mi señora doña Patrocinio?

—El doctor —murmuró el padre Pinheiro —correría derecho a Roma...

—¡No, padre Pinheiro; no, mi estimada señora!

—¿No?

Ni el padre Pinheiro, ni mi tía alcanzaban que hubiese nada superior a la Roma pontificial. El doctor Margaride, entonces, alzó solemnemente las cejas negras como el ébano.

—Iría a la tierra santa, doña Patrocinio. Visitaría Jerusalén y el Jordán. Subiría al Gólgota, y, como Chateaubriand, en pie, y con la cabeza descubierta, repetiría: ¡Salve! ¡Salve!

—Hermoso viaje —murmuró el padre Casimiro, pensativo.

—Sin contar —añadió el padre Pinheiro— que nuestro señor Jesucristo ve con aprecio, y agradece mucho, esas visitas al santo sepulcro.

—El que hace ese viaje —dijo Justino—, obtiene el perdón de sus pecados e indulgencias plenarias... Y hasta he oído decir que no sólo para sí, sino también para una persona de familia, probadamente impedida de hacer el viaje...

Librodot

—Por ejemplo —exclamó el doctor Margaride, inspirado, y dándome una fuerte palmada en la espalda —, ¡para una tía adorada, para una tía que ha sido un ángel, toda virtud, toda generosidad!...

La tía no decía nada. Sus anteojos oscuros giraban de los sacerdotes al magistrado; parecían extrañamente dilatados y brillantes, con la claridad interior de una idea: un poco de sangre coloreaba su faz verdinegra. Vicenta sirvió el arroz con leche. Después de saborearlo, rezamos las gracias.

Por la mañana, enjaezada ya la yegua, y calzadas las espuelas, entré a despedirme de mi tía y a saber si mandaba algún piadoso recado para san Roque, pues era aquél su milagroso día. Sentada a un extremo del sofá hallé a mi tía, examinando su gran cuaderno de cuentas, abierto sobre sus rodillas; ante ella, con las manos cruzadas a la espalda, estaba el padre Casimiro, sonriendo pensativo ante las flores de la alfombra.

—¡Venga acá, venga acá! —me dijo el buen sacerdote, apenas asomé en la puerta—. Sepa la novedad...

Sonreí inquieto. La tía cerró su cuaderno.

—Teodorico —comenzó ella cruzando los brazos y muy rápida—. Teodorico, acabo de consultar con el padre Casimiro; y estoy decidida a que alguien que me pertenezca, que sea de mi sangre, vaya peregrinando por mi intención a la tierra santa.

—Es usted un hombre afortunado, Teodorico —murmuró el padre Casimiro, resplandeciente.

—Así pues —prosiguió la tía—, está convenido, y te lo advierto para tu conocimiento, que irás a Jerusalén y a todos los divinos lugares. Excusas de agradecérmelo. Es para bien de mi alma y para honrar el sepulcro de nuestro señor Jesucristo ya que yo no puedo ir... Como, alabado sea Dios, no me faltan medios, has de hacer el viaje con toda suerte de comodidades; y para no estar con más dudas, y por la prisa de agradar a nuestro señor, todavía quiero que partas en este mes... Ahora vete; tengo que seguir hablando con el padre Casimiro. No quiero nada para el señor san Roque: ya me entendí con él.

—Está bien, tía. Adiós, padre Casimiro.

Salí aturdido. Una vez en mi cuarto, corrí al espejo para contemplar este rostro y estas barbas donde en breve había de posarse el polvo de Jerusalén. Después caí sobre la cama.

—¡Qué fastidio de viaje!

¡Ir a Jerusalén! ¿Y dónde estaba Jerusalén? Abrí el baúl donde tenía mis compendios y mi ropa vieja; cogí un atlas: con él, abierto sobre la cómoda, delante de nuestra señora del Patrocinio, comencé a buscar Jerusalén. Mi dedo errante sentía ya el cansancio de una larga jornada. De repente, el nombre de Jerusalén surgió negro, en una vasta soledad blanca, sin

nombres, sin arenas, desnuda, junto al mar. Allí estaba Jerusalén. ¡Dios mío! ¡Qué remoto, qué yermo, qué triste!

Pero entonces comencé a considerar que para llegar a aquel suelo de penitencia, era preciso cruzar regiones amables, femeninas, llenas de fiesta. Una gran claridad iluminó mi alma. Y grité dando sobre el atlas un gran puñetazo, que hizo estremecer a la castísima señora del Patrocinio y a todas las estrellas de su corona.

—¡Caramba, cómo voy a correrla!

Recelando que mi tía, por avaricia de su dinero, o por desconfianza de mi piedad, renunciase a la idea de aquella peregrinación que tantos goces me prometía, resolví ligarla sobrenaturalmente por una orden divina. Fui al oratorio; me alboroté el pelo, como si por entre él hubiese pasado un soplo celeste, y corrí al cuarto de la tía, jadeante, con los brazos trémulos y en alto.

—¡Ay, tía, lo que acaba de pasarme! Estaba en el oratorio rezando de satisfacción, cuando de repente me pareció oír la voz de nuestro señor que, de lo alto de la cruz, me decía muy quedo y sin moverse: "¡Haces bien, Teodorico, haces bien en ir a visitar mi santo sepulcro. Estoy muy contento de tu tía... Tu tía es de las mías!..."

Ella juntó las manos con un fogoso transporte de amor.

—Alabado sea Dios y su santísimo nombre,.. ¿De veras ha dicho eso? Ya ves como nuestro señor sabe que es para honrarle por lo que te mando. ¡Alabado sea en tierra y cielo! Anda, hijo, rézale, rézale.

Salí murmurando el Padre Nuestro. Mi tía corrió a la puerta diciendo en una efusión de simpatía:

—Comprueba si tienes bastante ropa blanca, Teodorico. Tal vez te hagan falta calzoncillos. Gracias a nuestra señora del Rosario tengo posibles, y quiero que vayas con decencia y te presentes bien en el sepulcro de nuestro señor.

La noticia de mi viaje no tardó en divulgarse. Una mañana leí, rojo de orgullo, estás líneas honoríficas que insertaba el *Diario de las Novedades*: "En breve saldrá para visitar Jerusalén y todos los santos lugares en que padeció el redentor, nuestro amigo Teodorico Raposo, sobrino de la excelentísima señora doña Patrocinio de las Nieves, opulenta propietaria y modelo de virtudes cristianas. Deseámosle un feliz viaje; "La tía, desvanecida de gozo, guardó el diario en el oratorio, debajo de la peana de san José. Yo me alegré, presumiendo el despecho de Adelina que, como lectora fiel del *Diario*, no dejaría de ver la noticia y rabiaría al suponerme lleno de oro, olvidado de ella y caminando por esas tierras musulmanas, donde a cada paso se encuentra un serrallo mudo y oliendo a rosas, entre sicomoros.

La víspera de la partida, todos los fieles amigos de mi tía acudieron a despedirme. Como la ocasión era tan solemne se los recibió en la sala de los damascos. Justino me contemplaba como se contempla una figura histórica.

—¡Oh, Teodorico, qué viaje! ¡Lo que se va a hablar de esto!

Entonces pregunté a mis leales amigos qué recuerdos deseaban de aquellas tierras devotas donde vivió Jesús. El padre Pinheiro quería un frasco de agua del Jordán. En cuanto a Justino, que ya me había pedido secretamente un paquete de tabaco turco, delante de la tía deseaba solamente un ramo de olivo del huerto de Getsemaní. El doctor Margaride se encontentaba con una buena fotografía del sepulcro de nuestro señor Jesucristo. ¡Una fotografía que pudiese ponerse en marco!

Después de apuntar en la cartera estas piadosas incumbencias, me volví hacia la tía, risueño, cariñoso, humilde.

—Yo —dijo ella, sentada en mitad del sofá, como en un altar, y tiesa en sus sedas domingueras—, lo que deseo es que hagas este viaje con toda devoción, sin dejar piedra que besar, ni perder novena... Además, también deseo que tengas salud.

Me acerqué, y en su mano, brillante de anillos, deposité un beso de gratitud. La tía, después de pasar el pañuelo de encajes por los labios sumidos, prosiguió con más autoridad y con una emoción creciente:

—Ahora quiero decirte para tu gobierno una sola cosa.

Todos, en pie, reverentes, esperamos, suponiendo que la tía se preparaba a proferir una palabra suprema. En aquella hora de separación, rodeada de sus sacerdotes, rodeada de sus magistrados, doña Patrocinio de las Nieves iba, seguramente, a revelar cuál era el motivo, hasta entonces secreto, por que me mandaba como sobrino y como romero a la ciudad de Jerusalén.

—Óyeme atentamente —empezó diciendo la tía—. Si entiendes que merezco alguna cosa por lo que tengo hecho por ti desde que murió tu madre, ya educándote, ya vistiéndote, ya dándote yegua para que paseases, ya cuidando de tu alma, entonces tráeme de estos santos lugares una santa reliquia, una reliquia milagrosa que pueda llevar siempre conmigo y que me consuele en mis penas y me cure en mis enfermedades.

Por vez primera, después de cincuenta años de aridez, una lágrima breve corrió por las mejillas de doña Patrocinio de las Nieves.

El doctor Margaride, vuelto hacia mí, exclamó arrebatadamente:

—¡Teodorico, qué amor le tiene su tía! ¡Rebusque esas ruinas; escudriñe ese sepulcro! ¡Traiga una reliquia a su tía!

Yo prometí, exaltado:

—Tía, palabra de Raposo que he de traerle una gran reliquia.

Por la severa sala de damascos se desbordó, ruidosa, la conmoción de nuestros corazones. Yo me hallé con los labios de Justino, almibarados de la tostada, pegados a mi barba.

Temprano, muy temprano, a la mañana siguiente, domingo, 6 de septiembre y día de santa Libania, fui a llamar al cuarto de la tía, aún adormecida en su lecho castísimo. Sentí sobre la alfombra aproximarse el blando son de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta; y, seguramente en camisa, alargó por la abertura su mano descamada, lívida, oliendo a rapé. Sentí tentaciones de morderla, y puse en ella un beso baboso. La tía murmuró:

—Adiós. Hazle mis salutaciones al Señor.

Bajé la escalera, calado el salacot de corcho con que debía atravesar el desierto, y la *Guía pintoresca de oriente* en la mano. Detrás de mí, bajaba Vicenta, sollozando.

Mi maleta, nueva, de cuero, y mi repleto saco de lona llenaban el coche del Pingalho, (El Tachuela.) Todavía algunas golondrinas retardadas cantaban en el alero de los tejados. En la capilla de Santa Ana tocaban a misa; y un rayo de sol, viniendo de Oriente, viniendo de allá, de Palestina, me bañó el rostro, amable y risueño como una caricia del Señor. Monté en coche y grité:

—Arrea, Pingalho.

Y echando al aire el humo de mi cigarro, dejé la casa de mi tía, caminando hacia Jerusalén.

Librodot

II

Fue un domingo, día de san Jerónimo, cuando mis pies latinos pisaron por primera vez la tierra de Alejandría. ¡La tierra del oriente, sensual y religiosa! Yo di las gracias a Dios, nuestro señor, por haber hecho hasta allí un viaje feliz; y mi compañero, el ilustre Topsius, doctor alemán por la universidad de Bonn, socio del Instituto Imperial de Excavaciones Históricas, murmuró, grave como una invocación, abriendo su gran quitasol verde:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo, negro Egipto. Séame propicio tu dios de la historia, inspirador de la obra de arte y de la obra de la verdad.

A través de aquel zumbido científico, yo me sentía envuelto en un vaho tibio, como de estufa, adormecedor y perfumado con aromas de sándalo y de rosa. Desde el primer momento amé aquella tierra de indolencia, de sueño y de luz. Y montando en el coche que debía conducirnos al hotel de las Pirámides, invoqué a las divinidades, como el ilustre doctor Topsius:

—¡Egipto, Egipto! Yo te saludo negro Egipto. Y que me sea propicio...

—¡No; que le sea a usted propicia, don Raposo, que le sea a usted propicia Isis, la vaca amorosa!

Así me interrumpió el eruditísimo alemán.

No comprendí, pero me incliné. Había conocido a Topsius en Malta, en ocasión de hallarme comprando violetas a una florista, que ya tenía en sus grandes ojos cierta languidez musulmana. Topsius andaba midiendo concienzudamente, valiéndose para ello de su quitasol, las paredes marciales y monásticas del palacio del gran maestre.

Persuadido de que era un deber espiritual y doctoral, en aquellas tierras de Levante, llenas de recuerdos históricos, medir los monumentos de la antigüedad, saqué mi pañuelo del bolsillo y, estirado con las dos manos, lo fui paseando lentamente sobre la austera cantería. Topsius me lanzó, por encima de sus anteojos de oro, una mirada desconfiada y celosa. Pero tranquilizado, sin duda, por mi aspecto de hombre dado a las cosas terrenas, por mis guantes blancos y mi ramo de violetas en el ojal, el erudito alemán alzó cortésmente su gorra de seda negra dejando ver sus largos cabellos color de maíz. Yo saludé con mi salacot de corcho. Nos hablamos, y así nació nuestra amistad. Yo le dije mi nombre, mi patria y los santos motivos que me llevaban a Jerusalén. Él me contó que había nacido en la gloriosa Alemania y que también iba a Judea en una peregrinación científica; deseaba recoger notas para su formidable obra *Historia de los Herodes*. Pero tenía que detenerse en Alejandría una corta temporada, con objeto de amontonar los pesados materiales de otro libro monumental, la *Historia de los Lágidas*. Porque aquellas dos

turbulentas familias, los Herodes y los Lágidas, eran propiedad histórica del doctísimo Topsius.

El doctor Topsius, alto, flaco y zancudo, con una chaqueta corta de alpaca, atiborrada de manuscritos, se inclinó satisfecho.

—Pues hagamos el viaje juntos, don Raposo. Así conseguiremos también alguna economía.

Encorvado, con las guedejas lacias, la nariz aguda y pensativa y las piernas largas, mi erudito amigo parecía una cigüeña risible y letrada, con anteojos de oro en la punta del pico. Pero ya mi animalidad reverenciaba a su intelectualidad y fuimos a beber cerveza.

Sólo conservo de Topsius recuerdos suaves y elevados. Ya sobre las aguas bravías del mar de Tiro; ya en las adustas callejuelas de Jerusalén; ya dormido a su lado bajo la tienda, al pie de las ruinas de Jericó; ya en los verdes caminos de Galilea, dondequiera encontré siempre a Topsius instructivo, servicial, amable y discreto. Rara vez comprendía sus sentencias sonoras y redondas, que parecían medallas soberbiamente acuñadas; pero, como ante la puerta impenetrable de un santuario, me inclinaba reverentemente, por saber que allá adentro, en la sombra, refulgía la esencia pura de la idea. Quedó debiéndome algún dinero; pero es una deuda mezquina que desaparece en la copiosa onda de saber histórico con que fecundó mi espíritu. Tenía un solo defecto. Era intolerablemente vanidoso de su patria. Sin cesar, alzando la nariz, sublimaba a la científica Alemania; después me amenazaba con lo irresistible de sus armas. ¡ Oh, la omnisciencia alemana! ¡Oh, la omnipotencia alemana! Confieso que me agradaban poco tales jactancias. Así, cuando en el hotel de las Pirámides nos presentaron un libro para registrar en él nuestros nombres y nuestros países, mi docto amigo trazó su "Topsius" agregando por debajo, altivamente, en letras tiesas y disciplinadas: "De la imperial Alemania." Le arrebaté la pluma, y recordando al barbudo Juan de Castro, Ormuz ardiendo, Adamastor, la capilla de San Roque, el Tajo y otras glorias, escribí largamente en cursivas más hinchadas que velas de galeones: "Raposo, portugués de aquende y allende el mar." Y el criado del hotel, un mozo flaco y mustio, que leyó por encima de mi hombro, murmuró suspirando casi desfallecido:

—En cuanto el caballero necesite alguna cosa, llame por el *Alpendrinha*. (El Porchecito.)

¡Un compatriota! Y el mozo me contó su historia al mismo tiempo que abría mi maleta. Era de Trancoso y desgraciado. Había tenido estudios; compuso una necrología y sabía además de memoria los versos más dolorosos de nuestro Soares de Pasos. Pero apenas había muerto su mamá, habiendo heredado algunas tierras, corrió a la fatal Lisboa con el propósito de gozar. En la travesía de la Concepción, conoció a una española deliciosísima, del almibarado nombre de Dulce; y en un idilio, largáronse a Madrid. Allí el juego le empobreció, Dulce le traicionó y un chulo le apuñaló. Curado y macilento, pasó a Marsella, y durante años arrastróse como un harapo social a través de miserias incontables. Fue barbero en Atenas, y sacristán en Roma; con turbante, y con negros odres al hombro, pregonó agua por las calles de Esmirna. El fecundo Egipto le atrajo siempre

irresistiblemente... Y allí estaba, en el hotel de las Pirámides, como mozo de equipajes, siempre triste.

—Si el caballero tiene algún periódico de Lisboa... Me agradaría saber cómo va la política.

Le concedí generosamente todos los "diarios de noticias" que envolvían mis botas.

El dueño del hotel era un griego de Lacedemonia, de bigotes feroces y que hablaba un poquito el castellano. Respetuosamente, él mismo, muy hinchado dentro de su casaca negra, adornada con una condecoración, nos condujo al comedor.

—El más precioso, sin duda, de todo el oriente, caballeros.

Al pie del balcón, un violín y un arpa tocaban la "Mandolinata". A cada momento yo sentía crecer mi amor por aquella tierra de pereza y de luz.

Después del café, mi sapientísimo amigo, con el lápiz y los cuadernos de apuntes en el bolsillo de la chaqueta, salió a rebuscar antiguallas del tiempo de los Ptolomeos. Yo encendí un cigarro y llamé al Alpendrinha. Le conté que deseaba sin tardanza ir a rezar y a amar. Rezar era por la intención de mi tía, que me recomendó muy especialmente una jaculatoria a san José, apenas pisase aquel Egipto, convertido desde la fuga de la santa familia, encima de su borriquillo, en suelo devoto. Amar era por necesidades de mi corazón ansioso y volcánico. El Alpendrinha, en silencio, alzó las persianas y me mostró la esquina de la calle de Las Dos Hermanas, donde una vieja vendía cañas de azúcar. Subiendo por ella, no tardaría en ver una tienda discreta que tenía de muestra una pesada mano de palo, tosca y roja. Y encima, en una tabla negra, este rótulo con letras doradas: "Miss Mary, guantes y flores de cera". Era aquel refugio el que el Alpendrinha aconsejaba a mi corazón.

—Y diga el caballero a miss Mary que va mandado del hotel de las Pirámides.

Puse una rosa en el pecho y salí. En la entrada de la calle de Las Dos Hermanas, distinguí una ermita virginal durmiendo constantemente bajo los plátanos. Pero el amantísimo patriarca san José estaría sin duda recibiendo jaculatorias más importantes que la mía, y no quise importunar al bondadosísimo santo. Seguí adelante hasta detenerme en la mano de palo, pintada de rojo, que parecía estar allí esperando alargada y abierta para apoderarse de mi corazón.

Entré conmovido. Detrás del mostrador barnizado, miss Mary estaba leyendo el *Times* con un gato blanco en el regazo. Desde el primer momento me prendaron sus ojos sencillos, celestes y como jamás los había visto en la morena Lisboa. Sonriendo y bajando con sentimiento las pestañas, me preguntó si deseaba cabritilla o Suecia.

Yo murmuré, inclinándome sobre el mostrador:

—Le traigo recuerdos del Alpendrinha.

Ella escogió un botón de rosa de un ramo que estaba en un vaso sobre el mostrador, y me lo ofreció en la punta de los dedos. Lo besé con furor, y la voracidad de aquella caricia pareció agradarle; una oleada de sangre coloreó su faz y en voz baja me llamó *gatito*. Olvidé a san José y su jaculatoria. Nuestras manos un momento unidas mientras ella me probaba unos guantes claros, no volvieron a desenlazarse durante aquellas semanas que pasé en la ciudad de los Lágidas, en graciosa fiesta musulmana.

Miss Mary era de York: ese heroico condado de la vieja Inglaterra, donde las mujeres crecen fuertes y espléndidas como las rosas de sus jardines reales. A causa de su gracia y de su sonrisa, cuando le hacía cosquillas, le puse el nombre galante y acariciador de Maricocas. Topsius, que la apreciaba, la llamaba nuestra simbólica Cleopatra. Ella amaba mi barba negra y potente. Vestido de blanco, como un lirio, pasé mañanas inefables, arrimado al mostrador de Mary y acariciando voluptuosamente la espina dorsal de su gato. Por la tarde dábamos lentos y agradables paseos a la orilla del canal Mamudieh. Maricocas comía siempre conmigo y con el eruditísimo Topsius en el hotel de las Pirámides. Ante ella, Topsius se abría en flores de erudición amable. Nos contaba las tardes de fiesta en la remota Alejandría de los Ptolomeos sobre el canal que llevaba a Canopia, cuyas márgenes resplandecían de palacios y de jardines; las barcas, con toldos de seda, bogaban al son de laúdes. Maricocas suspiraba:

—¡Qué encanto vivir en esa Alejandría y navegar con rumbo a Canopia, en una barca entoldada de seda! Yo gritaba, celoso:

—¿Sin mí?

Y ella juraba que sin su portuguesito valiente no quería vivir ni en el cielo. Lleno de vanidad pagaba el champaña. Así fueron pasando los días, leves, agradables, repicados de besos, hasta que llegó la víspera sombría de partir para Jerusalén.

—Lo que usted debía hacer —me aconsejaba aquella mañana el Alpendrinha mientras lustraba mis botas— era quedarse aquí, en Alejandría, dándose buena vida.

¡Ah, si pudiese! Pero las órdenes de la tía eran irrecusables. Por amor de su dinero me veía forzado a ir a la negra Jerusalén, arrodillarme ante secos olivos y rezar trisagios y rosarios ante fríos sepulcros...

—¿Tú has estado en Jerusalén, Alpendrinha? —pregunté, mientras me ponía tristemente los calzoncillos.

—No, señor; pero he oído... Peor que Braga.

—¡Qué horror!

Nuestra cena con Maricocas, aquella última noche, fue entrecortada de suspiros; las bujías de los candelabros tenían la melancolía de cirios; el vino nos entristecía como el que se bebe en los funerales. Topsius intentaba consolarnos.

—Bella dama, bella dama, nuestro Raposo ha de volver... Casi estoy seguro que de la ardiente tierra de Siria, la tierra de Venus y de la esposa de *Los Cantares*, traerá en su corazón una llama más ardiente y más juvenil...

Yo me mordía los labios, sofocado.

Después del café, fuimos a apoyarnos en la baranda del balcón y contemplamos en silencio aquella suntuosa noche de Egipto. Las estrellas eran como una gran polvareda de luz que Dios levantase allá en lo alto, paseando solo por los caminos del cielo. El silencio tenía una solemnidad de sagrario. A lo lejos, el mar dormía. En aquella difusa religiosidad, yo sentía subir a los labios irresistiblemente la dulzura de un Ave María... Entonces comencé a pensar que apenas muriese la tía y fuese mío su dinero, podría vivir en aquella tierra de amor y de pureza, al lado de mi guantera, vestido de turco, fresco, sereno, libre de todas las inquietudes de la civilización. Del cielo, solamente me importarían las flores abiertas en mi jardín para aromatizar mi alegría. Y pasaría los días en una pereza oriental recibiendo perpetuamente aquella impresión de felicidad perfecta que Mary me daba solamente con alzar su seno y llamarme su *portuguesito valiente*.

La estreché contra mi pecho, deseando absorberla. Junto a su oreja, de una blancura de concha blanca, balbucí nombres inefables: le dije riquita, le dije retebonita. Ella, estremecida, alzó los ojos tristes hacia la polvareda de oro.

—¡ Cuántas estrellas! ¡Dios quiera que mañana esté tranquilo el mar!

Entonces, ante la idea de aquellas ondas que iban a llevarme a la adusta tierra del Evangelio, tan lejos de mi Mary, un pesar infinito embargó mi pecho.

Cerré la vidriera, y después de salir al pasillo para santiguarme a escondidas, vine a desabrochar por última vez el corsé de mi bien amada.

¡Breve, avaramente breve fue aquella noche estrellada de Egipto!

Temprano, amargamente temprano, vino el griego de Lacedemonia a decirme que ya humeaba en la bahía, encrespado y lleno de viento, el barco, ferozmente llamado Caimán, que debía llevarme para las tristezas de Israel. Mi sabio amigo el doctor Topsius ya estaba abajo almorzando tranquilamente huevos fritos, que regaba con cerveza. Yo apenas tomé un sorbo de café, en mi cuarto, a un lado de la cómoda, en mangas de camisa, con los ojos encendidos bajo la niebla de las lágrimas. Mi gran maleta de cuero atrancaba el pasillo y el Alpendrinha se ocupaba de acomodar de prisa y corriendo la ropa sucia dentro del saco de lona. Maricocas, sentada desoladamente en el borde de la cama, ya puesto el sombrero, contemplaba cómo el Alpendrinha atiborraba el saco. ¡Parecía que cada prenda de ropa blanca era un pedazo de su corazón que partía para no volver más!

—¡Cuánta ropa sucia llevas, Teodorico!

Contesté, desolado:

—Se manda lavar en Jerusalén, con ayuda de nuestro señor.

En aquel momento Topsius se asomó a la puerta fumando, con el quitasol cerrado bajo el brazo, y un volumen de la Biblia llenándole un bolsillo de la americana de alpaca. Al verme todavía sin chaleco, reprendió mi amorosa pereza. Después, volviéndose a Mary, acudió a las cortesías.

—¡Comprendo, bella dama, comprendo! Es doloroso dejar los brazos de Cleopatra... Ya Antonio por ellos perdió Roma y el mundo. Usted me permitirá que le mande, cuando la termine, mi *Historia de los Lágidas*... Hay detalles muy picantes... Cuando Cleopatra se apasiona por Herodes, el rey de Judea...

Desde el otro lado de la cama, el Alpendrinha gritó alborozado:

—¡Caballero! Todavía hay aquí ropa sucia.

Rebuscando entre las mantas había encontrado una larga camisa de encajes con lazos de seda. La sacudía y se exhalaba un aroma suave de violeta y de amor.

¡Ay!, era la camisa de dormir de Mary, todavía caliente de mis brazos.

—Pertenece a la señorita —contesté, y volviéndome hacia Mary—: Es tu camisita, amor.

Mi guantera se alzó trémula, pálida, y tuvo un poético rasgo de pasión. Dobló la camisita y me la arrojó, tan ardientemente, como si entre sus dobleces viniese también su corazón.

—¡Te la doy, Teodorico! ¡Llévala, Teodorico!... Llévala para dormir con ella a tu lado como si fuese conmigo... Espera, espera un momento, amor. Quiero ponerle una palabra, una dedicatoria.

Corrió a la mesa donde quedaban algunos pliegos del papel en que yo escribí a la tía la historia edificante de mi estancia en Alejandría, las noches consumidas embebiéndome en la lectura de los Evangelios... Con la camisa perfumada en brazos, yo sentía dos lágrimas rodar por mis barbas y miraba angustiosamente en torno mío, mirando dónde guardar aquella preciosa reliquia de amor. Las maletas estaban cerradas. El saco de lona estaba lleno.

Topsius, impaciente, sacaba de las profundidades del pecho su reloj de plata. El lacedemonio gritaba desde la puerta:

—Don Teodorico, es tarde; es muy tarde.

Pero mi bien amada ya sacudía el papel cubierto con las letras que había trazado, largas, impetuosas y francas como su amor:

"A mí Teodorico, mi portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos."

—Gracias, riquita. ¿Y cómo llevo yo esto?

Ya el Alpendrinha, de rodillas, abría desesperadamente el saco. Entonces Maricocas, con una inspiración delicada, agarró una hoja de papel pardo, cogió del suelo un cordel encarnado y sus habilidosas manos de guantera hicieron de la camisita un envoltorio redondo, cómodo y gracioso, que metí bajo el brazo apretándolo con avarienta e inflamada pasión.

Después fue un murmullo arrebatado de sollozos, de besos, de caricias.

—¡Mary, ángel querido!

—¡Teodorico, amor!

—Escríbeme a Jerusalén.

—Acuérdate de tu riquita bonita...

Bajé atontado la escalera, seguido del doctor Topsius, que no tardó en decir cosas de vieja erudición.

¿Sabía yo por dónde íbamos andando? Por la noble calzada de los Siete Estados, que el primero de los Lágidas construyó para comunicar con la isla de Faros, loada en los versos de Homero. Ni lo escuchaba siquiera. La dulce Maricocas, desde la puerta del hotel, al lado del Alpendrinha, linda, bajo su sombrero florido de margaritas, me despedía agitando su pañuelo amoroso y acariciador.

Apenas embarcado en el Caimán, corrí a ocultar en mi camarote el dolor. Topsius todavía me agarró por la manga, para mostrarme sitios de la grandeza de los Ptolomeos, el puerto de Eunotos, la ensenada de mármol donde anclaban las galeras de Cleopatra. Huí; en la escalera resbalé y caí sobre una hermana de la Caridad, que subía tímidamente con su rosario en la mano.

Una vez en mi camarote, dejé escapar el llanto, que regó el envoltorio de papel pardo. ¡Era todo cuanto me quedaba de aquella pasión de incomparable esplendor pasada en tierra de Egipto!

Dos días y dos noches el Caimán se balanceo sobre las olas del mar de Tiro. Envuelto en mi manta, sin soltar el envoltorio de Mary, hice toda la travesía. El doctísimo Topsius fue quien me trajo al camarote la nueva de que estábamos a vista de Palestina. El Caimán ancló y en el silencio sentíase el agua rozando los costados con un murmullo de mansa caricia. Me desenvolví de la manta, y, sin soltar el precioso envoltorio de Mary, subí a la toldilla. Una brisa acre y salada me bañó deliciosamente, trayéndome el olor de la sierra y de los naranjos y limoneros en flor. Había enmudecido el mar, todo azul en la frescura de la mañana. Y ante mis ojos pecadores extendíase la tierra de Palestina, arenosa y baja, con una ciudad oscura, rodeada de bosques, herida en lo alto por las flechas del sol.

—¡Jafa! —gritó Topsius, sacudiendo su larga pipa de loza—. Ahí tiene usted, don Raposo, la más antigua ciudad del Asia, la viejísima Jope, anterior al diluvio.

Eché mano a mi salacot y saludé a aquella anciana ciudad, legendaria e histórica. Me conservé descubierto porque al anclar en la tierra santa, el Caimán había adquirido de pronto el recogimiento de una capilla llena de piadosas ocupaciones y de unción. Un lazarista, de larga sotana, paseaba con los ojos bajos, leyendo en su breviario. Sumidas dentro de los capuces negros de lastrina, dos religiosas pasaban los dedos pálidos por las cuentas de sus rosarios. A lo largo de la amura húmeda, peregrinos de Abisinia, hirsutos padres griegos de Alejandría, contemplaban arrobados el caserío de Jafa, aureolado de sol como para la iluminación de un sagrario; y la campana, a popa, tintineaba en la brisa salada, con la dulzura de un toque de misa.

Viendo una barcaza oscura que remaba hacia el Caimán, bajé presuroso a mi camarote para ponerme unos guantes negros y pisar decorosamente la tierra del salvador. Al volver, bien cepillado y perfumado, hallé llena la lancha. Descendía detrás de un franciscano barbudo, cuando el amado envoltorio de Mary se escapó de mis brazos cariñosos, y rodando a saltos la escalera, rozó el borde del bote... ¡Iba a sumergirse en las aguas amargas! Di un grito. Una de las religiosas lo alcanzó ligera y llena de misericordia.

—Muchas gracias, hermana, muchas gracias —grité, agradecido—. Es un paquetito de ropa. ¡Dios se lo pague, hermana!

Ella se refugió modestamente en la sombra de su capuz; y como yo tuve que acomodarme más lejos, entre Topsius y el franciscano barbudo, la santa criatura conservó el envoltorio sobre su puro regazo, echándole por encima las cuentas de su rosario.

Apoyado en mi paraguas contemplaba a la púdica religiosa que así llevaba en su regazo, para la tierra de castidad, la camisita de Mary.

Era joven; bajo el manto triste de lustrina negra, parecía de marfil su rostro oval, donde las luengas pestañas ponían una sombra doliente y melancólica. Los labios habían perdido todo su color y todo su calor, para siempre inútiles, destinados solamente a besar los pies de las imágenes y reliquias. ¡Pobre y estéril criatura! ¿Acaso adivinó lo que contenía aquel envoltorio de papel pardo? ¿Sintió subir bajo su regazo y esparcirse bajo el oscuro capuz un perfume extraño y embriagador de violetas y de epidermis amorosa? ¿La calentura del lecho revuelto que había sobrevivido en los encajes de la camisa, atravesó por acaso el papel y penetró blandamente hasta sus rodillas? ¡Quién sabe! Durante un momento me pareció que una gota de sangre nueva animaba su faz demacrada, y que bajo el hábito donde brillaba una cruz, su seno palpitó perturbado. Hasta me pareció que entre sus pestañas relampagueaba un rayo fugitivo y tímido buscando mis barbas negras y cerradas. Fue un solo momento; de nuevo, bajo el capuz, recobró el rostro su frialdad de mármol blanco. A su lado, otra religiosa, rechoncha y de anteojos, sonreía contemplando el verde mar, sonreía contemplando al sabio Topsius, y era la suya una sonrisa clara, que salía de la paz de su corazón y le marcaba un hoyuelo en la barbilla.

Apenas saltamos en la arena de Palestina, corrí, con el salacot en la mano, a darle las gracias a la hermana de la Caridad.

—Le estoy muy agradecido. Hubiera tenido un gran disgusto si se llega a perder este paquetito... Es de mi tía: una encomienda para Jerusalén... Ya le contaré. La tía es muy devota de todas las cosas santas; una señora llena de caridad.

Muda, bajo la sombra de su capuz, la hermana de la Caridad me alargó el envoltorio con la punta de sus dedos débiles y más transparentes que los de nuestra señora de la Agonía. Los dos hábitos negros se sumieron entre muros deslumbrantes de cal nueva, en una callejuela angosta donde se pudría el cadáver de un perro bajo el vuelo de los moscardones.

Cuando me volví, Topsius, bajo la sombra de su quitasol, conversaba con un hombre que se le ofrecía para guiarnos a través de las tierras de la escritura. Era joven, moreno, alto, con largos bigotes sueltos al viento; usaba chaqueta de terciopelo y botas altas de montar. Las culatas plateadas de dos pistolas, saliendo de una faja de lana negra, le amparaban una parte del estómago y el tórax; a la cabeza llevaba atado un rutilante pañuelo de seda amarilla. Su nombre era Pablo Potte, y su patria, Montenegro. En toda la costa de Siria se le conocía por el alegre Potte. La alegría brillaba en el azul de sus pupilas; la alegría cantaba en sus dientes incomparables; la alegría resonaba en el taconeo de sus botas. Desde Ascalón hasta los bazares de Damasco, desde el Carmelo hasta los pomares de Engadí, dondequiera, se le conocía por el alegre Potte. Me alargó liberalmente su bolsa de tabaco perfumado. Topsius hallábase maravillado de su saber bíblico. Convinimos en que fuese nuestro guía, y cerrado el trato con fuertes apretones de manos, nos dirigimos hacia el hotel Josafat para celebrarlo bebiendo cerveza.

El alegrísimo Potte organizó aprisa nuestra caravana para la ciudad del Señor. Una mula llevaba los equipajes; el arriero árabe, envuelto en un guiñapo azul, era tan bello y arrogante, que irresistiblemente yo buscaba su negra mirada de terciopelo. Por lujo oriental nos seguía como escolta un beduino viejo, con albornoz de lana de camello, listada de gris, y una fuerte lanza mohosa, toda engalanada con cintas y borlones.

Guardé en una alforja el grato envoltorio de la camisa de Mary. Una vez todos a caballo, el festivo Potte, haciendo restallar su látigo, lanzó el antiguo grito de las cruzadas y de Ricardo Corazón de León: "¡Adelante y a Jerusalén! Dios lo quiere!" Y al trote, con los cigarros encendidos, bien sujetos entre los dientes, salimos de Jafa por la puerta del mercado, a la hora en que se tocaba a vísperas en el Hospicio de los Padres Latinos. En el luminoso encanto de la tarde alargábase el camino a través de jardines, huertas, pomares, naranjales, tierra de promisión, resplandeciente y amable. Por entre cercados de mirtos, perdíase el fugitivo cantar de las aguas. El aire, de una dulzura inefable, como para respirar mejor en aquel pueblo elegido de Dios, era un derramado perfume de jazmines y de limoneros. El grave y pacífico rechinar de las norias adormecía lentamente, al terminar el día de riego, entre los romeros floridos. Alta y serena en el azul, volaba un águila.

Hicimos alto en una fuente de mármol rojo y negro, abrigada a la sombra de un grupo de sicomoros donde arrullaban las tórtolas. A un lado, erguíase una tienda: ante la puerta

colgaba una cortina de uvas y requesones. El viejo de largas barbas blancas que moraba allí nos saludó en el nombre santo de Alá, con la nobleza de un patriarca. La cerveza me había producido sed; fue una muchacha bella como la antigua Raquel quien me dio a beber en su cántaro de forma bíblica, sonriendo, con el seno descubierto, y dos argollas de oro batiéndole la faz morena. Un cordero, blanco y familiar, se refugiaba en su túnica.

Descendía la tarde muda y dorada cuando penetramos en la planicie de Sarón, que la Biblia, en otro tiempo, la presentó, llena de rosas. En el ámbito sonaban las esquilas de un rebaño de cabras negras que un árabe iba pastoreando, desnudo como san Juan. Allá, al fondo, los montes siniestros de Judea, tocados por el sol oblicuo que se inclinaba sobre el mar de Tiro, parecían preciosos, azules y llenos de dulzura en la distancia, como las hermosas visiones del pecado. Después, todo oscureció. Dos estrellas de un resplandor infinito aparecieron, y comenzaron a caminar delante de nosotros hacia Jerusalén.

Nuestro cuarto en el hotel del Mediterráneo, con su techo abovedado y blanco, y su pavimento de ladrillo, parecía una rígida celda de rudo monasterio. Disipaba, sin embargo, esta impresión un tabique delgado, forrado de papel, con ramajes azules que lo separaba de otro cuarto donde una voz fresca canturreaba la "Balada del rey de Thule". Arrimado al tabique aquel, exhalando confort y civilización, brillaba un armario de luna que yo abrí, como se abre un relicario, para encerrar mi envoltorio bendito.

Los dos lechos de hierro desaparecían bajo los pliegues virginales de las colgaduras de cambray blanco. En el centro de la habitación había una mesa de pino donde Topsius estudiaba el mapa de Palestina, mientras yo me paseaba en zapatillas, limándome las uñas. Era el sábado en que la cristiandad conmemora enternecida los santos mártires de Évora.

Nosotros llegamos aquella tarde, bajo una lluvia triste y menuda, a la ciudad del Señor. De tiempo en tiempo, Topsius apartaba los anteojos de los caminos de Galilea, y contemplándome con los brazos cruzados, murmuraba amistosamente:

—Ya está el amigo Raposo en Jerusalén.

Yo, parado ante el espejo, echando una mirada a las barbas crecidas y a mi rostro tostado, murmuraba, también con agrado:

—Es verdad: ya está el hermoso Raposo en Jerusalén.

Y me volvía para admirar a través de los cristales empañados a la divina Sión. Ante nuestras ventanas, bajo la lluvia melancólica, alzábanse las blancas paredes de un convento silencioso, echadas las verdes persianas y dos enormes canalones de cinc a cada esquina, uno lloviendo ruidosamente sobre una callejuela desierta, otro cayendo en el suelo blando de una huerta plantada de coles, donde rebuznaba un jumento. De aquel lado se extendían, unos detrás de otros, los tejados incontables y color de lodo, con una cúpula de ladrillo, casi todos decrépitos, desmantelados, misérrimos, y que parecían próximos a deshacerse bajo el agua lenta que caía sobre ellos. Del otro lado se elevaban paredes sórdidas, como ateridas en la niebla húmeda: por entre ellas torcía una callejuela donde constantemente se cruzaban

Librodot

frailes en alpargatas, con la cabeza inclinada bajo sus paraguas, sombríos judíos de lacias melenas o algún perezoso beduino que arregazaba su albornoz.

—¡Esto es un horror, Topsius! Bien decía el Alpendrinha que esto es peor que Braga. ¡Qué ciudad para vivir nuestro señor! Ni un paseo, ni un billar, ni un teatro.

—En aquellos tiempos era más divertida —murmuró mi sabio amigo. Y luego me propuso que el domingo partiésemos para las márgenes del Jordán, donde lo reclamaban sus estudios sobre los Herodes. Allí podrían gozar todos los deleites campestres, ya bañándome en las aguas santas, ya tirando a las perdices entre las palmeras de Jericó. Accedí con gusto; y descendimos a comer llamados por una campana funeraria, que tañía en la sombra del corredor. El refectorio era también abovedado, con una estera de esparto sobre el suelo de ladrillo. Estábamos solos el erudito investigador de los Herodes y yo, en aquella mesa tristona, adornada con flores de papel en vasos rajados. Revolviendo los macarrones de una sopa insustancial, murmuré lleno de tedio:

—Amigo Topsius, esto es inaguantable.

En aquel momento una puerta vidriera se abría en el fondo y sin ruido. Exclamé arrebatado:

—¡Caramba, Topsius, qué gran mujer!

¡Gran mujer en verdad! Sólida y llena de salud como yo. Blanca, con la albura del lino muy lavado; coronada por una masa ardiente de cabello ondulado y castaño, presa en un vestido de sarga azul que sus senos duros y magníficos hacían estallar: entró derramando un fresco olor a... jabón Windsor y agua de colonia, y todo el refectorio se iluminó con el resplandor de su carne y de su juventud... El erudito Topsius la comparó a la fortísima diosa Cibeles.

Cibeles ocupó un puesto a la cabecera de la mesa, serena y soberbia. A su lado, haciendo crujir la silla con el peso de sus amplios miembros, se acomodó su Hércules, tranquilo, calvo, de espesas barbas grises, que, en el mero gesto de desdoblar su servilleta, reveló la omnipotencia del dinero y el hábito de mandar. Por un *yes* que ella murmuró, comprendí que era de la tierra de Maricocas. También recordé a la inglesa del señor barón.

Ella colocó junto al plato un libro abierto que me pareció ser de versos. El barbazas, masticando con la lentitud majestuosa de un león, hojeaba también su *Guía de oriente*. De vez en cuando ella alzaba la franja cerrada de sus pestañas: yo esperaba con ansia el don de aquel claro y suave mirar; pero ella lo derramaba por los muros encalados, por las flores de papel, y lo dejaba recaer desinteresado y frío sobre las hojas de su poema.

Después del café, besó la mano vellosa del barbazas y desapareció por la puerta vidriera, llevándose consigo el aroma, la luz y la alegría de Jerusalén. Hércules encendió perezosamente su pipa: dijo al mozo que le mandase a Ibrahín, el guía, y se levantó, pesado y membrudo. Junto a la puerta derribó el paraguas de Topsius, del venerable Topsius, gloria

de la Alemania científica, miembro del Instituto Imperial de Excavaciones Históricas; y pasó sin alzarlo, ni inclinar la mirada altiva.

—¡Habrá bruto! —gruñí, bramando de furor.

Mi docto amigo, con su cobardía social de alemán disciplinado, levantó el paraguas y lo limpió, murmurando, todo trémulo, que tal vez el barbazas fuese un duque...

—¡Qué duque! ¡Para mí no hay duques! Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo... ¡Lo rajaba!

Pero la tarde dedinaba y debíamos hacer nuestra visita reverente al sepulcro de nuestro Dios. Subí a mi cuarto: penetraba en el corredor, cuando vi que Cibeles abría una puerta inmediata a la nuestra y salía, envuelta en una capa cenicienta, con un tocado donde blanqueaban dos plumas de gaviota. El corazón me palpitó con el delirio de una gran esperanza. ¡Era ella quien cantaba la "Balada del rey de Thule"! ¡De manera que nuestros lechos estaban únicamente separados por el frágil tabique cubierto de rameados azules! Ni siquiera busqué los guantes azules: volví a bajar, todo alborozado, seguro de que iba a encontrarla en el sepulcro de Jesús. Ya planeaba abrir un agujero en el tabique para que mi ojo enamorado pudiese saciarse en las bellezas de su desaliño.

Aún llovía lúgubremente. Apenas comenzamos a subir la vía Dolorosa, encerrada entre muros color de lodo, llamé a Potte, por debajo de mi paraguas, preguntándole si había visto en el hotel a la fuerte y hermosa Cibeles. El alegre Potte ya había tenido el honor de admirarla: por Ibrahín, su compañero predilecto, sabía que el barbazas era un escocés, negociante de curtidos.

—¡Ahí tiene usted el duque, Topsius!... ¡Negociante en curtidos, y gracias! ¡Es un animal!... ¡Yo lo rajaba! En cosas de dignidad soy una fiera. ¡Lo rajaba!

La hija, la de las amplias trenzas, tenía un nombre radiante, de piedra preciosa: se llama Rubí, amaba los caballos, era arrojada; en la alta Galilea, de donde venían, había matado un águila negra...

—Ahora, aquí tienen los señores la casa de Pilatos...

—¡Deja en paz a la casa de Pilatos! ¡Buen cuidado se me da a mí de la casa de Pilatos! ¿Qué más te ha dicho Ibrahín? Desembucha, hombre.

Allí la vía Dolorosa se estrechaba abovedada, como una crujía de catacumba.

Dos mendigos, llenos de llagas roían cáscaras de melón, sentados en el lodo y gruñendo. Aullaba un perro. Y el risueño Potte me contaba que Ibrahín había visto muchas veces a *miss* Rubí contemplar, admirada, la belleza de los hombres de Siria: de noche, a la puerta de la tienda, en tanto el padre bebía cerveza, ella decía versos en voz baja, mirando palpitar las estrellas. Yo pensaba: "¡Caramba, tengo mujer!"

—Ahora están los señores delante del santo sepulcro. Cerré mi paraguas. En el fondo del atrio alzábase la fachada de la iglesia, caduca, triste, abatida, con dos puertas de arco: una, tapada con pedruscos y cal como superflua; la otra, medrosamente entreabierta a los lados débiles de aquel templo, manchados con tonos de ruina, parecían agazaparse dos construcciones desmanteladas, del rito latino y del rito griego, como hijas despavoridas que alcanzó la muerte y que se refugian en el seno de la madre, medio muerta también y ya fría.

Calcé mis guantes negros. Una cuadrilla de hombres sórdidos nos envolvió con un alarido, ofreciendo reliquias, rosarios, escapularios, cruces, pedacillos de tablas cepilladas por san José, medallas, frascos de agua del Jordán, cirios *Tgnusdéi*, estampas de la pasión, flores de papel hechas en Nazaret, piedras benditas, huesos de aceitunas del Monte Olivete, y "túnicas como las que había usado la virgen María". Y a la puerta del sepulcro de Cristo, donde la tía me recomendó que entrase de rodillas, gimiendo y rezando, tuve que desprenderme a empujones de un vagabundo con barbas de ermitaño, que se había colgado de mi chaqueta, hambriento, terco, pedigüeño, ladrando que le comprásemos boquillas hechas con un pedazo del arca de Noé.

—¡Aparta, animal!

De esta piadosa manera me precipité, con el paraguas goteando, dentro del santuario sublime donde la cristiandad guarda el túmulo de Jesucristo. Luego me detuve, sorprendido, sintiendo un delicioso y grato aroma de tabaco de Siria. En un amplio estrado, sobre tapices de Caramania y antiguos almohadones de seda, se reclinaban tres turcos, barbudos y graves, fumando en largas pipas de cerezo. En la pared tenían colgadas sus armas. Delante, un siervo, vestido de harapos, sostenía con cada mano sendas tazas con café. Pensé que el catolicismo providente había establecido a la puerta del hogar divino una tienda de bebidas y aguardientes para esparcimiento de sus romeros. Dije a Potte, en voz baja:

—¡Gran idea! Me parece que también yo voy a tomar un cafecito.

Pero, luego, el festivo Potte me explicó que aquellos hombres serios que fumaban en pipa eran soldados musulmanes, que custodiaban los altares cristianos, para impedir que en torno del sepulcro de Jesús se agrediesen, por superstición, por fanatismo o por envidia de las limosnas, los sacerdotes rivales que allí celebraban sus ritos opuestos. Sacerdotes como el padre Pinheiro, sacerdotes ortodoxos para quienes la cruz tiene cuatro brazos, abisinios y armenios, coptos que descienden de los que en otro tiempo adoraron al buey Apis, nestorianos venidos de Caldea, georgianos que vienen del mar Caspio, todos cristianos, todos intolerantes, todos feroces... Entonces saludé, agradecido, a los soldados de Mahoma, que, para mantener el recogimiento piadoso en torno de Cristo muerto, serenos y armados, velan a la puerta, fumando.

Luego, pasamos delante de una lápida cuadrada, incrustada en las losas oscuras, reluciendo con tal suave brillo de nácar, que parecía el agua quieta de un estanque donde reflejaban las luces de las lámparas. Potte me tiró de la manga, recordándome que era

costumbre besar aquel pedazo de roca, santa entre todas, que, en otro tiempo, en el jardín de José de Arimatea...

—Ya sé..., ya sé... ¿beso, Topsius?

—Vaya besando siempre —me dijo el prudente historiógrafo de los Herodes—. No se le pega nada y agrada a su señora tía.

No besé. En fila y callados, penetramos en una vasta cúpula, tan esfumada en el crepúsculo, que en el círculo de rosetones redondos que había en la bóveda, brillaba como un aro de perlas en torno de una tiara. Las columnas que la sustentaban, finas y juntas como las lanzas de una guardia, cercaban las sombras en rededor, entre cuyos velos brillaba la mancha bermeja y mortecina de una lámpara de bronce. En el fondo se elevaba, blanco y resplandeciente, un sepulcro de mármol, de florida labor. Le servía de dosel un antiguo paño de Damasco, recamado de áureos bordados, viejos y desvanecidos. Dos hileras de antorchas hacían un camino de luces funerarias hasta la puerta estrecha, cubierta por una colgadura color de sangre. Un padre armenio, que desaparecía bajo su amplio hábito negro, lo incensaba, mudo y adormecidamente.

Potte me tiró otra vez de la manga.

—¡El sepulcro!

¡Oh, alma piadosa! ¡Allí estaba, al alcance de mis labios, el túmulo de nuestro señor Jesucristo!

Inmediatamente, me abrí camino entre la turba ruidosa de frailes y de peregrinos, como un perro que busca a su dueño. ¡Yo buscaba un rostro blanco y sonrosado y un tocado con plumas de gaviota! Largo tiempo vagué aturdido. Tan pronto tropezaba con un franciscano ceñido con su cordón de esparto, como me detenía ante un padre copto precedido por siervos que tañían las panderetas sagradas del templo de Osiris. Aquí tropezaba con un montón de ropajes blancos, caído en las losas como un fardo, del cual se escapaban gemidos de contrición; más adelante, era un negro, todo desnudo, echado al pie de la columna, durmiendo plácidamente. A veces, el clamor sagrado de un órgano resonaba, rodaba por los mármoles de la nave, moría con susurro de ola que se esparce; y luego, más lejos, un canto armenio, trémulo y ansioso, batía los muros austeros como la palpitación de las alas de un ave prisionera que quiere huir. El aroma del incienso era sofocador, y sacerdotes de cultos rivales me tiraban de la chaqueta para mostrarme reliquias rivales, heroicas o divinas. Aquí, las espuelas de Godofredo; allí, un pedazo de caña verde, la caña que dieron por cetro burlesco a Jesús.

Aturdido, me uní a una procesión penitente donde me pareció columbrar, blancas y altivas, las dos plumas de gaviota. Un carmelita iba al frente murmurando la letanía, deteniéndose a cada paso ante la puerta de capillas cavernosas, destinadas a la pasión: la del *Improperio*, donde el señor fue flagelado; la de la *Túnica*, donde el señor fue desnudado. Después subimos con antorchas en la mano, una escalera tenebrosa, abierta en la roca viva.

Súbitamente, todo el tropel devoto se arrojó de rodillas, ululando, gimiendo, golpeándose el pecho, clamando por el Señor, de un modo lúgubre y delirante. Estábamos sobre la piedra del calvario.

En torno, la capilla que la abriga, resplandecía con un lujo sensual y pagano. En el techo, de azul metálico, brillaban soles de plata, signos del zodiaco, estrellas, alas de ángeles, flores de púrpura: de entre aquel fausto sideral pendían de hilos de perlas los viejos símbolos de la fecundidad, huevos de avestruz, huevos sagrados de Astarté y del Baco de oro. Sobre el altar, elevábase una cruz rosa con un Cristo tosco y dorado que parecía brillar entre el color difuso de las luces, el relampaguear de las alhajas y el humo de los aromas que se quemaban en las tazas de bronce. En el suelo, en medio de aquella claridad preciosa de pedrería y luz, saliendo de entre las rocas de mármol blanco, se destacaba un pedazo de roca brava y granítica, con una huella alargada y pulida por largos siglos de besos y de caricias beatas.

Un arcediano griego, de barbas escuálidas, gritó:

—¡En esta roca fue clavada la cruz! ¡La cruz! ¡La cruz! ¡Miserere! ¡ Kirieleisón! ¡ Cristo! ¡ Cristo!

Los rezos se precipitaron más ardientes entre sollozos. Un cántico doliente balanceábase con los incensarios, ¡Kirieleisón! ¡Kirieleisón! Y los diáconos pasaban rápidamente con grandes sacos de terciopelo, donde sonaban y caían confundidas las ofrendas de los humildes.

Huí de allí aturdido y confuso; el sabio historiador de los Herodes paseábase en el atrio con el paraguas abierto, respirando el aire húmedo. De nuevo nos acometió el bando hambriento de los vendedores de reliquias. Los repelí rudamente y salí del santo hogar como había entrado: en pecado y maldiciendo.

En el hotel, Topsius recogióse pronto a nuestra habitación para registrar sus impresiones del sepulcro de Jesús; yo quedé en el patio, bebiendo cerveza y fumando con el alegre Potte. Cuando subí, ya tarde, mi esclarecido amigo roncaba, con la vela consumida y un libro abierto sobre la cama, un libro mío traído de Lisboa para recrearme en el país del Evangelio, *El hombre de los tres calzones*. Descalcéme las botas, sucias de lodo venerable de la vía Dolorosa, pensando en mi Cibeles. ¿En qué sacratísimas ruinas, bajo qué árboles divinizados por haber andado bajo su sombra el Señor, había ella pasado aquella tarde nebulosa de Jerusalén? ¿Habría ido al valle del Cedrón?

Suspiré, amoroso y molido; e iba a meterme entre las mantas, cuando distintamente, a través del tabique fino, sentí un ruido de agua vertida en una bañera. Escuché alborozado. Luego, en el silencio que envolvía a Jerusalén, me llegó perceptible el son leve de una esponja empapada en agua. Arrimé la oreja al papel de rameados azules. Pasos blandos y desnudos pisaban la estera que cubría el pavimento de ladrillo. Así fui oyendo todos los rumores íntimos de un largo, lento, lánguido baño: el exprimir de la esponja; el fofo fregotear de la mano llena de espuma de jabón; el suspiro, laso y consolador, del cuerpo

que se estiraba bajo la caricia suave del agua fresca mezclada con gotas de perfume... Yo buscaba, desesperadamente, un agujero, una rendija del tabique... Otra vez cantó el agua corriendo de la esponja. Yo, temblando todo, creía ver las gotas lentas corriendo entre el cauce de aquellos dos senos duros y blancos que hacían estallar el vestido de sarga.

No pude resistir más. Descalzo, en calzoncillos, salí al corredor silencioso; y clavé en la cerradura de su puerta un ojo tan ardiente que casi recelaba herirla con la devorante llama de su rayo sanguíneo... Descubrí en un círculo de claridad una toalla caída en la estera, un ropón bermejo y un extremo del albo cortinaje de un lecho. Yo esperaba que ella atravesase, desnuda y espléndida, aquel disco escaso de luz, cuando sentí, de repente, abrirse una puerta casi detrás de mí. Era el barbazas en mangas de camisa y con el candelero en la mano. Yo, misérrimo Raposo, no pude escapar. El Hércules, callado, con método, puso el candelero en el suelo y alzando su ruda bota de dos suelas, me dio repetidas patadas en las nalgas. Yo rugí:

—¡Bruto!

Él murmuró:

—¡Silencio!

Y otra vez su bota bestial y de bronce me golpeó tremendamente caderas, nalgas, canillas, toda mi carne bien cuidada y preciosa. Después, tranquilamente, volvió a coger su candelero. Entonces yo, lívido, en calzoncillos, le dije con inmensa dignidad:

—Lo que a usted le vale es que estamos aquí, al pie del sepulcro del Señor y no quiero dar escándalos por causa de mi tía... ¡Pero si estuviésemos en Lisboa, fuera de puertas, en un sitio que yo sé, le comía los hígados! Ni usted sabe de lo que se libró. ¡Cuidado con el hombre! ¡Le comía los hígados!

Y muy digno, cojeando, entré a mi cuarto a hacerme pacientes fricciones de árnica. Así pasé mi primera noche en Sión.

Al otro día, temprano, el profundo Topsius fue en peregrinación al Monte de los Olivos y a la fuente clara de Siloé. Yo, dolorido, no pudiendo montar a caballo, quedé en el sofá, con *El hombre de los tres calzones.* Para evitar al afrentoso barbazas, no bajé al comedor, pretextando tristeza y cansancio. Sin embargo, al ponerse el sol en el mar de Tiro, ya me hallaba restablecido y vivaz. Potte había dispuesto para aquella noche una fiesta sensual en casa de Fatmé, una matrona que tenía en el barrio de los armenios un dulce palomar... Nosotros íbamos allí para contemplar a la gloriosa bailadora de Sión, la Rosa de Jericó, y recrearnos con aquella "Danza de la abeja", que encandila a los más fríos y deprava a los más puros...

La recatada puerta de Fatmé, adornada con un pie de viña seca, abríase a la sombra de un muro negro, junto a la Torre de David. Fatmé nos esperaba, majestuosa y obesa, envuelta en velos blancos, con hilos de corales entre las trenzas, y los brazos desnudos, mostrando

Librodot

en cada uno la cicatriz oscura de un bubón apestoso. Me tomó sumisamente la mano, que llevó a su cabeza aceitosa y a sus labios empastados de escarlata, conduciéndome después ceremoniosamente ante una cortina negra, franjeada de oro como el paño de un ataúd. Me estremecí al penetrar en los secretos deslumbradores de un serrallo mudo y oliendo a rosas. Era una sala blanqueada de fresco. A lo largo de las paredes corría un diván revestido de seda amarilla, con remiendos de seda más clara. Sobre un pedazo de tapiz de Persia había un brasero de latón, apagado, bajo el montón de cenizas, y al lado, olvidada, una pantufla de terciopelo, estrellada de lentejuelas. Un bandolín dormía en un extremo entre almohadones. En el aire tibio vagaba un olor femenil de mirra y de benjuí. Por los ladrillos corrían algunas cucarachas.

Me senté, sesudamente, al lado del historiador de los Herodes. Una negra de Dongola, encamisada de escarlata, con brazaletes de plata que chocaban a cada movimiento, vino a ofrecernos café aromático. Casi inmediatamente, Potte apareció diciendo que no podíamos saborear la famosa "Danza de la abeja". La Rosa de Jericó había sido llamada para bailar ante un príncipe de Alemania, llegado aquella mañana a Sión para adorar el sepulcro del Señor. Fatmé apretaba con humildad el corazón, invocando a Alá y llamándose nuestra esclava. ¡Era una fatalidad! La Rosa de Jericó había sido para el príncipe rubio que vino con caballos y con plumas del país de los germanos.

Despechado, hice saber a Fatmé que yo no era un príncipe; pero que mi tía tenía muchas riquezas y que los Raposos privábamos por lo ilustre del linaje en el hidalgo Alemtejo. Si Rosa de Jericó estaba ajustada para regocijar mis ojos católicos, era una desconsideración haberla cedido al hidalgo con coraza, llegado de la hereje Alemania.

El erudito Topsius gruñó, alzando la nariz con petulancia, que Alemania era el más espiritual de los pueblos.

—El brillo que sale del casco alemán, don Raposo, es la luz que guía a la humanidad.

—Sebo para el casco alemán. A mí nadie me guía. Yo soy Raposo, de los Raposos de Alemtejo. Nadie me guía, sino nuestro señor Jesucristo... Además, en Portugal hay grandes hombres como en Alemania: Alfonso, Enriques, Herculano.

Me alcé amenazador. El sapientísimo Topsius temblaba, encogido. Potte acudió:

—¡Paz, cristianos y amigos, paz!

Topsius y yo nos sentamos después en el diván, teniendo apretadas las manos gallardamente y con honra.

Fatmé, en tanto, juraba que Alá era grande y que ella era nuestra esclava. Si nosotros queríamos entregarle siete piastras de oro, ella, en compensación de Rosa de Jericó, nos ofrecía una joya inapreciable, una circasiana, más blanca que la luna llena, más airosa que los lirios que nacen en Galgalá.

—¡Venga la circasiana! —grité, excitado—. ¡Larga esas piastras, Potte! ¡Caramba, quiero regalar mi carne!

Fatmé salió andando de espaldas. El festivo Potte sentóse entre nosotros, abriendo su bolsa perfumada de tabaco de Alepo. Entonces, una puerta blanca, sumida en el muro enlucido rechinó levemente, y una figura entró, velada, blanca, vaporosa. Amplios calzones turcos de seda carmesí caían con languidez desde su cintura ondulante, hasta los tobillos, donde se plegaban sujetos por una liga de oro; sus pies apenas se posaban, albos y alados, en las chinelas de tafilete amarillo; a través del velo de gasa que envolvía su cabeza, el pecho y los brazos, brillaban recamos de oro, fulguraban joyas, y centelleaban las dos estrellas negras de sus ojos. Me desperecé, entumecido de deseo.

Detrás de ella, Fatmé, con la punta de los dedos, alzóle el velo, lenta, lentamente, y de entre la nube de gasa surgió una carota color de queso, cadavérica, nariguda, con un ojo bizco y los dientes podridos que negreaban en la languidez necia de la sonrisa. Potte se levantó del diván injuriando a Fatmé: ella gritaba por Alá, golpeándose en los senos que sonaban blandamente como odres medio vacíos.

Desaparecieron empujándose, arrastrados por una ráfaga de ira. La circasiana, con su sonrisa pútrida, se acercó extendiendo la mano y pidiéndonos "presentes" con una voz ronca del aguardiente. La rechacé con enojo. Ella llevóse una mano a la cadera, y recogiéndose tranquilamente su velo, salió arrastrando las chinelas.

—¡Oh, Topsius; esto me parece una burla!

El sabio hizo consideraciones sobre la voluptuosidad. Yo me sentía feroz, con deseos de romper el bandolín.

—Esto no puede tolerarse. Si estuviéramos en la calle del Arco de Bandeira, a esta Fatmé ya le habría roto los dientes.

Potte apareció atusándose los bigotes, diciéndonos que por nueve piastras más Fatmé consentía en mostrarnos aquella secreta maravilla, una virgen de las márgenes del Nilo, de la alta Nubia, bella como la noche más bella de oriente. Potte la había visto y afirmaba que valía el tributo de una fértil provincia.

Frágil y liberal, cedí.

De nuevo rechinó la puerta, y sobre la blancura de la cal, destacóse en su desnudez color de bronce una espléndida mujer, hecha como una Venus. Durante un momento, se detuvo muda, asustada por la luz y por los hombres. Los cabellos hirsutos, lustrosos de aceite, entrelazados con monedas de oro, le caían sobre el dorso como una selva; un hilo con cuentas de vidrio se enroscaba en torno del cuello y corría entre los senos rígidos, perfectos y de ébano. De repente lanzó un largo plañido: *¡Lu, Iu, Iu, Iu, lu!* Y se echó de bruces sobre el diván. Estirada, en la actitud de una esfinge, quedó asaeteada sobre nosotros, seria e inmóvil, con sus grandes ojos tenebrosos...

Librodot

—Mire —dijo Potte, dándome con el codo—. Repare qué cuerpo. Repare qué brazos.

Y Fatmé, con los ojos en blanco, hacía sonar besos en la punta de los dedos, expresando los deleites trascendentales que debía producir el amor de aquella nubia. Ciertamente que, por la persistencia de su mirada, la habían seducido mis fuertes barbas. Me acerqué lentamente como a una presa segura. Sus ojos se abrían inquietos y fascinantes. Gentilmente, llamándola *paloma mía*, le acaricié el hombro frío. Al contacto de mi piel blanca, la nubia retrocedió con un grito ahogado de gacela herida. Aun cuando aquello no me agradó quise mostrarme amable; pero ella no comprendía mi lengua. En sus ojos fluctuaban la añoranza de su aldea nubia, los rebaños de búfalos que duermen a la sombra de los tamarindos, del gran río que corre eterno y sereno entre las ruinas de las religiones y las tumbas de las dinastías.

Imaginando despertar su corazón con la llama del mío, la atraje lascivamente. Ella huyó, refugiándose en un rincón, toda temblorosa; y dejando caer la cabeza entre las manos, comenzó a llorar largamente.

—Esto es un robo —grité, indignado.

Y calándome el salacot, salí, desgarrando casi, en mi furor, la cortina negra, franjeada de oro. Paramos en una celda con pavimento de ladrillos, donde olía mal; y allí, bruscamente, entre Potte y Fatmé, surgió una ruda contienda sobre la paga de aquella radiante fiesta de oriente: ella reclamaba todavía siete piastras de oro; Potte, con el bigote erizado, le escupía injurias en árabe, rudas, violentas, que parecían entrechocarse como cantos que se despeñan en un valle. Salimos de aquel lugar de deleite perseguidos por los gritos de Fatmé, que, agitando los brazos marcados por la peste, nos maldecía y maldecía a nuestros padres, y a nuestros abuelos, y a la tierra que nos crió, y al pan que comíamos, y a las sombras que nos cubriesen. Después, en la calle negra, dos perros nos siguieron mucho tiempo, ladrando lúgubremente.

Entré en el hotel del Mediterráneo suspirando por mi tierra risueña. Los goces de que me veía privado en aquella lóbrega y enemiga Sión, me hacían ansiar más inflamadamente aquellos que me daría la fácil y amable Lisboa cuando, muerta la tía, heredase su hermosa bolsa de seda verde... ¡Entonces no encontraría en los corredores silenciosos una bota severa y bestial! Entonces ningún cuerpo bárbaro huiría con lágrimas la caricia de mis manos. Dorado por el oro de la tía, mi amor no sería jamás ultrajado ni mi concupiscencia jamás rechazada. ¡Dios mío, si con mi santidad consiguiese cautivar a mi tía!... Aquella noche escribí a la hedionda señora esta carta ternísima:

> Querida tía de mi corazón: Cada vez me siento con mayor virtud, cosa que yo atribuyo al agrado con que el Señor está viendo esta visita mía a su santo sepulcro. De día y de noche paso el tiempo meditando en su divina pasión y pensando en mi querida tía. Ahora mismo vengo de la vía Dolorosa. Es una calle tan bendita, tan bendita, que hasta tengo escrúpulo de pisarla con mis botas: el otro día no me contuve y me incliné besando las piedras. Esta noche la pasé casi toda rezando a nuestra señora del Patrocinio, que todo el

mundo aquí en Jerusalén respeta muchísimo. Tiene un altar muy lindo; aunque, a este respecto, cuánta razón tenía usted cuando decía que para fiestas y procesiones no hay como nosotros los portugueses.

Esta noche, estando en la calle de nuestra señora del Patrocinio y después de rezarle la Salve, levantando los ojos a la santa imagen, le dije: "¡Ay, quién me diera saber cómo está mi tía, la señora doña Patrocinio de las Nieves!" ¿Y querrá usted creerlo, tía? Pues la imagen, con su divina boca, me repuso estas palabras textuales que, para no olvidarlas, escribí en el puño de la camisa: "Mi querida ahijadita va bien, Raposo, y espera hacerte feliz." Y no crea que esto es un milagro extraordinario, porque me cuentan aquí todas las familias respetables con quien voy a tomar el té, que la señora y su divino hijo dirigen siempre algunas palabras agradables a quien va a visitarlos. Sabrá que ya obtuve para usted ciertas reliquias, unas pajas del pesebre y una tabla de las cepilladas por san José. En cuanto a la gran reliquia, aquella que quiero llevarle para curarla de todos sus males, espero obtenerla en breve. Por ahora, no puedo decir más... Recados a nuestros amigos, en quienes pienso mucho y rezo constantemente por ellos. Y la tía sírvase echar su bendición a su sobrino que la venera,

Teodorico

Posdata. Si usted supiese, querida tía, qué asco me ha dado hoy la casa de Pilatos. ¡Hasta le escupí! Y he dicho a la santa Verónica que la tía tenía mucha devodón por ella. Me pareció que la santa quedaba muy agradecida... Es lo que yo digo aquí a todos los eclesiásticos y a los patriarcas: es necesario conocer a mi tía para saber lo que es virtud.

Antes de acostarme fui a escuchar, pegando la oreja al tabique de rameados azules. La inglesa dormía, serena, insensible. Blandiendo el puño cerrado y amenazando hacia el corredor, bramé:

—¡Bestia!

Después abrí el armario, y saqué el delicado envoltorio que contenía la camisita de Mary y lo besé con un beso largo y alegre como un repique.

Temprano, cuando alboreaba el día, partimos para el devoto Jordán.

Aburrida y lenta fue nuestra marcha entre las colinas de Judea, que se suceden lívidas, redondas, como cráneos, calcinadas, yermas por un viento de maldición. En el fulgor duro del cielo, rondaba sobre nuestras cabezas, lento y negro, un buitre. Al declinar el sol, alzamos nuestras tiendas en las ruinas de Jericó.

Librodot

Sabroso fue entonces descansar sobre blandos tapices, bebiendo limonada en la dulzura de la tarde. La frescura de un riachuelo que corría entre arbustos silvestres, mezclábase al aroma de la flor que ellos daban, amarilla como la retama. Más lejos verdeaba un prado de hierbas altas, avivado por la blancura de esbeltos lirios. Cerca del agua pasaban en parejas pensativas cigüeñas. Del lado de Judá erguíase el monte de la Cuarentena, torvo y hosco en su tristeza de eterna penitencia; y mirando hacia Moab, mis ojos se perdían en la vieja y sagrada tierra de Canaán, arenal ceniciento y desolado que se extiende como la lívida mortaja de una raza olvidada hasta las soledades del Mar Muerto. Al día siguiente, con las alforjas bien repletas, nos dirigimos allí en romería. El erudito Topsius me contaba cómo aquella planicie de Canaán había sido en otro tiempo cubierta de rumorosas ciudades, de blancos caminos entre viñedos, y de aguas de regadío, refrescando los muros de los agros. Las mujeres, adornadas las trenzas con anemones, pisaban la uva cantando; y el perfume de los jardines era más grato al cielo que el incienso. Las caravanas que entraban en el valle por el lado de Segor, encontraban más abundancia que en el rico Egipto, y decían que aquél era en verdad el vergel del Señor.

—Pero —agregaba Topsius, sonriendo con infinito sarcasmo—, un día, el altísimo se aburrió y lo arrasó todo.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Quizá mal humor, ferocidad...

Los caballos relinchaban sintiendo la vecindad de las aguas malditas. Aparecieron bien pronto, extendidas hasta las montañas de Moab, inmóviles, mudas, brillando solitarias bajo el cielo solitario. ¡Oh, tristeza incomparable! Se comprende que aún pesa sobre la cólera del Señor, si consideramos que allí yacen hace tantos siglos sin una villa agradable como Cascaes; sin claras barracas de lona alineadas a su orilla; sin regatas, sin niños y niñeras que regocijan poéticamente las conchas en la arena; sin que las alegren, a la hora de las estrellas, los violines de un sexteto. Allí están, muertas, enterradas entre las duras sierras, como entre las losas de un sepulcro. Caminamos algún tiempo en aquella dirección hasta que, desde lejos, avistamos en la arena calcinada una mancha de verdura triste, color de bronce. Potte gritó:

—¡El Jordán! ¡El Jordán!

Y, arrebatadamente, galopamos hacia el río de la Escritura. El festivo Potte conocía, a orillas de la corriente bautismal, un sitio deleitoso donde poder pasar una siesta cristiana; y allí pasamos las horas de calor, recostados en un tapiz, bebiendo cerveza después de puesta a refrescar en las aguas del río santo. Obedeciendo la recomendación de la tía, me desnudé y me bañé en las aguas jordánicas. Al principio, lleno de emoción secreta, pisé la arena reverentemente, como si fuese el paño de un altar mayor. Con los brazos cruzados, desnudo, sintiendo la corriente lenta pasar entre mis rodillas, pensé en san Juan y susurré el Padre Nuestro. Después reí y aproveché aquel bucólico baño entre los árboles; Potte me arrojó mi esponja y me enjaboné en las aguas sagradas tarareando el fado de Adelina.

Al refrescar, cuando montamos a caballo, una tribu de beduinos, descendiendo de las colinas de Galgalá, trajo sus rebaños y sus camellos a beber en el Jordán; las crías, blancas y felpudas, corrían balando; los pastores, con largas picas, lanzando gritos de batalla, galopaban en un amplio tremolar de albornoces, y era como si surgiese en todo el valle, en el esplendor de la tarde, una pastoral de la edad bíblica, cuando Agar era moza. Erguido en la silla, con las riendas bien cogidas, sentí un escalofrío de heroísmo; ambicionaba una espada, una ley, un dios por quien combatir... Lentamente se fue extendiendo por la planicie sagrada un silencio elevado. Penetrado por las emanaciones divinas de aquellas aguas, de aquellos montes, sentíame igual a los hombres fuertes del éxodo. Me pareció ser uno de ellos, familia de Jehová, y que había llegado del negro Egipto con sus sandalias en la mano... Aquel suspiro que traía la brisa, venía de las tribus de Israel. Por los caminos, seguida de una escolta de ángeles, descendía el arca, balanceándose sobre los hombros de los levitas; reverdecía otra vez la tierra de promisión. Jericó blanqueaba entre los agros: a través de los palmares resonaban, acompañando la marcha, los clarines de Josué.

No me contuve, y quitándome el casco, lancé este hurra piadoso:

—¡Viva nuestro señor Jesucristo! ¡Viva toda la corte celestial!

Al otro día, temprano, el incansable Topsius partió a estudiar las ruinas de Jericó, esa vieja ciudad de las palmeras que Herodes cubrió de termas, de templos, de jardines, de estatuas, y donde había pasado sus tortuosos amores con Cleopatra... Yo, en la puerta de la tienda, echado sobre un tapiz, quedé tomando mi café, siguiendo de tiempo en tiempo en el cielo, de un brillo de zafir, el blanco paso de las cigüeñas que volaban en pareja hacia Samaria.

Me puse el salacot y fui a pasearme en la dulzura de la mañana, con las manos en los bolsillos, cantando un fado. De repente, y sin saber de qué manera, me hallé como perdido en un sitio de gran soledad y de gran melancolía. Era lejos del arroyo y de los aromáticos arbustos de flor amarilla: ya no veía nuestras blancas tiendas. Aquel yermo me recordaba otros, los grabados donde un eremita de largas barbas medita un infolio junto a una calavera. Pero ningún solitario aniquilaba allí la carne en heroica penitencia. Solamente, en mitad del descampado, aislado, orgulloso, con no sé qué raro aspecto de reliquia, se erguía un árbol tan repelente, que hizo morir en mis labios el final del fado...

Era un tronco grueso, corto, achaparrado; la corteza tenía el lustre oleoso de una piel negra; y de su cabeza entumecida, de un tono de tizón apagado, rompían como largas piernas de araña ocho ramas que conté, negras, mimbrosas, lanudas, y armadas de espinas... Después de mirar en silencio aquel monstruo, me quité lentamente el salacot. Seguramente me encontraba delante de un árbol ilustre. Sin duda, una rama igual, la novena tal vez, había sido atada en forma de corona por un centurión romano, de guarnición en Jerusalén, para ornar sarcásticamente, en el día del suplicio, la cabeza de un carpintero de Galilea, condenado por andar entre pacíficas aldeas diciéndose hijo de David y diciéndose hijo de Dios, combatiendo las viejas instituciones y las viejas formas. ¡Aquella rama, por haber tocado los cabellos incultos del rebelde, tornóse divina! ¡Yo tenía ante mis frívolos ojos de doctor por Coimbra el sacratísimo árbol de las espinas!

De pronto, una idea cruzó mi espíritu con brillo de visión celeste... Llevaría a la tía una de aquellas ramas, la más triste, la más espinosa, como si fuese la reliquia más fecunda en milagros, a la cual pudiese consagrar mis fervores de devoto y pedir confiadamente los favores celestiales. Pero de repente me asaltó una duda... ¿Y si realmente una virtud trascendental circulase en las fibras de aquel tronco? ¿Y si la tía comenzase a mejorar del hígado apenas yo instalase en su oratorio, entre luces y flores, una de aquellas ramas erizadas de espinas? Pero ¿era aquél realmente el árbol santo? En esta duda, resolví consultar al sólido y sapientísimo Topsius.

Corrí a la fuente de Elíseo, donde el doctor rebuscaba piedras, cacharros, restos de la orgullosa ciudad de las palmeras. Pronto descubrí al luminoso historiógrafo inclinado sobre una charca de agua, desenterrando un pedazo de pilastra negra, cubierta de lodo. A su lado, un jumento, olvidando la fresca hierba, contemplaba filosóficamente y con melancolía el afán, la pasión de aquel sabio encorvado en el suelo buscando las termas de Herodes.

Conté a Topsius mi hallazgo y mi incertidumbre... Él se incorporó servicial, celoso, presto a las lides del saber.

—¿Un arbusto de espinas? —murmuraba, enjugándose el sudor—. Ha de ser el *nabka*... ¡Muy frecuente en toda la Siria! Hasselquist, el botánico, pretende que de él se hizo la corona de espinas... Tiene unas hojas verdes en forma de corazón, como las de la hiedra... ¡Ah! ¿No las tiene? Perfectamente, entonces es el de *Lycium spinosum*. Fue el que, según tradición latina, sirvió para la corona de la injuria. En fin, vamos a aclarar eso, don Raposo. ¡A aclararlo irrefutablemente y para siempre!

En el yermo, ante el árbol medroso, Topsius, alzando catedráticamente la nariz, recogióse un momento a los depósitos interiores de su saber. Después declaró que yo no podía llevar a mi tía devotísima nada más precioso. Su demostración fue deslumbradora. Todos los instrumentos de la divina crucifixión; los clavos, la esponja, la caña, un momento divinizados como materiales de la divina tragedia, entraron poco a poco, por exigencias de la civilización, en los usos groseros de la vida. Los clavos son un valioso herraje. La caña se usa para pescar y entra en la composición del cohete. La esponja, otro tiempo humedecida en el vinagre del sarcasmo y ofrecida en una lanza, se aprovecha hoy en irreligiosos ceremoniales de limpieza que la iglesia siempre reprobó con odio. ¡Hasta la cruz ha perdido, entre los hombres, su divina significación! La cruz es un distintivo de honor: pende de los collares, se usa como dije...

—Pero la corona de espinas, don Raposo, ésa no ha vuelto a servir para nada más.

—Sí, Topsius, sí, yo no puedo llevar a mi tía maravilla mejor. Pero la verdadera, la que ha servido, ¿habrá sido sacada de este tronco? ¿Usted qué opina?

El erudito Topsius desdobló lentamente su pañuelo de cuadros y declaró, contra la fútil tradición latina y contra el ignarísimo Hasselquist, que la corona de espinas fue arrancada de una zarza flexible que abunda en los valles de Jerusalén y con la cual se enciende lumbre...

Yo murmuré, anonadado:

—¡Qué pena! ¡La tía hubiera visto con tanto gusto que fuese cortada de este árbol! ¡Es tan rica la tía!

Entonces, aquel sagaz filósofo comprendió que hay razones de familia, como razones de Estado, y fue subilme. Extendió su mano por encima del árbol, cubriéndolo con la garantía de su ciencia, y dijo estas palabras memorables:

—Don Raposo, hemos sido muy buenos amigos... Puede usted, pues, afirmar a su señora tía, de parte de un hombre que Alemania escucha en cuestiones de crítica arqueológica, que la rama que le lleva de aquí, arreglada en forma de corona, fue...

—¿Fue? —grité yo, ansioso.

—Fue la misma que ensangrentó la frente del rabí Yehosuá Nazarei, a quien los latinos llaman Jesús de Nazaret y otros también llaman Cristo.

Hablaba el alto saber germánico. Saqué mi navaja sevillana y corté una de las ramas. Mientras Topsius volvía a buscar entre las hierbas húmedas la ciudadela de Cyprón, yo me dirigí a las tiendas en triunfo con mi preciosidad. El alegre Potte estaba moliendo café.

—¡Soberbia rama! —gritó al verme—. Hay que arreglarla en forma de corona... ¡Quedará de una gran devoción!

Y luego, con su rara destreza de manos, el alegre Potte entrelazó la rama en forma de corona santa. Resultó tan bien que no pude contenerme y murmuré, enternecido:

—Sólo le faltan las gotitas de sangre. ¡Jesús, lo que la tía se va a alegrar!

¿Y cómo llevaríamos para Jerusalén, a través de los cerros de Judea, aquellas incómodas espinas que parecían ávidas de rasgar carne inocente? Pero para el alegre Potte no había dificultades; sacó del fondo de su próvida alforja una fofa manta de algodón en rama y envolvió delicadamente la corona del agravio como si fuese una joya frágil. Después, con una hoja de papel de estraza y un bramante encarnado, hizo un envoltorio sólido y ligero... Yo, sonriendo, mientras liaba un cigarro, pensaba en aquel otro envoltorio de encajes y lazos de seda, oliendo a violeta y a amor, que había quedado en Jerusalén esperando por mí y por el favor de mis besos.

—¡Potte, Potte! —grité radiante—. No te figuras lo que ha de valerme esa rama dentro de ese paquete.

Apenas Topsius volvió de la sagrada fuente de Elíseo, le ofrecí, para celebrar el encuentro providencial de la gran reliquia, una de las botellas de champaña que Potte traía en las alforjas. Topsius bebió "por la ciencia". Yo bebí "por la religión". Y, liberalmente, la espuma de Moët et Chandon regó la tierra de Canaán.

Por la noche, para mayor festividad, encendimos una hoguera. Las mujeres árabes de Jericó vinieron a danzar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos tarde. El envoltorio de la corona de espinas estaba al lado de mi catre. Apagóse la hoguera y nuestro campamento se durmió en el infinito silencio del valle de la Escritura... Tranquilo, regalado, me dormí también.

III

Llevaría, aproximadamente, dos horas de sueño, cuando me pareció que una claridad trémula, como la de una antorcha humeante, penetraba en mi tienda, y que a través de ella, una voz me llamaba, lamentosa y doliente:

—Teodorico, Teodorico, levántate y parte para Jerusalén.

Arrojé la manta, asustado, y vi al doctísimo Topsius que a la luz mortecina de una vela se calzaba rápidamente una espuela de hierro, apoyado el pie sobre la mesa donde yacían las botellas de champaña. Era él quien me despertaba apresurado y fervoroso.

—¡Arriba, Teodorico, arriba! ¡Ya están ensilladas las yeguas! Al amanecer debemos llegar a las puertas de Jerusalén.

Incorporándome en el catre, miré con pasmo al sesudo doctor:

—¡Topsius! Pero ¿vamos a partir así, bruscamente, sin alforjas, saliendo de las tiendas como quien huye? El erudito alemán alzó sus anteojos de oro que resplandecían con una desusada e irresistible intelectualidad. Una capa blanca que yo no le había visto hasta entonces le envolvía en pliegues graves y puros de toga latina. Lento y solemne, alzó los brazos y me dijo, con labios que parecían clásicos y de mármol:

—¡Don Raposo!... Esta aurora, que en breve tocará las cimas del Hebrón, es la del quince del mes de *nisán* y no hubo en toda la historia de Israel, desde que las tribus volvieron de Babilonia, ni lo habrá, hasta que Tito venga a ponerle el último cerco al templo, un día más interesante. Yo necesito estar en Jerusalén para ver viva y claramente esta página del Evangelio. Vamos, pues, a hacer la santa pascua en casa de Gamaliel, que es un amigo de Hilel y un amigo mío, un conocedor de las letras griegas, patriota fuerte y miembro del sanedrín. Fue él quien dijo: "Para librarte del tormento de la duda, imponte una autoridad." Por lo tanto, arriba, arriba, Raposo.

Así murmuró mi amigo, erguido y lento. Sumisamente, como ante un mandato celeste, comencé a calzarme, en silencio, mis gruesas botas de montar. Después, apenas me arrebujé en el albornoz, Topsius me empujó con impaciencia fuera de la tienda, sin dejarme siquiera recoger el reloj y la navaja sevillana que todas las noches, prudentemente, guardaba debajo de la almohada. La luz de la vela agonizaba, humeante y roja.

Debía de ser la medianoche. Dos perros ladraban a lo lejos, sordamente, como entre frondosos muros de quintas. El aire olía a rosas y a azahar. El cielo de Israel brillaba con desusado esplendor. Y en la cumbre del monte Nebo un astro de refulgencia divina me miraba, palpitando ansiosamente, como si quisiese, cautivo en su mudez, decir un secreto a mi alma.

Las yeguas esperaban, inmóviles, luciendo sus luengas crines. Monté. Y mientras Topsius acomodaba trabajosamente sus piernas en los estribos, pude ver hacia el lado de la fuente de Elíseo una forma maravillosa que me erizó de terror.

A la claridad diamantina de las estrellas de Siria, se alzaba como la blanca muralla de una ciudad nueva. Muros de templos albeaban pálidamente entre la espesura de bosques sagrados. Una llama flameaba en lo alto de una torre; más abajo, moviéndose, relucían hierros lanceolados; un largo son de bocina moría en la sombra... Y abrigada al pie de las murallas, una aldea dormía entre palmeras.

Topsius, sobre la silla, dispuesto a marchar, había envuelto su mano con las crines de la yegua.

—¿Qué es aquello blanco de allí? —murmuré sofocado.

Él dijo solamente:

—¡Jericó!

Partió galopando. No sé cuánto tiempo seguí, enmudecido, tras el noble historiador de los Herodes, íbamos por una calzada recta, hecha de piedras negras de basalto. ¡Cuán diferente el áspero camino por donde habíamos descendido a Canaán! Todo en derredor me parecía diferente: la forma de las rocas, el olor de la tierra y la palpitación de los luceros... ¿Qué cambio se había operado en mí? ¿Qué cambio, en el universo? Algunas veces una chispa saltaba bajo las herraduras de las yeguas. Topsius galopaba sin descanso, con dos alas de la blanca capa tremolando como dos paños de una bandera...

Súbitamente se detuvo ante una casa cuadrada, rodeada de árboles, toda oscura y silenciosa, con un asta en lo alto, en la cual se posaba, extraña, la figura de una cigüeña que parecía recortada en bronce. A la entrada agonizaba una hoguera. Removí las brasas: se alzó una llama breve y comprendí que era un antiguo hospedaje, a la orilla de una antigua calzada. Debajo de la cigüeña, pero encima de la puerta erizada de clavos, brillaba en negro, sobre una lápida blanca, esta inscripción latina: *Ad gruem majorem*. A un lado, ocupando parte de la fachada, se desarrollaba una inscripción grabada rudamente en la piedra: la descifré con trabajo. En ella Apolo prometía salud al huésped, y Septimanus, el hospedero, garantizaba risueña acogida, baño reparador, vino fuerte de Campania y todas las comodidades a la manera de Roma. Murmuré, desconfiado:

—¡A la manera de Roma!

Librodot

Entonces, ¿qué extraños caminos eran aquéllos? ¿Qué hombres tan diferentes de mí en la lengua y en el traje bebían allí, bajo la protección de otros dioses, el vino en ánforas de los tiempos de Horacio?...

Pero nuevamente Topsius siguió galopando, solemne y vago en la noche. Había terminado la calzada de basalto sonoro. Subíamos paso a paso un brusco camino, abierto entre rocas, donde gruesos pedruscos resonaban, rodando bajo los cascos de las yeguas: parecía el lecho de un torrente que el largo agosto había secado. El erudito doctor, sacudido en la silla, maldecía contra el sanedrín y contra la dura ley judaica, opuesta tenazmente a toda obra culta que intentase el procónsul... Siempre el fariseo miraba con rencor el acueducto romano que le traía el agua, la calzada romana que le curaba las pústulas.

—¡Maldito sea el fariseo!

Soñoliento, recordando viejas impresiones del Evangelio, murmuraba arrebujado en mi albornoz:

—Fariseo, sepulcro blanqueado... ¡Maldito seas!

Era la hora silenciosa en que los lobos de los montes van a beber. Cerré los ojos: las estrellas palidecían.

Breves hace el Señor las noches del mes de *nisán* cuando se come en Jerusalén el cordero blanco de la pascua: bien temprano el cielo se vistió de luz por el lado del país de Moab.

Desperté. Ya los ganados balaban en los cerros. El aire fresco olía a tomillo. Entonces divisé, vagando por los oteros que dominaban el camino, un hombre extraño, bravío, cubierto con una piel de carnero que me hizo recordar a Elías y todas las cóleras de la Escritura: el pecho y las piernas parecían de granito bermejo; por entre la greña y las barbas, rudas, enmarañadas, como una selva feroz, los ojos refulgían desvariados... Nos descubrió, y agitando los brazos despidió sobre nosotros todas las maldiciones del Señor. Nos llamó "paganos", "perros"; gritaba: "¡Maldita sean vuestras madres, secos sean los pechos que os amamantaron!" Crueles y llenas de presagios caían sus maldiciones de lo alto de las rocas; retardado por el lento andar de la yegua, Topsius se encogió bajo la capa; hasta que yo, enfurecido, me volví llamándole "borracho" y diciéndole obscenidades; entonces, bajo la flama selvática de los ojos, la boca clamorosa y negra se torcía espumeante de furor devoto...

Al fin salimos de aquel sendero entre rocas y volvimos a encontrar la calzada romana, larga y enlosada, que iba a Siquen. Trotando por ella sentíamos el alivio de penetrar al fin en una región culta y piadosa, humana y legal. El agua abundaba; sobre las colinas alzábanse fortalezas nuevas. Piedras sagradas deslindaban los campos. En las eras blancas, los bueyes, con el testuz adornado de anemones, pisaban el trigo de la cosecha de pascua; en vergeles donde la higuera ya se cubría de hojas, el siervo desde su atalaya blanqueada, cantando con una vara en la mano, ahuyentaba las palomas torcaces. A veces, descubríamos un hombre, de pie, cerca de su viña o al borde de los canales de riego, derecho, con la punta

del manto echada por encima de la cabeza, y los ojos bajos, diciendo una santa oración. Un ollero, que aguijoneaba su burro cargado de cántaros de barro amarillo, nos gritó:

—¡Benditas sean vuestras madres! ¡Grata os sea la pascua!

Y un leproso, que descansaba a la sombra de un olivar, nos preguntó, gimiendo, y mostrando las llagas, cuál era en Jerusalén el rabí que curaba.

Nos aproximamos a Betania. Para dar de beber a las yeguas hicimos alto en una linda fuente que un cedro sombreaba. El docto Topsius se admiraba de que no hubiésemos encontrado la caravana que de Galilea iba a celebrar la pascua a Jerusalén, y en aquel momento sonó delante de nosotros en el camino un rumor lento de armas en marcha... Yo vi, asombrado, aparecer soldados romanos, de aquellos que tantas veces había maldecido en las estampas de la pasión.

Barbudos, tostados por el sol de Siria, marchaban sólidamente, en cadencia con un paso bovino, haciendo resonar sobre las losas las sandalias herradas: todos traían a la espalda los escudos envueltos en sacos de lona y horquilla de la que colgaban platos de bronce, útiles diversos y ristras de dátiles. Algunas filas, descubiertas, llevaban el casco como un balde; otras, en las manos velludas, balanceaban un dardo corto. El decurión, gordo y rubio, seguido de una gacela familiar, adornada con corales, dormitaba, al paso menudo de la yegua, envuelto en su manto escarlata. Detrás, junto a las mulas cargadas de sacos de trigo, cantaban los arrieros al son de una flauta de barro, tocada por un negro casi desnudo que tenía en el pecho, en caracteres bermejos, el número de la legión.

Yo había retrocedido bajo la sombra del cedro. Pero Topsius, como un guerrero servil, había echado pie a tierra, arrodillándose casi en el polvo, ante las armas de Roma; no se contuvo y gritó, agitando los brazos y la capa:

—¡Larga vida a Cayo Tiberio, tres veces cónsul, ilírico, panonio, germánico, emperador, pacificador y augusto!

Algunos legionarios reían groseramente. Pasaban con un rumor de hierro, mientras un pastor, a lo lejos, recogía sus cabras, dando gritos, y escapaba hacia la cumbre de los cerros.

De nuevo galopamos. La calzada de basalto terminó. Penetramos entre arboledas, a través de la abundancia y frescura.

¡Oh!, qué diferentes parecían ahora aquellas colinas que yo había visto antes en torno de la ciudad santa, secas, calcinadas, blancas, del color de los osarios... Ahora todo era verde, regado, murmurante y con sombras. La misma luz había perdido aquella dureza triste y adusta con que la había visto siempre, cubriendo a Jerusalén. Las hojas de las ramas abrileñas brotaban juveniles, llenas de esperanza. Mis ojos se encontraban en aquellos vergeles de la Escritura, formados de olivares, de higueras y viñedos, allí donde crecen silvestres y más espléndidos que el rey Salomón los lirios bermejos de los campos.

Distraído y canturreando, trotaba a lo largo de un seto, entrelazado de rosas. Topsius me detuvo, mostrándome en lo alto de un otero, sobre sombrío fondo de cipreses y cedros, una casa, cuyo pórtico blanco se destacaba hacia oriente. Pertenecía, me dijo, a un romano, pariente de Valerio Graco, antiguo legado imperial de Siria; y todo allí parecía penetrado de paz amable y de gracia latina. Un siervo de sayal ceniciento tallaba un tejo en forma de urna, al lado de un boj alto, tallado ya sabiamente a manera de lira. Aves domésticas picoteaban el suelo cubierto de arenas escarlata, en una avenida de plátanos donde las ramas de la hiedra hacían de tronco a tronco festones como aquellos que ornan los templos; el follaje de los laureles velaba de sombras la desnudez de las estatuas. Bajo una glorieta de viña, al rumor del agua lenta que cantaba en la taza de bronce de una fuente, un viejo de toga, sereno, risueño, dichoso, leía junto a la imagen de Esculapio un largo rollo de papiro, mientras una doncella toda vestida de lino albo, con una flecha de oro en las trenzas, tejía una guirnalda con las flores que desbordaban en su regazo... Al paso de nuestros caballos la doncella alzó sus ojos claros.

Topsius gritó:

—*O salve, pulcherrima!*

Yo grité:

—¡Viva la gracia!

Los mirlos cantaban en los arbustos floridos.

Más adelante, Topsius me detuvo todavía señalando otra vivienda de campo, oscura, severa, entre cipreses; en voz muy baja me dijo que era de Osanías, un rico saduceo de Jerusalén, de la familia pontifical de Beotos y miembro del sanedrín. Ningún ornato pagano profanaba sus muros. Cuadrada, cerrada, adusta, reproducía la austeridad de la ley. Pero los lagares y los viñedos decían las riquezas formadas acumulando duros tributos: en el patio, diez esclavos no bastaban para custodiar los sacos de trigo, los odres y los carneros marcados de rojo, recogidos aquel día de pascua en pago del diezmo. Cerca de la calzada, con una piedad ostentosa, blanqueada recientemente, brillaba al sol entre rosales la sepultura doméstica.

Así, caminando, llegamos a los palmares donde se anida Betfagé. Y por un atajo que Topsius conocía comenzamos a subir el Monte de los Olivos hasta el Lagar de la Moabita, que es un parador de caravanas en aquella larga y vetusta calzada imperial que viene desde Egipto, siguiendo hasta Damasco, la bien regada.

¡Sentí como un deslumbramiento! Sobre el monte, y entre los olivares que llegan a Cedrón y entre las pomadas del valle hasta Siloé, y en medio de las aras nuevas de los sacrificadores, y hasta allá donde se empolva la calzada de Hebrón, por todas partes advertí el despertar rumoroso de un pueblo acampado. Tiendas negras del desierto, hechas de pieles de carnero y rodeadas de piedras: barracas de lona de la gente de Idumea, que albeaban al sol, entre la verdura; cabañas hechas de ramaje donde se abrigaban los pastores

de Ascalón; toldos de tapices que los peregrinos de Neftalí suspenden en varas de cedro... ¡Toda la Judea hallábase a las puertas de Jerusalén para celebrar la pascua sagrada! Todavía, mirando hacia el caserío donde velaba un puesto de legionarios, estaban los mercaderes griegos de Decápolis, los tejedores fenicios de Tiberiades, y la gente pagana que a través de Samaria llegaba de Cesárea y del mar.

Seguimos adelante, lentos y cautelosos. A la sombra de los olivares, los camellos, descarriados, rumiaban plácidamente; y las yeguas de Perea, con las patas trabadas, indinaban la cabeza adornada por la espesura de sus largas crines. Junto a las tiendas, cuyos paños medio levantados dejaban entrever brillo de armas colgadas o el esmalte de un gran plato, mujeres jóvenes, con los brazos reluciendo de brazaletes, pisaban entre dos piedras el grano del centeno; otras ordeñaban las cabras; por todas partes encendían fogatas; y con los hijos de la mano y el cántaro vacío al hombro, una fila de mujeres descendían, cantando, hacia la fuente de Siloé.

Las patas de nuestros caballos se enredaban en las cuerdas de las barrancas de los idumeos. Después, nos deteníamos ante tapices extendidos en el suelo, donde un mercader de Cesárea, con un manto a la cartaginesa, bordado vistosamente de flores, exponía piezas de lino de Egipto, sedas de Cos, y hacía relucir armas maqueadas. Más allá otro, con un frasco en la palma de cada mano, celebraba las perfecciones del nardo de Asiria y de los aceites olorosos de Partia... Los hombres se detenían en derredor, y fijaban en nosotros sus ojos lánguidos y altivos; y, a veces, murmuraban una injuria sorda; a veces, por causa de los anteojos del doctor Topsius, una risa de escarnio mostraba dientes agudos de fiera.

Echados bajo los árboles y de espaldas contra los muros, plañían filas de mendigos, mostrando sus llagas. Delante de una cabaña hecha con ramas de laurel, un viejo obeso, rubicundo como un Sileno, pregonaba el vino fresco de Siquen y las habas nuevas de abril. Un pastor de Ascalón, levantado sobre unas andas y en medio de un rebaño de corderos blancos, tocaba su bocina llamando a los devotos a comprar el cordero puro de pascua. Por entre la multitud, donde constantemente se alzaban palos en rumorosas contiendas, rondaban en parejas los soldados romanos, con un ramo de oliva en el casco, benignos y paternales.

De esta suerte llegamos al pie de dos altos y frondosos cedros, tan cubiertos de palomas blancas y volando sobre ellos, que eran como dos grandes manzanos en la primavera que un viento estuviese limpiando de flores. Súbitamente, Topsius se había detenido, abriendo los brazos; yo hice lo mismo. Con el corazón suspenso, allí quedamos inmóviles, deslumbrados, viendo allá abajo, en la luz, resplandecer Jerusalén.

¡El sol la vestía suntuosamente! Una severa y altiva muralla guarnecida de torres nuevas erguiase sobre la ribera escarpada del Cedrón. En el recinto de las murallas, el templo, sobre sus cimientos eternos, parecían dominar toda Judea, soberbio de esplendor como la refulgente ciudadela de un Dios.

Inclinado sobre las crines, el sapiente Topsius me mostraba el atrio primordial, llamado el patio de los Gentiles: era tan extenso que podía recibir a todas las multitudes de Israel y a

todas las de la tierra pagana; el pavimento relucía como el agua límpida de una piscina; las columnas de mármol de Faros que lo circundaban, formando los pórticos de Salomón, profundos y llenos de frescura, eran más numerosas que los troncos en los espesos palmares de Jericó. En medio de aquel patio lleno de aire y de luz, elevábase en gradería lustrosa como si fuese de alabastro, y con puertas chapeadas de plata y con torreones de los cuales volaban palomas, una noble terraza, sólo accesible a los fieles de la ley, al pueblo elegido de Dios, el orgulloso atrio de Israel. Allí alzábase todavía, sobre otra escalinata blanca, el atrio de los sacerdotes. En el brillo difuso que lo cubría, negreaba un altar de áspero granito que enristraba en cada ángulo un sombrío cuerno de bronce; a uno y otro lado dos columnas de humo subían lentamente, disipándose en el azul con la serenidad de una oración eterna. En el fondo, más alto, ofuscante, con sus recamos áureos sobre la altura de los mármoles, blanco y luminoso como labrado de oro puro y de nieve pura, refulgía, maravilloso, el *hierón*, (*Hierón*: en la antigua Grecia, lugar sagrado, reservado para levantar templos.) el santuario de los santuarios, la morada de Jehová; sobre la puerta pendía el velo místico, tejido en Babilonia, color de fuego y color de mares; por las paredes trepaba el follaje de una vid de esmeralda esmaltada de varia pedrería; de la cúpula partían largas lanzas de oro que la aureolaban de rayos; así, resplandeciente, triunfante, augusto, precioso, elevábase en aquel cielo de fiesta pascual, ofreciéndose como el don más bello, el don más raro de la tierra.

A un lado del templo, más alta, dominándole con la severidad de un amo orgulloso, elevábase la torre Antonia, negra, maciza, impenetrable, ciudadela de las puertas romanas. Sobre la plataforma, entre las almenas, movíase gente armada: una figura fuerte, envuelta en un manto bermejo de centurión, extendía el brazo, y toques lentos de bocina parecían hablar, dar órdenes a otras torres que a lo lejos azuleaban en el aire limpio, dominando a la ciudad santa. ¡César me pareció más fuerte que Jehová! Más lejos todavía el circo de Herodes levantaba sus armas; y los jardines de Antipas se dilataban por un último otero hasta el túmulo de Elena, floridos, frescos, regados por las aguas dulces de Enrogel.

—¡Ah, Topsius, qué ciudad! —murmuré, maravillado.

—El rabí Eliecer dice que no vio jamás una ciudad bella quien no vio a Jerusalén.

A nuestro lado pasaban gentes alegres, corriendo hacia el verde camino que sube de Betania; y un viejo que arreaba un burro cargado de haces de palmas nos gritó que ya se avistaba la caravana de Galilea. Entonces, curiosos, trotamos hasta una altura, junto a una cerca de cantos, a cuya sombra ya se apiñaban algunas mujeres con sus hijos en brazos, sacudiendo velos claros y murmurando palabras de bienvenida. No tardamos en distinguir una polvareda lenta que el sol doraba y poco después, la densa fila de peregrinos, que son los últimos en llegar a Jerusalén: los que vienen de la alta Galilea, desde Gescala y los montes. Un rumor de cánticos llenaba el camino; en rededor de un estandarte verde se agitaban ramos floridos de abedules; y los grandes fardos, cargados sobre el lomo de los camellos, balanceábanse cadenciosos por entre los turbantes blancos.

Seis jinetes de la guardia babilónica de Antipas Herodes, tetrarca de Galilea, que escoltaban la caravana desde Tiberiades y traían las luengas barbas separadas en trenzas, y

las piernas ligadas en tiras de cuero amarillo, caracoleaban al frente. Detrás seguían los levitas, a pasos largos, apoyados en bordones adornados de flores, con los rollos de la ley apretados sobre el pecho, salmodiando los loores de Sión. En torno, mozos robustos, con los carrillos inflados y rubicundos, soplaban furiosamente en retorcidas trompas de bronce.

De entre la gente agrupada a orillas del camino partió una exclamación. Era un viejo sin turbante, con el cabello suelto, que danzaba frenéticamente; de sus manos velludas, que agitaba en el aire, salía un repique de castañuelas; toda su faz barbuda de rey David ardía con un fulgor inspirado. Tras él, algunas doncellas, saltando acompasadamente sobre la punta ligera de las sandalias, pulsaban, con melancolía, leves arpas. La turba, arrebatada, entonó los viejos cantos de los rituales y los salmos de la peregrinación.

—¡Mis pasos van todos hacia ti, oh, Jerusalén! ¡Tú eres perfecta! ¡Quien te ama conoce la abundancia!

Yo también exclamaba, transportado:

—¡Tú eres el palacio del Señor, oh, Jerusalén y el reposo de mi corazón!

Lenta y rumorosa, pasaba la caravana. Las mujeres de los levitas, cabalgando en asnos, semejaban grandes sacos blandos: las más pobres venían a pie, y en las puntas dobladas de los mantos traían frutas y grano de avena. Los más previsores, ya con la ofrenda para el Señor, arrastraban, sujeto del cinto, un cordero blanco. Los hombres más fuertes llevaban a la espalda, sujetos por los brazos, a los enfermos cuyos ojos dilatados, en los rostros cadavéricos, miraban ansiosamente las murallas de la ciudad santa donde todo mal se cura.

Entre los peregrinos y la alegre multitud que los recibía, cruzábanse las bendiciones ruidosas y ardientes; algunos preguntaban por los vecinos, por las tierras y por los abuelos que habían quedado en la aldea, a la sombra de su viña. Al oír que le habían robado la piedra de su molino, un viejo, con las barbas de un Abrahán, echóse en tierra, desgarrándose la túnica... Cerrando la marcha de la caravana, pasaban las mulas, cargadas de leña y de odres de aceite; y detrás apareció una turba de fanáticos, que en los alrededores de Betfagé y de Efrén se había juntado a la caravana, tirando a los lados del camino las calabazas de vino ya vacías, blandiendo alfanjes y pidiendo la muerte de los samaritanos y amenazando a la gente pagana...

Siguiendo a Topsius, troté de nuevo a través del monte hacia los cedros cubiertos por el alto vuelo de las palomas; y en ese instante también los peregrinos avistaron la ciudad, que resplandecía allá abajo, hermosa, toda blanca en la luz... Levantóse entonces un clamoreo inmenso; ¡aquello fue un santo, tumultuoso, inflamado delirio! Postrada, la turba golpeaba con sus rostros la tierra dura; un clamor de oraciones subía al cielo puro entre el estridor de la multitud: las mujeres erguían en brazos a sus hijos, ofreciéndoselos, arrebatadamente, al Señor. Algunos permanecían inmóviles, como asombrados ante los esplendores de Sión; y lágrimas ardientes de fe, de amor piadoso, rodaban sobre barbas incultas y fieras. Los viejos señalaban con el dedo las terrazas del templo, las calles antiguas, los sacros lugares de la historia de Israel: "allí está la puerta de Efrén; aquellas piedras blancas de más allá son

el túmulo de Raquel..." Y los que escuchaban, apiñados en rededor, batían palmas, gritando: "¡Bendita seas, Sión!" Otros, atortolados, corrían, tropezando en las cuerdas de las tiendas y en los puestos de fruta, a cambiar la moneda romana y comprar el cordero de la oferta. A veces subía de entre los árboles un canto penetrante, claro, cándido, que moría temblando en el aire: la tierra, como el cielo, parecía escuchar un instante; serenamente, Sión brillaba; del templo ascendían dos columnas de humo, lentas, pero con rezo eterno... Después el canto moría; volvían a alzarse de nuevo las bendiciones clamorosas; el alma entera de Judá abismábase en el resplandor del santuario, pretendiendo abrazar a Jehová.

De repente, Topsius agarró las riendas de mi yegua, y casi a mi lado, un hombre con una túnica color de azafrán, surgiendo de detrás de un olivo y blandiendo una espada, colocóse de un salto sobre una piedra y gritó desesperadamente:

—¡Hombres de Galilea, acudid, y vosotros, hombres de Neftalí!

Los peregrinos aproximáronsele corriendo, con los bastones erguidos; las mujeres salían de sus tiendas, pálidas, apretando a los hijos contra el seno. El hombre hacía temblar la espada en el aire; todo él también temblaba, y otra vez gritó, desoladamente:

—¡Hombres de Galilea, el rabí Yehosuá ha sido preso! ¡El rabí Yehosuá fue llevado a casa de Anás, hombre de Neftalí!

—¡Don Raposo —me dijo Topsius entonces, con los ojos relucientes—, el hombre ha sido preso, y compareció ya ante el sanedrín!... ¡Aprisa, amigo, aprisa, vámonos a Jerusalén, a casa de Gamaliel!

Y a la hora en que en el templo se hacía la oferta del perfume, cuando el sol iba ya muy alto sobre el Hebrón, Topsius y yo penetramos por la puerta del Pescado en una calle de la antigua Jerusalén. Era estrecha, tortuosa, sucia, con casas bajas y pobres de ladrillo; sobre las puertas cerradas de una tira de cuero y sobre las ventanas había verduras y palmas entretejidas, constituyendo el ornato de la pascua. En los tejados, rodeados de balaustradas, diligentes mujeres sacudían las alfombras y limpiaban el trigo; otras, charlando, colgaban lámparas de barro, en greca, para las iluminaciones rituales.

A nuestro lado caminaba con fatiga un arpista egipcio, llevando una pluma escarlata presa en el gorro, los brazos cargados de brazaletes, y el arpa a la espalda, curva como una hoz y adornada con flores labradas en la madera. Topsius le preguntó si venía de Alejandría y si aún se cantaban en las tabernas del Eunotos los cantos de la batalla de Accio. El hombre, entonces, mostrando con una sonrisa triste los dientes largos, posó el arpa y se dispuso a herir los bordones... Espoleamos las yeguas, asustando a dos mujeres cubiertas de velos amarillos, con parejas de palomas envueltas en un extremo del manto y que, sin duda, se dirigían al templo, airosas, ligeras, haciendo tintinear los metálicos adornos de sus sandalias.

Aquí y allá una lumbre casera ardía en mitad de la calle, bajo cacerolas que despedían un olor fuerte de ajo; chiquillos de vientre enorme, desnudos y sucios, nos miraban fijamente,

con grandes ojos, donde se posaba un hervidero de moscas. Delante de una alforja, un grupo de pastores de Moab esperaba a que los herreros, martilleando en un nimbo de chispas, les batiesen hierros nuevos para sus lanzas. Un negro pregonaba, con grito lúgubre, bollos de centeno.

Callados, atravesamos una plaza, clara y enlosada, donde se estaban haciendo obras. Al fondo, una casa de baños, nueva, una terma romana, extendía, con aires de lujo y ociosidad, la larga arcada de un pórtico de granito; en el patio interior, por entre los plátanos que lo refrescaban, cuyas ramas suspendían toldos de albo lino, corrían esclavos desnudos relucientes de sudor, llevando vasos de esencias y haces de flores; de los respiraderos enrejados, a ras del pavimento, salía un vaho tibio de estufa que olía a rosas. Y junto a una de las columnas vestibulares donde una lápida de ónice indicaba la entrada de las mujeres, estaba de pie, inmóvil, ofreciéndose a las ofrendas como un ídolo, una criatura maravillosa: sobre su faz redonda, blanca, erguíase la mitra amarilla de las prostitutas de Babilonia; de los hombros fuertes, por sobre su tersura de sus senos levantados, caía en pliegues gallardos una dalmática de brocado negro radiantemente recamada de rameados color de oro. En la mano tenía una flor de cacto, y en sus párpados pesados, las pestañas densas abríanse y cerrábanse rítmicamente, al onduloso compás de un abanico que una esclava negra, agachada a sus pies, balanceaba cantando. Cuando sus ojos se cerraban, todo en rededor parecía oscurecer; y cuando se levantaba el negro cortinaje de sus pestañas espesas, de la rasgada pupila desprendíase una claridad intensísima, como la del sol al mediodía, en el desierto que abrasa y vagamente entristece. Y de este modo se ofrecía, magnífica, con sus formas esculturales, su mitra fulgurante, haciendo recordar los ritos de Astarté y de Adonis, lasciva y pontifical...

Di de codos a Topsius y murmuré, pálido:

—¡Caramba! ¡Voy a los baños!

Seco, envuelto en su capa blanca, él respondió ásperamente:

—¡Nos espera Gamaliel, hijo de Simeón! ¡Y la sabiduría de los rabís dice que la mujer es el camino del mal!

Y bruscamente penetró en una lóbrega y abovedada callejuela; las patas de las yeguas, hiriendo las losas, atraían sobre nosotros ladridos de perros y maldiciones de mendigos que se amontonaban revueltos en la oscuridad. Después saltamos por una brecha de la antigua muralla de Ezequías, (Ezequías: rey de Judá, fortificó a Jerusalén.) pasamos junto a una vieja y seca cisterna donde los lagartos dormían, y trotando por la polvareda de una larga calle, entre muros enjalbegados que relucían y puertas embadurnadas de alquitrán, paramos en lo alto, delante de una entrada más noble, en arco. Era la casa de Gamaliel.

En medio de un vasto patio enladrillado, abrasando al sol, un limonero servía de toldo al agua clara de un estanque. En caracol, sobre pilastras de mármol verde, corría una baranda, silenciosa y fresca, de donde pendía, aquí y allá, un tapete de Asiria con flores bordadas. Un azul puro brillaba en lo alto; y en un cobertizo, amarrado con cuerdas como una alimaña

a una barra de palo, un negro, calzado de hierro, lleno de cicatrices, hacía gemir y girar lentamente la grande muela de piedra de un molino doméstico.

En el hueco oscuro de una puerta apareció un hombre obeso, sin barba, casi tan amarillo como la túnica lisa que lo envolvía; tenía en la mano una vara de marfil y apenas podía levantar los párpados blandos.

—¿Dónde está tu amo? —le gritó Topsius, apeándose.

—¡Entra! —dijo el hombre, con voz aguda y penetrante como un silbido de serpiente.

Por una escalera de granito subimos a una estancia alumbrada por dos grandes candelabros, altos como los arbustos de los cuales reproducían en bronce el tronco sin hojas. Entre los dos candelabros, mostróse en pie, ante nosotros, Gamaliel, hijo de Simeón. Era muy alto y muy delgado: la barba suelta, lustrosa y perfumada le cubría el pecho. Su turbante, blanco, adornado con hilos de perlas, descubría una tira de pergamino arrollada a la cabeza y llena de textos sagrados; bajo aquella albura, sus ojos hundidos tenían un fulgor frío y duro. Una larga túnica azul cubría hasta las sandalias; cosidas a las mangas y arrolladas a los pulsos, tenía tiras de pergamino donde negreaban otras escrituras rituales.

Topsius le saludó a la moda de Egipto, dejando caer lentamente la mano hasta tocar la rodilla. Gamaliel tendió los brazos y murmuró como salmodiando:

—Entrad y sed bien venidos; comed y regocijaos.

Y tras de Gamaliel, pisando un pavimento sonoro de mosaico, entramos en una sala donde se hallaban tres hombres. Uno, que se apartó de la ventana para recibirnos, era magníficamente bello, con larga cabellera rizada colgando en suaves anillos sobre un cuello fuerte y blanco como un mármol corintio: en la faja negra que ceñía su túnica, brillaba, incrustado de pedrería, el puño de oro de una espada corta. El otro, calvo, grueso, con la cara fofa y sin cejas, estaba tendido sobre un diván, envuelto en su manto color de vino: su gesto de acogida fue más distraído y desdeñoso que la limosna que se arroja al extranjero. Sin embargo, Topsius casi se postró para besar sus zapatos redondos y amarillos, atados con hilos de oro. ¡Aquel hombre era el venerable Osanías, de la familia pontifical de Beotos, todavía de la sangre real de Aristóbulo! Al otro hombre ni lo saludamos ni él nos vio: estaba escondido en un rincón, con la faz sumida en el capuz de su túnica de lino, más blanca que la nieve, y parecía embebido en una oración. Sólo de tiempo en tiempo se movía para limpiar las manos lentamente en una toalla tan blanca como la túnica, que le pendía de una cuerda atada a la cintura, gruesa, llena de nudos como las que ciñen los monjes. A todo esto, quitándome los guantes, yo examinaba el techo de la sala, todo de cedro, con labores retocadas de escarlata. El azul liso y lustroso de las paredes era como la continuación de aquel cielo de oriente, luminoso y límpido, que resplandecía a través de la ventana. Sobre un trípode incrustado de nácar humeaban, en un pebetero de bronce, resinas aromáticas.

Gamaliel se aproximó, y después de haber mirado duramente mis botas de montar, dijo con lentitud:

—La jornada que tenéis es larga y debéis estar hambrientos...

Murmuré cortésmente una excusa... Y él, grave, como si recitase un texto, continuó:

—La hora del mediodía es la más grata al Señor. José dice a Benjamín: "Tú comerás conmigo al mediodía." Pero la alegría del huésped es también dulce a los ojos del muy alto, del muy fuerte... Estáis desfallecidos, vais a comer para que vuestra alma me bendiga.

Batió las palmas: un siervo, con los cabellos apretados en una diadema de metal, entró trayendo un jarro lleno de agua templada que olía a rosa, donde yo purifiqué las manos; otro me brindó bollos de miel sobre verdes hojas de parra; otro vertió en tazas de loza brillante el vino fuerte y negro de Emaús. Y para que el huésped no comiese solo, Gamaliel probó los manjares y el vino.

—Ahora —dije yo, lamiéndome los dedos—, tengo lastre hasta el mediodía.

—Que tu alma se regocije.

Encendí un cigarro y fui a tomar el fresco a la ventana. La casa de Gamaliel estaba en un alto, a espaldas del templo, sobre la colina de Ofel; el aire era tan dulce y tan tibio, que solamente sentir su caricia henchía de paz el corazón. Ante mis ojos florecían jardines y pomaredas que daban sombra al valle de la Fuente, y subían hasta la colina en que blanqueaba, callada y fresca, la aldea de Siloé. En la lejanía ondulaban las montañas de Moab, suaves, indecisas, de un azul poco más intenso que el del cielo, y una forma blanca, que parecía estremecerse en la luz, debía ser la ciudadela de Maqueronte sobre su cimiento roqueño, en los confines de Idumea.

Me volví, oyendo a Gamaliel que decía, igual que el hombre del manto color de azafrán en el Monte de los Olivos:

—Sí, esta noche en Betania el rabí Yehosuá fue preso. Después agregó, lento, con los ojos medio cerrados, alzando por entre los dedos los largos hilos de su barba:

—Pero Poncio tuvo un escrúpulo... No quiso juzgar a un hombre de Galilea, que es súbdito de Antipas Herodes... Y como el tetrarca ha venido a Jerusalén para celebrar la pascua, Poncio le envió el rabí a su morada.

Los anteojos de Topsius rebrillaron de espanto.

—¡Cosa extraña! —exclamó, abriendo los flacos brazos—. ¡Poncio escrupuloso, Poncio formalista! ¿Y desde cuándo respeta Poncio la jurisdicción del tetrarca? ¿Cuántos infelices galileos no hizo matar sin licencia del tetrarca, cuando la revuelta del acueducto? Entonces, las espadas romanas por orden de Poncio mezclaron en el templo la sangre de los hombres de Neftalí a la sangre de los bueyes del sacrificio.

Gamaliel murmuró sombríamente:

—El romano es cruel, pero esclavo de la legalidad.

Entonces, Osanías, hijo de Beotos, dijo, con su sonrisa blanda y sin dientes, alzando levemente las manos resplandecientes de anillos:

—O tal vez sea que la mujer de Poncio proteja al rabí. Gamaliel, sordamente, maldijo el impudor de la romana. Y como los anteojos de Topsius interrogaban al blando Osanías, éste admiróse mucho de que el doctor ignorase cosas tan comentadas en el templo, hasta por los pastores que llegan de Idumea para vender los corderos de la ofrenda. Siempre que el rabí oraba en el pórtico de Salomón, del lado de Susa, Claudia iba a verle desde la torre Antonia, sola, envuelta en un velo negro. Tal vez Claudia, saciada de todos los cocheros del circo y de los histriones de Suburra, quería probar cómo sabían los besos de un profeta de Galilea...

El hombre vestido de albo lino alzó bruscamente el rostro, sacudiendo el capuz sobre los cabellos revueltos: su larga mirada azul fulguró por toda la sala como un relámpago, y se apagó bajo la humildad de las pestañas, que se inclinaron. Después murmuró, lento y severo:

—Osanías, el rabí es casto.

El viejo rió pesadamente. ¡Casto el rabí! ¿Y entonces aquella galilea de Magdala, que había vivido en el barrio de Bezeta, y que en las fiestas de Prurin se mezclaba con las prostitutas griegas a las puertas del teatro de Herodes? ¿Y Juana, la mujer de Kosna, uno de los cocineros de Antipas? Y otra de Efrén, Susana, que una noche, obediente a un gesto del rabí, dejó los hijos y con el peculio doméstico escondido en la punta del manto le siguió hasta Cesárea?

—¡Oh, Osanías! —gritó batiendo palmas y holgándose el hombre hermoso, que tenía una espada con pedrería—. ¡Oh, hijo de Beotos! ¿Cómo es que tú conoces una a una, las incontinencias de un rabí galileo, hijo de las siervas del suelo y más miserable que ellas? Ni que se tratase de Elio Lanma, nuestro legado imperial, a quien el Señor cubra de males...

Los ojos de Osanías, menudos como dos cuentas de vidrio negro, relucían de agudeza y malicia.

—¡Oh, Manasés! Es para que vosotros, los patriotas, los puros herederos de Judas de Gaulanítida, no acuséis siempre a nosotros, los saduceos, de saber solamente lo que le pasa en el atrio de los sacerdotes y de la casa de Anás.

Una tos ronca le interrumpió un momento: la sofocó bajo una punta del manto, que vivamente se llevó a la boca. Después, más quebrado, con vestigios rojos en la faz amarillenta, continuó:

—En verdad que fue en la casa de Anás donde oímos esto a Manahen, paseando todos debajo de la viña... Y también nos contó que el rabí de Galilea llegaba, en su impudor, hasta

tocar mujeres paganas, y otras más impuras que el cerdo... Un levita le vio, en la calzada de Siquen, alzarse, sofocado, tras el brocal de un pozo, con una mujer de Samaria.

El hombre vestido de albo lino se alzó de un salto, todo trémulo; en el grito que se escapó había el horror de quien sorprende la profanación de un altar.

Gamaliel, con una seca autoridad, clavó en él los ojos duros.

—¡Oh, Gad, Gad, a los treinta años el rabí no es casado! ¿Cuál es su trabajo? ¿Dónde está el campo que labra? ¿Quién conoció su viña? ¡Vagabundea por los caminos y vive de lo que le ofrecen esas mujeres disolutas! ¿Acaso hacen otra cosa esos mancebos imberbes de Sibaris y de Lesbos, que pasean todo el día en la vía Judiciaria, y que vosotros, esenios, abomináis de tal suerte, que corréis a lavaros las vestiduras en una cisterna si os roza alguno de ellos?... ¿Le has oído, Osanías, hijo de Beotos?... ¡Sólo Jehová es grande! En verdad te digo que cuando el rabí Yehosuá, despreciando la ley, da a la mujer adúltera un perdón que tanto cautiva a los sencillos, cede a los impulsos de su moral y no a la abundancia de su misericordia.

Con la faz roja y alzando los brazos en el aire, Gad clamó:

—¡El rabí hace milagros!

Y fue el hermoso Manasés quien, con su sereno desdén, respondió al esenio:

—Sosiégate, Gad: otros han hecho también milagros. Simón de Samaria hizo milagros. Los hicieron Apolonio y aun Gabieno... ¿Y qué son los prodigios de tu galileo comparados con los de las hijas del gran sacerdote de Anio y con los del sabio rabí Chekiná?

Y Osanías escarnecía al sencillo Gad.

—En verdad, ¿qué es lo que vosotros, los esenios, aprendéis en ese oasis de Engadí? ¡Milagros! ¡Milagros hasta los paganos los hacen! Ve a Alejandría, al puerto de Eunotos, y verás allí magos haciendo milagros por un dracma, que es el precio de un día de trabajo.

Gad sonreía con altivez y dulzura. Su indignación expiraba bajo la inmensidad de su desdén.

—Vosotros habláis y habláis, como moscardones que zumban. Vosotros habláis y vosotros no lo habéis oído. En Galilea, que es tan fértil y tan verde, cuando él hablaba era como si una fuente de leche corriese en tierra de hambre y de sequía: hasta la luz parecía un bien mayor. Las aguas, en el lago de Tiberiades, se amansaban para escucharle; y a los ojos de los niños que le rodeaban subía la gravedad de una fe ya madura... Él hablaba: y como palomas que tienden las alas y vuelan de la puerta de un santuario, nosotros veíamos desprenderse de sus labios y volar sobre las naciones del mundo toda suerte de cosas nobles y santas: la caridad, la fraternidad, la justicia, la misericordia, y las formas nuevas, bellas, divinamente bellas, del amor.

La faz del esenio resplandecía, elevada hasta el cielo como siguiendo el vuelo de aquellas divinas nuevas. Gamaliel, doctor de la ley, le rebatió con dura autoridad:

—¿Qué hay de original y de individual en todas esas ideas? ¿Imaginas que el rabí las sacó de la abundancia de su corazón? ¡Llena de ellas está nuestra doctrina!... ¿Quieres oír hablar de amor, de caridad, de igualdad? Lee el libro de Jesús, hijo de Sidrá... Todo eso lo predicó Hilel, todo eso lo dijo Schemaia. Cosas tan justas se encuentran hasta en los libros paganos, que al lado de los nuestros son como el lodo al lado del agua pura de Siloé... Vosotros mismos, los esenios, tenéis preceptores mejores. Antes que ese rabí enseñó las mismas cosas tu amigo Juan, a quien llamáis el Bautista, y que acabó tan miserablemente en un calabozo de Maqueronte.

—¡Juan! —exclamó Gad, estremecido, y como rudamente despertado de la suavidad de un sueño.

Sus ojos brillantes se humedecieron. Tres veces, inclinado sobre el suelo, con los brazos abiertos, repitió el nombre de Juan, como llamando a alguien de entre los muertos. Después, con dos lágrimas resbalando por la barba, murmuró muy bajo, en una confidencia que lo henchía de terror:

—Yo fui quien subió a Maqueronte para rescatar la cabeza del Bautista. Cuando descendía el camino, con ella envuelta a mi manto, todavía aquella mujer, Herodías, encorvada sobre la muralla, semejante a la hembra lasciva del tigre, rugía y me gritaba injurias... Tres días y tres noches seguí por los caminos de Galilea llevando la cabeza del justo asida por los cabellos...

De nuevo cayó postrado, llorando ansiosamente con los brazos extendidos en cruz.

Entonces Gamaliel, adelantándose hacia el sabio Topsius, comenzó a explicarle:

—Nosotros tenemos una ley, y nuestra ley es precisa. Es la palabra del Señor y el Señor dijo: "Yo soy Jehová, el eterno, el primero y el último: antes de mí no hubo dios alguno, no existe dios alguno a mi lado, no habrá dios alguno después..." Ésta es la voz del Señor. Y el Señor dijo todavía: "Si entre vosotros apareciese un profeta que quisiese introducir otro dios y llamase a los sencillos al culto de ese dios, ese profeta morirá." Ésta es la ley, ésta es la voz del Señor. El rabí de Nazaret se proclamó dios de Galilea, y en las sinagogas, y en las calles de Jerusalén y en los patios santos del templo... ¡El rabí debe morir!

Pero el hermoso Manasés se interpuso entre el doctor de la ley y el historiador de los Herodes. Noblemente rebatió la letra cruel de la doctrina.

—¡No, no! ¿Qué importa que las luces de un cementerio digan que son el sol? ¿Qué importa que un hombre abra los brazos y grite que es un dios?...

Iba a aplaudir a Manasés cuando le vi cambiar de gesto y exclamar con violencia y fervor:

—Cierto que ese rabí de Galilea debe morir, pero morirá por ser un mal ciudadano y un mal judío. ¿No le hemos oído aconsejar que se pague el tributo al César? El rabí tiende su mano a Roma; el romano no es su enemigo. Hace tres años que predica y nadie le ha oído proclamar la necesidad santa de expulsar al extranjero.

Osanías, inquieto, miró hacia la ventana, llena de luz, por donde las amenazas de Manasés parecían volar vibrantes y libres. Gamaliel sonreía fríamente. El discípulo ardiente de Judas de Gamala clamaba, arrebatado en su pasión:

—En verdad os digo que consolar las almas con esa esperanza del reino del cielo es hacerles olvidar el deber fuerte para con el reino de la tierra de Israel que gime en cadenas, y llora, y no quiere ser consolada. El rabí es traidor a la patria; el rabí debe morir.

Trémulo, había empuñado la espada, y su mirar brillaba con un fulgor de revuelta, como si solicitase ávidamente la gloria de los combates y la gloria de los suplicios.

Entonces Osanías se alzó, apoyado en su bastón, que remataba en una piña de oro. Un penoso cuidado parecía nublar la vejez liviana. Comenzó a decir, lento y triste, como quien a través del entusiasmo y de la doctrina, apunta el mandato ineludible de la necesidad.

—Ciertamente, ciertamente, poco importa que un visionario se diga Mesías e hijo de Dios y amenace destruir la ley y destruir el templo. El templo y la ley pueden sonreír y perdonar seguros de su eternidad... Pero, ¡oh, Manasés!, porque un rabí de Galilea que se acuerda de los hijos de Gamala clavados en la cruz aconseje prudencia y malicia en las relaciones con el romano, ¿vamos a darle muerte? ¡ Ah, Manasés! Nuestras leyes son suaves. Manasés, tus manos son robustas y, sin embargo, no podrás desviar la corriente del Jordán y hacer que corra por la tierra de Traconítida y no por la tierra de Canaán. Tampoco podrás impedir que las legiones del César, que cubrieron las ciudades de Grecia, cubran el país de Judea. Sabio y fuerte era Judas Macabeo e hizo amistad con Roma. Roma es sobre la tierra como un gran viento de la naturaleza; cuando sopla, el insensato le ofrece el pecho y es derrumbado, pero el hombre prudente se recoge a su morada y está quieto.

Después, fijando sobre nosotros los ojos menudos que asaeteaban con un brillo inexorable y frío, prosiguió, siempre suave y sutil:

—Pero en verdad, os digo que ese rabí de Galilea debe morir. Como el romano en Jerusalén, todo aquel que venga y se proclame Mesías como el de Galilea, es nocivo y peligroso para Israel. El romano no comprende el reino de los cielos que promete el rabí, pero ve que esas predicaciones agitan sombríamente al pueblo en los pórticos del templo... Entonces se dice: "En verdad, este templo con su oro, sus multitudes y su celo, es un peligro para la autoridad del César en Judea..." Y lentamente anula la fuerza del templo, disminuyendo su riqueza y los privilegios de su sacerdocio. Para humillación nuestra, ya las vestiduras pontificales se guardan en el erario de la torre Antonia. Para empobrecernos, el pretor hace uso del dinero del *corbán*. (*Corbán*: inmolación de reses para los pobres.) ¡Dentro de poco tiempo todo será del romano! Sólo nos quedará el bordón para ir a mendigar por los caminos de Samaria en busca de los mercaderes ricos de Decápolis... En

verdad os digo que, para conservar el esplendor del templo, debemos procurar que aparezca ante los ojos del romano solemne y sumiso, sin tumultos y sin Mesías... Por eso el rabí debe morir.

Así, delante de mí, habló Osanías, hijo de Beotos y miembro del sanedrín. Gad, inmóvil, oraba. En el azul de la ventana, una abeja color de oro zumbaba sobre una madreselva florida, que trepaba por el muro. Topsius decía con pompa:

—Hombres que me habéis acogido: la verdad abunda en vuestros espfritus como la uva abunda en las vendimias. Vosotros sois tres torres que guardáis Israel entre las naciones: una defiende la unidad de la religión, otra mantiene el entusiasmo de la patria y la tercera, que eres tú, venerado hijo de Beotos, cauto y ondeante como la serpiente que amaba Salomón, protege una cosa más preciosa, que es el orden. Vosotros sois tres torres, y contra cada una el rabí de Galilea alza el brazo y lanza la primera piedra.

Y Gamaliel, con el gesto de quien rompe una vara frágil, dijo, mostrando los dientes blancos:

—Por eso lo crucificaremos.

Fue como si un venablo acerado, relampagueando y silbando, viniese a clavarse en mi pecho. Sofocado, tiré de la manga del docto historiador:

—Topsius, Topsius, ¿quién es ese rabí que predicaba en Galilea y hace milagros y va a ser crucificado?

El sabio doctor volvió hacia mí los ojos con tanto pasmo como si le preguntase cuál era el astro que, por detrás de los montes, traía la luz de la mañana. Después, secamente, murmuró:

—Rabí Yehosuá, que de Nazaret pasó a Galilea, a quien algunos llaman Jesús y otros también llaman Cristo.

—¡El Nuestro! —grité, vacilando como un hombre aturdido. Y como una llamarada pasó por todo mi ser el deseo de correr a su encuentro y ver con mis ojos mortales el cuerpo de mi Señor, en su cuerpo humano y real, vestido con el lino de que se visten los hombres, cubierto con el polvo que levantan los caminos humanos... Al mismo tiempo, más de lo que teme la hoja en un áspero viento, tenía mi alma en un terror sombrío.

¡El terror del siervo negligente delante del amo justo! ¿Estaba yo bastante purificado con mis ayunos y mis trisagios para afrontar la faz fulgurante de Dios? ¡Ay de mí! No lo estaba. ¡Cuántos domingos, en aquellos tiempos carnales en que Adelina me esperaba fumando y en camisa, no había maldecido la lentitud de las misas y la pesadez de los sermones!

¡Ver a Jesús! Ver cómo eran sus cabellos, qué pliegues hacía su túnica y lo que acontecía en la tierra cuando sus labios se abrían. Tal vez en medroso instante pasaba entre barbudos

y graves soldados romanos con una cuerda atada a las manos. ¡La brisa que balanceaba en la ventana las flores de la madreselva avivando su aroma, tal vez acababa de rozar la frente de mi Dios, ya ensangrentada de espinas! Tan sólo con empujar aquella puerta de cedro y atravesar el patio donde gemía la muela del molino doméstico hallaríame en la calle, y podría ver, presente y corpóreo, a mi Señor Jesús, tan realmente y tan bien como lo habían visto san Juan y san Mateo. Seguiría su sacra sombra en el muro blanco por donde marcharía también mi sombra. En el mismo polvo que pisasen mis botas de montar besaría la huella todavía caliente de sus plantas. Yo sabría una palabra nueva de Cristo, no escrita en el Evangelio. Mi autoridad surgiría en la iglesia como la de un testamento novísimo. Mi voz sería un testimonio inédito de la pasión. Ya me veía tornado en san Teodorico Evangelista.

Entonces, con una desesperada ansiedad que espantó a aquellos orientales de maneras mesuradas, grité:

—¿Dónde lo podré ver? ¿Dónde está Jesús de Nazaret mi Señor?

En este momento un esclavo, corriendo de puntillas, vino a caer en bruces en las losas, delante de Gamaliel; le besaba las franjas de la túnica; sus costillas flacas jadeaban; por fin, murmuró exhausto:

—Amo, el rabí está en el pretorio.

Gad salió de su oración con un salto de fiera; apretó en torno a la cintura su cuerda de nudos y corrió arrebatadamente, con el capuz suelto, extendiendo en derredor el haz resplandeciente de sus cabellos dorados. Topsius recogió su capa blanca con pliegues de toga latina que le daba la solemnidad de un mármol, y habiendo comparado la hospitalidad de Gamaliel a la de Abrahán, dirigiéndose a mí, exclamó triunfalmente:

—¡Al pretorio!

Mucho tiempo seguí a Topsius a través de la antigua Jerusalén, en caminata sofocante, perdido por completo en el tumulto de mis pensamientos. Pasamos junto a un jardín de rosas del tiempo de los profetas, espléndido y silencioso, que dos levitas guardaban armados de lanzas doradas. Después nos internamos en una calle fresca, aromatizada por las tiendas de los perfumistas: un toldo de esteras finas daba sombra a las puertas; el suelo estaba regado y alfombrado de yerba blanda y hojas de anemones; y por la sombra vagaban mancebos lánguidos, de cabellos rizados, de orejas pintadas, que apenas podían erguir, en las manos cargadas de anillos, las sedas rozagantes de sus túnicas de color de cereza y color de oro.

Más allá de esta calle indolente abríase una plaza, abrasada por el sol, llena de una polvareda espesa y blanca, donde los pies se enterraban; solitaria, en el medio, una vetusta palmera arqueaba su penacho, inmóvil y como de bronce; y al fondo negreaban en la luz las columnas de granito del viejo palacio de Herodes. Allí era el pretorio.

Frente al arco de entrada, donde rondaban con plumas negras en el yelmo reluciente dos legionarios de Siria, un grupo de muchachas, con rosas detrás de la oreja y en el regazo serones de esparto, pregonaban los panes ácimos. Bajo un enorme quitasol de plumas, clavado en el suelo, hombres de mitra de fieltro con balanzas sobre las rodillas cambiaban la moneda romana. Y los vendedores de agua, con sus odres felpudos, lanzaban un grito trémulo. Entramos y un vago terror se apoderó de mí.

Era un claro patio, abierto bajo el azul, enlosado de mármol, que tenía a cada lado una arcada fresca y sonora como claustro de monasterio. De la arcada del fondo, presa en la pared austera del palacio, extendíase un toldo de tela escarlata franjeado de oro, que proyectaba una sombra cuadrada y dura; dos estacas de palo sicomoro, rematadas por una flor de loto, la sustentaban. Apretábase allí un grupo de gente donde se confundían las túnicas de los fariseos orladas de azul, el rudo sayal de estameña de los obreros, apretado con un cinto de cuero, los amplios albornoces franjeados de ceniciento y blanco de los hombres de Galilea, y la capa carmesí de gran capuz de los mercaderes de Tiberiades; algunas mujeres, separadas de la sombra del toldo, alzábanse en la punta de sus chinelas amarillas, colocando encima del rostro, para defenderlo del sol, un doblez de su manto ligero. De aquella multitud salía un color caliente de sudor y de mirra. Al fondo, sobre un solio, un hombre, un magistrado, envuelto en los nobles pliegues de una toga pretexta, y más inmóvil que un mármol, apoyaba sobre el puño fuerte la barba densa y gris; sus ojos hundidos parecían adormecer indolentemente; una cinta escarlata le sujetaba los cabellos. Por detrás, sobre un pedestal que hacía espaldar a su silla curul, la figura de bronce de la loba romana abría de través la boca voraz. Pregunté a Topsius quién era aquel magistrado melancólico.

—Un tal Poncio, llamado Pilatos, que fue prefecto en Betania.

De súbito alguien tocó familiarmente en el hombro del historiador de los Herodes. Era el hermoso Manasés; con él venía un viejo magnífico, de una nobleza de pontífice, a quien Topsius besó filialmente la manga de su túnica blanca, bordada de verdes hojas de parra. Una barba de nieve, lustrosa de aceite, tocaba la faja que lo ceñía, y los hombros amplios desaparecían bajo la espesa abundancia de los cabellos blancos que salían del turbante, como una esclavina de armiños reales. Una de sus manos, llenas de anillos, se apoyaba en un fuerte bastón de marfil, y de la otra conducía a un niño pálido que tenía los ojos más bellos que las estrellas y semejaba, al lado del anciano, un lirio a la sombra de un cedro.

—Subid a la galería —nos dijo Manasés—. Allí estaréis mejor.

Seguimos al patriota. Yo pregunté cautelosamente a Topsius quién era aquel viejo tan augusto.

—Rabí Roban —murmuró con veneración mi docto amigo—. Una luz del sanedrín.

Continuamos andando por la galería sonora y clara: en su extremidad brillaba una suntuosa puerta de cedro con chapas de plata labrada; un pretoriano de Cesárea la guardaba.

Conmovido, me acerqué al parapeto. ¡Mis ojos mortales encontraron allá abajo la forma encarnada de mi Dios!

¡Oh, cara sorpresa del alma variable! ¡No sentí éxtasis ni terror! Era como si de repente hubiesen huido de mi memoria largos, laboriosos siglos de historia y religión.

No pensé siquiera que aquel hombre seco y moreno fuese el redentor de la humanidad. Inexplicablemente, me hallé anterior en los tiempos. Ya no era Teodorico Raposo, cristiano y licenciado. Toda la antigüedad de las cosas ambientes me había penetrado rehaciendo mi ser. Yo también era un antiguo. Era Teodoricus, un lusitano llegado en una galera de las playas resonantes del Promontorio Magno y que viajaba, siendo Tiberio emperador, por tierras tributarias de Roma. Aquel hombre no era Jesús, ni Cristo, ni el Mesías. Era tan sólo un hombre de Galilea que, lleno de sueños, desciende de su verde aldea para transfigurar todo un mundo y renovar todo un cielo, y encuentra en una esquina un *antenita* (*Natenita*: persona adscrita al templo para toda clase de trabajos.) del templo que le echa la mano y lo trae al pretor, cierta mañana de audiencia, entre un ladrón que anduvo a cuchilladas en Emat.

En un espacio con pavimento de mosaico, frente al solio donde se alzaba el asiento curul del pretor, estaba Jesús de pie, con las manos en cruz y débilmente atadas por una cuerda de esparto que colgaba hasta el suelo. Un largo albornoz de lona gruesa, orlado de azul, le cubría hasta los pies, calzados con sandalias ya gastadas por los caminos del desierto y atadas con correas. No le ensangrentaba la cabeza esa corona inhumana de espinas, como yo había leído en los Evangelios; tenía un turbante blanco hecho de una larga tira de lino; un cordel lo ataba por debajo de la barba encaracolada y aguda. Los cabellos secos, pasados por detrás de las orejas, le caían en rizos por la espalda; y en el rostro flaco, requemado, bajo las cejas densas, unidas, negreaba con una profundidad infinita el resplandor de sus ojos. No se movía, fuerte y sereno, delante del pretor. Tan sólo algún estremecimiento de las manos atadas delataba el tumulto de su corazón; y a veces respiraba largamente, como si su pecho, acostumbrado a los libres y claros aires de los montes y de los lagos de Galilea, se sofocase bajo el palio romano y la estrechez formalista de la ley. A un lado Sareas, miembro del sanedrín, que habría dejado en el suelo su manto y su báculo dorado, iba desenrollando y leyendo, con adormecedora canturía, una tira oscura de pergamino. Sentado en un escabel, el pretor romano, sofocado por el calor ya áspero del mes de *nisán*, refrescaba con un abanico de hojas secas de hiedra la faz rasurada y blanca; un escriba viejo, en una mesa de piedra llena de tabularios, afilaba minuciosamente sus cálamos; entre ambos, el intérprete, infeliz e imberbe, sonreía con las manos en la cintura, arqueando el pecho, donde llevaba pintado un papagayo bermejo. En rededor del toldo volaban constantemente palomas. Fue así como yo he visto a Jesús de Galilea, preso delante del pretor de Roma.

En tanto, Sareas que había terminado la lectura de un pergamino, saludó a Pilatos y comenzó en griego una arenga verbosa y aduladora. Hablaba del tetrarca de Galilea, del noble Antipas; loaba su prudencia; celebraba a su padre Herodes el Grande, restaurador del templo. Su hijo Antipas era generoso y fuerte... Pero, reconociendo su sabiduría, Sareas extrañaba que el tetrarca se negase a confirmar la sentencia del Sanedrín que condenaba a Jesús... ¿No estaba aquella sentencia fundada en las leyes que dio el Señor? El justo Anás

había interrogado al rabí y el rabí habíase encerrado en un silencio ultrajante. ¿Era aquella la manera de responder al puro, al sabio, al piadoso Anás? Por eso, un celoso, sin contenerse, abofeteó el rostro del rabí... ¿Dónde estaba el respeto de los antiguos tiempos y la veneración al pontificado?

Su voz, grave y hueca, resonaba bajo las arcadas. Yo, aburrido, bostezaba. Sareas después proclamó los derechos del templo. ¿Y aquel templo cómo lo respetaba el rabí? Amenazando destruirlo... ¡Y la blasfemia, arrojada al santuario, subía hasta el seno de Dios!

Bajo el toldo, los fariseos, los escribas, los natenitas del templo, esclavos sórdidos, susurraban como arbustos silvestres que un viento comienza a agitar. Y Jesús permanecía inmóvil, abstraídamente indiferente, con los ojos cerrados como para abismarse mejor en un sueño continuo y hermoso. Se levantó el asesor romano; dejó en el escabel su abanico de hojas, recogió con arte el manto forense y saludó tres veces al pretor; su mano delicada comenzó a ondular en el aire, haciendo brillar una joya.

—¿Qué dice?

—Cosas muy hábiles —murmuró Topsius—. Es un pedante, pero tiene razón. Dice que el pretor no es judío; que nada sabe de Jehová; que no le importan los profetas que se alzan contra Jehová, y que la espada del César no venga a dioses que no protegen al César.

Terminó el asesor, y lánguidamente, dejóse caer en su escabel. De nuevo habló Sareas. Ahora, más retumbante, no acusaba a Jesús de su revuelta contra Jehová y el templo, sino de sus pretensiones como príncipe de la casa de David. Toda la gente en Jerusalén habíale visto llegar por la Puerta de Oro en falso triunfo, rodeado de lumas verdes, en medio de una multitud de galileos que gritaban: "¡Hosanna al hijo de David! ¡Hosanna al rey de Israel!"

—¡Es el hijo de David que viene para hacernos mejores! —gritó a lo lejos la voz de Gad, llena de persuasión y de amor.

El pretor se dispuso a interrogar al rabí. Yo, temblando, vi cómo un legionario empujaba a Jesús, que alzó la faz. Inclinándose levemente hacia el rabí, Poncio murmuró aburrido e incierto:

—¿Eres tú acaso el rey de los judíos?... Los de tu nación te traen ante mí... ¿Qué has hecho?... ¿Dónde tienes ese reino?

El intérprete, infatuado, de pie, junto al solio de mármol, repitió muy alto las palabras del pretor en la antigua lengua hebraica de los libros santos; como el rabí permanecía silencioso, las gritó en el dialecto caldeo que se usa en Galilea. Entonces Jesús dio un paso. Oí su voz. Era clara, segura, dominadora y serena:

—Mi reino no es de este mundo. Si por voluntad de mi padre fuese yo rey de Israel, no estaría ante ti con esta cuerda en las manos... ¡Pero mi reino no es de este mundo!

Un grito partió desesperado:

—¡Entonces, que lo saquen de este mundo!

Y como leña seca que una chispa inflama, el furor de los fariseos y de los servidores del templo rompió en clamores impacientes:

—¡Crucifícale, crucifícale!

Pomposamente, el intérprete decía en griego al pretor los gritos tumultuosos lanzados en la lengua siria que habla el pueblo en Judea. Poncio golpeó con el pie sobre el mármol. Los lictores levantaron en el aire las varas que terminaban en una figura de águila; el escriba gritó el nombre de Cayo Tiberio; los brazos amenazadores bajaron y fue como un viento de terror que soplase ante la majestad del pueblo romano.

De nuevo habló Poncio, lento y distraído:

—¿Dices que eres rey? ¿Y qué es lo que haces aquí?

Jesús dio otro paso hacia el pretor. Su sandalia pisó fuertemente sobre las losas, como si tomase posesión suprema de la tierra. Las palabras que salieron de sus labios secos me pareció que fulguraban vivas en el aire, como el resplandor que salió de sus ojos negros.

—He venido a este mundo para predicar la verdad. Quien desee la verdad, quien quiera pertenecer a la verdad, tendrá que oír mi voz.

Pilatos le miró un momento pensativo; después encogióse de hombros:

—¡La verdad!... ¿Y qué es la verdad?

Jesús de Nazaret enmudeció.

En el pretorio reinó un silencio profundo, como si todos los corazones hubiesen sentido la incertidumbre. Pilatos descendió los cuatro escalones de bronce recogiéndose la amplia toga; y precedido de los lictores y seguido del asesor, penetró en palacio, por entre el rumor de armas de los legionarios que lo saludaban batiendo el hierro de las lanzas y el bronce de los escudos.

Inmediatamente se alzó por todo el patio un áspero y ardiente susurro, como de abejas irritadas. Sareas peroraba, blandiendo el báculo entre los fariseos, que juntaban las manos con terror.

Otros, alejados, murmuraban sordamente. Un viejo, dejando suelto su manto que volaba, corría por entre los vendedores de panes ácimos, gritando:

—¡Israel está perdido!

Gad surgió ante nosotros alzando los brazos triunfantes:

—El pretor es justo y liberta al rabí.

Con la faz resplandeciente, nos revelaba la dulzura de su esperanza. El rabí, apenas fuese suelto, dejaría a Jerusalén, donde las piedras eran menos duras que los corazones. En Betania le esperaban sus amigos armacos: al romper la luna, partirían para el oasis de Engadí. Allí estaban aquellos que le amaban. ¿No era Jesús hermano de los esenios? Como ellos, el rabí predicaba el desprecio de los bienes terrenos, la ternura por los que son pobres y la incomparable belleza del reino de Dios.

Yo, crédulo, me regocijaba, cuando un tumulto invadió la galería. Era el bando negro de los fariseos. Dirigióse hacia el lugar donde el rabí Roban conversaba con Manasés, envolviendo dulcemente en los dedos los cabellos del niño, más dorados que los maíces. Sareas, con la firmeza de quien intima, empezó a decir:

—Rabí Roban, es necesario que hables al pretor y salves nuestra ley.

Y luego, de todos lados, fue un suplicar ansioso.

—Rabí, habla al pretor. Rabí, salva a Israel.

El rabí, se alzó majestuoso como un gran Moisés. Después, con el niño de la mano, se puso a caminar en silencio: tras él la turba producía un rumor de sandalias en las losas de mármol. Nos detuvimos junto a la puerta de cedro. Los pesados goznes rechinaron: un tribuno del palacio acudió. Nos detuvimos todos amontonados en el umbral. En el centro de la sala fría y mal iluminada, erguíase pálidamente una estatua de Augusto. Ninguno de los judíos entró, porque pisar en día pascual un suelo pagano era cosa impura ante el Señor. Sareas anunció altivamente al tribuno que algunos de la nación de Israel, ante la puerta del palacio de sus padres, estaban esperando al pretor. Luego hubo un largo silencio lleno de ansiedad. Después, dos lictores avanzaron; tras ellos, caminando a pasos largos, con la amplia toga recogida sobre el pecho, apareció Pilatos.

Todos los turbantes se inclinaron, saludando al procurador de Judea. Pilatos habíase detenido al pie de la estatua de Augusto; y como repitiendo el gesto noble de la figura de mármol, extendió la mano:

—Que la paz sea con vosotros y con vuestras palabras... Hablad.

Sareas adelantóse y declaró que sus corazones venían en verdad llenos de paz... Pero habiendo el pretor dejado el pretorio sin confirmar ni anular la sentencia del sanedrín, ellos se hallaban como el hombre que ve suspendida la uva en la viña, sin secar ni madurar.

Poncio pareció penetrado de equidad y de clemencia.

—Interrogué a vuestro preso y no hallé en él culpa que deba castigar el procurador de Judea... Antipas Herodes, que es prudente y fuerte y practica vuestra ley y ora en vuestro templo, también le interrogó y ninguna culpa halló en él... Ese hombre sólo dice cosas incoherentes, como los que hablan en sueños.

Entonces, con un sombrío murmullo, todos retrocedieron, dejando al rabí Roban solo en el umbral de la sala romana. Lentamente, sereno, como si explicase la ley, el rabí alzó la mano y dijo:

—¡Delegado del César, Poncio, muy justo y muy sabio! El hombre que tú llamas visionario, hace años que ofende nuestras leyes y blasfema de nuestro Dios. Pero ¿cuándo le hemos prendido nosotros, cuándo le hemos traído ante tí? Solamente cuando le hemos visto entrar en triunfo por la Puerta de Oro aclamado como rey de Judea. Porque Judea no tiene otro rey sino Tiberio. Apenas un sedicioso se proclama contra el César, le apresamos y le castigamos. Eso hacemos nosotros que no gobernamos por el César, ni cobramos de su erario.

La faz de Pilatos se oscureció con una nube de cólera. Aquella tortuosidad de los judíos que, execrando a Roma, pregonaban ahora un celo ruidoso por el César para poder, en nombre de su autoridad, saciar un odio sacerdotal, sublevó la rectitud del romano.

—Callad. Los procuradores del César no vienen a aprender, en una colonia bárbara del Asia, sus deberes para con el César.

Manasés, que estaba a mi lado, y se tiraba impaciente la barba, alejóse con indignación. Pero el rabí prosiguió tan indiferente a la ira de Poncio como a los balidos de un cordero que condujese a las aras.

—Tu amo te da a guardar una viña y tu dejas que entren en ella y que la vendimien. ¿Para qué estás en Judea? ¿Para qué está la sexta legión en la torre Antonia? Poncio, ten presente que nuestra voz es lo bastante clara y lo bastante alta para que el César la oiga. Poncio dio un paso lento hacia la puerta; y dijo, con los ojos clavados en aquellos judíos que lentamente le iban enlazando en la trampa sutil de sus rencores religiosos:

—No temo vuestras intrigas. Elio Lamna es mi amigo... ¡Y César me conoce bien!

El rabí Roban repuso, sereno y apacible como si conversase a la sombra de un vergel:

—Tú ves lo que no está en nuestros corazones, Poncio; pero nosotros vemos lo que está en el tuyo. Tú quieres la destrucción de Judá.

Un estremecimiento de cólera devota pasó entre los fariseos. El rabí Roban continuaba denunciando al pretor con serenidad y lentitud.

—Tú quieres dejar impune al hombre que pregonó la insurrección declarándose rey en una provincia del César, para tentar, con tal impunidad, otras ambiciones más fuertes y

hacer que un nuevo Judas de Gamala ataque las guarniciones de Samaria. Así preparan un pretexto para descargar sobre nosotros la espada imperial, y extinguir completamente la vida nacional de Judea. Tú quieres una revolución para ahogaría en sangre, y presentarte ante el César como soldado victorioso y administrador sabio, digno de un proconsulado y de un gobierno de Italia. Nosotros estamos en paz con el César y cumpliremos nuestro deber, condenando al hombre que se levantó contra el César... ¿Tú no quieres confirmar el tuyo confirmando esta condena? ¡Bien! Mandaremos emisarios a Roma para que lleven nuestra sentencia y tu negativa. Salvando ante el César nuestra responsabilidad, mostraremos al César cómo procede en Judea aquel que representa la ley del imperio... Y ahora, pretor, puedes volver al pretorio.

Poncio frunció las cejas e inclinó la frente. El César, desconfiado y siempre inquieto, tal vez sospecharía un pacto entre él y aquel rey de los judíos. ¡Tal vez su justicia y su orgullo en mantenerla le costasen el proconsulado de Judea! Llegó lentamente hasta el umbral de la puerta, y abriendo los brazos, conmovido por un impulso magnánimo de conciliación, comenzó a decir:

—Hace siete años que gobierno Judea. ¿Cuándo me habéis encontrado injusto o infiel a las promesas juradas?... Ciertamente que vuestras amenazas no me mueven... El César me conoce bien... Pero, entre nosotros, para provecho del César no debe haber desacuerdos. ¡Siempre os hice concesiones! Desde Coponio, he respetado vuestras leyes más que ningún procurador —dudó un momento; después, frotándose lentamente las manos y sacudiéndolas como mojadas en un agua impura, continuó—: ¿Queréis la vida de ese visionario? ¿Qué me importa? Tomadla... ¿No os basta la flagelación? ¿Queréis la cruz? ¡Crucificadlo! ... ¡Pero no soy yo quien derrama esa sangre!

Un levita, macilento, clamó con pasión:

—Somos nosotros y que esa sangre caiga sobre nuestras cabezas.

Algunos se estremecieron; creían que todas las palabras tienen un poder sobrenatural y hacen reales las cosas pensadas.

Poncio abandonó la sala; el decurión, saludando, cerró la puerta de cedro. Entonces el rabí Roban volvióse sereno, resplandeciente, como un justo; adelantando por entre los fariseos, que se inclinaban para besarle la orla de su túnica, murmuraba con grave dulzura:

—Antes sufra un hombre que un pueblo entero.

Al salir vimos un grupo de hombres rudos que llenaba el viejo atrio de Herodes. Llevaban sobre los hombros capas cortas de estameña, sucias de polvo como si hubiesen servido de tapices sobre las losas de una calle. Algunos traían balanzas en las manos y jaulas de tórtolas; las mujeres que los seguían, sórdidas y macilentas, lanzaban maldiciones contra Jesús. Otros caminando en la punta de las sandalias, pregonaban en voz baja las cosas ínfimas o ricas que llevaban ocultas entre los dobleces de sus sayos: granos de avena tostados, brazaletes, corales y ungüentos. Interrogué a Topsius; mi sabio amigo,

limpiándose los anteojos, me explicó que eran los mercaderes contra quien Jesús, la víspera de pascua, alzando su báculo, había reclamado la estrecha aplicación de la ley que prohibía tráficos profanos en el templo, fuera de los pórticos de Salomón.

—Otra imprudencia del rabí, don Raposo —murmuró con ironía el agudo historiador.

Mientras hablaba Topsius reparé en un viejo flaco, que clavaba en nosotros humildemente sus ojos nublados, llenos de tristeza y de cansancio. Compadecido, iba a darle una moneda de plata, de los Tolomeos, cuando el viejo, hundiendo la mano trémula entre los harapos que apenas le cubrían el pecho velludo, me alargó con una sonrisa pedigüeña una piedra que relucía. Era un óvalo de alabastro, con la imagen del templo toscamente labrada. Mientras Topsius la examinaba doctamente, el viejo fue sacando otras piedras semejantes. Topsius dedujo que el viejo era uno de aquellos guebros, adoradores del fuego y hábiles en las artes, que van descalzos hasta el Egipto para salpicar sobre la esfinge la sangre de un gallo negro.

El viejo negó, horrorizado. Después, tristemente, murmuró su historia. Era un cantero de Naín que había trabajado en el templo y en las construcciones que Antipas Herodes erguía en Bezeta. Los azotes de los capataces rasgaron su carne; después, las enfermedades le robaron las fuerzas. Ahora, sin trabajo, con los hijos de su hija a quien alimentar, buscaba piedras raras por los montes y grababa en ellas nombres santos, sitios santos, para venderlas a los fieles en el templo. Para su desgracia, en vísperas de pascua había llegado un rabí de Galilea, lleno de cólera, que le arrancó su pan.

—¿Entonces vendías en el templo? —preguntó el historiador de los Herodes.

—Sí —suspiró el viejo—. Era de esa manera como mantenía a mi hija y a mis nietos. Los días de fiesta subía al templo, ofrecía mi plegaria al Señor y delante del pórtico del rey, al pie de la puerta de Suza, extendía mi estera y exponía mis piedras que brillaban al sol... Ciertamente no tenía derecho para poner allí mi tienda... Pero soy pobre y los que pregonan a la sombra bajo los pórticos, allí donde lo permite la ley, son mercaderes ricos que pueden pagar el lugar que ocupan: algunos pagan un siclo de oro. Yo no podía, con los nietos en casa, sin pan... Por eso quedaba a un lado fuera del pórtico en el peor sitio. Allí me estaba, encogido y silencioso sin quejarme siquiera, cuando algunos hombres fuertes me empujaban o me daban con los bastones en la cabeza. A mi lado había otros tan pobres como yo: Eboin de Jope, que ofrecía un aceite para hacer crecer el cabello, y Oseas de Ramá, que vendía flautas de barro. Los soldados de la torre Antonia que hacen la ronda, pasaban a nuestro lado como si no nos viesen. Hasta Manahen, que estaba casi siempre de guardia por la pascua, nos decía: "Os dejo estar ahí, con tal que no pregonéis alto." Todos sabían que éramos pobres y que no podíamos pagar al templo un lugar donde la ley autoriza las ventas. Mas he ahí que hace seis días ese rabí de Galilea apareció en el templo. Lleno de palabras de cólera, alzó el bastón sobre nosotros, clamando que aquélla era la casa de su padre y que nosotros la manchábamos... Dispersó todas mis piedras, que nunca más volví a ver y que eran mi pan. Rompió en las losas los vasos de aceite de Eboin de Jope, que, asustado, ni siquiera osaba gritar. Tuvimos que huir, entre los insultos de los mercaderes ricos, que habían pagado y batían palmas al rabí. ¡Ah, contra aquéllos el rabí no podía decir

nada! Eran ricos y habían pagado... ¡Yo ahora aquí ando! Mi hija, viuda y enferma, no puede trabajar, acurrucada en un rincón, entre harapos; los hijos de mi hija son pequeños, tienen hambre, miran hacia mí; pero me ven tan triste que no lloran.

Calló y sus manos flacas temblaban, limpiando las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Me golpeé el pecho desesperado. Toda mi angustia era por ignorar Jesús aquella desgracia, que, en la violencia de su espiritualismo, habían creado sus manos misericordiosas, como la lluvia benéfica que hace crecer los sembrados mata a veces una flor aislada. Entonces, para que no hubiese nada imperfecto en la vida de Jesús, ni quedase aquella queja en la tierra, pagué su deuda, así su padre me perdone la mía, echando sobre el sayal del viejo dracmas, crysos griegos de Filipos, áureos romanos de Augusto, hasta una gruesa pieza cirenaica que yo estimaba por tener una cabeza de Zeus Amnón que parecía mi imagen. Topsius juntó a este tesoro una lepta de cobre, que tiene en Judea el valor de un grano de maíz. El viejo cantero de Naín, con el dinero en un doblez de su sayo, bien apretado contra el pecho, murmuró tímida y religiosamente, alzando los ojos todavía húmedos:

—¡Padre que estás en los cielos, acuérdate de la faz de este hombre, que me dio el pan de largos días!

Y sollozando perdióse entre la turba.

Entre un brillo de armas, surgieron nuevamente las varas blancas de los lictores. Poncio, pálido y pesado, volvió a ocupar el asiento curul. Reinó silencio tan profundo, que se oyeron las bocinas que tocaban a lo lejos en la torre Mariana. Poncio Pilatos, con una dignidad indolente, alzando levemente el brazo desnudo, confirmó en nombre del César la sentencia del sanedrín que juzgaba en Jerusalén...

Los fariseos triunfaban. Junto a nosotros, dos, muy viejos, se besaban en silencio las barbas blancas; otros agitaban en el aire los bastones, o lanzaban sarcásticamente la exclamación forense de los romanos: *Bene et belle. Non potest melius!*

Pero de pronto el intérprete apareció encima de un escabel, ostentado sobre el pecho su papagayo flamante. La turba enmudeció sorprendida. El fenicio, después de haber consultado con el escriba, sonrió y gritó en caldeo alzando los brazos cargados de pulseras de coral:

—¡Escuchad! En esta vuestra fiesta de pascua, el pretor de Jerusalén acostumbraba, desde que Valerio Grato así lo determinó, con el beneplácito del César, perdonar a un criminal... El pretor os propone el perdón del rabí... ¡Escuchad todavía! Vosotros tenéis también el derecho de escoger entre los condenados. El pretor tiene en su poder, en los calabozos de Herodes, otro sentenciado a muerte...

Dudó y de nuevo consultó con el escriba. Luego, volviéndose a la multitud, gritó con la faz risueña:

—Uno de los condenados es el rabí Yehosuá, que aquí tenéis y que se dice hijo de David... Ese es el que propone el pretor... El otro, endurecido en el mal, fue preso por haber dado muerte traidoramente a un legionario cerca de Xistus. Su nombre es Barrabás. ¡Escoged!

Un grito brusco, enroquecido, partió de entre los fariseos:

—¡Barrabás!

Y después, por el atrio, confusamente, fue resonando el nombre de Barrabás, y un esclavo del templo, de sayal amarillo, llegando hasta las gradas del solio, rompió a gritar enfrente de Poncio:

—¡Barrabás! ¡Oye bien! ¡Oye bien! ¡Barrabás! ¡El pueblo sólo quiere a Barrabás!

El cuento de una lanza le hizo rodar por las losas. Pero ya toda la gente gritaba:

—¡Barrabás! ¡Barrabás!

Casi nadie conocía allí a Barrabás. Muchos, ciertamente, tampoco odiaban al rabí; sin embargo, engrosaban el tumulto porque sentían, en aquella reclamación del preso que atacó a los legionarios, un ultraje al pretor romano, togado y augusto en su tribunal. Poncio, entre tanto, indiferente al vocerío de aquella turba, escribía en una gran hoja de pergamino posada sobre sus rodillas. En torno, los clamores ya disciplinados resonaban en cadencia como mazos en una era:

—¡Barrabás! ¡Barrabás!

Entonces Jesús, lentamente, volvióse hacia aquel populacho duro y revoltoso que le condenaba; en sus ojos, refulgentes y húmedos, en el fugitivo temblor de sus labios, sólo apareció en aquel momento una tristeza misericordiosa por la inconsciencia de aquellos que así empujaban hacia la muerte al amigo de los hombres... Con las manos atadas limpióse una gota de sudor; después quedó ante el pretor, mudo e inmóvil, como si ya no perteneciese a este mundo.

El escriba, batiendo con una regla de hierro en la mesa de piedra, impuso silencio tres veces en nombre del César. El tumulto ardiente agonizaba. Poncio se levantó; sereno, sin demostrar impaciencia ni cólera, elevó la mano pronunciando el mandato final:

—¡Id, y crucificadlo!

Descendió del estrado; la turba batía ferozmente las palmas. Ocho soldados de la cohorte siriaca aparecieron, apretados en marcha, con los escudos revestidos de lona. Sareas, miembro del sanedrín, tocando en el hombro a Jesús, se lo entregó al decurión; un soldado le aflojó las cuerdas, otro le estiró el albornoz de lana; yo vi al dulce rabí de Galilea dar su primer paso hacia la puerta.

Apresurados, liando un cigarro, dejamos el palacio de Herodes. Salimos a una calle sombreada por el muro de un jardín plantado de cipreses. Dos dromedarios, echados en el polvo, rumiaban sobre un haz de hierba. El alto historiador tomaba ya el camino del templo, cuando, bajo las ruinas de un arco cubierto de hiedra vimos que alguna gente se agrupaba en torno de un esenio, cuyas mangas de albo lino batían el aire como las alas de un pájaro irritado. Era Gad, ronco de indignación, clamando contra un hombre de barba rala y rubia, con grandes aretes de oro en las orejas; el hombre temblaba, balbuciente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!

—¡Fuiste tú! —gritaba el esenio, golpeando con la sandalia en tierra—. ¡Te conozco bien! ¡Tu madre es cardadora en Cafarnaún, y maldita sea por la leche que te dio!

El hombre retrocedía, bajando la cabeza como un animal acorralado.

—No fui yo. Yo soy Efraín, hijo de Eliesar, de Ramá. Siempre me han conocido todos sano y fuerte como la palmera nueva.

—Todo es inútil. Eres torcido, como sarmiento viejo de vid. ¡Perro, hijo de perro! Te he visto bien. Fue en Cafarnaún, en la calle donde está la fuente, al pie de la sinagoga, donde te apareciste a Jesús, rabí de Nazaret. Le besabas las sandalias y decías: "¡Rabí, cúrame; rabí, mira esta mano que no puede trabajar!" Y le mostrabas esa mano, la derecha, seca, esmirriada y negra. Era el *shabbath*; (*Shabbath*: sábado en el calendario hebreo.) estaban los tres jefes de la sinagoga, y Elzear y Simeón. Todos miraban a Jesús para ver si osaría curar en el día del Señor... Tú llorabas de hinojos en el suelo. ¿Y por acaso te rechazó el rabí? ¿Te mandó a buscar la raíz de baraz? ¡Ah perro, hijo de perro! El rabí, indiferente a las acusaciones de la sinagoga y sólo escuchando a su misericordia, te dijo: "¡Extiende la mano!" ¡Tocó en ella y reverdeció como la planta regalada por el rocío del cielo! Estaba sana, fuerte, firme; y tú movías, ora un dedo, ora otro, espantado y temblando.

Un murmullo de arrobo corrió entre la multitud, maravillada por el dulce milagro, y el esenio exclamó con los brazos trémulos en el aire:

—¡Así fue la caridad del rabí! Y tú pudiste correr por el camino fortalecido y ágil, gritando hacia tu casa: "¡Oh madre, oh madre, estoy curado!" ¡Y fuiste tú, perro, hijo de perro, quien hace poco, en el pretorio, pedías la cruz para el rabí y gritabas por Barrabás! No lo niegues, boca inmunda...

Algunos, escandalizados, gritaban:

—¡Maldito! ¡Maldito!

Un viejo, con justiciera gravedad, cogió dos gruesas piedras. El hombre de Cafarnaún, encogido y amedrentado, todavía rumió sordamente:

—¡No fui yo! ¡No fui yo!... Yo soy de Ramá.

Gad, furioso, le asió de las barbas:

—En ese brazo, cuando te arremangaste delante del rabí, todos vieron dos cicatrices curvas, como dos golpes de hoz... ¡Y ahora vas a mostrarlas, perro, hijo de perro!

Le despedazó la manga de la túnica nueva; y arrastrándole en derredor, mostraba a las gentes las dos cicatrices lívidas en el vello rubio. Después, le hizo caer despreciativamente sobre la multitud, que levantando una polvareda a lo largo del camino, persiguió al hombre de Cafarnaún a pedradas.

Nos acercamos a Gad, sonriendo, alabando su fidelidad a Jesús. Él, más calmado, había extendido sus manos a un vendedor de agua, que las purificaba con un largo chorro de un odre felpudo. Después, limpiándolas en la toalla de lino que le pendía del cinto, nos habló en secreto:

—¡Escuchad! José de Ramata reclamó el cuerpo del rabí y el pretor se lo concedió... Esperadme a la nona hora romana en el patio de Gamaliel... ¿Adónde vais?

Topsius contestó que íbamos al templo por motivos intelectuales de arte, de arqueología.

—¡Vano es aquel que admira piedras! —murmuró el altivo idealista.

Y echándose el capuz sobre la faz, se alejó entre las bendiciones del pueblo, que cree y ama a los esenios.

Para llegar hasta el templo, como quiera que la caminata a través del Tiropeo y la fuente de Xistus era larga, tomamos dos literas, de las que un liberto de Poncio ofrecía últimamente, junto al pretorio a la moda de Roma.

Cansado, me estiré, con las manos en la nuca, en el colchón de hojas secas. Lentamente comenzó a invadirme el alma una inquietud extraña, que ya en el pretorio me rozaba levemente como el ala asustada de un ave agorera. ¿Iba yo a quedar para siempre en aquella ciudad-fuerte de los judíos? ¿Había perdido irremisiblemente mi individualidad de Raposo, de católico y de doctor para tornarme un hombre de la antigüedad clásica, contemporáneo de Tiberio? Y dado aquel mirífico retroceso de los tiempos, si volviese a mi patria, ¿qué encontraría en ella?...

Ciertamente encontraría una colonia romana; en la falda de la colina más fresca, una casa de piedra habitada por el procónsul; al lado, un templo pequeño de Apolo o de Marte; y en lo alto, un campo atrincherado de legionarios; en rededor, la villa lusitana, diseminada, con sus caminos agrestes, sus cabañas de piedra sin argamasa y cobertizos para recoger el ganado. ¿Si así encontraba mi patria, qué haría allí? ¿Sería pastor en los montes? ¿Barrería el pórtico del templo? ¿Partiría leña para las cohortes, por ganar un salario romano?... ¡Miseria incomparable!

Librodot

Así me inquietaba cuando la litera paró. Descorrí las cortinas y vi ante mí los grandes sillares de la muralla del templo. Penetramos bajo la bóveda de la puerta de Huldá. En el deslumbramiento que me produjo el templo, me agarré al brazo esquelético del historiador de los Herodes. El oro y la nieve de los mármoles parecían vibrar en el aire tibio. Los amplios patios que por la mañana había visto desiertos, con un pavimento reluciente como el agua quieta de un lago, desaparecían ahora bajo la multitud engalanada y festiva. Los aromas mareaban, acres, emanados de las telas teñidas, de las resinas aromáticas, de las gorduras de la carne chirriando en las brasas. Sobre el denso ruido, pasaban broncos mugidos de bueyes. Constantemente los humos votivos se unían en la refulgencia del cielo...

—¡Caramba! —murmuré asombrado—. ¡Aquí hay lujo!

Fuimos penetrando bajo los pórticos de Salomón donde resonaba el profano tumulto de un mercado. Tras de grandes rejas estaban los cambistas, con una moneda de oro pendiente de la oreja, entre las melenas sórdidas, trocando el dinero sacerdotal del templo por las monedas paganas de todas las religiones, de todas las edades, desde las macizas rodelas del viejo Lacio, más pesadas que broqueles, hasta los ladrillos labrados que circulaban en las ferias de Asiria. Más allá brillaba la frescura y abundancia de un pomar; las manzanas romanas, reventando de maduras, colgaban de las ramas. Hortelanos con un ramo de mirto, preso en el turbante, pregonaban guirnaldas de anemones o hierbas amargas de pascua; jarros de leche pura brillaban colocados sobre sacos de lentejas; y los corderos echados en las losas, atados por las patas a las columnas, balaban tristemente de sed.

Pero la multitud sobre todo se apiñaba, con suspiros de envidia, en torno de los tejidos y de las joyas. Mercaderes de las colonias fenicias, de las islas griegas, de Tardis, de la Mesopotamia, de Tadmor, unos con soberbias túnicas de lana bordada, otros con toscos tabardos de cuero pintado, desdoblaban los paños azules de Tiro, que reproducían el brillo de los cielos de oriente y las sedas impúdicas de Seba, de una transparencia verde, y las telas solemnes de Babilonia que siempre me extasiaban, negras, con largas flores color de sangre... Dentro de los cofres de cedro, esparcidos sobre tapetes de Galacia, relucían espejos de plata simulando la luna y sus rayos, amuletos y talismanes de turmalina que los hebreos usan en el pecho, y brazaletes de pedrería, enfilados en cuernos de antílopes.

Entramos en la galería real, toda ella consagrada a la doctrina y a la ley. Allí cada día cuestionaban rencorosamente saduceos y escribas, soforines y fariseos, sectarios de Esquemania y sectarios de Hilal, juristas, retóricos, fanáticos de toda la tierra judaica. Disputaban sobre tenebrosos puntos de doctrina. ¿Se puede comer un huevo de gallina puesto durante el *shabbath*? ¿Por qué hueso de la espina dorsal comienza la resurrección? El filósofo Topsius reía escondiendo la boca bajo un pliegue de su capa; pero yo temblaba cuando los doctores cadavéricos y barbudos nos miraban con ojos coléricos.

Se aproximaba la sexta hora judaica, la más grata al Señor, cuando el sol, en su marcha hacia el mar, se detiene sobre Jerusalén y la contempla con pasión. Para acercarnos al atrio de Israel, tuvimos que hacernos trabajosamente paso entre la multitud que allí se removía, llegada de toda la tierra culta y bárbara... El rudo sayo de los buhoneros de Idumea rozaba

la clámide corta de los griegos rasurados, más blancos que mármoles. Había hombres solemnes de las planicies de Babilonia, con las barbas metidas dentro de sacos azules que una cinta de plata les pendía a las mitras de cuero pintado; y había gauleses rubios, de bigotes colgantes como las hierbas de sus lagunas, que reían y hablaban devorando con sus dientes las mondas de los limones de Siria. A veces un romano togado pasaba tan grave, como si descendiese de un pedestal.

Así, lentamente, llegamos a la Puerta Bella, que daba acceso al atrio sagrado de Israel. Bella en verdad, preciosa y triunfal sobre sus cuatro gradas de mármol verde de Numidia; sus largas hojas, revestidas de chapas de plata brillaban como un relicario. Las columnas laterales, semejantes a gruesos haces de palmas, sustentaban una torre redonda y blanca, guarnecida de los escudos tomados a los enemigos de Judá, brilladores al sol, como un collar de gloria sobre el pescuezo fuerte de un héroe. Más adelante, erguíase severo un pilar que remataba con una placa negra, donde se leía en letras de oro, esta amenaza en griego, en latín, y en caldeo: "Que ningún extranjero penetre aquí bajo pena de vida."

Afortunadamente avistamos al flaco Gamaliel, que se encaminaba al santo patio, descalzo, apretando contra el pecho un haz de espigas votivas; con él venía un hombre risueño, de rostro encendido, coronado por una enorme mitra de lana negra, adornada con hilos de coral... Inclinados sobre las losas saludamos al austero doctor de la ley. Él salmodió, con los párpados entornados:

—Sed bien venidos... Esta es la hora mejor para recibir la bendición del Señor. Vosotros hoy pertenecéis milagrosamente a Israel. Subid a la morada del eterno. Este que viene conmigo es Eliezer de Silo, benéfico y sabio, entre todos, en el conocimiento de cosas de la naturaleza.

Nos dio dos espigas de maíz; y tras él pisamos con nuestras suelas gentílicas el atrio interdicto de Judá.

Caminando a mi lado, Eliezer de Silo, cortés y suave, preguntó si era remota mi patria y peligrosos los caminos...

Yo murmuré recatadamente:

—Sí... Venimos de Jericó.

—¿Es buena por allá la cosecha de bálsamo?

—Sí, admirable —afirmé con calor—. Alabado sea el eterno, porque en este su año de gracia, que lo es de bálsamo, estamos allá como queremos.

Él pareció regocijado. Entonces me refirió que era uno de los médicos que residen en el templo, donde los sacerdotes sufren con frecuencia desarreglos intestinales por pisar descalzos, cuando están sudando, las losas frías de los atrios.

—Por eso —murmuró él, con una chispa alegre en los ojos— el pueblo de Israel nos llama siempre *doctores de la tripa*.

Me reí a carcajadas de aquella jocosidad, así murmurada en la austera morada del eterno... Después, recordando mis molestias intestinales de Jericó, por amar demasiado los divinos y pérfidos melones de Siria, pregunté al amable físico si en tales casos preconizaba el bismuto...

El sabio movió cautamente su mitra. Después, clavando un dedo en el aire, me dijo en secreto esta receta incomparable:

—Tómese goma de Alejandría, azafrán del jardín, una cebolla de Persia y vino negro de Emaús... Se mezcla, se cuece... Se deja enfriar en un vaso de plata... Se coloca el enfermo en una encrucijada, al nacer el sol...

Enmudeció súbitamente con los brazos abiertos y el rostro inclinado al suelo. Habíamos penetrado en el soberbio atrio llamado Patio de las Mujeres; en aquel instante terminaban las bendiciones que a la hora sexta un sacerdote va a echar sobre el pueblo desde lo alto de la puerta de Nicanor. Severa, toda de bronce, con sus dos hojas abiertas, la puerta dejaba entrever allá al fondo los oros, la nieve y la pedrería del santuario refulgiendo con serenidad. Por las gradas, más lustrosas que alabastros, se tendían dos filas de levitas arrodillados y vestidos de blanco. Por entre aquellos hombres postrados, descendía lentamente un anciano con un incensario de oro en las manos... Su túnica tenía la cimbra orlada de esmeraldas; los pies, sin sandalias y teñidos de rojo, parecían de coral; en el centro de la faja que le ceñía la cintura brillaba, bordado en oro, un gran sol. Con la barba aguda y dura alzada al cielo, el viejo incensó el lado de oriente y de las arenas; después, el lado de occidente y de los mares; el recogimiento era tan elevado que se oía en el fondo del santuario el lento mugido de los bueyes. Descendió más; alzó la mitra salpicada de joyas, y movió el incensario que brilló al sol; con el humo blanco, pareció extenderse tenue y fragante, sobre Israel, la bendición del muy fuerte. Entonces, los levitas, al unísono, hirieron las cuerdas de sus liras. Todo el pueblo erguido, con los brazos alzados al cielo, entonó un salmo celebrando la eternidad de Judá... Súbitamente, todo cesó; los levitas descendían por la gradería de mármol sin un rumor de sus pies desnudos; Eliezer de Silo y el rígido Gamaliel habían desaparecido bajo los pórticos; en derredor, el claro patio resplandecía lleno de mujeres. Pronto mis ojos dejaron de admirar mármoles y bronces para quedar cautivos fijos en aquellas hijas de Jerusalén, llenas de gracia y morenas como las tiendas de Cedar. Todas llevaban en el templo el rostro cubierto. Apenas un ligero velo a la moda romana, envuelto delicadamente al turbante, ponía en torno de los rostros una albura de espuma donde los negros ojos adquirían un encanto húmedo y amoroso, enlanguecidos por las negras pestañas alargadas por la tintura de cipro. La abundancia bárbara de oro y de las pedrerías envolvíalas en un resplandor trémulo, desde los pechos fuertes hasta los cabellos más frescos que la lana de Galaad. Las sandalias bordadas sonaban sobre las losas con una melancolía argentina. Las más ricas caminaban solemnemente entre esclavas vestidas de paños amarillos, que sostenían el parasol de plumas de pavo real. Las más pobres con una sencilla camisa de algodón multicolor, y sin más joyas que un rudo talismán de coral, corrían, charlaban, mostrando desnudos los brazos y el cuello dorados por el sol

como un fruto sabroso. Sobre todas revoloteaba mi deseo, como una abeja que duda entre flores de igual naturaleza.

Tirándole de las mangas a Topsius murmuré:

—¡Ah, Topsius, Topsius, qué mujeres! ¡Las hay que roban el sentido!

El sabio afirmaba con desdén que aquellas mujeres no tenían más intelectualidad que los pavos reales del jardín de Antipas. Lo probable era que ninguna hubiese leído a Sófocles y Aristóteles... Al oírle, yo me encogía de hombros. ¡Oh, esplendor de los cielos! ¡Por cuántas de aquellas mujeres que no leyeron a Sófocles no diera yo una ciudad de Italia y toda Siria, a poder tanto como el César! Unas me asombraban por su gracia de vírgenes devotas que vivían en la penumbra constante de sus estancias de cedro, con el cuerpo saturado de perfumes y el alma henchida de oraciones. Otras me deslumbraban por la suntuosidad sólida y apetitosa de su belleza. ¡Qué rasgados y negros ojos de ídolos! ¡Qué blancos y soberanos brazos de mármol! ¡Qué magníficas desnudeces, cuando al borde de sus lechos blancos soltasen los cabellos pesados y resbalasen dulcemente los vellos y los linos de Galacia!...

Fue necesario que Topsius, tirándome del albornoz, me arrastrase hacia la puerta de Nicanor.

¡Ay, hijas de Sión, sois capaces de trastornar a cualquiera!

Al volverme, empujado por el docto historiador, di de narices contra un cordero blanco que un viejo conducía al hombro, sujeto por las patas y adornado de rosas. Delante de nosotros alzábase una larga balaustrada de cedro labrado.

—Aquí —dijo el erudito Topsius— es donde se dan a beber las aguas amargas de las mujeres adúlteras... Y ahora, don Raposo, ahí tienes a Israel adorando a Dios.

¡Era el atrio sacerdotal! Yo sentí un estremecimiento ante aquel santuario, entre todos suntuoso y deslumbrante. En medio alzábase, construido con enormes piedras negras, el altar de los holocaustos. A cada lado enristrábase un cuerno de bronce: del uno pendían guirnaldas de lirios, del otro hilos de corales, del otro goteaba sangre. Del centro del altar elevábase una humareda rojiza y lenta; en derredor se agrupaban los sacrificadores, descalzos y vestidos de blanco, con horquillas de bronce en las manos, pálidas, pinchos de plata y largos cuchillos sujetos en los cintos color de cielo... En el afanoso y severo rumor del ceremonial sacrosanto se confundía el balar de los corderos y el son argentino de los platos, el crepitar de la leña y el golpe sordo de los mazos, el cantar lento del agua en los tazones de mármol y el estridor de las bocinas. A pesar de los aromas que ardían en pebeteros de bronce y de los largos abanicos de palma con que los siervos del templo agitaban el aire, yo tuve que llevarme el pañuelo a las narices molestado por aquel olor de carne cruda, de sangre, de gorduras fritas y de azafrán, que el Señor reclamó a Moisés como el don más preciado que puede recibir de la Tierra...

En el fondo, bueyes adornados de flores y terneras blancas con los cuernos dorados sacudían mugiendo las cuerdas que los sujetaban a fuertes argollas de bronce; más lejos, sobre mesas de mármol, se veían, bermejos y sangrientos, grandes trozos de carne, los cuales aireaban los levitas con abanicos de plumas para ahuyentar las moscas. De dos columnas rematadas por brillantes globos de cristal pendían corderos muertos que los natenitas desollaban con cuchillos de plata. Coronados por una mitra rodeada de metal, esclavos idumeos limpiaban constantemente las losas con esponjas.

A cada momento algún viejo sacrificador, dirigíase al altar llevando en alto un cordero tierno que no balaba, contento y abrigado entre los dos brazos desnudos; un tañedor de lira le precedía; detrás los levitas conducían jarros de aceites aromáticos. Frente al ara, rodeado de acólitos, el sacrificador lanzaba sobre el cordero un puñado de sal; después, salmodiando, le cortaba un mechón de lana entre los cuernos. Las bocinas resonaban; un grito de animal herido se perdía en el tumulto sagrado; por encima de las tiaras blancas, dos manos bermejas se alzaban en el aire, sacudiendo la sangre; del fondo del altar resaltaba, avivada por los aceites y las gorduras, una llama de alegría y de oferta; y el humo rojizo y lento ascendía serenamente al azul, llevando en sus nubes el aroma que deleita al eterno.

—Esto es un matadero —murmuré yo aturdido—. Esto es un matadero. Amigo Topsius, vámonos allá, a donde estaban las mujeres...

El sabio miró al sol. Después, gravemente, apoyando en mi hombro su mano amiga, murmuró:

—Es casi la hora nona, don Raposo... Tenemos que ir fuera de la Puerta Judiciaria, más allá del Gareb, a un sitio agreste que se llama el Calvario.

Palidecí. Me parecía que ninguna ventaja espiritual obtendría mi alma, y que ninguna inesperada adquisición enriquecería el saber de Topsius por irnos a contemplar en lo alto de un cerro, entre tojos y zarzas, a Jesús de Nazaret atado a un madero y sufriendo; aquello solamente sería un tormento para nuestra sensibilidad. Pero seguí sumiso a mi sabio amigo. Al penetrar en una sórdida y andrajosa calle que se retorcía bajo viejos toldos de esparto, me volví hacia el templo; desde allí sólo se veía la muralla de granito sombría y formidable. Aquella arrogancia de su eternidad, llenó de cólera mi corazón. Mientras sobre una colina destinada a los esclavos, el hombre de Galilea, el incomparable amigo de los hombres, agonizaba en su cruz y se apagaba para siempre aquella pura voz de amor y espiritualidad, el templo que lo mataba permanecía allí, rutilante y triunfal, con el balar de sus ganados y el murmullo de sus sofismas, con la usura bajo los pórticos y la sangre sobre las aras, con la iniquidad de su duro orgullo y la inoportunidad de perenne incienso... Entonces, con los dientes cerrados, mostré el puño a Jehová y a su ciudadela.

—¡Arrasados seáis!

No volví a abrir mis labios secos hasta llegar a la estrecha puerta de las murallas de Ezekiá, que los romanos denominaban Judiciaria. Estremecíme al ver allí colgado en un pilar de piedra un pergamino con tres sentencias transcritas:

"La de un ladrón de Betebara, la de un asesino de Emat y la de Jesús de Galilea." El escriba del sanedrín, que conforme a la ley vigilaba allí para recoger, hasta que los condenados pasasen, algún inesperado testimonio de inculpabilidad iba a partir con sus tabularios bajo el brazo, después de trazar sobre cada sentencia una gruesa rúbrica bermeja. Y aquella plumada final, trazada aprisa por un escriturario que regresaba contento a su morada para comer el cordero de pascua, me conmovió más que la melancolía de los libros santos.

Vallados de cactos en flor bordeaban el camino. Ante nuestros ojos se extendían verdes oteros donde muros de piedra, vestidos de zarza rosa, limitaban los huertos. Todo allí resplandecía festivo y pacífico. A la sombra de los pilares de las parras algunas mujeres hilaban. En derredor jugaban los hijos pequeños con el cuello cargado de amuletos de coral... Por el camino descendía una recua de lentos dromedarios que conducían mercancías para Jope. Delante de nosotros caminaba lentamente, apoyándose en el hombro de un niño que le guiaba, un viejo pobre, de luengas barbas, que llevaba colgada del cinto la lira griega de cinco cuerdas y sobre la frente una corona de laurel. Delante de una cancela pintada de rojo que se abría en un muro blanco, dos siervos esperaban sentados en un tronco, con los ojos bajos y las manos sobre las rodillas. Topsius se detuvo tirándome del albornoz:

—Decid, ¿es éste el huerto de José de Ramata, un amigo de Jesús, miembro del sanedrín, hombre de espíritu inquieto, que se inclinaba hacia el partido de los esenios?... ¡Pero ahí viene Gad!

Del fondo del huerto, por una calle de mirtos y rosas, descendía Gad corriendo con una cuerda y un cesto de mimbres colgado en un palo. Nos detuvimos.

—¿El rabí? —gritó el alto historiador, trasponiendo la cancela.

El esenio entregó a uno de los esclavos la cuerda y el cesto que estaba lleno de mirra y de hierbas aromáticas y quedó un momento ante nosotros, trémulo, sofocado, con la mano apoyada en el corazón para dominar su ansiedad. Por fin murmuro:

—¡Sufrió mucho! ¡ Sufrió cuando le atravesaron las manos!... ¡Todavía sufrió más cuando le alzaron en la cruz!... ¡Al principio rechazó el vino de misericordia que le daría la insensibilidad!... ¡El rabí ansiaba entrar con el alma clara en la muerte por la cual había llamado!... Pero José de Ramata y Nicodemo estaban allí vigilando. Ambos le recordaron las cosas prometidas una noche en Betania... ¡Entonces el rabí bebió!...

El esenio fijó en Topsius los ojos relucientes, como para clavar en su alma una recomendación suprema y habló con grave lentitud:

—Esta noche, después de la cena, en el huerto de Gamaliel.

Y otra vez desapareció en la calle fresca, que orillaban los mirtos y los rosales. Topsius abandonó pronto el camino de Jope, para tomar por un atajo agreste donde mi largo albornoz se prendía en los espinos. Mientras caminábamos, mi docto amigo me explicaba

Librodot

lo que era la divina misericordia: era un vino fuerte de Tarses, cocido con hierbas aromáticas y especias y servido por una cofradía de mujeres devotas para insensibilizar a los crucificados... Yo apenas escuchaba al sabio historiador de los Herodes. En lo alto de un cerro, cubierto de zarzas y peñascos, avisté, destacándose duramente en el claro azul del cielo, un grupo de gente que estaba inmóvil: en medio, alzábanse los extremos de tres maderos y se movían, brillando al sol, yelmos bruñidos de legionarios. Turbado, me apoyé en un peñasco que había a un lado del camino; pero viendo a Topsius caminar con la sabia serenidad de quien considera la muerte una purificadora liberación de las formas imperfectas, no quise ser menos fuerte ni menos espiritual. Me quité el albornoz que me ahogaba y subí intrépidamente a la colina.

De un lado, ahondábase el valle de Hinon, yermo, lívido, sin una hierba, sin una sombra, manchado de huesos y de cenizas. Delante de nosotros, el cerro mostraba la cumbre con manchas leprosas de tojo negro. El sendero donde nuestros pasos espantaban los lagartos, iba a perderse entre las ruinas de una cabaña hecha de adobes; dos abedules, más tristes que plantas crecidas en las grietas de un sepulcro, alzaban a uno y otro lado su ramaje áspero y sin flor, donde cantaban las cigarras. En la sombra tenue, cuatro mujeres descalzas, desgreñadas, con desgarrones de duelo en las túnicas pobres, lloraban como en un funeral.

Una, inmóvil, arrimada a un tronco, gemía sordamente bajo la punta del manto negro; otra, exhausta de lágrimas, estaba sentada en una piedra con la cabeza inclinada sobre las rodillas, y los espléndidos cabellos, rubios y sueltos, tocaban el suelo. Las otras dos deliraban, arañadas, ensangrentadas, golpeándose desesperadamente el pecho; de tiempo en tiempo levantaban al cielo los brazos desnudos y clamaban mirando a la cumbre del cerro.

Y un perro, que parecía vagar perdido entre las ruinas, aullaba también siniestramente.

Despavorido, tiré de la capa al docto Topsius y cortamos a campo traviesa hasta la cumbre donde se apiñaban siervos del templo, vendedores de frutas y algunos sacerdotes miserables de los que viven de la ignorancia y de las limosnas. Delante de la blanca capa en que Topsius se envolvía, se encorvaron, murmurando serviles bendiciones, dos cambistas, con monedas de oro pendientes de las orejas. Una cuerda de esparto, presa a postes clavados en el suelo para aislar las cruces, nos detuvo. En el lugar donde nosotros hicimos alto, hacía veces de poste un viejo olivo que tenía colgados de las ramas escudos de legionarios y un manto bermejo.

Ansioso, alcé los ojos hacia la cruz más alta, clavada con cuñas en la hendidura de un peñasco. El rabí agonizaba. Aquel cuerpo que no era de mármol, ni de plata, y que jadeaba vivo, caliente, atado y clavado a un madero, con un paño viejo arrollado a la cintura y un travesaño pasado entre las piernas, me llenó de terror y de espanto... La sangre que había manchado la madera nueva ennegrecía sus manos, coagulada en torno de los clavos; los pies casi tocaban el suelo, amarrados por una gruesa cuerda, rojos y torcidos de dolor. La cabeza, ora oscurecida por una onda de sangre, ora más lívida que un mármol, rodaba de un hombro a otro dulcemente; y por entre los cabellos enmarañados que el sudor había empastado, los ojos agonizaban sumidos, apagados, pareciendo llevarse para siempre, con su luz, toda la luz y toda la esperanza de la Tierra...

El centurión, sin manto, con los brazos cruzados sobre la coraza de escamas, rondaba gravemente al pie de la cruz del rabí, clavando, a veces, los ojos duros en el grupo lleno de rumores y de risas que formaba la gente del templo. Topsius me mostró, cercano a nosotros, un hombre cuya faz amarilla y triste casi desaparecía entre dos largos mechones de cabellos negros que le descendían sobre el pecho: abría y enrollaba con impaciencia un pergamino, ora espiando la marcha lenta del sol, ora hablando en voz baja con un esclavo que estaba a su lado.

—Es José de Ramata —me dijo el docto historiador—. Acerquémonos a él: nos dirá cosas que conviene saber...

Pero en aquel instante, de entre el bando sórdido de los siervos del templo y de los sacerdotes miserables, partió un sordo rumor, como graznar de cuervos en la altura. Y uno de ellos, colosal y escuálido, levantando los brazos hacia la cruz del rabí, gritó, entre una tufarada de vino:

—Tú que eras fuerte y querías destruir el templo, ¿por qué no rompes ahora el palo de esa cruz?

En torno, estallaron risas brutales. Otro, con las manos sobre el pecho y encorvándose con infinito sarcasmo, saludaba al rabí:

—¡Heredero de David! ¡Oh, mi príncipe! ¿Qué te parece ese trono?

—¡Hijo de Dios, llama a tu padre, a ver si tu padre te salva! —gritaba a mi lado un viejo, con toda la barba estremecida apoyado en su bastón.

Nos acercamos a José de Ramata, que se apartó bruscamente, esquivando la inoportunidad del sabio Topsius. Ofendidos de su rudeza, nos quedamos al pie del olivo seco, frente a las cruces.

Los dos condenados habían vuelto de su primer desmayo bajo la frescura de la brisa de la tarde. El uno, grueso, velludo, con el pecho hacia fuera, como si fuesen a estallar sus costillas en un desesperado esfuerzo para arrancarse del madero, gemía sordamente: la sangre goteaba lenta de sus pies negros y de sus manos abiertas; abandonado, sin cariño y sin piedad que lo asistiesen, era como un lobo herido que aúlla y muere en un jaral. El otro, delgado y rubio, pendía sin un gemido. Frente a él una mujer macilenta y vestida de harapos, apoyando a cada instante las rodillas sobre la cuerda, extendía hacia él sus brazos que sostenían un niño desnudo y gritaba, ya ronca:

—¡Mira aún, mira aún!

Los párpados lívidos no se movían. Un negro que guardaba las herramientas de la crucifixión iba empujándola con blandura; ella, muda, apretaba desesperadamante a un hijo para que no se lo llevasen también, batiendo los dientes y temblando toda; y el niño, entre los harapos, buscaba el seno escuálido.

Algunos soldados sentados en el suelo, desdoblaban las túnicas de los supliciados. Abajo, en la polvareda del camino, bajo el sol apacible, pasaba la gente que volvía pacíficamente de los campos y de los huertos. Un viejo aguijoneaba sus vacas hacia la Puerta de Genat. Mujeres, cantando, acarreaban leña; un jinete trotaba, envuelto en un manto blanco. A veces, los que atravesaban el camino, o volvían de las pomaredas de Gareb, al ver las cruces, subían a la colina lentamente. El rótulo de la cruz del rabí, escrito en griego y en latín, causábales asombro: "Rey de los judíos." ¿Quién era aquel hombre? Dos mancebos, patricios y saduceos, con aretes de perlas en las orejas y bordados de oro en los borceguíes, interpelaron al centurión, escandalizados: "¿Por qué escribe el pretor: "Rey de los judíos"? ¿Acaso aquel que está clavado en la cruz es Cayo Tiberio? ¡Sólo Tiberio es rey de Judea! El pretor ha querido ofender a Israel pero, en verdad, sólo ultraja al Cesar...

Impasible, el centurión hablaba a dos legionarios que removían la tierra con gruesas barras de hierro. Y la mujer que acompañaba a los saduceos, una romana menuda y morena, con cintas de púrpura en los cabellos empolvados de azul, contemplaba suavemente al rabí y aspiraba su frasco de esencias, condolida de aquel hombre joven, rey vencido, rey bárbaro, que moría en el suplicio de los esclavos. Cansado, fui a sentarme con Topsius en una piedra. Era cerca de la octava hora judaica: el sol, sereno como un héroe que envejece, descendía hacia el mar por encima de las palmeras de Betania. Delante de nosotros, el Gareb verdeaba, cubierto de jardines. Y allá en lo alto de la torre Hípica, que extendía ya su sombra sobre el valle de Hinon, algunos soldados, de pie, sobre la barbacana, apuntaban sus ballestas a los buitres que volaban en el azul. Triste y aburrido, yo pensaba en el Egipto, en nuestras tiendas, en la bujía que, por olvido, dejé allí encendida, y en esto estaba cuando avisté, subiendo a la colina lentamente, apoyado en el hombro del niño que le guiaba, un viejo con quien ya nos habíamos cruzado en el camino de Jope, y que llevaba una lira colgada de la cintura. Sus pasos se arrastraban más inciertos, en la fatiga de una jornada penosa: una gran tristeza abatía sobre su pecho la clara barba ondeante, y bajo el manto color de guinda que le cubría la cabeza, pendían, mustias, las hojas de su corona de laurel.

Topsius le gritó:

—¡Eh, rapsoda!

Y cuando él, tentando los brezos del camino, se acercó, el docto historiador preguntóle si de las dulces islas traía algún canto nuevo. El viejo alzó la faz entristecida, y muy noblemente murmuró que una juventud imperecedera sonríe en los más antiguos cantos de Helenia. Después, habiendo apoyado las sandalias sobre una piedra, tomó la lira entre sus manos distraídas; el niño, derecho, con las pestañas bajas, puso la boca en una flauta de caña; y en el resplandor de la tarde que envolvía y doraba a Sión, el rapsoda lanzó un canto ya trémulo, pero glorioso y henchido de adoración, como ante el ara de un templo, en una playa de Jonia... Yo adiviné que cantaba a los dioses y su belleza y su actividad heroica. Decía el délfico, imberbe y color de oro... Pero súbitamente, un grito llenó el espacio partiendo de lo alto de una colina: fue un grito supremo, arrebatado y libertador. Los dedos cansados del viejo enmudecieron sobre la lira helénica, desde aquel momento en adelante, y por largas edades, silenciosa e inútil. A su lado, el niño, apartando la flauta de sus labios, alzaba hacia las cruces negras los ojos claros, adonde aparecía asomarse la curiosidad y la pasión de un mundo nuevo.

Topsius le preguntó al viejo su historia y él la refirió con amargura. Había llegado de Samos a Cesárea, y tocaba su lira, junto al templo de Hércules. Pero la gente abandonaba el puro culto de los héroes; y sólo había acompañado a unos mercaderes hasta Tiberiades; los hombres allí no respetaban la vejez y tenían corazones mezquinos, parando en los puestos de los romanos donde los soldados le escuchaban; en las aldeas de Samaria llamaba a las puertas de los lagares donde se pisaba la uva; y para ganarse el pan duro, había tocado la cítara griega en los funerales de los bárbaros. Ahora erraba allí, en aquella ciudad donde había un gran templo y un dios feroz y sin forma que detestaba a los hombres. Su deseo era volver a Mileto, su patria, sentir el débil murmullo de las aguas del Meandro, y poder palpar los mármoles santos del templo de Febo Didimeo, adonde, siendo niño, había llevado en un cesto, cantando, los primeros rizos de sus cabellos...

Las lágrimas rodaban por su faz, tristes como la lluvia por un muro en ruinas. Yo sentí una gran piedad por aquel rapsoda de las islas de Grecia, perdido también en la dura ciudad de los judíos. Le entregué mi última moneda de plata. Él descendió la colina, apoyado en el hombro del niño, lento y encorvado, con la orla deshilachada de su manto enredándose en las piernas desnudas, y muda y mal segura en el cinto, la lira heroica de las cinco cuerdas.

En tanto, alrededor de las cruces, creció un rumor de revuelta. La gente del templo, con las manos en alto, mostrando el sol, que descendía como un escudo de oro hacia el mar de Tiro, intimaba al centurión para que bajase los condenados de la cruz antes de sonar la hora santa de pascua. Los más devotos reclamaban que se aplicase a los crucificados el *crurifragio* romano, quebrándoles los huesos con barras de hierro y arrojándolos al despeñadero de Hinon... La indiferencia del centurión exasperaba el celo piadoso. ¿Osaría aquel romano macular el *shabbath* dejando un cuerpo muerto en el aire?

—¡El sol declina! ¡El sol va a dejar el Hebrón! —gritó de encima de una piedra un levita aterrado.

— ¡Rematadlos, rematadlos!

Y a vuestro lado, un hermoso mancebo exclamaba, revolviendo los ojos lánguidos y moviendo los brazos, llenos de brazaletes de oro:

—¡Echad el rabí a los cuervos! Dad a las aves de rapiña su pascua.

El centurión, que miraba a lo alto de la torre Mariana, donde los escudos brillaban heridos por el sol poniente, hizo una señal con la espada. Dos legionarios, echándose pesadamente al hombro las barras de hierro, marcharon tras él, hacia las cruces. Yo, estremecido, agarré el brazo de Topsius; pero enfrente del madero de Jesús, el centurión se detuvo alzando la mano...

El cuerpo blanco y fuerte del rabí tenía la serenidad de la muerte: los pies, empolvados, que poco antes torcía el dolor, pendían ahora rectos hacia el suelo como si fuesen a pisarle en breve; el rostro no se movía, echado dulcemente hacia atrás sobre uno de los brazos de la cruz, vuelto hacia el cielo, donde Jesús había puesto su deseo y su reino... Yo también miré

Librodot

al cielo: brillaba sin una sombra, sin una nube, liso, claro, muy alto, y lleno de impasibilidad...

—¿Quién reclama el cuerpo de este hombre? —gritó el centurión, murmurando a uno y a otro lado.

—¡Yo, que le amé en vida! —exclamó, acercándose, José de Ramata extendiendo por encima de la cuerda su pergamino.

El esclavo, que esperaba a su lado extendió entonces en el suelo la tela de lino y corrió hacia las ruinas de la cabaña, donde las mujeres lloraban entre los abedules.

A nuestra espalda, fariseos y saduceos, que se habían juntado, comentaban, rencorosos, que José de Ramata, un miembro del sanedrín, solicitase el cuerpo del rabí para perfumarle y honrarle con las flautas y plañidos de un funeral... Uno de ellos, con deshilachadas melenas, brillantes de aceite, afirmaba que siempre le había conocido inclinado hacia todos los innovadores y hacia todos los sediciosos... Más de una vez habíale visto hablar con el rabí cerca del campo de los Tintoreros... Con ellos estaba Nicodemo, hombre rico, con ganados, con viñas, dueño de todas las casas de la sinagoga de Cirenaica.

Otro, rubicundo y grasiento, gimió:

—¿Qué será de la nación si los más respetados se juntan con los que adulan al pobre, y le enseñan que los frutos de la tierra deben ser por igual para todos?

—¡Raza de Mesías! —gritó el más joven con furia, dando con el bastón en los brazos—. ¡Raza de Mesías, perdición de Israel!

Pero el saduceo de melenas aceitosas alzó lentamente la mano ligada en tiras sagradas:

—¡Sosegad; Jehová es grande y todo cuanto sucede en la Tierra es para su gloria!... En el templo y en el consejo, no faltarán jamás hombres fuertes que mantengan la fuerza de la ley; y, felizmente, encima de los calvarios, siempre han de levantarse cruces...

Todos murmuraron:

—¡Amén!

En tanto, el centurión, con los soldados detrás, marchaba hacia los otros maderos donde los condenados, vivos y llenos de agonía, pedían agua: uno, inmóvil y gimiente; otro con las manos rasgadas, rugiendo terriblemente. Topsius, que sonreía lleno de frialdad, murmuro:

—Ya es tiempo, vamos.

Con los ojos llenos de lágrimas, tropezando en las piedras, descendí al lado del profundo crítico la colina de la inmolación. Yo sentía una densa melancolía entenebrecer mi alma al pensar en aquellas cruces que habían de levantarse siempre, como anunciaba el judío de la guedeja aceitosa... ¡Oh, dura miseria, así sería! Sí, por todos los siglos de los siglos veríase siempre en torno de la leña de las hogueras, en la frialdad de las mazmorras y ante la escalera de las horcas, aquel afrentoso escándalo de juntarse sacerdotes, patricios, magistrados, soldados, doctores y mercaderes para sacrificar ferozmente al justo que, penetrado del esplendor de Dios, enseñase la adoración en espíritu o al que, lleno de amor hacia los hombres, proclamase el reino de la igualdad.

Con tales pensamientos, volví a Jerusalén, mientras las aves, más felices que los hombres, cantaban en los cedros del Gareb...

Había oscurecido y era la hora de la cena pascual cuando llegamos a casa de Gamaliel. En la sala azul, con techumbre de cedro, el austero doctor ya nos aguardaba, tendido en el diván de correas blancas, con los pies desnudos y las luengas mangas levantadas hasta los hombros. A su lado había un bordón de viaje y una calabaza de agua, emblemas rituales de la salida de Egipto. Enfrente alzábase un candelero en forma de arbusto, que tenían en cada brazo una pálida llama azul. Con los ojos perdidos en aquel brillo trémulo y las manos cruzadas en el vientre, Eliezer, el benigno *doctor de la tripa*, sonreía beatíficamente, recostado en almohadones de cuero bermejo. Junto a él dos escabeles, cubiertos con tapices de Asiria, esperaban por mí y por el sagaz historiador.

—Sed bien venidos —murmuró Gamaliel—. ¡Grandes son las maravillas de Sión! ¡Debéis venir hambrientos!

Batió levemente las palmas. Dos esclavos, caminando sin ruido, en la punta de sus sandalias de fieltro, entraron, alzando muy alto los grandes platos de cobre que humeaban. A un lado teníamos, para limpiar los dedos, un bollo de harina blanco, fino y blando como un paño de lino; del otro, un plato largo, con cerco de perlas, donde negreaba un montón de cigarras fritas; en el suelo, jarras con agua de rosas. Cumplimos las abluciones, y Gamaliel murmuró la oración ritual sobre la gran fuente de plata donde el cabrito asado humeaba. Topsius, gran sabedor de las maneras orientales, engulló fuertemente, por cortesía, demostrando apetito y deleite; después, con una hebra de carne entre los dedos, afirmó, sonriendo a los doctores que Jerusalén le parecía magnífica, hermosa de caridad y bendita entre las ciudades.

Eliezer de Silo murmuró, con los ojos cerrados de gozo, como si nos acariciasen:

—Es una joya mejor que el diamante, y el Señor la engastó en el centro de la Tierra para que irradiase igualmente su brillo en derredor.

—¿En el centro de la tierra? —murmuró el historiador con docto espanto.

—Sí.

Y empapando un pedazo de bollo en la salsa, el profundo físico nos explicó que la tierra era chata, y más redonda que un disco: en el medio, estaba Jerusalén la santa, con un corazón lleno de amor hacia el altísimo; en rededor, Judea, rica en bálsamos y palmeras, cercada de sombras y de aromas; después, los paganos, en regiones duras, donde ni la miel ni la leche abundan; después, los mares tenebrosos..., y por encima, el cielo sonoro y sólido.

—¿Sólido? —balbuceó mi sabio amigo.

Los esclavos servían en tazas de plata cerveza amarilla de la Media. Con solicitud, Gamaliel me aconsejó que, para evitarle el sabor, trincase una cigarra frita. El rabí Eliezer, sabio entre todos en las cosas de la naturaleza, revelaba a Topsius la divina construcción del cielo.

El cielo está formado por siete duros fanales de cristal, maravillosos y rutilantes; por encima de ellos rodaban constantemente las grandes aguas; sobre las aguas fluctuaba, en un fulgor, el espíritu de Jehová... Aquellos fanales de cristal, agujereados como una criba, resbalaban unos sobre los otros con una música dulce y lenta, que los profetas más queridos habían oído a veces... Él mismo, una noche que oraba en el huerto de su casa, en Silo, había escuchado, por un raro favor del altísimo, aquella armonía, tan penetrante y suave, que las lágrimas, una a una, le caían en las manos abiertas... Ahora, en los meses de *kislew* (*Kislew*: mes del calendario hebreo, comprendido entre el 4 de noviembre y el 3 de diciembre.) y de *tebet* (*Tebet: idem*, del 4 de diciembre al 2 de enero.) los agujeros de los fanales coinciden y, por eso, caen sobre la tierra las gotas de agua eternas que hacen crecer las siembras.

—¿La lluvia? —preguntó Topsius con acatamiento.

—¡La lluvia! —respondió Eliezer con serenidad.

Topsius, disimulando una sonrisa, alzó hacia Gamaliel los ojos, con sus lentes de oro, que brillaban con sana ironía, pero el piadoso hijo de Simeón conservaba en el rostro, enflaquecido en el estudio de la ley, una serenidad impenetrable. Entonces, el historiador, tomándose una aceituna, deseó saber del esclarecido físico por qué tenían los cristales del cielo ese color azul que eleva el alma...

Eliezer de Silo se lo explicó:

—Una gran montaña azul, invisible hasta hoy a los hombres, se alza allá a occidente; cuando le da el sol, su reverberación baña el cristal del cielo. ¡Tal vez en esa montaña es donde habitan las almas de los justos!...

Gamaliel tosió blandamente y murmuró:

—Bebamos en alabanza del Señor.

Alzó una taza llena de vino de Siquen, recitó sobre ella la fórmula de una bendición y me la pasó, invocando la paz sobre mi corazón. Yo murmuré:

—A mi salud y por muchos años.

Y Topsius, recibiendo la taza con veneración, también bebió, tras contestar:

—A la prosperidad de Israel, a su fuerza, a su sabiduría.

Después, los siervos, precedidos por un hombre obeso, de túnica amarilla, que hacía resonar pomposamente sobre las losas su vara de marfil, trajeron el más devoto manjar de pascua: las hierbas amargas. Gamaliel las probó solemnemente como cumpliendo un rito. Representaban las amarguras de Israel en el cautiverio de Egipto. Eliezer las declaró fortificadoras y llenas de una alta lección espiritual. Después, el sabio físico se atiborró de miel de Hebrón y me obligó a mí a que también la tomase en abundancia. Con la boca llena, se extrañó que hubiese elegido los alrededores de Sión, tan secos y desolados, para dar un paseo. Más suave me hubiera sido la fragancia de Siloé...

—¡Fui a ver a Jesús! —le interrumpí severamente—. Fui a ver a Jesús, crucificado esta tarde por mandato del sanedrín.

Eliezer, con oriental cortesía, se golpeó el pecho demostrando sentimiento. Luego quiso saber si pertenecía a mi sangre, o si había partido conmigo el pan de la alianza, aquel rabí a quien fui a ver en su muerte de esclavo.

Le miré sorprendido.

—Es el Mesías.

Y él, más sorprendido que yo, quedó con la boca abierta y un hilo de miel pegado a la barba.

—¡Oh, rareza! Eliezer, doctor del templo, físico del sanedrín, no conocía a Jesús de Galilea. Me confesó que, atareado con los enfermos que durante la pascua invaden a Jerusalén, no había ido aquellos días ni al Xistus, ni a la tienda del perfumista Cleos, ni al huerto de Anás, donde las noticias vuelan más numerosas que las palomas; por eso nada había oído de la aparición de un Mesías...

Por lo demás, añadió, no podía ser el Mesías. Ése debería llamarse Manahen el Consolador, porque traería el consuelo de Israel. Habría dos mesías: el primero, de la tribu de José, sería vencido por Gog; el segundo, hijo de David y lleno de fuerza, vencería a Magog. Antes de nacer él, comenzarían siete años de maravillas: habría mares evaporados, estrellas desprendidas del cielo y tal abundancia que hasta las peñas darían fruto; en el último año correría sangre entre las naciones; al fin resonaría una voz portentosa, y sobre el Hebrón, con una espada de fuego, surgiría el Mesías.

Decía estas cosas peregrinas mientras pelaba un higo. Después, añadió, exhalando un suspiro:

Librodot

—Por ahora, hijo mío, ninguna de esas maravillas anunció el consuelo de Israel.

Y clavó los dientes en el higo.

Entonces fui yo, Teodorico, ibero, de un remoto municipio romano, quien contó a un físico de Jerusalén, criado entre los mármoles del templo, la vida del Señor. Le referí las cosas dulces y las cosas fuertes: las tres estrellas sobre su cuna; su palabra amansando las aguas de Galilea; el corazón de los humildes palpitando por él; el reino del cielo que prometía, y su faz augusta brillando ante el pretor de Roma...

—Después, los padres, los patricios.y los ricos le crucificaron.

El doctor Eliezer, revolviendo en el azafate de higos, buscando los más maduros, murmuró pensativo:

—¡Es triste, es triste: es triste todo eso!... Todavía, hijo mío, el sanedrín es misericordioso. En siete años, desde que lo sirvo, apenas ha lanzado tres sentencias de muerte... Si, ciertamente, el mundo necesita escuchar una palabra de amor y de justicia; ¡pero Israel ha sufrido tanto con los innovadores, con los profetas! ... En fin, nunca debería derramar la sangre del hombre... Y por cierto que estos higos de Beftagé no pueden compararse con los míos de Silo.

En aquel instante, el docto Topsius, que debatía con Gamaliel el helenismo y las escuelas socráticas, irguiéndose, con los anteojos en la punta de la nariz, lanzó este resumen luminoso:

—Sócrates es la semilla; Platón, la flor; Aristóteles, el fruto... Y de este árbol se ha nutrido el espíritu humano.

Pero Gamaliel se levantó súbitamente; Eliezer, también. Ambos tomaron los cayados; ambos gritaron:

—¡Aleluya!... ¡Loemos al Señor que nos sacó de la tierra de Egipto!

Terminaba la cena pascual. El esclarecido historiador miró el reloj y pidió permiso a Gamaliel para subir a la terraza y refrescar su emoción en el aire tibio de Ofel... El doctor de la ley nos condujo hasta la balaustrada iluminada pálidamente: invocó sobre nosotros la gracia del Señor y penetró con Eliezer en un aposento cerrado por cortinas de Mesopotamia, del cual no tardó en salir un suavísimo aroma, mezclado con débil rumor de risas y sones lentos de lira.

El aire en la terraza era tibio y fragante. ¡La alegría reinaba aquella noche de pascua en Jerusalén! En el cielo, mudo, cerrado, como un palacio donde hay luto, ningún astro brillaba; pero la ciudad, con sus iluminaciones rituales, parecía salpicada de oro. En la pared oscura de algunas casas, relucían hilos de luces como collar de joyas en el cuello de una negra. Traía el aire de los sones de las flautas y la doliente vibración de las cuerdas del

konnor; en las calles, iluminadas por grandes fogatas de leña, veíamos flotar las túnicas cortas de los griegos, danzando la *calábida*. Solamente las torres que parecían más altas en la noche, la Hípica, la Mariana y la Farsala, se conservaban oscuras; el mugido de sus bocinas pasaba de tiempo en tiempo, ronco y mudo, como una amenaza, sobre la santa ciudad en fiesta.

Todavía más allá de las murallas continuaba el júbilo de la noche pascual. Había luces en Siloé. En los aduares, sobre el Monte de los Olivos, ardían fuegos claros, e hileras de antorchas humeaban por los caminos, entre un rumor de cantares.

Tan sólo una colina, más allá de Gareb, permanecía en tinieblas. En aquella hora alboreaban entre un peñascal dos cuerpos despedazados, donde los picos de los buitres, con un ruido seco de hierros entrechocados, hacían su cena pascual. Al menos, otro cuerpo, preciosa envoltura de un espíritu perfecto, yacía resguardado en un sepulcro nuevo, envuelto en lino fino, ungido, perfumado de canela y de nardo. Así le habían dejado en aquella noche más santa de Israel aquellos que le amaban y que desde entonces por los siglos de los siglos le amarían entrañablemente... Así le habían dejado con una losa encima. Ahora, entre las casas de Jerusalén, llenas de luces y llenas de cantos, también había alguna, oscura y cerrada, donde corrían lágrimas sin consuelo. Allí el hogar estaba apagado y frío; la lámpara, triste, agonizaba; en el cántaro no había agua porque nadie había ido a la fuente; y sentadas en la estera, con los cabellos caídos, aquellas que le habían seguido desde Galilea hablaban de él, de las primeras esperanzas, de las parábolas contadas por entre los trigales, de los tiempos suaves en la ribera del lago.

Así pensaba yo, reclinado sobre la baranda, mirando a Jerusalén, cuando en la terraza surgió, sin rumor, una forma envuelta en alba túnica de lino, extendiendo un aroma de canela y de nardo. Me pareció que irradiaba una claridad y que sus pies no pisaban las losas. Mi corazón tembló de miedo. Mas de entre el blanco ropaje una bendición salió, grave y familiar:

—¡Que la paz sea con vosotros!

¡Ah, qué alivio! Era Gad.

—¡Que la paz sea contigo!

El esenio, callado, se detuvo ante nosotros. Y yo veía que sus ojos intentaban llegar al fondo de mi alma para sondear su grandeza y fuerza. Por fin, murmuró, inmóvil como una imagen tumular en sus vestiduras blancas:

—La luna va a nacer... Todas las cosas esperadas se están cumpliendo... ¡Ahora, decid! ¿Sentís, el corazón fuerte para acompañar a Jesús y guardarlo hasta el oasis de Engadí?

Me incorporé, estirando con terror los brazos en el aire. ¡Acompañar al rabí! ¿No yacía, pues, muerto, ligado y perfumado, bajo una piedra, en un huerto del Gareb? ¡Vivía! ¡Al

nacer de la luna, entre sus amigos, iba a partir para Engadí! Agarré ansiosamente el hombro de Topsius, amparándome en su saber fuerte y en su autoridad.

Mi docto amigo parecía envuelto en una pesada incertidumbre.

—Sí, tal vez... Nuestro corazón es fuerte; pero... Además, no tenemos armas.

—¡Venid conmigo! —insistió Gad, ardientemente—. Pasaremos por casa de alguien que nos dirá las cosas que nos conviene saber y que os dará armas...

Aún trémulo, sin desasirme del sapiente historiador, osé balbucir:

—¿Y Jesús, dónde está?

—En casa de José de Ramata —respondió el esenio, dirigiendo en derredor una mirada inquisidora como el avaro que habla de algún tesoro—. Para que nada sospechase la gente del templo, en su presencia misma hemos depositado el cuerpo del rabí en el túmulo nuevo que está en el huerto de José. Tres veces las mujeres lloraron sobre la piedra que, conforme a los ritos, como sabéis, no cierra enteramente el túmulo, dejando una larga hendidura por donde se veía el rostro del rabí. Algunos sirvientes del templo lo reconocieron, diciendo: "Está bien", y se retiraron luego a sus moradas... Yo entré por la Puerta de Genat. Nada más he visto. Pero apenas anochezca, José y otro, fiel enteramente, deben ir a buscar el cuerpo de Jesús, y con las recetas del libro de Salomón, hacerlo salir del desmayo en que le postró el narcótico y el sufrimiento... ¡Venid, pues, vosotros que lo amáis también y creéis en él!...

Impresionado, decidido, Topsius envolvióse en su amplia capa; y descendimos con cauto silencio por la escalera que de la terraza conduce a un camino de menuda piedra, pegado a la muralla de Herodes.

Largo tiempo caminamos en la oscuridad guiados por las blancas vestiduras del esenio. De entre casuchas en ruinas, a veces, un perro saltaba aullando. Sobre las altas almenas pasaban mortecinas luces de ronda. Después, una sombra que tosía alzóse del pie de un árbol, triste y en calma, como si saliese de una sepultura; y rozando mi brazo, sacudiendo la capa de Topsius, nos rogaba, a través de gemidos y entre tufaradas de ajo, que fuésemos a dormir a un lecho que había perfumado de nardo.

Paramos, por fin, ante un muro cuya entrada cerraba una gruesa estera de esparto. Un corredor, rezumante de agua, nos llevó a un patio rodeado por una baranda que se asentaba sobre rudas vigas de madera; el suelo, blando como lodo, apagaba el rumor de nuestras pisadas.

Gad lanzó tres veces, con intervalos, el grito de los chacales. Nosotros esperábamos en medio de un patio, al borde de un pozo cubierto con tablas; encima de nosotros, el cielo tenía la oscuridad dura e impenetrable de un bronce. Al cabo de algún tiempo, bajo la baranda, surgió la claridad de una lámpara, alumbrando la barba negra de un hombre que la

traía, y que había echado sobre su cabeza la punta del albornoz pardo del galileo. Pero el viento apagó la luz. Y el hombre, lentamente, en las tinieblas, caminó hasta nosotros.

Gad exclamó:

—¡Que la paz sea contigo, hermano! Estamos prontos.

El hombre pasó lentamente la lámpara sobre el brocal del pozo y dijo:

—¡Todo está consumado!

Gad, estremecido, interrogó:

—¿El rabí?

El hombre, después de haber escudriñado la sombra en derredor con los ojos inquietos que relucían como los de un animal del desierto, se acercó más a nosotros, hablando en voz baja:

—Son cosas más altas, que no podemos comprender. Todo parecía verdad. El vino narcotizado había sido dispuesto por la mujer de Rosmofin, que es hábil y conocedora... Yo había hablado al centurión, un camarada a quien salvé la vida en Germania, en la campaña de Publio... Cuando colocamos la piedra sobre el sepulcro de José de Ramata, el cuerpo del rabí estaba caliente.

Se detuvo, como si el patio no fuese lugar bastante seguro. Nosotros temblábamos de ansiedad. Yo sentí que una revelación iba a pasar por mí, prodigiosa, iluminando los misterios. Al fin, el hombre dijo como un murmullo triste de agua corriendo en la sombra:

—Anochecido, volvimos al sepulcro. Miramos por la hendidura; la faz del rabí estaba serena y llena de majestad. Levantamos la losa y sacamos el cuerpo. Parecía adormecido en los paños que lo envolvían... José tenía una linterna; le llevamos por el Gareb, corriendo a través de la arboleda. Al pie de la fuente encontramos una ronda de la cohorte auxiliar. Dijimos: "Es un hombre de Jope que enfermó, y al cual llevamos a una sinagoga." La ronda dijo: "Pasad." En casa de José estaba Simeón el esenio, que ha vivido en Alejandría y conoce las virtudes de las plantas: todo estaba preparado... Extendimos a Jesús en la estera. Le dimos de beber los cordiales; esperamos orando... ¡Ay! Sentimos bajo nuestras manos enfriársele el cuerpo. Un instante abrió lentamente los ojos. Una palabra salió de sus labios. Era vaga, no la comprendimos... Parecía que invocaba a su padre y que se quejaba de algún abandono... Después le recorrió un estremecimiento: en las comisuras de su boca apareció un poco se sangre..., ¡y con la cabeza sobre el pecho de Nicodemo, el rabí quedó muerto!

Gad cayó pesadamente de rodillas, sollozando. El hombre, como si todas las cosas hubiesen sido dichas, dio un paso para buscar su lámpara que había dejado en el brocal del pozo.

Librodot

Topsius le detuvo con avidez:

—Escucha. Necesito saber la verdad. ¿Qué hicisteis después?

El hombre se detuvo al pie de los pilares de madera. Luego, alargando los brazos en la oscuridad y tan cerca de nuestros rostros que yo sentía su aliento, murmuró:

—Era necesario para bien de la Tierra que se cumpliesen las profecías. Durante dos horas, José de Ramata oró postrado. No sé si el Señor le habló en secreto; pero cuando se alzó, su faz resplandecía y gritó: "Los tiempos llegarán." Después, por su orden, enterramos al rabí en una caverna tallada en roca que José de Ramata tiene tras el molino.

El galileo atravesó el patio y tomó su lámpara. Se retiraba lentamente, sin un rumor, cuando Gal, alzando el rostro, le llamó a través de sus sollozos:

—Escucha aún. ¡Grande es el Señor en la verdad!... ¿Y el otro túmulo, donde las mujeres de Galilea le habían dejado envuelto en tela con áloes y con nardos?

El hombre, sin detenerse, murmuró ya sumido en las tinieblas:

—¡Allá quedó abierto! ¡Allá quedó vacío!

Entonces Topsius me arrastró por el brazo tan atropelladamente que tropezamos en la oscuridad contra los pilares de la baranda. Allá en el fondo abrióse una puerta con brusco estruendo de hierros caídos... Vi una plaza rodeada de pálidos arcos, triste y fría; en la unión de las losas crecía la hierba como en una ciudad abandonada. Topsius se detuvo: sus anteojos fulguraban.

—¡Teodorico! ¡La noche termina! ¡Vamos a partir de Jerusalén! Nuestra jornada al pasado acabó... La leyenda inicial del cristianismo está hecha: va a morir el mundo antiguo.

Asombrado y estremecido, miré al docto historiador. Sus cabellos ondeaban agitados por un viento de inspiración. Las palabras que salían de sus labios retumbaban terribles y enormes, cayendo sobre mi corazón.

—Al acabar el *shabbath* las mujeres de Galilea volverán al sepulcro de José de Ramata, donde dejaron sepultado a Jesús... Le encontrarán abierto y vacío... "¡Desapareció, no está aquí!..." Entonces María de Magdala, creyente y apasionada, irá gritando por Jerusalén: "¡Resucitó, resucitó!" De esta manera, el amor de una mujer cambia la faz del mundo y da una religión más a la humanidad.

Y levantando los brazos, corrió a través de la plaza, donde los pilares de mármol comenzaban a caer sin ruido y blandamente. Jadeando llegamos al portal de Gamaliel. Un esclavo, que aún tenía en las muñecas pedazos de las cadenas rotas, guardaba nuestros caballos. Montamos. Entre un fragor de piedras arrastradas por un torrente llegamos a la Puerta de Oro. Galopamos hacia Jericó, por la calzada romana de Siquen, tan

vertiginosamente, que no sentíamos las herraduras herir las losas negras de basalto. La capa de Topsius volaba, rajada por una cuchillada furiosa. Los montes corrían a los lados como fardos sobre lomos de camellos en la desbandada de un pueblo. Mi yegua volaba y yo veía en el aire su aliento encendido: me agarraba a las crines como si volase entre nubes...

De repente, avistamos entre las sierras de Moab la planicie de Canaán. Nuestro aduar blanqueaba junto a las brasas moribundas de una hoguera. Los caballos se detuvieron temblando. Corrimos a las tiendas; sobre la mesa, la vela que Topsius encendió para vestirse hacía mil ochocientos años, agonizaba, con un pálido luminoso y rojizo... Derrengado por la jornada, me eché sobre el catre sin descalzarme siquiera las botas blancas de polvo...

Inmediatamente me pareció que una antorcha flameante penetraba en la tienda, esparciendo un brillo de oro... Me levanté asustado. Con un rayo de sol que llegaba desde los montes de Moab, entraba el alegre Potte en mangas de camisa, con mis botas en la mano.

Arrojé la manta y me incorporé para comprobar mejor la mudanza terrible que desde la víspera se hizo en el universo. Sobre la mesa yacían las botellas de champaña con que brindamos por la ciencia y la religión. El envoltorio de la corona de espinas estaba a mi cabecera. Topsius, en su catre, con un pañuelo atado a la cabeza, bostezaba, poniéndose los anteojos. El risueño Potte, censurando nuestra pereza, quería saber si apetecíamos aquella mañana tapioca o café.

Dejé salir deliciosamente del pecho un ruidoso y consolador suspiro; y en el júbilo triunfal de sentirme reintegrado en mi individualidad y en mi siglo, salté sobre el colchón, y con la falda de la camisa al viento, grité:

—¡Tapioca, Potte! ¡Una tapioca muy dulce y muy buena, que sepa bien a mi Portugal!

IV

Al otro día, domingo, levantamos nuestras tiendas. Caminando hacia occidente por el valle de Cherit dimos comienzo a nuestra peregrinación por Galilea. Pero fuese que la consoladora fuente de la admiración se hubiese secado en mí, o que mi alma, arrebatada por un momento a las cimas de la historia y sacudida por ásperos escalofríos de emoción, ya no pudiese complacerse en aquellos tranquilos y yermos caminos de Siria, ello es que sentí siempre indiferencia y cansancio, desde el país de Efrén hasta el país de Zabulón.

Cuando aquella noche acampamos en Betel, la Luna llena comenzaba a mostrarse tras los montes negros de Gilead... El festivo Potte me enseñó el suelo sagrado en que Jacob, pastor de Bersabé, había visto en sueños una escala luminosa, hincada a sus pies y arrimada a las

Librodot

estrellas, por la cual subían y bajaban, entre tierra y cielo, ángeles silenciosos. Yo bostecé formidablemente, murmurando:

—¡Tiene gracia!...

Y así, bostezando, atravesé la tierra de los prodigios. La gracia de los valles me aburrió tanto como la santidad de las ruinas. En el pozo de Jacob, sentado en las mismas piedras en que Jesús, cansado como yo de andar por aquellos caminos y como yo bebiendo del cántaro de una samaritana, había enseñado la nueva y pura manera de adorar; en las proximidades del Carmelo, aposentado en la celda de un monasterio, oyendo de noche el viento en el ramaje de los cedros que abrigaron a Elías, y las ondas vasallas de Hiran, rey de Tiro; galopando con el albornoz al viento por la planicie de Esdrelón; remando dulcemente en el lago de Genezaret, cubierto de silencio a mi lado, compañero fiel, que a cada paso me apretaba contra su pecho, debajo de su manto pardo.

A veces, sin embargo, un perfume delicado y grato me llegaba del remoto pasado y agitaba levemente mi alma, como una brisa lenta agita un cortinaje muy pesado... Entonces, fumando delante de mi tienda, trotando por el lecho seco de los torrentes, veía con deleite jirones sueltos de aquella antigüedad que me había apasionado: la terma romana donde una criatura maravillosa, de mitra gualda, se ofrecía lasciva y pontifical; el hermoso Manasés, llevando la mano a la espada llena de pedrería; mercaderes del templo, desdoblando los brocados de Babilonia; la sentencia del rabí con una rúbrica brillante, en un pilar de piedra de la Puerta Judiciaria; las calles iluminadas, griegos danzando la calábida... Y entonces experimentaba un deseo angustioso de sumergirme en aquel mundo irrecuperable. ¡Cosa risible! Yo, Raposo y doctor, que gozaba todas las dulzuras de la civilización, sentía nostalgia de aquella bárbara Jerusalén por donde había pasado en un día del mes de *nisán*, siendo Poncio Pilatos procurador de Judea.

Después, estos recuerdos agonizaban como una lámpara a la cual faltase el aceite. En mi alma solamente quedaban cenizas, y delante de las ruinas del monte Ebal o bajo las pomaredas que perfuman a Siquen, no hacía otra cosa sino bostezar.

Cuando llegamos a Nazaret, que aparece en la desolación de Palestina como un ramillete posado en la piedra de una sepultura, ni siquiera me interesaron las hermosas judías por quienes se bañó de ternura el corazón de san Antonio. Con su cántara bermeja al hombro, subían por entre los sicomoros a la fuente donde María, madre de Jesús, iba todas las tardes, cantando como ellas y como ellas vestida de blanco... El alegre Potte, retorciéndose los bigotes, les murmuraba madrigales en voz baja. Ellas sonreían, bajando las pestañas, grandes y negras. Era aquella suave modestia la que san Antonio, apoyado en su bordón, y sacudiendo la barba, ensalzaba: "¡Oh virtudes claras, heredadas de María llena de gracia!" Yo, en cambio, sólo murmuraba secamente: "¡Remilgadas!"

A través de caminos donde la viña y la higuera abrigan casas humildes, como cuadra a la dulce aldea de aquel que enseñó la humildad, trepamos al monte de Nazaret, batido siempre por el viento que soplaba de Idumea. Allí Topsius, quitándose el gorro, saludó aquellas planicies, aquellas lontananzas que Jesús, ciertamente, iría a contemplar, concibiendo en

presencia de su luz y de su gracia las incomparables bellezas del reino de Dios... El dedo del docto historiador me iba señalando todos los lugares religiosos, cuyos nombres sonoros caen en el alma con una solemnidad de profecía o con un fragor de batalla: Esdrelón, Endor, Sulen, Tabor... Yo miraba, liando un cigarro. Sobre el Carmelo sonreía una blancura de nieve; las planicies de Perea fulguraban en una polvareda de oro; el golfo de Caifa era todo azul; una tristeza cubría a lo lejos las montañas azules de Samaria; grandes águilas revoloteaban sobre los valles... Bostezando, murmuré:

—Bonita vista.

Al fin, una madrugada, comenzamos a descender hacia Jerusalén. Desde Samaria a Ramá fuimos agasajados por esos grandes y negros chubascos de Siria, que no tardan en producir rugidores torrentes entre las rocas bajo los almendros en flor; después, junto a la colina de Gibeá donde, en otro tiempo, bajo los cipreses de su jardín David tañía el arpa mirando a Sión, todo se vistió de serenidad y de azul y una agitación engolfóse en mi alma, como un viento triste en una ruina... Yo iba a Jerusalén, ¿a cuál? ¿Sería aquella que un día contemplé resplandeciendo majestuosamente al sol de *nisán*, con sus torres formidables, y el templo color de oro y color de nieve, y el Acra llena de palacios y Bezeta regada por las aguas de Enrogel?

—*¡El-Kurds! ¡El-Kurds!* —gritó el viejo beduino con la lanza en el aire, anunciando por su apodo musulmán la ciudad del Señor.

Galopé todo trémulo... Pronto distinguí allá abajo, cerca del Cedrón, a la ciudad sombría, llena de conventos y agazapada en sus murallas caducas, como una pobre, cubierta de piojos, que para morir se arrebuja en los harapos de su manteo, junto al quicio de una puerta. Bien pronto, las herraduras de nuestros caballos golpearon las losas de la calle Cristina; pegado al muro, un fraile gordo, con el breviario y el paraguas bajo el brazo, sorbía un polvo de rapé. Nos apeamos en el hotel Mediterráneo, en el angosto patio, bajo el anuncio de las pildoras Holloway. ¡Ah! ¡Era aquella Jerusalén católica!... Después, al penetrar en nuestro cuarto, claro y alegre con su tabique de rameados azules, todavía un instante fulguró en mi memoria cierta sala, con candelabros de oro y una estatua de Augusto, donde un hombre togado extendía el brazo diciendo: "El César me conoce bien."

Corrí a la ventana para respirar el aire vivo de la moderna Sión. Allí estaba el convento con las ventanas verdes cerradas y los canalones para la lluvia mudos, en aquella tarde de sol y de dulzura... Por la calle, cruzaban franciscanos de alpargatas y judíos flacos, de sucias melenas... Fui a palpar la cama fofa. Abrí el armario e hice una leve caricia al envoltorio de la camisa de Mary, redondo y gracioso con su bramante encarnado.

En aquel instante, el alegre Potte entró a traerme el envoltorio de la corona de espinas, redondo y blanco con su bramante encarnado. Después me contó algunas noticias de Jerusalén. Las sabía por el barbero de la vía Dolorosa. De Constantinopla había venido una orden desterrando al patriarca griego, un pobre viejo evangélico, enfermo del hígado, que socorría a los pobres. El cónsul Damiani había dicho en la tienda de reliquias de la calle de Armenia que antes del día de reyes, por causa de la cuestión entre los franciscanos y la

misión protestante, Italia declararía la guerra a Alemania. En Belén, un padre latino, en la iglesia de la Natividad, le abrió la cabeza con un cirio de cera a un padre copto... En fin, aún había más novedades; acababa de abrirse, para alegría de Sión, cerca de la Puerta de Herodes y dando al valle de Josafat, un café con billares, llamado el Retiro del Sinaí.

Súbitamente, las dolientes nostalgias del pasado y las cenizas que me cubrían el alma fueron barridas por un fresco viento de juventud... Salté sobre el ladrillo sonoro.

—¡Viva el bello Retiro! ¡A él! ¡A las carambolas! ¡Viva! ¡Estaba ya ansioso de festejarme! ¡Y después las mujercitas! Pon ahí el envoltorio de la corona, bello Potte... ¡Eso significa mucho!... ¡Jesús, y lo que con ello se va a alegrar la tía!... Ponlo ahí encima de la cómoda... ¡Y luego, Pottecito, después de la comidita, al Retiro del Sinaí!

En aquel momento el sabio Topsius entraba despavorido: traía una hermosa noticia histórica. Durante nuestra romería en Galilea, la Comisión de Excavaciones Bíblicas había encontrado, bajo polvo secular, una de las lápidas de mármol que, según Josefo y Filón y los talmudistas, había en el templo, junto a la puerta bella, con una inscripción que prohibía la entrada a los gentiles... Y Topsius nos aconsejaba que tan pronto hubiésemos engullido la sopa fuésemos a asombrarnos ante aquella maravilla... Todavía un momento brilló en mi memoria una puerta, bella en verdad, preciosa y triunfal sobre sus catorce escalones de mármol verde de Numidia...

Pero sacudí desabridamente los brazos y grité:

—¡No quiero! ¡Estoy harto!... ¡Caramba! Y aquí se lo declaro a usted, solemnemente: de hoy en adelante, no vuelvo a ver más ni una piedra, ni un sitio de religión... ¡Caramba! ¡Tengo mi dosis: una dosis fuerte, muy fuerte, doctor!

Aquella semana la dediqué a empaquetar las reliquias menores que destinaba a mi tía doña Patrocinio. Eran muchas y todas ellas preciosas; ¡en verdad que, con devotísimo lustre, podían brillar en el tesoro de la más orgullosa sede! Además de las que Sión importa de Marsella en cajones: rosarios, medallas, escapularios; además de las que ofrecen en el Santo Sepulcro los vendedores: frascos de agua del Jordán, piedrecitas de la vía Dolorosa, aceitunas del monte Olivete, conchas del lago de Genezaret, yo le llevaba otras raras, peregrinas, inéditas... Una tablilla cepillada por san José; dos pajas del corral donde nació el Señor; un pedacito de cántaro con que la Virgen iba a la fuente; una herradura del borriquillo en que la Santa Familia huyó a tierra de Egipto; un clavo oxidado y torcido... Estas preciosidades, envueltas en papeles de color, atadas con cintas de seda y adornadas con medallas, fueron acondicionadas en un fuerte cajón que mi prudencia hizo reforzar todavía con chapas de hierro. Después cuidé de la reliquia mayor, la corona de espinas, fuente de celestiales mercedes para mi tía y de sonora pecunia para mí, su caballero y su romero.

Para embalar todo esto deseé una madera preclara y santa. Topsius me aconsejaba el cedro del Líbano, tan bello, que, por él, Salomón hizo alianza con Hiran, rey de Tiro. El festivo Potte, a su vez, menos arqueológico, recordó el honesto pino de Flandes, bendecido

por el patriarca de Jerusalén. Yo diría a mi tía que los clavos del cajón habían pertenecido al arca de Noé, que un ermitaño los encontró milagrosamente en el monte Ararat y que el óxido que los cubría, disuelto en agua bendita, servía para curar los más fuertes catarros... Estas cosas admirables las discurríamos tomando cerveza en el Retiro del Sinaí.

Durante tan atareada semana el envoltorio de la corona de espinas permaneció sobre la cómoda. Esperé a la víspera de ausentarnos de Jerusalén para embalarlo; entonces lo hice con cariño. Forré la madera de seda azul comprada en la vía Dolorosa; hice fofo y dulce el fondo de la caja con una cama de algodón más blanco que la nieve del Carmelo, y coloqué dentro del adorable envoltorio sin abrirlo, tal como Topsius lo arregló, con un papel pardo y un bramante rojo, porque los dobleces del papel comprado en Jericó y el nudo del cordón atado junto al Jordán tendría sin duda para la señora doña Patrocinio un insustituible sabor de devoción... El escuálido Topsius presenciaba aquellos piadosos aprestos fumando en su pipa de loza.

—¡Oh, Topsius, lo que me va a valer esto! Y diga usted, amigo mío, diga usted. Entonces ¿usted cree que puedo afirmar a mi tía que esta corona de espinas fue la misma que...?

El doctísimo hombre, por entre el humo leve, lanzó una solidísima máxima:

—Las reliquias, don Raposo, no valen por su autenticidad, sino por la fe que inspiran: ¡Puede decir a su tía que fue la misma!

¡Bendito seas, doctor!

La misma tarde, el erudito Topsius acompañó a los túmulos a la Comisión de Excavaciones Históricas. Yo partí solo al Huerto de los Olivos porque no había en los alrededores de Jerusalén lugar de sombra donde más gratamente se gozasen las delicias de una pipa.

Salí por la Puerta de San Esteban; troté por el puente del Cedrón; gané el atajo, entre pitas, hasta el muro cálido y albeado que cierra el Jardín de Getsemaní. Empujé la puerta verde pintada de fresco, que tenía su aldabón, de cobre, y penetré en el lugar donde Jesús, arrodillado, gimió bajo el follaje de los olivos. ¡Allí viven aún aquellos árboles santos que extendieron sus ramas sobre la cabeza del redentor, fatigada del mundo! Son ocho, negros, carcomidos por la decrepitud, enrodrigados con estacas de madera, amodorrados, olvidados ya de esa noche de *nisán* en que los ángeles, volando sin rumor, espiaban a través de su ramaje el desconsuelo humano del hijo de Dios... En las puntas de sus ramas, hojas tenues, verdes, sin savia, muy separadas unas de otras, temblaban como las sonrisas de un moribundo.

Me senté debajo del más viejo de los olivos. El fraile guardián, risueño santo de barbas sin fin, regaba, con el hábito arremangado, las plantaciones del huerto. La tarde caía con melancólico esplendor.

Y, llenando la pipa, yo sonreía con mis pensamientos. ¡Sí! Al día siguiente dejaría aquella cenicienta ciudad, que allá abajo se agachaba entre sus muros fúnebres, como viuda que no quiere ser consolada... Después, una mañana, cortando el vago azul, avistaría la sierra fresca de Cintra; las gaviotas de mi patria vendrían a darme el grito de bienvenida volando en torno de los mástiles; Lisboa surgiría después, poco a poco, con sus blancos edificios, sus tejados llenos de hierba, indolente y dulce a mis ojos... Gritando "¡Oh, tía; oh, tía!", yo treparía las gradas de piedra de nuestra casa en Santa Ana; y la tía, con hilos de baba en la barbilla, temblaría ante la gran reliquia que yo le ofrecería modesto. ¡Entonces, y en presencia de celestiales testigos: san Pedro, nuestra señora del Patrocinio, san Casimiro y san José, ella me llamaría "su hijo, su heredero". Y al día siguiente comenzaría a ponerse amarilla, a adelgazar, a gemir... ¡Oh, delicia!

Suavemente, sobre el muro, entre las madreselvas, un pájaro cantó; y más alegre, cantó una esperanza en mi corazón: era la tía, en cama, con el pañuelo negro atado a la cabeza, palpando angustiosamente los dobleces de la sábana sudada, agonizando con terror del diablo... Era la tía dando las boqueadas, estirando la pata. En un día hermoso de mayo, la metía, fría y oliendo mal, dentro de una caja bien clavada y bien fuerte. Con responsorios detrás, allá se iba doña Patrocinio para la cueva, para los gusanos. Después, se abría el testamento en la sala de los damascos. Yo ocultaba en un pañuelo el escandaloso resplandor de mi rostro. De entre las hojas de papel sellado sentía rodar con un sonido de oro, rodar hacia mí, toda la fortuna del comendador Godinho...

¡Oh, éxtasis! El santo fraile había dejado la regadera en el suelo, y en una calle de mirtos, paseaba con el breviario abierto.

¿Qué haría yo en mi casa de Santa Ana apenas llevasen a la fétida vieja amortajada en un hábito de nuestra señora? Una alta justicia: ¡correr al oratorio, apagar las luces, deshojar los ramos, abandonar los santos al dolor! Sí, yo, Raposo y liberal, necesitaba desquitarme de haber vivido postrado ante sus figuras pintadas, de haberme encomendado a su influencia de calendario como un esclavo crédulo. Yo había servido a los santos para servir a la tía. Ahora, ¡inefable deleite!, ella se pudría en su cueva; en aquellos ojos, que jamás derramaron una lágrima de caridad, brotaban golosamente los gusanos; bajo aquellos labios, deshechos en lodo, surgían al fin sonriendo sus viejos dientes amarillos que jamás habían sonreído... Los dineros de Godinho eran míos; y libre de la asquerosa señora, ya no debía consideraciones a sus santos y a sus rezos. Después, cumplida esta obra de justicia filosófica, me iría a París para correrla con alguna prójima...

El buen fraile, sonriendo entre su barba de nieve, me tocó suavemente en el hombro, llamándome su hijo, y recordándome que se cerraba el santo huerto y que le sería grata mi limosna. Le entregué una moneda. Feliz y alegre di la vuelta a Jerusalén lentamente, dando un paseo por el valle de Josafat y canturreando un fado.

Al otro día, por la tarde, tocaban las campanas en la iglesia de la Flagelación, cuando nuestra caravana se formó ante el hotel Mediterráneo y partimos de Jerusalén. Los cajones de las reliquias iban sobre un macho, entre los equipajes. El beduino, más catarroso que nunca, envolvíase en un innoble tapabocas de sacristán. Topsius montaba otra yegua, seria

y calmosa, y yo, que por alegría me había puesto una rosa en el ojal, murmuré al pisar por última vez la vía Dolorosa:

—¡Quédate en paz, pocilga de Sión!

Ya llegábamos a la puerta de Damasco, cuando una voz resonó en lo alto de la calle, junto a la esquina del convento de los Abisinios:

—¡Amigo Potte, doctor, señores!... ¡Un envoltorio! ¡Que se olvida este envoltorio!

Era el negro del hotel, agitando un paquete, que en seguida reconocí por el papel pardo y por el bramante bermejo. La camisa de dormir de Mary. En efecto, recordé que, al embalar, no la había visto en el ropero.

Jadeando, el criado contó que después de nuestra partida, barriendo el cuarto, había encontrado el envoltorio entre el polvo y las arañas, detrás de la cómoda. La había limpiado cuidadosamente, y como su deseo era servir al caballero portugués, había corrido a su alcance.

—Basta —murmuré seco y desabrido.

Y le di las monedas de cobre que llevaba en el bolsillo. Yo pensaba: "¿Cómo demonio se caería detrás de la cómoda?" Lo cierto es que bien podía haberse quedado allí entre el polvo y las arañas; porque, en verdad, aquel paquete ahora era audazmente molesto.

Ciertamente yo amaba a Mary. La esperanza de que muy en breve en tierra de Egipto sus brazos blancos volverían a estrecharme, me hacia desperezar con languidez. Pero, guardando fielmente su imagen en el corazón, no necesitaba traer perennemente a la grupa su camisa de dormir. ¿Con qué derecho aquella camisa quería instalarse violentamente en mis maletas y acompañarme a mi patria? ¿Cómo podría yo penetrar jamás con aquel paquete lúbrico en la casa eclesiástica de mi tía, la señora doña Patrocinio? Constantemente la tía colábase en mi cuarto, provista de llaves falsas, ansiosa de saber pormenores de mi vida, rebuscando por los rincones, y en mis bolsillos... ¡Qué encolerizada se pondría si una noche de pesquisas encontrase aquellas telas manchadas por mis labios, apestando a pecado, con la dedicatoria en letra cursiva: *A mi portuguesito valiente*.

"¡Si supiese que en este santo viaje te lías con faldas, te echaba como a un perro!" Así dijo la tía, en vísperas de mi viaje, delante de la magistratura y de la Iglesia. ¿E iría yo, por el lujo sentimental de conservar la reliquia de una guantera, a perder la amistad de la vieja que tan caramente conquisté con trisagios, gotas de agua bendita y humillaciones de la razón liberal? ¡Jamás!... Y si no ahogué inmediatamente el paquete funesto en el agua de un charco, al atravesar las chozas de Colonie, fue para no revelar al penetrante Topsius las cobardías de mi corazón. Decidí, pues, tan pronto penetrásemos en las montañas de Judá, cosa que necesariamente habíamos de hacer de noche, retardar el paso de la yegua y lejos de los ojos del historiador, lejos de las solicitudes de Potte, arrojar a un barranco la temible camisa de Mary, comprobante de mi pecado y amenaza de mi fortuna.

Librodot

Ya habíamos pasado el túmulo de Samuel, por detrás de los peñascales de Emaús; ya para siempre Jerusalén había desaparecido de mis ojos, cuando la yegua de Topsius, avistando una fuente que se veía en una cañada, dejó la caravana y trotó hacia el agua con impudicia y con celeridad. Estallé indignado:

—¡Clávele la espuela, doctor, que bebió hace poco! ¡Mire usted qué insolente bestia! ¡No ceda! ¡Pique aún más!

Pero en vano el filósofo, con los codos salidos y las piernas estiradas, tiraba de las bridas y de la crin. La cabalgadura pudo más que él.

Corrí también a la fuente para no abandonar en aquel apuro a tan precioso hombre. Era un hilo de agua turbia, resbalando de un montecillo, que caía sobre una taza socavada en la piedra. Al pie blanqueaba, ya roto, el jorobado esqueleto de un dromedario. Los ramos de una mimosa, que allí se veía solitaria, habían sido quemados por un fuego de caravanas. Lejos, en la cumbre descarnada de una colina, un pastor, negro en el cielo opalino, caminaba despacio entre sus ovejas, con la lanza echada al hombro. Y en la sombría mudez de todo aquello, la fuente lloraba.

La quebrada veíase tan desierta que me incitó a dejar allí, deshaciéndose como la osamenta del dromedario, el envoltorio de Mary... La yegua del historiador bebía con lentitud. Y yo buscaba a un lado y a otro un barranco o un charco, cuando me pareció oír como viniendo de la fuente y mezclado a su continuo lamento un lamento humano.

Rodeé un peñasco que se adelantaba soberbio como la proa de una galera y descubrí agachada, refugiada entre las piedras y los cardos, una mujer que lloraba con una criatura en el regazo; sus crespos cabellos extendíanse por los hombros y por los brazos, apenas cubiertos por los andrajos de su vestidura y sobre el hijo que dormía al calor del regazo; su llanto corría más continuo, más triste que el de la fuente, como si jamás hubiese de tener fin.

Llamé, gritando por el festivo Potte. Cuando trotó hacia nosotros, agarrando la plateada culata de su pistola, le supliqué que preguntase a la mujer la causa de sus lágrimas. Pero parecía atontada por la miseria; habló sordamente de una casa quemada, de jinetes turcos, de la leche que se le iba agotando... Después apretó a la criatura contra su rostro, y, sofocada, bajo el haz de sus desarreglados cabellos, volvió a llorar.

El festivo Potte le dio una moneda de plata; Topsius tomó, para su severa conferencia sobre la Judea musulmana, una nota de aquel infortunio. Y yo, conmovido, buscaba en los bolsillos unas monedas de cobre, cuando recordé que se las había dejado todas al negro del hotel Mediterráneo. Pero tuve una última inspiración. Tiré a la mujer el peligroso envoltorio de la camiseta de Mary, y, a instancias mías, el risueño Potte dijo a la desventurada que cualquiera de las pecadoras que habitan junto a la torre de David, la gorda Fatmé o Palmira la Samaritana, le daría dos piastras de oro por aquel vestido de lujo, de amor y de civilización.

Trotamos hacia el camino. La mujer nos lanzaba, entre lamentos y besos al hijo, todas las bendiciones de su corazón: y nuestra caravana volvió a emprender la interrumpida marcha mientras el arriero, montado a horcajadas sobre la mula de los equipajes, dedicaba a Venus, la estrella que ya había aparecido, uno de esos cantos de Siria, ásperos, prolongados y dolientes, en que se habla de amor, de Alá, de una batalla con lanzas, y de rosales de Damasco...

Al apearnos de mañana en el hotel de Josafat, en la vetusta Jafa, grande fue mi sorpresa al ver pensativamente sentado en el patio, cubierto con un turbante blanco, al rufián del Alpendrinha. Hice crujir sus huesos en un abrazo voraz. Y cuando Topsius y el festivo Potte se alejaron protegidos por sus quitasoles a saber noticias del buque que había de llevarnos a Egipto, el Alpendrinha me contó su historia, mientras cepillaba mi albornoz.

Había sido por tristeza por lo que dejó Alejandría. El hotel de las Pirámides y las maletas cargadas, tenían ya saturada su alma de un tedio insondable; y el vernos embarcar en el Caimán, hacia Jerusalén, produjole nostalgia de los mares, de las ciudades llenas de historia, de las multitudes desconocidas... Un judío de Keshán, que iba a fundar un hotel en Bagdad, con billar, lo llamó para "marcador". Y él, metiendo en un saco las piastras reunidas en las amarguras de Egipto, iba a tener esa aventura del progreso, junto a las aguas lentas del Eufrates, en la tierra de Babilonia. Mas, cansado de cargar fardos ajenos, ansiaba primero ir a Jerusalén, llevado tal vez por el espíritu, como el apóstol, para descansar con las manos quietas en una esquina de la vía Dolorosa...

—¿Y el caballero recibió algunos periódicos de nuestra Lisboa? Me gustaría saber noticias de la juventud de allá.

En tanto que él así hablaba, triste y con el turbante inclinado, yo revivía en mi memoria la risueña tierra de Egipto, la calle clara de Las Dos Hermanas, la capillita entre los plátanos, las flores del sombrero de Mary... Y más agudo me picaba otra vez el deseo de mi rubia guantera. ¡Qué dulce grito de pasión saldría de sus adorados labios cuando una tarde, quemado por el sol de Siria y más fuerte, yo surgiese ante su balcón, espantando al gato blanco! ¿Y la camisita? ¡Bien! Diríale que una noche, al pie de una fuente, me la habían robado unos jinetes turcos, armados con lanzas...

—Di, Alpendrinha, ¿has visto mucho a Maricocas? ¿Qué tal está? ¿Tan guapetona, eh?

Bajó el rostro marchito, donde un extraño rubor hizo nacer dos rosas.

—Ya no está allí. ¡Marchóse a Tebas!

—¿A Tebas? ¿Donde hay unas ruinas? ¡Pero eso está en los cascos de Nubia! ¡En el alto Egipto! ¡Vaya! ¿Y qué fue a hacer allá?

—A animar las vistas —murmuró el Alpendrinha con desolación.

Librodot

¡Animar las vistas! Sólo comprendí cuando el paisano me contó que la ingrata rosa de York, adorno de Alejandría, se había marchado con un italiano de cabellos largos que iba a Tebas a fotografiar las ruinas de aquellos palacios donde vivieron frente a frente Ramsés, rey de los hombres, y Ammón, rey de los dioses... ¡Y Maricocas iba a amenizar las vistas, apareciendo en ellas a la sombra austera de los granitos sacerdotales, con la gracia moderna de su quitasol cerrado y de su sombrero de flores!...

—¡Qué descarada! —grité yo, apenado—. ¡Con un italiano! ¿Y le gustaba? ¿O fue sólo por negocio? ¿Le gustaba?

—¡Babosa, babosa! —murmuró el Alpendrinha.

Y lanzó un suspiro que pudo oírse en todo el hotel de Josafat. Ante este ¡ay! henchido de tormento y de pasión, relampagueó en mi alma una sospecha abominable.

—¡Alpendrinha, tú suspiraste! ¡Aquí hay perfidia, Alpendrinha!

Él inclinó la frente tan contrito, que el turbante rodó por los ladrillos. Y antes que pudiese recogerlo, le así fuertemente de un brazo.

—¡Alpendrinha, di la verdad! Maricocas, ¿eh? ¿Tú también has... picado?

Mi rostro barbudo llameaba... Mas el Alpendrinha era meridional, de nuestras tierras charlatanas, las tierras de vanagloria y de vino. El miedo declinó ante la vanidad, y volviendo hacia mí lo blanco de los ojos, murmuró:

—¡También piqué!...

Le sacudí el brazo lleno de furor y de asco. ¡También aquélla con aquél! ¡Oh la tierra, la tierra! ¡Que no sea sino un montón de cosas podridas rodando por el infinito como barreduras de astro!

—Y dime, Alpendrinha, dime: ¿también te dio una camisa?

—A mí, una chambra.

¡También a él ropa blanca! Me reí acerbamente, con las manos en la cintura.

—Y oye, ¿también te llamaba su "portuguesito valiente"?

—Como yo servía con turcos, me llamaba "su morucho querido".

Iba a revolcarme en un diván, a rasgarlo con las uñas, riendo siempre, en un desesperado desprecio de todo... Mas Topsius y el risueño Potte aparecieron alborozados.

—¿Entonces?...

—¡Sí, llega de Esmirna un vapor, y esta misma tarde parte con dirección a Egipto, y es nuestro querido Caimán!

—Me alegro, porque estoy harto de esta tierra de oriente... ¡Qué tierra! Sólo he cosechado molestias, traiciones, sueños espantosos y patadas en las nalgas. ¡Estoy harto!

Así bramaba, sañudo. Pero aquella tarde, en la playa, delante de la barcaza negra que debía conducirnos al Caimán, me entró en el alma una profunda nostalgia de Palestina, y de nuestras tiendas alzadas bajo el esplendor de las estrellas, y de la caravana marchando y cantando por entre las ruinas de nombres sonoros.

Mis labios temblaron entre las barbas, cuando Potte, conmovido, me extendió su bolsa de tabaco de Alepo.

—Don Raposo, es el último cigarro que le da el alegre Potte.

Y una lágrima rodó de mis ojos cuando el Alpendrinha, en silencio, me extendió sus flacos brazos.

¡Desventurado Alpendrinha! Sólo yo, en verdad, comprendí tu grandeza. Tú eres el último lusiada, de la raza de los Alburquerques, de los Castros, de los varones fuertes que iban en las armadas a la India. Como ellos, la misma sed divina de lo desconocido te había guiado a esa tierra de oriente, donde suben al cielo los astros que difunden la luz. Solamente, no teniendo ya, como los lusiadas, creencias heroicas que hacen intentar empresas heroicas, tú no ibas como ellos, con un gran rosario y una gran espada, a imponer a las gentes extrañas tu rey y tu Dios. Ya no tenemos Dios por quien se combata, Alpendrinha... Por eso, entre los pueblos de oriente te ocupas en los únicos menesteres que hoy convienen a la fe, al ideal y al valor de los modernos lusiadas: descansar arrimado a las esquinas o cargar tristemente con fardos ajenos.

Las ruedas del Caimán rompieron el agua. Topsius, quitándose la gorra de seda, saludó a Jafa, que oscurecía en la palidez de la tarde entre sus peñascales tristes y sus cipreses verdes, casi negros.

—Adiós, adiós para siempre, tierra de Palestina. Yo también saludé con el salacot.

—Adiós, adiós para siempre, tierra de nuestra santa religión.

Me alejaba de la borda cuando el hábito de una religiosa pasó rozando a mi lado. Entre la sombra púdica del capuz, que se volvió levemente, un fulgor de ojos negros buscó mis barbas potentes. ¡Oh, maravilla! Era aquella misma religiosa que había llevado sobre sus castas rodillas, a través de las aguas de la Escritura, la camisa inmunda de Mary.

¡Era la misma! ¿Por qué el destino colocaba de nuevo cerca de mí, en el entrepuente del Caimán, aquel lirio de capilla, todavía cerrado y ya marchito? ¡Quién sabe! Tal vez para que el calor de mi deseo reverdeciese y no quedase para siempre estéril y núbil, caído a los

Librodot

pies del cadáver de un dios. Y ahora no venía guardada por la otra religiosa regordeta y de anteojos. La suerte me la abandonaba indefensa.

Estalló entonces en mi alma la esperanza fulgurante de un amor de monja más fuerte que el miedo de Dios. Decidí hablarle: "¡ Oh, hermana, hermanita, no me había olvidado de usted!" E, inflamado, torciendo los bigotes, caminé hacia la religiosa, que se había refugiado en un banco, pasando los dedos pálidos por las cuentas de su rosario.

Pero súbitamente pareció que la cubierta del Caimán huía bajo mis pies... ¡Oh, miseria! Eran las náuseas del mareo... Corrí a la borda y manché inmundamente el azul del mar de Tiro; después, dando traspiés, bajé a mi camarote. Sólo alcé la cabeza de la almohada cuanto sentí las anclas del Caimán caer en las tranquilas aguas, donde en otro tiempo, huyendo de Accio, habían caído las anclas doradas de las galeras de Cleopatra. Otra vez, pálido y despeinado, volvía a verte, tierra de Egipto, caliente y color de león. En derredor de los finos alminares volaban las palomas serenas. El lánguido palacio dormía a orillas del agua entre palmeras. La pálida religiosa ya había dejado el Caimán, paloma del desierto escapada al gavilán, porque el gavilán en su vuelo había plegado el ala un poco mareado.

Aquella misma tarde, en el hotel de las Pirámides, supe que un vapor de ganado, el Cid Campeador, partía de madrugada para las tierras benditas de Portugal. Pasé la noche en una calle deliciosa. ¡Oh compatriotas míos! Si queréis conocer los deleites ásperos de oriente, id allí; todo apesta a sándalo y a ajo, y mujeres sentadas sobre esteras, y en camisa, murmuran suavemente: *"¡Eh, mossiuú! ¡Eh, milord!..."* Me recogí tarde, desfallecido y exhausto. Al pasar por la calle de Las Dos Hermanas distinguí, sobre la puerta de una tienda cerrada, la mano de palo pintada de rojo que había asido un corazón. Le di un bastonazo. Éste fue el último hecho de mis largas jornadas.

Por la mañana, el fiel y docto Topsius me acompañó hasta el barracón de la aduana. Le estreché largamente en mis brazos trémulos:

—¡Adiós, compañero, adiós! Escriba, Campo de Santa Ana, cuarenta y siete.

Él murmuró, abrazándome a su vez:

—Aquellos treinta duros ya se los giraré allá.

Le apreté generosamente para ahogar aquella explicación de dinero. Después, con el pie ya en el bote que debía conducirme al Cid Campeador, murmuré:

—De manera que puedo decirle a la tía que la corona de espinas es la misma que...

Topsius alzó las manos como un pontífice del saber:

—Puede decirle en mi nombre que es la misma, espina por espina.

Bajó la nariz de cigüeña, adornada de anteojos, y nos besamos en el rostro como dos hermanos.

Los negros remaron. Yo llevaba posado sobre mis rodillas el cajón de la suprema reliquia. Cuando mi bote, a vela, hendía el agua azul, otro bote, a remos, pasó al costado del nuestro, hacia el lado del palacio, que dormía entre palmeras. En un relámpago vi el hábito negro y el capuz bajo... Una larga y ansiosa mirada, por última vez, buscó mis barbas. De pie, aún grité:

—¡Oh, hermana, hermana!...

Pero ya el viento y los remos nos arrastraban a cada uno en dirección contraria. Ella, en su bote, sumía la faz contrita en el delicado pecho, donde, ciertamente, la cruz había sido conmovida por un suspiro.

Sentí una gran tristeza. Tal vez aquél, en toda la extensión de la tierra, era el único corazón donde podría reposar el mío como en un asilo seguro... Pero ella era monja, y yo era sobrino. Ella iba tras la gracia de Dios, y yo, tras el dinero de mi tía. Cuando, en aquellas aguas, nuestras miradas se cruzaban, sintiendo su concordancia, mi barco corría con vela alegre para occidente, y el suyo, lento y negro, iba a remo para oriente. ¡Desencuentro continuo de las almas congéneres en este mundo de eterno esfuerzo y de eterna imperfección!

V

Dos semanas después, rodando en el coche del Pingalho hacia el Campo de Santa Ana, con la portezuela entreabierta y la bota extendida hacia el estribo, distinguí entre los árboles sin hojas el portal negro de la casa de mi tía. Dentro de aquel coche traqueteante, yo resplandecía más que un gordo césar, coronado de follajes de oro, sobre su vasto carro, volviendo de domar pueblos y dioses.

Era, ciertamente, el deleite por volver a ver, en aquel cielo de enero tan azul, a mi Lisboa, con sus calles silenciosas, color de caliza sucia, y aquí y allá, las persianas verdes y bajas en la ventana, como párpados pesados de languidez y de sueño. Pero era, sobre todo, la certeza de la gloriosa mudanza que se había hecho en mi fortuna doméstica y en mi influencia social.

Hasta entonces, ¿qué había sido yo en casa de la señora doña Patrocinio? Un doctrino, que, a pesar de su título de doctor y de sus barbas de Raposón no podía mandar ensillar la yegua para ir a dar un paseo por la Baja, sin implorar la licencia de su tía. ¿Y ahora? Ahora sería el doctor Teodorico, que había ganado en el contacto santo con los lugares del Evangelio, una autoridad casi pontifical. ¿Qué había sido hasta entonces entre mis

Librodot

conciudadanos? El Raposito que tenía un caballo. ¿Y ahora? El gran Raposo, que había peregrinado poéticamente por la tierra santa como Chateaubriand, y que por los remotos paradores donde había dormido, y por las rollizas circasianas que había besuqueado, podía hablar con superioridad en la Sociedad de Geografía, o en casa de Benita Vejigosa.

El Pingalho detuvo el coche. Salté con el cajón de la reliquia apretado contra el corazón. Y allá, en el fondo del patio triste, vi a la señora doña Patrocinio de las Nieves, vestida de seda negra y que me mostraba los dientes risueños.

—¡Oh, tía!

—¡Oh, hijo!

Solté el cajón santo y estreché su pecho seco.

—¡Hijo, ¡qué tostado vienes!

—Tía, te traigo muchas cosas de nuestro Señor.

Sus labios, agradecidos, rozaron mis barbas tan respetuosamente como si fuesen las barbas de palo de la imagen de san Teodorico.

A un lado, la criada se limpiaba los ojos con la punta del delantal nuevo. Yo volví a coger el precioso cajón de pino de Flandes bendito, y murmuré, con modestia llena de unción.

—¡Aquí está, tía! ¡Aquí está la divina reliquia que perteneció al Señor!

Las lívidas y amojamadas manos de la hedionda señora temblaron al tocar aquellas tablas que contenían el principio milagroso de su salud y el amparo de sus aflicciones.

Después, en el oratorio, delante del altar adornado con camelias blancas, fui perfecto. No me arrodillé, no me santigüé; desde lejos le hice al Jesús de oro clavado en la cruz, una seña familiar y le dirigí una mirada muy risueña y muy delicada, como a un antiguo amigo con quien se tienen antiguos secretos. La tía sorprendió esta intimidad mía con el Señor; y cuando se arrodilló sobre la alfombra, dejándome el almohadón de terciopelo verde, fue tanto para su salvador como para su sobrino para quien alzó las manos adoratrices.

Terminados los Padre Nuestro de gracias por mi regreso, la tía, postrada aún, murmuró humildemente:

—Hijo, sería bueno que supiese qué reliquia es. Para las velas, para el respeto...

Le dije, estirándome las rodilleras:

—Luego se verá. Hasta la noche no pueden desencajonarse las reliquias... Fue lo que me recomendó el patriarca de Jerusalén. ¡En todo caso, encienda la tía cuatro luces más, que hasta la madera es santa!

Las encendió sumisa; y con devoto cuidado puso el cajón sobre el altar; después le dio un beso musical y largo y extendió por encima una espléndida toalla de encajes. Yo, episcopalmente, tracé, sobre la toalla, con dos dedos, una bendición en cruz.

La tía esperaba con los anteojos negros fijos en mí y llena de ternura.

—¿Y ahora, hijo, ahora?

—Ahora a comer, tía, que tengo un apetito que no veo.

La señora doña Patrocinio, recogiéndose las faldas corrió para apurar a Vicenta.

Largas horas nos estuvimos a la mesa, donde la fuente de arroz con leche ostentaba mis iniciales dibujadas con canela, debajo de un corazón y de una cruz. Yo referí detenidamente mi santa peregrinación, los devotos días de Egipto empleados en besar una por una todas las huellas que allí dejó la santa familia en su fuga, el desembarco en Jafa, con mi amigo Topsius, un sabio alemán, doctor en teología, y la deliciosa misa que allí saboreamos y los trisagios en Jerusalén y las visitas a las iglesias, y los besos repartidos, piedra por piedra. La tía, sin comer, apretando las manos, suspiraba con devotísimo pasmo:

—¡Ay, qué santo! ¡Ay, qué santo oír estas cosas! ¡Jesús!... ¡Hasta da un gusto por dentro!

Yo sonreía, humilde. Y cada vez que la miraba de soslayo, aquella doña Patrocinio de las Nieves me parecía otra. Sus anteojos negros, que en otro tiempo relucían tan ásperamente, ahora conservaban un continuo empañamiento de ternura húmeda.

Yo, sin moderación, prodigaba las pruebas de mi intimidad con el cielo. Decía:

—Una tarde, en el Monte de los Olivos, hallándome en oración, pasó de repente un ángel... —o bien—: Olvidando todos los cuidados fui al sepulcro de nuestro señor, levanté la losa y giré hacia dentro...

Ella inclinaba la cabeza anonadada ante aquellos privilegios prodigiosos, sólo comparables a los de san Antonio o de san Blas.

Después enumeraba mis tremendos rezos y mis terroríficos ayunos. En Nazaret, al pie de la fuente donde nuestra señora solía llenar su cántaro, había rezado mil Ave María, de rodillas, sufriendo las incomodidades de la lluvia. En el desierto donde vivió san Juan, como él, me había sustentado de raíces...

Y la tía, babeando, exclamó:

—¡Ay, qué ternura! ¡Ay, qué ternura! ¡Raíces! ¡Y qué contento con ello recibiría nuestro querido san Juan! ¿Y no te hicieron daño, hijo?

—¡Si hasta engordé, tía! Nada; era lo que yo decía a mi amigo el alemán: "Ya que la gente viene a un lugar de éstos, lo que debe hacer es aprovechar, salvar su alma..."

Ella se volvía hacia Vicenta, que sonreía pasmada, en su asiento tradicional, entre dos ventanas, bajo el retrato de Pío IX y el viejo anteojo del comendador Godinho.

—¡Ay, Vicenta! ¡Viene lleno de virtud!

—¡Me parece que nuestro señor Jesucristo no quedó descontento de mí! —murmuraba, yo, alargando hacia la mermelada mi cucharilla de postre.

Y todos mis movimientos los contemplaba la odiosa señora con veneración, como preciosas acciones de santidad.

Después, con un suspiro:

—Y, otra cosa, hijo... ¿Traes de allá algunas oraciones, de las buenas, de las que te enseñaron los patriarcas y los frailes?

—¡Las traigo de rechupete, tía!

¡Las traía en gran número, copiadas de las carteras de los santos, eficaces para todos los achaques! Las tenía para toses, para vísperas de lotería...

—¿Y tendrás alguna para calambres? Que yo, a veces, de noche, hijo...

—Traigo una infalible en calambres. Me la dio un monje, amigo mío, a quien suele aparecérsele el niño Jesús... Dice...

Y encendí un cigarro.

¡Nunca había osado yo fumar delante de la tía! Ella detestaba siempre el tabaco más que ninguna otra emanación del pecado. Pero ahora arrastró golosamente su silla hacia mí como hacia un milagroso libro repleto de esas oraciones que dominan la hostilidad de las cosas, vencen toda dificultad, eternizan a las viejas sobre la tierra.

—¿Me la darás, hijo? ¡Es una caridad que haces!

—¡Oh, tía, vaya una ocurrencia! ¡Todas! Y diga, diga... ¿Cómo va de sus padecimientos?

Ella lanzó un ¡ay! de desaliento infinito. Iba mal, iba mal. Cada día se sentía más flaca, como si se fuese a deshacer. En fin, ya no moría sin haber cumplido aquel gusto de mandarme a Jerusalén a visitar al Señor: y esperaba que Él se lo tuviese en cuenta, como

también los gastos que se le habían originado y la pesadumbre de la separación. ¡Pero se sentía mal, mal!

Yo desvié el rostro para ocultar el vivo y escandaloso relámpago de júbilo que lo iluminó. Después animé generosamente a la tía. ¿Qué podía recelar? ¿No tenía ella ahora, para vencer las leyes de la descomposición natural, aquella reliquia de nuestro señor?

—Y otra cosa, tía. ¿Los amigos cómo van?

Ella me dio la desconsoladora noticia. El mejor y más agradable, el bondadoso Casimiro, guardaba cama desde el domingo, con las piernas hinchadas.

—¡La falta que me ha hecho! Lo que me ha valido ha sido el sobrino, el padre Negrón.

—-¡El padre Negrón! —murmuré, extrañando aquel nombre.

—¡Ah! Cierto que tú no le conoces...

El padre Negrón vivía cerca de Torres, y sólo de tarde en tarde venía a Lisboa, que le era antipática por su relajación... Solamente por la tía, y para ayudarla en sus negocios, aquel santo había dejado la paz de su aldea. ¡Era tan delicado, tan servicial!

—No puedes figurarte lo que me ha valido, hijo... ¡Lo que él ha rezado por ti para que Dios te protegiese en esas tierras de turcos!... ¡Y la compañía que me hace! Todos los días come aquí... Hoy no ha querido. Me dijo: "No, señora, no; dejemos libertad para las expansiones..." Verás, es un santo.

Sacudí la ceniza del cigarro con mal humor. ¿Por qué, contra todas las costumbres, venía aquel padre todos los días a comer el cocido de la tía? Murmuré con autoridad:

—Allá, en Jerusalén, los padres y los patriarcas solamente comen convidados los domingos... parece que es de más virtud.

Había oscurecido. Vicenta encendió luz en el corredor. Los amigos de la casa, avisados por mi tía, no tardarían en llegar para dar la bienvenida al peregrino. Subí a mi cuarto para arreglarme un poco. Allí, considerando ante el espejo el rostro tostado por el sol, sonreí graciosamente y pensé: "¡Ah Teodorico, venciste!"

Pero rechinó la puerta y la tía entró con un antiguo chal de Tonquín por los hombros. Caso extraño: me pareció que volvía a ver a la doña Patrocinio de otros tiempos, seca, adusta, desabrida, odiando el amor como cosa inmunda, y arrojando de su lado para siempre a los hombres que se mezclan con faldas. Efectivamente, sus anteojos, otra vez secos, relucían, se clavaban desconfiadamente en mi maleta... ¡Santos cielos! Era la antigua doña Patrocinio. Temblé: pero me visitó luego una inspiración del Señor. Delante de la maleta abrí los ojos con santidad.

Librodot

—Aquí tiene usted la maleta que anduvo por Jerusalén... Aquí está bien abierta para que todo el mundo vea que es la maleta de un hombre de religión... Huélala usted, tía... ¿No huele a religión?

—¿Qué son esos envoltorios? —murmuró la asquerosa señora, extendiendo un dedo descarnado.

Los abrí complaciente. Eran dos frascos lacrados de agua del Jordán. Entonces, la vieja, con los anteojos embozados de nuevo, besó penitentemente los frascos. Luego, dirigiéndose a la puerta, suspirante y ya rendida, murmuro:

—Mira, hijo, estoy temblando... Y es de estos gustos benditos.

Salió. Quedé solo, rascándome la barba. Sí, todavía había alguna circunstancia por la cual podía desheredarme la vieja, y sería que apreciase ante ella, material y tangible, una evidencia de mis livianos extravíos... Pero ¿cómo podría surgir jamás esa prueba ante los anteojos de la tía? Todas esas fragilidades de mi carne eran como el humo esparcido de una hoguera apagada, que ningún esfuerzo humano puede nuevamente condensar. Mi último pecado, saboreado tan lejos, en el remoto Egipto, ¿cómo podría llegar a noticias de la tía? Ninguna combinación humana lograría traer a casa de mi tía los dos únicos testigos de aquel pecado: el sabio alemán, doctor Topsius, y el heroico lusitano el Alpendrinha. Porque mi Maricocas no había siquiera que pensarlo. Claras tenía las pruebas de su ingratitud y de su olvido.

La camisa comprometedora, el terrible documento, aromatizado de violetas, cubriría allá en Sión el lánguido talle de una circasiana o los senos color de bronce de una nubia de Koskoro. Sí, no había nada que pudiera interponerse entre la bolsa verde de la tía y su sobrino el Raposón. Entonces elevé el alma hacia las alturas y grité desesperadamente, con toda el ansia de mi deseo:

—¡Oh, virgen María, haz que esa vieja reviente cuanto antes!

En este momento llamaron a la puerta. Cuán grato me fue reconocer después de la larga separación los dos campanillazos tímidos del modesto Justino; y más grato todavía sentir poco después el repique majestuoso del doctor Margaride. Inmediatamente, la tía se acercó a la puerta de mi cuarto, diciendo en un penoso atragantamiento:

—Teodorico, hijo, oye. He recordado... Me parece que para destapar la reliquia es mejor esperar a que se vayan Justino y el doctor Margaride. ¡Ay, son muy amigos míos, son personas de mucha virtud! Pero creo que para una ceremonia de éstas es mejor que estén sólo personas de iglesia.

Ella, por devoción, se consideraba persona de iglesia. Yo, por mi jornada, era casi persona del cielo.

Librodot

—No, tía. El patriarca de Jerusalén me recomendó que fuese delante de todos los amigos de la casa, en la capilla, con velas... Es más eficaz... Dígale a Vicenta que venga a buscar mis botas para limpiarlas.

—¡Ay, yo se las daré!... ¿Son éstas? ¡Están sucias!

Y la señora doña Patrocinio de las Nieves llevó las botas.

¡Ah! Estaba muy mudada. Y ante el espejo, al clavar en el satén de la corbata una cruz de coral de Malta, pensaba que desde aquel día yo había de reinar allí, en el Campo de Santa Ana, gracias a mi santidad.

Me fue grato, al penetrar en la sala, encontrar a los amigos predilectos de pie, alargándome los brazos. La tía estaba en un sofá, tiesa, desvanecida, con traje de fiesta y con joyas. A su lado veíase un padre muy flaco, mostrando en su rostro chupado dientes afilados y hambrientos. Era el padre Negrón. Le alargué dos dedos secamente.

—Agradezco verle a usted por acá.

—¡Grandísima honra para este siervo! —ceceó, llevando mis dedos hacia el corazón.

E inclinando el dorso servil, corrió a levantar el *abat-jour* del candelero para que la luz me bañase y se pudiese ver en la madurez de mi semblante la eficacia de la peregrinación.

El padre Pinheiro decidió, con su sonrisa de enfermo:

—¡Más gordo!

Justino exclamó, haciendo crujir los dedos:

—¡Más quemado!

Y el doctor Margaride, cariñosamente:

—¡Más hombre!

El onduloso padre Negrón se volvió, inclinándose ante la tía como ante un sacramento rodeado de luces:

—¡Y con un todo de inspirar respeto! Enteramente digno de ser sobrino de la virtuosisima doña Patrocinio.

En tanto, alrededor oíanse las amistosas curiosidades: "¿Y la salud?" "¿Qué tal Jerusalén?" "¿Qué tal las comidas?"

Librodot

Mas la tía golpeóse una rodilla con el abanico, recelando que tan familiar alborozo molestase a san Teodorico. Y el padre Negrón acudió en seguida, con un celo melifluo:

—¡Método, señores, método!... Así, todos a una, no se goza. Es mucho mejor dejar hablar a nuestro interesante Teodorico.

Detesté aquel *nuestro,* odié a aquel padre. ¿Por qué había tanta miel en sus palabras? ¿Por qué se le distinguía sentándole en el sofá, rozando sus rodillas las castas ropas de mi tía?

Mas el doctor Margaride, abriendo su caja de rapé, asintió, diciendo que el método sería más conveniente.

—Aquí nos sentamos todos en rueda, y nuestro Teodorico nos cuenta por orden todas las maravillas que vio.

El galguesco Negrón, con una escandalosa privanza, corrió hacia dentro en busca de agua azucarada con que yo pudiese endulzar las palabras. Tosí y comencé a esbozar la soberbia jornada. Expliqué el lujo de Málaga; Gibraltar y su peñón cubierto de nubes; la abundancia de las "mesas redondas" con agua de Seltz y gaseosas...

—¡Todo a lo grande, a la francesa! —suspiró el padre Pinheiro con un brillo de gula en los ojos—. Pero, naturalmente, todo muy indigesto...

—Sí, todo grande, a la francesa; pero cosas saludables que no recalentaban los intestinos. Hermoso rosbif, hermoso cordero...

—¡Que no valían ciertamente los desperdicios de lo que aquí se come, excelentísima señora! —exclamó el Negrón, junto al hombro puntiagudo de la tía.

Execré a aquel hombre. Y agitando el agua con azúcar decidí en mi interior, para cuando yo dominase en el Campo de Santa Ana, que jamás la comida de mi familia resbalase por las aduladoras tragaderas de aquel siervo de Dios.

Entre tanto, el buen Justino sonreía embobado. ¿Y cómo pasaba yo las noches en Alejandría? ¿Conocía yo a alguna familia de consideración con la cual pudiese tomar el té?

—Sí, Justino; conocía. Mas, a decir la verdad, sentía repugnancia en frecuentar casas de turcos... ¡Es gente que no cree sino en Mahoma! ¿Sabe lo que hacía de noche? Después de cenar me iba a una iglesia de nuestro culto y allí hacía mis devociones; después iba con mi amigo el alemán a una gran plaza que los de Alejandría dicen ser mejor que el Rocío... Mayor tal vez lo sea. Mas no es esta maravilla de nuestro Rocío, con sus ladrillos, sus árboles, su teatro... En fin, yo prefiero el Rocío... pero ¡quién se lo dice a los turcos!

—Está bien que así se ensalcen las cosas portuguesas —observó el doctor Margaride—. Diré más. Es acto de patriota. ¡No de otra manera procedían los Gamas y los Alburquerques!

—Es verdad... Salía con el alemán y entonces, por esparcirme un rato y porque, ¡eso sí!, una distracción siempre es necesaria cuando se viaja, íbamos a tomar un café. Allá, vamos allá, el café que hacen los turcos alcanza la suma perfección.

—¿Buen cafecito, eh? —exclamó el padre Pinheiro, acercando hacia mí su silla con interés—. ¿Y es cargado, verdad? ¿Con buen aroma?

—Sí, padre Pinheiro, superior. Pues tomábamos nuestro café, después regresábamos al hotel y allí, en el cuarto, estudiábamos en los santos Evangelios los lugares adonde habíamos de ir a rezar... Y como el alemán era un hombre que sabía de todo, yo, a su lado, aprendía una porción de cosas útiles. Pues, señores, así, a la luz del candelero, estábamos hasta las diez, las once. Después, el té, el trisagio, y la cama.

—Sí, señor, noches muy agradables, noches muy aprovechadas —exclamó, sonriendo hacia la tía, el estimable doctor Margaride.

—¡Ay, eso le dio mucha virtud! —suspiraba la horrenda señora—. Fue como si hubiese pasado un rato en el cielo... Hasta lo que él dice huele bien... Huele a santo.

Modestamente bajé los ojos.

Pero Negrón, con sinuosa perfidia, apuntó que sería mejor, más provechoso, de mayor unción para las almas, escuchar cosas de milagros, penitencias...

—Estoy siguiendo mi itinerario, señor padre Negrón —le repliqué ásperamente.

—Como hizo Chateaubriand, como hicieron todos los famosos doctores —añadió Margaride, aprobando.

Y puestos los ojos en él, reconociéndole más autoridad que a los otros, yo conté la partida de Alejandría en una tarde de tormenta; cómo una santa hermana de la Caridad, que había estado en Lisboa y que había oído hablar de la tía, salvó de las aguas saladas un envoltorio que yo traía de la tierra de Egipto, como recuerdo del país que pisó la santa familia; nuestra llegada a Jafa, en que, por un prodigio, apenas yo subí a un montecillo, pensando en la tía, se coronó de rayos de sol.

—Magnífico —exclamó el doctor Margaride—. Y diga, Teodorico, ¿no llevaba consigo un guía que le fuese enseñando las ruinas, que les fuese comentando?...

—Teníamos un gran latinista, doctor Margaride, el padre Potte.

Mojé los labios. Y enumeré las emociones de la deliciosa noche que, acampados, pasamos en Ramie, con la luna en el cielo, alumbrando cosas de religión, beduinos velando lanza al hombro y en derredor leones que rugían...

—¡Qué escena! —gritó el doctor Margaride, levanándose arrebatadamente—. ¡Qué gran escena! ¡Lo que daría por estar allá! ¡Parece uno de estos grandiosos pasajes de la Biblia del *Eurico*! ¡Eso inspira a cualquiera! Yo, si tal viese, no sería capaz de contenerme. No. ¡Haría una oda sublime!

El Negrón exclamó, dirigiéndose al magistrado:

—Es mejor que hable nuestro Teodorico. Así podremos todos saborear...

Margaride frunció las cejas, negras, como el ébano.

—¡Nadie en esta sala mejor que yo, señor Negrón, saborea lo grandioso!

Y la tía, insaciable, agitando el abanico cerrado:

—¡Está bien, está bien!... ¡Cuenta, hijo, no te hartes! Mira, cuenta alguna cosa que te haya acontecido con nuestro señor, que nos enternezca...

Todos enmudecieron. Entonces conté la marcha hacia Jerusalén, guiado por dos estrellas, como acontece siempre a los peregrinos de buena familia; las lágrimas que derramé al avistar, en una mañana de lluvia, las murallas de Jerusalén; y en mi visita al Santo Sepulcro, las palabras que balbucí delante del túmulo, entre los eucaliptos y junto al padre Potte: "¡Oh, mi Jesús, oh, mi Señor: aquí estoy, aquí vengo de parte de la tía!"

La repugnante señora exclamó:

—¡Cómo me enterneces! ¿Y delante del túmulo?

Entonces pasé un pañuelo por mi rostro agitado y dije:

—Aquella noche me retiré al hotel para rezar... Y ahora, señores, hay aquí un punto desagradable...

Y, contritamente, confesé que, forzado por la religión, por el nombre honrado de Raposo y por la dignidad de Portugal, tuve un disgusto en el hotel con un inglés corpulento y barbudo.

—¡Una riña! —exclamó con perversidad el vil Negrón, ansiando empañar el brillo de santidad con que yo había deslumbrado a la tía—. ¡Una riña en la ciudad de Jesucristo! ¡Qué desacato!

Con los dientes cerrados dije al torpísimo padre:

—¡Sí, señor, una pelea! Mas sepa vuestra señoría que el patriarca de Jerusalén dijo que la razón estaba toda de mi parte. Hasta me dijo más; me dijo, dándome palmaditas en el hombro: "Mil parabienes, Teodorico: usted se portó como debía." ¿Qué tiene vuestra señoría ahora que alegar?

Negrón inclinó la cabeza, donde la corona extendía una palidez azulada de luna en tiempo de peste:

—Si su eminencia aprobó...

—Sí, señor. Y ahora sabrá la tía la causa de aquella pelea. En el cuarto contiguo al mío había una inglesa, una hereje, que tan pronto como yo me ponía a rezar, comenzaba a tocar el piano y a cantar fados, tonterías y cosas inmorales del "Barba-Azul", de los teatros. Imagínese la tía una persona que dice con todo fervor y de rodillas: "¡Oh, Santa María del Patrocinio, concede a mi buena tía muchos años de vida", y que, de pronto, oye una voz de excomulgada viniendo del otro lado del tabique, cantando cosas indecentes... ¡Vaya! De modo que una noche, desesperado, no me contuve: salí al corredor, y dando un golpe a la puerta, grité:

—Haz el favor de callarte, pues un cristiano quiere rezar...

—Y obró usted con todo el derecho —afirmó el doctor Margaride—. La ley estaba de parte de usted.

—Así me lo dijo el patriarca. Pues, señores, como iba contando, grité aquello a la mujer, y cuando me retiraba muy serio a mi cuarto, he ahí que vi aparecer al padre, un gigante barbudo, con el bastón en la mano. Yo fui muy prudente: crucé los brazos y con buenos modos le dije que no quería escándalos al pie del sepulcro de nuestro señor y que lo que deseaba era rezar sosegadamente... ¿Y creerán ustedes que me contesta que a él el Santo Sepulcro...? En fin..., una cosa que no puedo repetir. Una cosa indecente contra el sepulcro de nuestro señor... Entonces, tía, se me subió la sangre a la cabeza y lo agarré del cuello...

—¿Le pegaste, hijo?

—Le hice polvo, tía.

Todos aclamaron mi ferocidad. El padre Pinheiro citó leyes canónicas autorizando a la fe para deslomar a la impiedad. Excitado por los elogios como por los clarines de guerra, clamaba de pie, amenazador:

—Impiedades delante de mí, no. Lo derribo todo, lo arraso todo... En cosas de religión, soy una fiera.

Y aproveché esta santa cólera para blandir, como un aviso, delante de las quijadas del padre Negrón, mi puño velludo y fuerte. El macilento siervo de Dios bajaba la cabeza encogido.

Lentamente el buen Justino habíase acercado a la ventana como para contemplar el cielo estrellado; de entre las cortinas, sus ojos brillantes y golosos me llamaban confidencialmente. Me acerqué con disimulo. Medio envueltos en la sombra de los cortinajes, casi rozando el labio con mis barbas, Justino murmuró:

—¿Y de mujeres, qué tal?

Yo confiaba en Justino. Inclinándome a su oído susurré:

—Para dejarse uno allá los sesos, Justino.

Sus pupilas brillaron como las de un gato en enero. El padre Pinheiro vino cauteloso y tímido a tocar en mi hombro... ¿Me había yo acordado en aquellas santas tierras de su frasquito de agua del Jordán?

—¡Oh, padre Pinheiro, naturalmente!... Lo traigo todo: el ramo del Monte de los Olivos para Justino, la fotografía para el doctor Margaride, todo —corrí al cuarto en busca de las piadosas reliquias de Palestina. Cuando regresaba oí mi nombre y me detuve detrás de la cortina...

¡Suave gozo! Era el inestimable doctor Margaride, que afirmaba a mi tía, con su tremenda autoridad:

—Doña Patrocinio, yo no he querido decírselo delante de él... Pero esto es más que tener en casa un sobrino y un cristiano. Es tener en casa a un amigo íntimo de nuestro señor Jesucristo.

Tosí y entré. La señora doña Patrocinio rumiaba un escrúpulo celoso. No le parecía delicado para nuestro Señor, ni para ella, que se repartiesen las reliquias menores antes de haberle sido entregada, como señora y como tía, en el oratorio, la gran reliquia.

—Porque han de saber, amigos míos —anunció la vieja, con su castísimo pecho reventando de satisfacción—, que Teodorico me ha traído una santa reliquia que me asista en mis penas y me cure en mis enfermedades.

—¡Bravísimo! —gritó el impetuoso doctor Margaride—. ¡Bravísimo! Es de generoso romero.

—Es de sobrino como ya no lo hay en Portugal —dijo el padre Pinheiro ante el espejo, donde se contemplaba la lengua blancuzca.

—Es de hijo, es de hijo —proclamaba Justino, levantando la punta de las botas.

Entonces el padre Negrón, mostrando los dientes hambrientos, balbuceó esta vileza:

—Resta saber, señores, de qué reliquia se trata.

Librodot

Tuve sed, ardiente sed de la sangre de aquel padre.

—Si es usted un verdadero sacerdote —le dije con dignidad—, caerá de rodillas al enseñar esa santa reliquia.

Y me volví a doña Patrocinio, con la impaciencia de una noble alma ofendida que ansía su reparación.

—Tía, vamos al oratorio. Quiero que todos queden asombrados. Lo que decía mi amigo el alemán: esa reliquia, al destaparse, es para atontar a una familia.

Deslumbrada, la tía se levantó, con las manos juntas. Corrí a proveerme de un martillo. Cuando volví, el doctor Margaride se ponía gravemente los guantes negros. Penetramos en el oratorio tras de doña Patrocinio, cuyo traje de seda crujía como las vestiduras de un prelado.

El oratorio resplandecía. Las túnicas de los santos, azules y encarnadas, parecían nuevas, hechas especialmente en las sastrerías del cielo para aquella noche de fiesta. De tiempo en tiempo, el rayo de una aureola temblaba, despedía un fulgor como si por la madera de las imágenes corriesen estremecimientos de júbilo. Y en su cruz de palo negro, el Cristo, riquísimo, macizo, todo de oro, relucía preciosamente.

—¡Todo con mucho gusto! ¡Qué divina escena! —murmuró el doctor Margaride, halagado en su pasión por lo grandioso.

Con piadosos cuidados coloqué el cajón sobre la almohada de velludo; inclinado rumié sobre ella un Ave, después levanté la toalla que lo cubría y con ella en el brazo, y solemnemente, hablé:

—¡Tía, mis señores! No les he revelado aún la reliquia que guarda este cajón porque así lo encargó el patriarca de Jerusalén... Pero ahora lo voy a decir. Mas antes me parece oportuno explicar que todo lo que rodea esta reliquia, papel, bramante, cajón, clavos, ¡todo es santo! Así, por ejemplo, los clavos son del arca de Noé... Puede ver, señor padre Negrón, puede palpar. Los del arca, todavía llenos de orín... ¡Y todo de lo mejor, todo destilando virtud! Además, quiero declarar delante de todos, que esta reliquia pertenece por entero a la tía, y que se la traigo para demostrarle que en Jerusalén no pensé sino en ella y en lo que nuestro Señor padeció...

—Conmigo te has de ver siempre, hijo —tartamudeó la horrenda señora, extasiada.

Le besé la mano, sellando este pacto de que la magistratura y la iglesia eran solemnes testigos. Después, tomando el martillo:

—Y ahora, para que cada cual esté prevenido y pueda hacer las oraciones que más le cumplan, debo decir que la reliquia...

Librodot

Tosí, cerré los ojos...

—¡Es la corona de espinas!

Con un ronco gemido, la tía cayó sobre el cajón, enlazándolo con los brazos trémulos. Pero el doctor Margaride acariciaba muy pensativo la barba austera: Justino sumióse en la profundidad de sus pensamientos y el ladino Negrón dirigía hacia mi su boca negra, de donde salía asombro e indignación. ¡Justos cielos! Magistrados y sacerdotes evidenciaban una incredulidad terrible para mi fortuna.

Yo temblaba, sentía escalofríos y sudores, cuando el padre Pinheiro, muy serio, convencido, inclinóse, apretando la mano de la tía y felicitándola por la altura religiosa a que la elevaba la posesión de aquella reliquia. Entonces, cediendo a la fuerte autoridad litúrgica del padre Pinheiro, todos, en una muda congratulación, estrecharon los dedos de la babosa señora.

¡Estaba salvado! Rápidamente me arrodillé ante el cajón, clavé el formón en una hendidura de la tapa, alcancé el martillo en triunfo...

—¡Teodorico, hijo! —gritó la tía horrorizada como si fuese a martillear la carne viva del Señor.

—¡No hay cuidado, tía! Aprendí en Jerusalén a manejar estas cosas de Dios...

Desclavada la tablilla, albeó la blanca camada de algodón. La alcé con ternura y reverencia, y ante los ojos extáticos surgió el sacratísimo envoltorio de papel pardo con su bramante bermejo.

—¡Ay, qué perfume! ¡Ay, yo muero! —suspiró la tía como en un desmayo de gusto beato, con lo blanco de los ojos apareciendo por sobre el negro de los lentes.

Me erguí, encendido de orgullo.

—Es a mi querida tía, sólo a ella, por su mucha virtud, a quien compete desenvolver el paquete...

Trémula y palpitante, pero con la gravedad de un pontífice, la tía tomó el envoltorio y lo colocó en el altar, devotamente desató el nudo de bramante rojo; después, con el cuidado de quien teme lastimar un cuerpo divino, deshizo uno a uno los dobleces del papel pardo... Una blancura de lino apareció... La tía la sujetó en la punta de sus dedos, la empujó después bruscanente, y por el ara, entre los santos, encima de las camelias, a los pies de la cruz, extendióse con cintas y encajes la camisa de dormir de Mary.

¡La camisa de dormir de Mary! ¡En todo su lujo y en todo su impudor, sobada por mis brazos, cada arruga apestando a pecado! ¡La camisa de dormir de Mary! Y sujeto a ella un alfiler, bien legible a la luz de las velas, la tarjeta con la dedicatoria en letra cursiva: *A mi*

portuguesito valiente, en recuerdo de lo mucho que gozamos. Firmado, M.M... ¡La camisa de dormir de Mary!

¡Casi no sé lo que pasó entonces en el florido oratorio! Encontréme junto a la puerta envuelto en la cortina verde, temblándome las piernas... Chasqueando, como la leña que cae en una hoguera, oía las acusaciones del Negrón, proferidas en mi daño, junto a las tocas de mi tía: "¡Escarnio! ¡Escarnio! ¡Camisa de prostituta en manos de la señora doña Patrocinio! ¡Profanación del oratorio!" Distinguí su bota arrojando furiosamente hacia el corredor el trapo blanco. Uno a uno distinguía los amigos que pasaban, como sombras llevadas por un viento de terror. Las luces de las velas jadeaban afligidas. Y mojado en sudor, entre los pliegues de la cortina, columbré a la tía que se acercaba hacia mí, lenta, lívida, hirsuta, amenazadora. Me traspasaron sus fríos y feroces quevedos, y a través de los dientes cerrados, escupió esta palabra:

—¡Marrano!

Y salió.

Me retiré al cuarto y me arrojé, atontado, en el lecho. Un rumor de escándalo había invadido el caserón severo. A poco Vicenta surgió ante mí, seria, con su delantal blanco de la mano.

—La señora manda decir que salga inmediatamente. Que no le quiere un instante más en casa. ¡Y dice que puede usted llevarse toda su ropa blanca y todas sus porquerías!

¡Despedido!

Levanté la cabeza de entre las sábanas de encajes. Vicenta, atontada, retorciendo el delantal:

—Si no sale ya para la calle, la señora dice que mandará llamar a un policía.

¡Corrido!

Posé los pies inciertos en el suelo. Tropezando en los muebles, busqué las chinelas que envolví en un número de *La Nación*. A ciegas, sin escoger, agarré de entre las maletas un cajón con refuerzos de hierro, y en la punta de los pies descendí la escalera de la tía, encogido y rastrero, como un perro tiñoso avergonzado de su tiña.

¡Apenas traspuse el patio, Vicenta, cumpliendo las órdenes sañudas de la tía, me batió en las espaldas el portón chapeado de hierro!

¡Veíame solo en la calle y en la vida! A la luz fría de los astros conté en la palma de la mano mi dinero. Tenía dos libras, algunos céntimos y un duro español. Descubrí entonces que la caja cogida tontamente entre las maletas era la de reliquias menores. ¡Complicado sarcasmo del destino! ¡Para cubrir mi cuerpo desabrigado sólo tenía tablas cepilladas por

Librodot

san José y pedazos de barro de cántaro de la virgen! Metí en el bolsillo el envoltorio de las chinelas, y sin volver los ojos turbios hacia la casa de mi tía, marché a pie, con el cajón a la espalda, en la noche llena de silencio y de estrellas, hacia la Baja, hacia el hotel de la Paloma de Oro.

VI

Al día siguiente, descolorido y miserable, ante una mesa del hotel, revolvía mi pobre sopa, cuando un caballero con gabán negro vino a sentarse en el testero de enfrente, junto a una garrafa de agua de Vidago, de una caja de píldoras y de un número de *La Nación*. En su frente, inmensa y arqueada como frontis de capilla, se retorcían dos venas gruesas: y bajo las fosas largas, ennegrecidas de rapé, el bigote era hecho de pelos grises, duros como las cerdas de un cepillo. El gallego, al servirle la sopa, dijo con agrado:

—Sea bien venido el señor Lino.

Después del cocido, este caballero me dijo:

—¿Y usted, si no le molesta la curiosidad, viene de las provincias del norte?

Pasé la mano por los cabellos.

—No, señor... ¡Vengo de Jerusalén!

Asombrado, el señor Lino dejó caer la cucharada de arroz. Y, después que hubo rumiado su emoción, confesó que le interesaban mucho todos aquellos lugares santos, porque tenía religión, gracias a Dios. Desempeñaba un empleo, también gracias a Dios, en la cámara patriarcal...

—¡Ah, en la cámara patriarcal! —respondí—. ¡Es muy respetable!... Yo traté mucho a un patriarca. Traté mucho al señor patriarca de Jerusalén. Un caballero muy santo, muy querido. Hasta concluimos por tratarnos de *tú*.

El señor Lino me ofreció de su agua de Vidago y comenzamos a hablar acerca de las tierras de la Escritura.

—¿Qué tal Jerusalén en tiendas?

—¿Cómo tiendas? ¿Tiendas de modas?

—No —atajó el señor Lino—. ¡Quiero decir tiendas de santidad, de reliquias, de cosas divinas!

—Menos mal... Está Damiani, en la vía Dolorosa, que tiene de todo, hasta huesos de mártires... Pero lo mejor es que cada uno busque, escudriñe... ¡Yo, en cosas de ésas, traje maravillas!

Una llama de singular codicia avivó los ojillos del señor Lino, de la cámara patriarcal. Y de repente, con una decisión de inspirado, exclamó:

—¡Andrés! ¡Tráenos oporto!

El señor Lino me ofreció una copa llena.

—¡A su salud!

—¡Con la ayuda del Señor, a la de usted!

Por cortesía, convidé a aquel hombre que, gracias a Dios, tenía religión, a entrar en mi cuarto y admirar las fotografías de Jerusalén. Aceptó con alborozo; y apenas traspuso la puerta corrió, sin etiqueta, golosamente, a mi lecho, donde se veían, extendidas, algunas de las reliquias que yo había desembalado aquella mañana.

—¿Le gusta al caballero? —exclamé, desenvolviendo una vista del monte Olivete y pensando regalarle un rosario.

Él daba vueltas en silencio, entre sus manos gordas, de uñas roídas, a un frasco de agua del Jordán. Lo olió, lo pesó.

Después, muy serio, con las venas entumecidas en la vastísima frente:

—¿Tiene atestado?

Le alargué la certificación del fraile franciscano, que la garantizaba como auténtica y sin mixtura, agua bautismal. Él saboreó el venerado papel. Después, entusiasmado, dijo:

—Doy por el frasquito seis reales.

En mi intelecto bachiller entró una ráfaga de sol. ¡Las reliquias eran *valores*! ¡Tenían la cualidad omnipotente de *valores!* E, iluminado, comencé insensiblemente a sonreír...

—¡Seis reales por agua pura del Jordán! Poco estima usted a nuestro san Juan Bautista... ¡Seis reales! ¡Hasta ahí llega la impiedad! Tres duros rehusé esta mañana a un fraile de Santa Justa...

Él hizo saltar el frasco en la palma gorda. Consideró, calculó.

—Doy cuatro duros.

Librodot

—Vaya, ya que somos compañeros en el hotel...

¡Desde que el señor Lino salió de mi cuarto, con el frasco de agua del Jordán envuelto en su número de *La Nación*, yo, Teodorico Raposo, me encontraba fatalmente, providencialmente, erigido en vendedor de reliquias!

De ellas comí, de ellas fumé, de ellas amé durante dos meses, quieto, fijo en la Paloma de Oro. Casi siempre, el señor Lino, por la mañana, aparecía en mi cuarto, escogía su pedazo de cántaro de la virgen o una paja del pesebre, envolvíalos en *La Nación*, soltaba el dinero y se iba silbando el *De profundis*. Evidentemente, el digno hombre revendía mis preciosidades con gran provecho, porque aprisa, en su portamonedas de velludo negro, brilló dinero en oro.

Entre tanto yo no intentaba visiblemente amansar las beatas iras de la tía y adquirir de nuevo su estimación. Me contentaba con ir a la iglesia de Santa Ana vestido de negro. No encontraba a la tía, que tenía ahora en el oratorio, todas las mañanas, misa del torpísimo Negrón. Pero así y todo, yo me postraba, gopeando el pecho, contritamente, suspirando hacia el sagrario, cierto de que por Melchor el sacristán las nuevas de mi devoción inalterable llegarían a conocimiento de la hedionda señora.

Este comportamiento era, de cierto, grato a los amigos, porque encontrando una noche a Justino cerca de la casa de Benita la Vejigosa, el digno hombre me dijo al oído, después de asegurarse de que la calle estaba desierta:

—Continúe así. Todo se ha de arreglar. Por ahora está hecha una fiera... ¡Diablo, ahí viene gente!

Y se fue.

Yo continuaba, por intermedio de Lino, vendiendo reliquias. Comprendí, sin embargo, recordando los compendios de economía política, que mis ganancias serían mayores si, desentendiéndome de Lino, yo mismo me dirigiese osadamente al consumidor piadoso.

Escribí entonces a las hidalgas siervas del señor de los Pasos de la Gracia, cartas con listas y precios de reliquias. Mandé prospectos de huesos de mártires a iglesias de provincias. Pagué copas de aguardiente a sacristanes para que ellos hablasen de mí a viejas achacosas, diciéndoles: "Para cosas de santidad no hay como el señor Raposo, que viene llenito de Jerusalén." Y me sonrió la suerte. Mi especialidad fue el agua del Jordán en frascos lacrados y sellados con su corazón entre llamas: vendí de ésta para comidas, para bautizos, para todo. Coloqué pedazos del cántaro en que nuestra señora iba a la fuente, herraduras del burro en que huyó la santa familia. Ahora, cuando Lino se acercaba, yo solía decirle:

—¡Todo está agotado!... Venga la semana próxima... Espero un cajón de la tierra santa...

Las venas frontales del voluminoso sujeto se hinchaban en su indignación de intermediario expoliado.

¡Bien pronto, empero, reconocí que aquella profusión de reliquias saturó la devoción de mi país! Lleno de reliquias este católico Portugal, ya no tenía donde pudiese colocar ni uno de aquellos ramos secos de flores de Nazaret que yo cedía por dos reales.

Inquieto, bajé, melancólicamente, los precios. Prodigué en el *Diario de Noticias* anuncios tentadores: "Preciosidades de la tierra santa en la tabaquería Rego..." Muchas veces, disfrazado con un casacón eclesiástico, asalté a las puertas de las iglesias a viejas beatas: ofrecíales pedazos de la túnica de la virgen María, cordeles de las sandalias de san Pedro y decía con ansia, rozándome en las mantillas y en las tocas: "Muy baratos, señora, muy baratos... ¡Excelente para catarros...!"

Ya debía una suma considerable en la Paloma de Oro. Descendía las escaleras silenciosamente para no encontrar al amo y llamaba al gallego "mi Andrés, mi Andrés querido..."

Y ponía toda mi esperanza en un renovamiento de la fe. La menor noticia de fiesta de iglesia me regocijaba como un aumento de religión en el pueblo. Odiaba ferozmente a los republicanos y a los filósofos, que intentaban destruir el catolicismo, haciendo, por lo tanto, que disminuyera el valor de las reliquias que él instituyó. En el Café de la Montaña golpeaba las mesas y gritaba: "Es necesario religión, ¡caramba!" En casa de Benita la Vejigosa amenazaba a las muchachas con no volver por allí, ¡con irme a casa de Adelina si no usaban escapularios y medallas!... Mi inquietud por el "pan de cada día" fue tan áspera, que de nuevo solicité la intervención de Lino, hombre de vastas relaciones eclesiásticas, pariente de capellanes de convento. Otra vez le mostré mi lecho cuajado de reliquias. Otra vez le dije, restregando las manos: "¡Vamos al negocio, amigo mío! Aquí tengo surtido fresco, llegado de Sión."

Mas del digno hombre de la cámara patriarcal sólo recibí recriminaciones...

—¡Ésa no pega, señor! —gritó, con las venas de la frente hinchadas, próximas a estallar de cólera—. ¡Usted fue quien destruyó el comercio!... Está el mercado cargadísirno. ¡Hasta ya no hay siquiera modo de vender un culero del niño Jesús, una reliquia que se vendía tan bien! Su negocio con las herraduras es perfectamente indecente... ¡Perfectamente indecente! Es lo que me decía hace días un cofrade mío: "Son muchas herraduras para un país tan pequeño." ¡Catorce herraduras, señor! ¡Eso es abusar! ¿Sabe usted cuántos de los clavos con que clavaron a Cristo en la cruz ha colocado, todos con documentos? ¡Setenta y cinco, señor! No le digo más... ¡Setenta y cinco!

Y salió, cerrando la puerta de golpe, con furor, y dejándome aniquilado.

Venturosamente, en aquella noche, encontré al Requebrador en casa de Benita la Vejigosa y obtuve de él una considerable demanda de reliquias. El Requebrador iba a casarse con la señorita de Nogueira, una dama de Beja, rica y beata, El Requebrador quería

hacerle a la vieja un presente piadoso, todo de cosas del santo sepulcro. Le arreglé un lindo cofre de reliquias, en donde coloqué el septuagésimo sexto clavo. Con el generoso dinero que me dio el Requebrador, liquidé mi cuenta en la Paloma de Oro; y tomé, prudentemente, un cuarto en la casa de huéspedes de Pita.

De esta suerte disminuía mi prosperidad. Mi cuarto estaba en el último piso; y su mobiliario era muy reducido, casi pobre. Hacía cerca de una semana que estaba instalado allí y que trotaba por Lisboa en busca de una colocación, cuando una mañana el mozo de la Paloma de Oro me trajo una carta de lujo. La abrí, temblando, y busqué la firma. Era de Justino.

"Mi querido amigo: cumplo el penoso deber de participarte que su respetable tía sucumbió inesperadamente..."

¡Caramba! ¡Había reventado la vieja! Ansiosamente salté a través de los renglones buscando detalles. "Congestión pulmonar...", "Sacramentos recibidos...", "Todos apenadísimos...", "El Negrón..." Pálido, con la frente bañada en sudor, al final de la carta hallé la terrible noticia... " Del testamento de la virtuosa señora consta que deja a su sobrino Teodorico el anteojo que estaba colgado en el comedor..."

¡Desheredado!

Me puse el sombrero y corrí en busca de Justino. Lo hallé con una corbata de luto y la pluma detrás de la oreja, sentado ante la mesa de su escritorio.

—¿Conque el anteojo? —grité, deteniéndome en la puerta.

—¡Es verdad! ¡El anteojo! —murmuró Justino.

Fui a caer casi desmayado sobre el diván de cuero. Pasándome la mano trémula por la faz lívida, supliqué:

—¡Justino, cuéntemelo usted todo!

Justino suspiró. La santa señora, así gozase de la gloria, le había dejado dos mil duros... El resto lo había dispersado del modo más incoherente y más perverso. La casa del Campo de Santa Ana y cuarenta mil duros, para el Santísimo Sacramento de los Pasos de la Gracia. Las acciones de la Compañía del Gas y la casa de Linda Pastora para el padre Casimiro, que estaba encamado, casi moribundo. Al padre Pinheiro le legaba una casa en la calle del Arenal. La deliciosa quinta del Mosteiro, con su pintoresco portal de entrada, donde campeaban todavía las armas de los condes de Lindoso; las inscripciones del Crédito Público, el mobiliario del Campo de Santa Ana y el Cristo de oro, habían sido legados al padre Negrón. Tres mil duros y el reloj, al doctor Margaride. A Vicenta, las ropas de cama. A mí, el anteojo.

Regresé, lleno de abatimiento, a mi casa de huéspedes. Durante horas, con los ojos llameantes, paseándome en chinelas, acaricié el deseo desesperado de ultrajar el cadáver de aquella vieja, escupiéndole sobre la carota lívida, agujereando con un bastón la podredumbre de su vientre. Llamé contra ella todas las cóleras de la naturaleza. Rendido de odiar, me dormí. Fue el patrón de la casa quien me despertó al anochecer, entrando con un largo envoltorio. Era el anteojo. Me lo mandaba Justino con estas palabras amigas: "Ahí va la modesta herencia."

Encendí una vela. Con áspera amargura tomé el anteojo y abrí el cristal. Miré por él como desde la borda de una nave que va perdida en las aguas. Muy vagamente había afirmado Justino que la asquerosa doña Patrocinio me dejaba el anteojo, con rencoroso sarcasmo, para que viese cómo se iba la herencia. Lo arrojé lejos de mí. Fue rodando hasta el pie de la sombrerera donde guardaba el salacot de mi jornada por las tierras del Señor. Allí estaban juntos el salacot y aquel anteojo, emblemas de mis dos existencias: la del esplendor y la de la penuria. ¿Y todo por qué? Porque un día, en una ciudad del Asia, se habían trocado dos envoltorios de papel pardo. ¡Jamás se había dado una burla más cruel de la suerte!.

A una tía que odiaba el amor como cosa inmunda y que solamente esperaba para nombrarme su heredero que yo, desdeñando las faldas, le buscase en Jerusalén una reliquia magna, le traía la camisa de dormir de una guantera. ¡Oh Dios, dime tú! ¡Dime tú, oh demonio, cómo se hizo, cómo se realizó aquel cambio de los dos envoltorios que es la tragedia de mi vida!

Cierto que eran semejantes en el papel, en la forma y en el bramante que los ataba. El de la camisa yacía en el fondo de un armario ropero; el de la reliquia campeaba sobre la cómoda. Nadie los había tocado: ni el alegre Potte, ni el erudito Topsius, ni yo. Nadie, con manos humanas, con manos mortales osó mover los dos envoltorios. ¿Quién los había movido entonces? Sólo alguien con manos invisibles.

Cuando así cavilaba encontré fríamente clavados en mí, como gozando aquella derrota de mi vida, los ojos nublados de un Cristo que había en la alcoba.

—¡Fuiste tú! —grité de repente, iluminado y comprendiendo el prodigio—. ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! —y, cerrando los puños, desahogué cumplidamente las quejas y agravios de mi corazón—. Sí, fuiste tú quien transformaste ante los ojos beatos de aquella vieja inmunda la corona de tu leyenda en la camisa de dormir de Mary... ¿Y por qué? ¿Qué te hice yo? ¡Dios ingrato y variable! ¿Dónde, cuándo gozaste tú devoción más perfecta? ¿No acudía todos los domingos, vestido de negro, a oír las misas mejores que te ofrece Lisboa?

Súbitamente, ¡oh maravilla!, el Cristo pareció adelantar hacia mí, sin desclavar los brazos del madero, y crecer hasta tocar el techo, no menos bello en majestad y brillo que el sol al salir de los montes. Dando un grito caí de rodillas. Como un rumor manso de brisa entre jazmines, sentí una voz reposada y suave:

"Cuando tú ibas a una iglesia era para mostrar servilmente a tu tía tu piedad: jamás hubo oración en tus labios, ni humildad en tu mirada que no fuese para catequizar a tu tía. Tú fuiste eternamente el *hipócrita*. Has tenido dos existencias: una, ostentada delante de tu tía, toda de rosarios, de ayunos, de novenas; otra, lejos de tu tía, subrepticia, toda de gula, de bajos apetitos, llena de Adelina y de Benita la Vejigosa... ¡Has mentido siempre! Sólo fuiste verdadero para el cielo y verdadero para el mundo cuando rogabas a Jesús y a la virgen que reventasen cuanto antes a la vieja. Después resumiste toda tu vida de lodo y de falsedad en un envoltorio de papel pardo, donde habías atado una rama tan falsa como tu corazón. Pero en otro envoltorio parecido has paseado por Palestina la irrecusable evidencia de tu liviandad. Justicieramente, aconteció que el envoltorio que ofreciste a la tía, y que la tía abrió, fue aquel que revelaba claramente tu perversidad. Esto te prueba, Teodorico, *la inutilidad de la hipocresía*."

Yo gemía sin osar levantar la cabeza. La voz susurró, lenta y misteriosa como el viento de la tarde entre las ramas:

"Yo no sé quién hizo ese cambio picaresco y terrible de los dos envoltorios: ¡tal vez tú mismo! Pero tus tedios de desheredado no provienen de esa mudanza de espinas en encajes, sino de vivir dos vidas: una, verdadera, de iniquidad; otra, fingida, de santidad. Ahí está, Teodorico, la enseñanza de *cuán inútil es la hipocresía."*

Postrado de hinojos, yo extendía abyectamente los labios hacia los pies de Cristo, transparentes, suspendidos en el aire, con clavos que despedían trémulos resplandores de joya. La voz pasó sobre mí, llena y rumorosa, como la ráfaga que inclina los cipreses:

"Tú dices que yo te persigo. No. Cuanto te ocurre, es obra de tu vida. Yo no la construyo; asisto a ella y la juzgo plácidamente. Todo depende meramente de ti y de tu esfuerzo de hombre... Escucha todavía. ¿Acaso no recuerdas mi voz? No soy Jesús de Nazaret, ni ningún otro dios creado por los hombres... Soy anterior a los dioses transitorios. Ellos nacen dentro de mí; dentro de mí viven; dentro de mí se transforman; dentro de mí se disuelven: eternamente permanezco en torno de ellos y superior a ellos, concibiéndolos y deshaciéndolos, en el perpetuo esfuerzo de realizar, fuera de mí, el dios absoluto que en mí siento. Me llamo *conciencia*. Soy en este instante tu propia conciencia reflejada fuera de ti, en el aire y en la luz, y tomando ante tus ojos la forma familiar bajo la cual tú, educado en la superchería y poco filósofo, estás habituado a comprenderme... Sin embargo, basta que te alces y me mires para que la imagen resplandeciente se desvanezca.

Levanté los ojos y todo había desaparecido.

Entonces, transportado, como ante una evidencia de lo sobrenatural, levanté los ojos al cielo y clamé:

—¡Oh, mi señor Jesús, Dios e hijo de Dios, que te encarnaste y padeciste por nosotros!...

Pero enmudecí. Aquella inefable voz resonaba aún en mi alma, mostrándome la *inutilidad de la hipocresía*. Consulté mi conciencia, y seguro de no creer que Jesús fuese

hijo de Dios y de una mujer casada en Galilea, como Hércules era hijo de Júpiter y de una mujer casada en Argólida, escupí de mis labios, tornados para siempre verdaderos, el resto inútil de la oración.

Al día siguiente, casualmente, entré en el jardín de San Pedro de Alcántara, sitio que no había pisado desde mis años de latín. Y a poco encontré a mi antiguo amigo Crispín, hijo de Telhez Crispín y Compañía, con fábrica de hilados en Pampulla, camarada a quien no había visto desde que me gradué de bachiller. Era éste el grueso Crispín, que entonces, en el colegio de los Isidoros, me daba besos voraces en el corredor y me escribía por la noche billetes ofreciéndome cajas de plumas. El viejo Crispín había muerto; Telhez, rico y obeso, pasó a vizconde de San Telhez; y éste, mi querido Crispín, ahora era la firma.

Cambiando un ruidoso abrazo, Crispín y Compañía notó, pensativo, que yo estaba muy feo. Después de esto, nombró mi jornada a tierra santa, que él había sabido por el *Diario de las Noticias*, y aludió con amistoso regocijo "a la gran fortuna que me debía haber dejado la señora doña Patrocinio de las Nieves."

Amargamente, le mostré mis botas torcidas. Nos sentamos en un banco, junto a una trepadera de rosas; y ahí, en el silencio, entre aromas, conté a Telhez lo de la funesta camisa de Mary, la reliquia en su envolorio, el desastre en el oratorio, el anteojo, mi cuarto miserable de la casa de huéspedes.

—De modo, Crispín de mi alma, que me encuentro sin pan.

Crispín y Compañía, impresionado, retorciéndose los bigotes, murmuró que en Portugal, gracias a la carta y a la religión, todo el mundo tenía una corteza de pan; lo que a algunos les faltaba era el queso.

—Pero el queso yo te lo daré, querido —añadió, alegremente, la firma, dándome una palmada en las rodillas—. Uno de mis empleados en la fábrica de Pampulla comenzó a hacer versos y a meterse con actrices... Es muy republicano. Odia las cosas santas... En fin, un horror. ¡Le despedí! Recuerdo que tú tenías buena letra. Una cuenta de sumar siempre sabrás hacerla... Allá está sin proveerse el puesto del otro. Ocúpalo tú. Son veinticinco duros... ¡El queso!

Temblándome en las pestañas dos lágrimas, abracé a la firma. Crispín y Compañía murmuró otra vez, con cara de quien siente un gusto agrio:

—¡Desvíate, hombre, que estás muy feo!

Comencé entonces a servir con desvelo la fábrica de hilados de Pampulla: y todos los días copiaba cartas con mi letra de hermosas curvas y alineaba guarismos en un extenso Libro de Caja. La firma me enseñó la regla de tres y otras habilidades. Y, como de semillas llevadas por un viento casual a un terreno abandonado nacen inesperadamente plantas útiles que prosperan, de las lecciones de la firma brotaron en mi inculta naturaleza de bachiller en

leyes aptitudes considerables para explotación del negocio de hilados. Ya la firma decía, admirado, en la asamblea del Carmen:

—¡Mi Raposo, a pesar de la universidad y de la ciencia que le metieron en los cascos, tiene disposición para las cosas serias!

Una tarde de agosto, cuando yo me disponía a cerrar el Libro de Caja, Crispín y Compañía se detuvo ante mi mesa, risueño y encendiendo un cigarro.

—Oye, Raposón: ¿tú a qué misa tienes costumbre de asistir?

Silenciosamente estiré mi manga de lustrina.

—Yo pregunto esto —añadió la firma— porque mañana voy con mi hermana a la Outra Banda, a una quinta nuestra, a la Ribeira. Si tú no estás acostumbrado a otra misa, vienes a la de Santos, a las nueve, nos vamos a almorzar al hotel Central y nos embarcamos luego para Cacillas. ¡Tengo deseos de que conozcas a mi hermana!...

Crispín y Compañía era un caballero religioso, que consideraba la religión indispensable a su salud, a su prosperidad comercial y al buen orden del país. Sinceramente visitaba al señor de los Pasos de la Gracia, y pertenecía a la Hermandad de San José. El empleado, cuyo puesto ocupaba yo ahora, se le había hecho intolerable por escribir en *El Futuro*, periódico republicano, artículos ensalzando a Renán y ultrajando a la eucaristía: yo iba a decir a Crispín y Compañía que era tal mi apego por la misa de la Concepción Nueva, que en otra no podía encontrar agrado... Pero recordé la voz austera del Cristo. Mordí la mentira beata que ya me ensuciaba los labios y exclamé, muy pálido, pero con firmeza:

—¡Oye, Crispín, yo nunca voy a misa! Todo eso son patrañas... Yo no puedo creer que el cuerpo de Dios esté todos los domingos en un pedazo de hostia hecha de harina. Dios no tiene cuerpo; nunca lo tuvo. Todo eso son locuras. Te digo esto sinceramente. Puedes hacer conmigo lo que quieras. ¡Paciencia!

La firma me contempló un momento, mordiendo los labios:

—Pues, oye, Raposo, me gusta esa franqueza. ¡A mí me agrada la gente llana!... El otro, aquel bellaco que estaba ahí en esa mesa donde tú estás ahora, solía decir cuando yo podía oírle: "¡El papa, gran persona!" Y después se iba por ahí adelante, poniendo al padre santo peor que por los suelos. ¡Pues se acabó! No tienes religión, pero tienes hidalguía. A las diez, entonces, en el Central y luego, ¡a la Ribeira!

De este modo conocí a la hermana de la firma. Se llamaba doña Jesuina, era bizca y tenía treinta y dos años. Desde aquel día de río y de campo, la riqueza de sus cabellos rubios como los de Eva, su pecho sólido y suculento, su piel color de manzana madura y la sonrisa de sus dientes blancos, hiciéronme pensar mucho cuando, al atardecer, fumando una breva, yo me retiraba hacia la Baja por el Aterro, mirando los palos de las falúas...

Había sido educada en las Salesas; sabía geografía y todos los ríos de la China; sabía historia y todos los reyes de Francia; y me llamaba Teodorico Corazón de León por haber yo estado en Palestina. Los domingos, yo comía en la Pampulla; doña Jesuina hacía un plato de huevos quemados, y su ojo bizco se posaba con agrado en mi faz potente y barbuda de Raposón. Una tarde, a la hora del café, Crispín y Compañía elogió a la familia real, su moderación constitucional y la gracia caritativa de la reina. Después bajamos al jardín; y mientras doña Jesuina regaba sus flores, yo, al lado de ella, envolviendo un cigarro, murmuré a su hombro:

—¡Ay, doña Jesuina! ¡Cómo sería usted reina si el Raposo fuese rey!

Ella, colorada, me dio la última rosa del verano.

En vísperas de navidad, Crispín y Compañía se acercó a mi mesa, posó el sombrero sobre la página abierta del Libro de Caja que yo ennegrecía con cifras, y cruzando los brazos con una sonrisa de lealtad y estimación, murmuro:

—¿Conque reina si el Raposo fuese rey? Pero diga el señor Raposo: ¿hay ahí, dentro de ese pecho, amor verdadero por Jesuina?

Crispín y Compañía admiraba la pasión y el ideal. Yo iba a decir que adoraba a la señora doña Jesuina como a una estrella remota... Pero recordé la voz altiva del Cristo. Mordí la mentira que palpitaba ya en mis labios, y dije con coraje:

—Amor..., amor... no... Pero me parece una hermosa mujer. Además me agrada mucho su dote. Y yo creo que había de ser un buen marido.

—¡Trae esa mano honrada! —gritó la firma.

Me casé. Soy padre. Tengo coche, la consideración del barrio en que vivo y la encomienda del Cristo. El doctor Margaride, que come a mi mesa todos los domingos, afirma que el Estado, por mi ilustración, mis portentosos viajes y mi patriotismo, me debe el título de barón de Mosteiro. Porque yo compré el Mosteiro. El digno magistrado, una tarde, a la mesa, anunció que el horrendo Negrón, deseando ensanchar sus posesiones de Torres, había decidido vender el viejo solar de los condes de Lindoso.

—¡Aquellos árboles, Teodorico —recordó el benemérito hombre—, dieron sombra a su madre! ¡Las mismas sombras cobijaron a su respetable padre, Teodorico!... ¡Yo de mí sé decir que, si tuviese la honra de ser Raposo, no me contenía, compraba el Mosteiro y levantaba allí un torreón con almenas!

Crispín y Compañía exclamó:

—¡Cómpralo! Es cosa de familia.

Y en una víspera de pascua, firmé la escritura que me hacía, después de tantas esperanzas y de tantos desalientos, el señor del Mosteiro.

—¿Qué hace ahora ese imbécil de Negrón? —indagué yo del buen Justino, allí presente, apenas salió el apoderado del sórdido sacerdote.

El fiel amigo hizo crujir sus dedos. El Negrón había heredado la fortuna del padre Casimiro, cuyo cuerpo estaba en lo alto de san Juan y el alma en el seno de Dios. Y ahora era íntimo del padre Pinheiro, que por allá andaba, chupadito, indigestándose con las tremendas comidas del Negrón, echando la lengua fuera ante cada espejo. ¡Y no duraría mucho! De suerte que el Negrón venía a reunir, con excepción de lo que fuera para el señor de los Pasos de la Gracia que no podía tornar a morir, lo mejor de la fortuna de G. Godinho.

Yo exclamé, pálido:

—¡Qué bestia!

—Sí, ¡llámale bestia!... Tiene coche, tiene casa en Lisboa, llevó a su lado a Adelina...

—¿Qué Adelina?

—Una de buenas carnes, que estuvo con Eleuterio... Después estuvo, en secreto, con otro, con un bachiller, no sé con quién...

—Yo sí.

—¡Pues ésa! La tiene el Negrón con un lujo... Alfombra en la escalera, cortinas de damasco... ¡Todo! ¡Y está gordo! Lo he visto ayer. Me dijo que "salía de San Roque cansado de decir amabilidades a un diablo de santo..." ¡Ese Negrón, a veces tiene gracia! Y tiene buenos amigos, labia, influencia en Torres... ¡Cualquier día lo vemos convertido en obispo!

Me retiré a mi casa pensativo. Todo lo que yo había esperado y amé, hasta Adelina, lo poseía ahora legítimamente el horrendo Negrón... ¡Pérdida pavorosa! Y que no proviniera del cambio de los envoltorios ni de los yesos de mi hipocresía.

Ahora, padre, comendador, propietario, yo tenía una comprensión más positiva de la vida. Y conocía bien que fui alejado del dinero de G. Godinho simplemente por no haber tenido el coraje de afirmar, en el oratorio de la tía, cuando, en vez de una corona de martirio apareció sobre el altar una camisa de pecado:

—¡Ahí está la reliquia! ¡Quise dar a ustedes una sorpresa! No es la corona de espinas. ¡Es mejor! ¡Es la camisa de santa María Magdalena! Ella misma me la dio en el desierto.

Esto lo probaba en seguida con aquel papel escrito en letra correcta: *A mí portuguesito valiente, por lo mucho que gozamos...* Esa era la carta en que la santa me ofrecía su camisa.

Allí estaban sus iniciales: *¡M. M.!* Allá destacaba esa clara, evidente confesión: *Lo mucho que gozamos.* ¡Lo mucho que yo gocé en mandar a la santa mis oraciones hacia el cielo y lo mucho que en el cielo gozó la santa al recibir mis oraciones!

¿Y quién lo dudaría? ¿No mostraron los santos misioneros de Praga, en sus sermones, billetes sin franquear remitidos del cielo por la virgen María? ¿Y no garantiza *La Nación* la divina autenticidad de aquellas misivas que tienen en sus dobleces la fragancia del paraíso? ¡Los dos sacerdotes, Negrón y Pinheiro, conscientes de su deber y en su natural deseo de buscar columnas donde sostener la fe oscilante, probarían con la camisa, las cartas y las iniciales un milagroso triunfo de la Iglesia! La tía Patrocinio caería sobre mi pecho, llamándome "su hijo, su heredero". ¡Y heme rico! ¡Y heme beatificado! Mi retrato sería puesto en la sacristía de la sede. El papa me enviaría una bendición apostólica por los hilos del telégrafo.

Así quedaban colmadas mis ambiciones sociales. Y ¿quién sabe?, también podrían quedar satisfechas las ambiciones intelectuales de que me había contagiado el doctor Topsius. Porque tal vez la ciencia, envidiosa del triunfo de la fe, reclamase para sí esta camisa de María Magdalena como documento arqueológico... Ella podría iluminar oscuros puntos en la historia de las costumbres contemporáneas del Nuevo Testamento; la confección de camisas en Judea en el siglo primero, el estado industrial de los encajes en Siria bajo la dominación romana... Yo quedaría en la consideración de Europa igual a los Champollion, a los Topsius, a los Lepsius y otros sagaces resucitadores del pasado. La academia gritaría al punto: "¡A mí el Raposo!" Renán, ese heresiarca sentimental, murmuraría: "¡Qué suave colega el Raposo!" Sin demora escribiríanse sobre la camisa de Mary sabios libros en alemán, con mapas de mi peregrinación por Galilea. ¡Y heme bienquisto con la Iglesia, celebrado por universidades, con mi rinconcito seguro en la bienaventuranza, mi página en la historia, comenzando a engordar pacíficamente con el dinero de G. Godinho!

¡Y todo lo perdí! ¿Por qué? Porque hubo un momento en que me faltó aquel *descarado heroísmo de afirmar* que ha creado, a través de la universal ilusión, las ciencias y las religiones.